

RON E. M. CLOUZET

¿Acaso no es hora de estremecer los almacenes del Cielo en busca de este don?
¿Qué esperamos? ¡Lea este libro! —Dwight K. Nelson

LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

El derramamiento del Espíritu Santo



LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

El derramamiento del Espíritu Santo



Ron E. M. Clouzet

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

La mayor necesidad del adventismo
El derramamiento del Espíritu Santo
Ron E. M. Clouzet

Título del original: *Adventism's Greatest Need*, Pacific Press Publishing Association,
Nampa, ID, E.U.A., 2011.

Dirección: Martha Bibiana Claverie
Traducción: Claudia Blath
Edición: Ricardo Bentancur
Diseño de la tapa: Steve Lanto
Diseño del interior: Page One Communications / Diane de Aguirre

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXIII - 4,5M

Es propiedad. Copyright de la edición en inglés © 2011 Pacific Press' Publishing
Association, Nampa, Idaho, USA. Todos los derechos reservados.
© 2012 Asociación Casa Editora Sudamericana. Esta edición en castellano se publica
con permiso del dueño del Copyright.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-024-4

Clouzet, Ron E. M.

La mayor necesidad del adventismo : El derramamiento del Espíritu Santo / Ron E. M.
Clouzet : Dirigido por Martha Bibiana Claverie / Edición a cargo de Ricardo Bentancur.
1.ª ed. - Florida : Asociacion Casa Editora Sudamericana, 2013.

224 p. : 21 x 14 cm.

Traducido por: Claudia Blath

ISBN 978-987-701-024-4

I. Cristianismo. 2. Espíritu Santo. 3. Iglesia Adventista. I. Claverie, Martha Bibiana, dir.
II. Ricardo Bentancur, ed. III. Blath, Claudia, trad. IV. Título.

CDI 286.7

Se terminó de imprimir el 24 de enero de 2013 en talleres propios (Av. San Martín
4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y
diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por
fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

105956

Dedicatoria

No sé si escribiré otro libro y tendré la oportunidad de dedicarlo a mi maravillosa familia. Pero me gustaría dedicar esta obra a Dios el Espíritu Santo. Sin él, nunca hubiese conocido a Jesús, ni hubiese tenido algún deseo de ser transformado a la imagen de Dios.

Lo que dicen los lectores

“Sin duda, *La mayor necesidad del adventismo* es el derramamiento del Espíritu Santo en nuestro corazón, primero, para que seamos la clase de personas que debemos ser, y después, para obtener poder con el fin de terminar la obra que Cristo nos ha dado. Solo cuando el Espíritu Santo sepa que puede confiarnos el poder, nos lo dará. Este libro trata de esta secuencia importante; es necesario que lo leamos y que consideremos su mensaje con seriedad, con ayuno y oración” —**Jack J. Blanco**, *profesor emérito de la Southern Adventist University*.

“El Dr. Clouzet entreteje la historia bíblica con la historia adventista para demostrar que ‘el Espíritu, sorprendentemente, no es enviado al mundo, sino que es enviado a la iglesia. Cuando obra a través de la iglesia, el mundo es llevado a Jesús’. Este libro da nuevo ímpetu a mi deseo de experimentar el poder de la lluvia tardía del Espíritu de Dios, y ver a Jesús venir en esta generación” —**Debra Brill**, *vicepresidenta de los ministerios de la División Norteamericana*.

“Comencé a leer este libro para dar mi opinión. Pero de repente me entusiasmé con él. Antes de darme cuenta, había terminado de leerlo. Leer este libro me hizo bien: como cristiano, como hijo de Dios ansioso por terminar la obra, y como pastor. Ron se inspiró para escribir sobre la maravillosa Persona del Espíritu Santo de una manera sencilla, aunque profunda. No se pierde en la teología ni en la historia, sino que atrae al lector empíricamente. Después de leer el libro, siento la necesidad urgente de ser lleno del Espíritu, para que la obra de Dios pueda concluirse

en mi vida, en la vida de la iglesia y en el mundo” —**Alejandro Bullón**, *evangelista jubilado de la División Sudamericana*.

“*La mayor necesidad del adventismo: el derramamiento del Espíritu Santo*, de Ron Clouzet, es una descripción cautivante, desafiante e inspiradora de la mayor necesidad de la Iglesia Adventista: el derramamiento del Espíritu Santo. Desde el primer párrafo, su corazón quedará cautivado por el deseo de experimentar esta, la mayor de todas las bendiciones. Respaldo por una sólida teología adventista, el libro expone muchas de las teorías falsas sobre las manifestaciones del Espíritu Santo, mientras nos desafía a ir en busca de este poder que no solo transformará nuestra vida, sino también nos enviará a recoger la cosecha final de la Tierra. Este es un libro de lectura obligada para todos los adventistas del séptimo día que procuran esa experiencia más profunda con Jesús y la habilitación del Espíritu Santo para alcanzar a los perdidos” —**Russell Burrill**, *autor y ex director del Instituto de Evangelización de la División Norteamericana (NADEI)*.

“Si usted quiere recibir el poder del Espíritu Santo en la vida de su iglesia, ¡este libro es imprescindible! Su naturaleza práctica y relevante, unida a su aplicación evangelizadora, es extraordinariamente útil para la iglesia, tanto en forma individual como colectiva. Lo recomiendo mucho para administradores eclesiásticos, pastores y miembros por igual” —**Carlton P. Byrd**, *orador y director del ministerio televisivo “Breath of Life” [Aliento de vida]*.

“El Dr. Clouzet apela a sus colegas pastores y a los jóvenes y los ancianos de la iglesia: conocer de Jesús y entender bien todas las doctrinas no es suficiente. ¡Nada de eso! Cumplir la comisión evangélica de Mateo 24:14 es más que ‘proclamar’ el mensaje: el mensaje se entiende solo cuando los mensajeros son testigos personales de su validez y veracidad. ¡Eso significa que los que profesan estas verdades son transformados por ellas, y no son meros portavoces! Nosotros somos mensajeros de Dios, si prestamos oídos a las instrucciones sencillas del Espíritu Santo.

“Este libro nos ayudará a comprender que Dios no puede enviar la lluvia tardía sobre personas que no están preparadas, así como tampoco pudo hacerlo, ni lo hizo, en épocas anteriores. La lluvia tardía no cae sobre un terreno que no ha experimentado la lluvia temprana” —**Herbert Edgar Douglass**, *autor, editor y administrador de la Iglesia Adventista del Séptimo Día*.

“El Dr. Ron Clouzet es un pastor eficiente, un erudito competente,

un evangelista exitoso y un escritor talentoso. Su amplia trayectoria ministerial y su profunda experiencia proveen un telón de fondo para su nuevo libro, *La mayor necesidad del adventismo*. El mismo título lo dice todo. Con la habilidad de un erudito y el corazón de un evangelista, Ron comparte su pasión por la necesidad de que el Espíritu Santo sea derramado en cada una de nuestras vidas personales y en la vida colectiva de la iglesia. Sus reflexiones sobre el ministerio del Espíritu Santo tienen una sólida base bíblica, están presentadas con una frescura que tocará su corazón, y además estimulará su mente. Mi oración es que al leer estas páginas, el Espíritu Santo nos acerque más a Jesús” —**Mark Finley**, *asistente del presidente, Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día*.

“¿A menudo siente una profunda sed espiritual de Dios? ¿Tal vez un anhelo de caminar más íntimamente con su Salvador, Jesucristo? Si es así, lo invito a leer este libro, y a dejarse guiar por lo que la Palabra de Dios dice sobre la gratificante e importante obra del Espíritu Santo en su vida hoy” —**Roberto Folkenberg (h)**, *presidente de la Asociación del Alto Columbia*.

“Al leer *La mayor necesidad del adventismo: El derramamiento del Espíritu Santo*, me sentí atraído por la convicción de mi propia necesidad espiritual. El estudio excelente y minucioso del Dr. Ron Clouzet sobre la obra del Espíritu es una ‘lectura obligada’ para todo adventista del séptimo día serio. El libro extrae lecciones poderosas de la historia de la iglesia; que son convincentes cuando se las evalúa en términos de las necesidades actuales y del estado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en la actualidad. Un llamado fundamental en esta obra nos llega en la forma de una pregunta directa que debemos responder personal y colectivamente: ‘¿Cuánto más dormiremos en la luz, mientras el mundo duerme en la oscuridad?’ Recomiendo muy especialmente este libro a todos los que se atrevan a ser confrontados por el Espíritu Santo y que, a su vez, se comprometan a anunciar el mensaje del Espíritu a un mundo necesitado” —**Daniel R. Jackson**, *presidente de la División Norteamericana*.

“¡Les encantará este nuevo libro! Es oportuno, necesario, bien escrito y muy práctico. El trabajo de amor que intervino en su preparación es bien recibido, porque el mensaje está lleno de esperanza y aliento. Los mensajes de Ron Clouzet son personales: suficientemente profundos como para permitirnos hacer descubrimientos y suficientemente amplios como para responder preguntas comunes. Encontrará un mensaje personal que le cambiará la vida. Creemos que este libro será una fuente

de luz extraordinaria. Eso esperamos” —**Ruthie Jacobsen**, *directora del Ministerio de la Oración de la División Norteamericana*.

“*La mayor necesidad del adventismo: El derramamiento del Espíritu Santo* es uno de los libros más importantes y trascendentes que pueda leer. Responde preguntas que yo había tenido en relación con el Espíritu Santo, y me ha ayudado a entender la historia de nuestra iglesia como nunca, en relación con el Espíritu Santo. El conocimiento es solo una partecita del mensaje de este libro. Mientras lo leía, descubrí que varias veces me detuve para aplicar en mi propia vida lo que estaba aprendiendo, y para arrodillarme a orar pidiendo perdón y que el Espíritu Santo entre más plenamente en mi vida. Como resultado del libro de Clouzet, mi tiempo con Dios se ha vuelto mucho más pleno y significativo. Es una lectura obligada para todo adventista del séptimo día que espera con ansias la pronta venida de nuestro Señor y Salvador Jesús” —**Don James**, *director asociado del Instituto de Evangelización de la División Norteamericana*.

“El autor no solo ha investigado el tema del Espíritu Santo, sino también ha permitido que el Espíritu examine su corazón y su vida. Esta transparencia ha producido una obra inspirada, que crea en el lector hambre de Dios, un recordativo del fruto de una asociación con el Espíritu Santo y el sincero clamor de decir: ‘¡Que llueva!’

“Todos los pastores y los líderes eclesiásticos debieran hacer provisión para que sus miembros lean este libro. La investigación es sólida, las historias inspiran, y el Espíritu Santo convencerá y capacitará.

“ADVERTENCIA: Es probable que la lectura de este libro produzca cambios dramáticos en sus hábitos y prioridades. Se recomienda que haga este viaje con un grupo pequeño: incluya a su familia, a sus amigos de la escuela” —**Esther R. Knott**, *secretaria asociada de la Asociación Ministerial de la División Norteamericana*.

“Si alguna vez el mundo necesitó un llamado a despertarse; si alguna vez los que creen que les ha sido confiado el último mensaje de Dios, de gozo y de advertencia, perciben la necesidad de un llamado a despertarse, ¡este libro de Ron Clouzet es la respuesta!” —**Justin McNeilus**, *presidente de Generation of Youth for Christ [Generación de Jóvenes para Cristo] (GYC)*.

“Todo seguidor de Jesús en el tiempo del fin necesita leer *La mayor necesidad del adventismo*. El último gran reavivamiento no ocurrirá como resultado de la sabiduría humana o de las estrategias humanas. Todos

necesitamos experimentar la presencia transformadora y el poder del Espíritu Santo que cambian el mundo. Lea, ore, y luego dé permiso a Dios a fin de que lo utilice para impactar el mundo” —**Derek J. Morris**, *editor de la revista Ministry*.

“¡Un libro poderoso! El Señor ha utilizado la enseñanza y la predicación de Ron sobre el reavivamiento espiritual y la reforma, a lo largo de los años, para inspirar y cambiarme a mí y a miles alrededor del mundo. Este libro es un resumen excelente de esas ideas prácticas y de los principios bíblicos tan necesarios para todo el pueblo de Dios de los últimos días, para realmente vencer con él. Invierta tiempo leyendo este libro, y aplique sus principios. ¡Esto puede marcar una diferencia eterna para usted, sus seres queridos y su iglesia!” —**Jerry N. Page**, *secretario ministerial de la Asociación General*.

“Clouzet aborda el importante tema del reavivamiento y la reforma de un modo muy instructivo y atrayente. Su corazón pastoral fluye a través de todo el libro, con bondad y preocupación sincera por el bienestar espiritual de la iglesia. Examina la obra del Espíritu sin sensacionalismo, mientras que al mismo tiempo reconoce que el Espíritu obra y continuará obrando en la iglesia y a través de ella, en formas cada vez más poderosas. Quienes también están interesados en la cuestión de la naturaleza del Espíritu, aquí hallarán información útil y confiable. Esta obra podría ser muy útil para el estudio personal y en grupos” —**Ángel Manuel Rodríguez**, *director jubilado del Instituto de Investigación Bíblica*.

“Cuando comencé a leer el libro del Dr. Ron Clouzet, se me ocurrió que se trataba de otra arena oficial sobre el Espíritu Santo, escrito para los santos de la iglesia que necesitan un codazo de tanto en tanto. ¡Pero, aguarde! Porque, en pocos capítulos, el lector es confrontado no con una simple necesidad del Espíritu Santo, sino con su desesperación total por él. Vale la pena leer este libro. Está preparado para guiar a todos los creyentes en un viaje de profunda intimidad con el Espíritu” —**Fredrick Russell**, *presidente de la Asociación de Allegheny Occidental*.

Reconocimientos

Ningún libro es escrito por una sola persona; se necesita toda una red de amigos.

Las primeras gracias van dedicadas a Russell Burrill, ex director del Instituto de Evangelización de la División Norteamericana (NA-DEI), autor de una docena de libros; y, en esta obra, mi mano derecha como director de la NET 2011. Me advirtió sobre lo difícil que sería escribir algo decente en pocas semanas; pero después, fielmente me brindó su reacción respecto de cada capítulo, convirtiéndose en mi principal motivador.

Tengo una gran deuda con mi mentor y amigo, Jack Blanco, ex decano de la Facultad de Religión de la Southern Adventist University y autor de *The Clear Word* [La palabra clara], por prestar atención a los detalles, por los consejos oportunos y por su opinión como experto. Jack aconseja con una combinación de mente y corazón. Lo mismo digo respecto de Herb Douglass, siervo de Dios extraordinario, profesor, editor y autor de innumerables libros, incluyendo el ya clásico *Mensajera del Señor* y sus títulos más recientes: *El corazón del adventismo* y *Red Alert: Hurling Into Eternity* [Alerta roja: lanzados hacia la eternidad], quien tuvo el coraje de señalar debilidades y la bondad de expresar fe en este proyecto. Estos tres hombres han dedicado horas de su valioso tiempo al propósito de ayudar a mejorar este libro. Ninguna de las debilidades de este libro, ya sean teológicas o de estilo, pueden atribuirse a otro sino a mí.

Agradezco también a un amigo del alma en cuestiones del Espíritu, el pastor Kevin Wilfley. Sus comentarios me hicieron pensar y aclarar ciertas cosas para mejorar; eso espero. Agradezco a mi colega en el seminario, John Baldwin, que también me brindó opiniones valiosas. Y a Ángel Rodríguez, del Instituto de Investigación Bíblica, por sus consejos

prácticos y perspicaces. A mi fiel colega del NADEI, Don James, quien se tomó el tiempo que no tenía, con el fin de ayudarme a elaborar preguntas para la reflexión personal y para ser usadas en los grupos pequeños.

A todos los que han tenido el coraje y la bondad de evaluar este libro, estoy en deuda con ellos. Estos hombres y mujeres de Dios que hacen una obra maravillosa por la iglesia están en mis oraciones y debieran estar en las de ustedes. Quiero agradecer a mi amigo desde hace mucho tiempo, el pastor Dwight Nelson, por escribir un prefacio tan amable.

Scott Cady, de la Pacific Press, un amigo de mis días en California, ha sido paciente y muy atento en guiarme a lo largo del viaje desde las ideas hasta la publicación; y Ken McFarland proveyó su experiencia como editor.

Por último, agradezco a mi esposa, Lisa, que no solo fue la primera en leer cada capítulo y en percibir mis errores más obvios, sino también sufrió en carne propia a un esposo fuera de servicio durante varias semanas críticas.

Pero, el verdadero agradecimiento está dedicado al Espíritu Santo, que me guió con tanta ternura y amor durante tantos años para conocer mejor a Dios y amarlo más. Solo lamento las tantas veces que decidí prestar oídos a mis deseos en vez de a su voz; y oro por que esta propensión vaya desapareciendo, con el paso de los años, ante su amante presencia.

¡A Dios sea la gloria!

Contenido

Prefacio	xiv
Introducción	xvi

LA PROMESA

1. El gran anhelo de Dios.....	21
2. El nacimiento de la iglesia.....	30
3. El pequeño reavivamiento que no fue	41
4. La iglesia rechaza al Espíritu	50
5. Una muestra de reavivamiento y reforma	60

LA PERSONA

6. Conozcamos al Espíritu Santo.....	71
7. El don de Jesús	84
8. La testificación mediante frutos y dones	97

LA PRÁCTICA

9. Bautizados con el Espíritu	111
10. Cómo experimentar el poder.....	127
11. Las condiciones para el derramamiento del Espíritu.....	140
12. Cómo ahuyentar al Espíritu	154
13. Cómo pedir unánimes.....	163

EL PODER

14. La lluvia tardía	177
15. El surgimiento de Babilonia	187
16. La voz del Espíritu	199
17. Una iglesia comisionada por el Espíritu.....	211

Prefacio

Pregunta: ¿Cuánto tiempo se necesita para escribir un libro colosal como este sobre el Espíritu Santo?

Respuesta: Lleva toda una vida.

Tengo el privilegio de conocer al autor de este libro hace media vida. Ron y Lisa Clouzet eran jóvenes seminaristas cuando me mudé a la Universidad Andrews para ser pastor de la iglesia *Pioneer Memorial*. Y desde aquellos días tranquilos de su primer pastorado, Ron se ha distinguido como líder espiritual, enardecido con una pasión cada vez más profunda por conocer a Cristo, y la sed de ser lleno de su Espíritu.

Por eso, lo que está a punto de leer no solo es fielmente bíblico y rigurosamente teológico, sino también es profundamente personal. Como Frederick Buechner observó una vez: “Toda teología es biografía”; es decir, lo que un autor se esfuerza por expresar, necesariamente fluye de las profundidades de su experiencia íntima con Dios. Usted percibirá esas profundidades personales ya que Ron, con un candor transparente y una vulnerabilidad estimulante, describe su propia búsqueda espiritual en su intención de ser “lleno de toda la plenitud de Dios” (Efe. 3:19).

Pero este es más, mucho más, que un diario íntimo; aunque estos no dejan de tener su valor. Es un manual espiritual para el pueblo de Dios, para la última comunidad apocalíptica de Dios en la Tierra. Y como tal, quizá sea el manual más práctico sobre el Espíritu Santo que alguna vez haya leído. Abarca desde cómo recibir diariamente la plenitud del Espíritu de Jesús en forma personal hasta cómo un pequeño grupo, o incluso una congregación entera, puede recibir la unción de la poderosa tercera Persona de la Deidad, y cómo rogar fervientemente por el cumplimiento

de las promesas de Dios relacionadas con la “lluvia tardía”. Me conmovió especialmente la crónica detallada de lo que ocurrió en una congregación cuando sus miembros, junto con el autor, abrazaron la promesa de Dios del Espíritu Santo y obedecieron el mandato de Cristo de “pedir” como nunca antes. Ayuno y oración, conversiones milagrosas y crecimiento explosivo: ¿podría ocurrir también en mi congregación universitaria? El testimonio personal de Ron es una evidencia de que puede, y debe ocurrir.

Dado el mundo del tercer milenio en el que usted y yo habitamos, con su flujo precario y su convulsión implosiva, ¿acaso no es hora de estremer los almacenes del Cielo en busca de este don, “que trae todas las demás bendiciones en su estela” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 626)? ¿Qué más quiso decir Jesús cuando declaró: “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (Mat. 11:12)? Hemos banalizado nuestro camino espiritual durante décadas. Probablemente este sea el momento justo para que la Iglesia Adventista del Séptimo Día se tome absolutamente en serio el llamado de Dios al reavivamiento y a la reforma dentro de nuestra comunidad apocalíptica. De rodillas, con la Biblia en la mano, ¿no nos juntaremos en grupos (no se pierda el capítulo 13, sobre la oración conjunta. Ese solo capítulo justifica el precio del libro) para suplicar activamente por el derramamiento divino; que es lo único que podrá alcanzar a siete mil millones de seres humanos con las alegres y urgentes noticias de que el Salvador del mundo está pronto a venir?

Ron Clouzet cree que podemos; que debemos. ¿Se unirán a mí, entonces, para sumarnos a él en esta búsqueda incesante de la mayor promesa de Cristo? ¿Qué más estamos esperando?

Dwight K. Nelson, *pastor principal de la
Iglesia Pioneer Memorial,
Universidad de Andrews.*

Introducción

La mayoría de nosotros vive respirando con dificultad, como si nos ahogáramos a ocho centímetros por debajo de la superficie del agua. Nos hemos acostumbrado tanto a esta condición que casi no nos damos cuenta de que existe un mundo enteramente nuevo justo encima de nosotros. Anhelamos más: buscamos distracciones y entretenimientos apropiados solo para pasar el rato y que, a fin de cuentas, son insatisfactorios. En nuestras apacibles meditaciones con Dios, en lo más íntimo del ser sabemos que existe otra dimensión, que puede ser nuestra si así lo decidimos, o si supiéramos cómo llegar hasta allí.

Después de cuarenta años de restaurar con éxito muchas verdades ignoradas de la Biblia, la Iglesia Adventista se volvió adepta a luchar con la espada teológica; pero la vida real había desaparecido para muchos miembros de iglesia. Tenían la verdad, pero, de un modo u otro, esto no los hacía libres. Los predicadores proclamaban la Ley hasta que la iglesia estuvo seca “como las colinas de Gilboa”. Durante años, Elena G. de White instó a la iglesia a que contemplara a Jesús. Finalmente, en 1887, escribió su famosa declaración:

“La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibir las. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente, nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento”¹

Varias cosas saltan inmediatamente a la vista cuando leemos este llamado. Observemos que la primera frase contiene tres superlativos: “la mayor”, la “más urgente”, de “todas” nuestras necesidades. ¿Hay algo mayor o más urgente que esta necesidad? En realidad, Elena G. de White, en otra parte, también menciona que la fe, la gracia divina y las familias convertidas son la mayor de todas nuestras necesidades. Pero, cuando la mayor necesidad también es “la más urgente”, se reserva la expresión para hablar *solamente* del otorgamiento del Espíritu a la iglesia.

Se observa, también, que si el derramamiento del Espíritu en la iglesia no se está verificando allí, no es porque Dios no esté dispuesto a otorgarlo. Ella dice que “procurarlo debiera ser nuestra primera obra”. De modo que requerirá trabajo. Este trabajo no tiene nada que ver con obtener la salvación, esa es la obra de Dios; sino que tiene que ver con dejarse llevar, con llegar hasta el punto en que Dios pueda bendecirnos como nunca antes. Y ¿en qué consiste esta obra? En cuatro elementos: confesión, humillación (entrega), arrepentimiento y oración ferviente. Y esto implica una cosa más: esta obra también es algo que ocurre en conjunto, con otras personas.

Existen muchos malentendidos hoy acerca de la Persona y la obra del Espíritu Santo; y mucho más en cuanto a lo que puede constituir el derramamiento del Espíritu Santo, o la lluvia tardía. Parte de esto se da porque el mundo cristiano, en general, todavía está tratando de entenderlo; pero incluso en nuestra iglesia existe confusión. Una cosa es segura: sin el derramamiento del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestra iglesia, no vamos a ninguna parte. “Lo que necesitamos, de lo que no podemos prescindir, es el poder del Espíritu Santo que obra con nuestros esfuerzos.”²

¿Por qué otro libro sobre el Espíritu Santo?

Mi interés en el tema del Espíritu Santo comenzó siendo joven, cuando era pastor en California. Durante los últimos veinte años lo estudié por razones devocionales y también académicas; especialmente lo que dijo Elena G. de White sobre el *bautismo* del Espíritu en nuestra vida. Mi interés en escribir este libro ahora es triple:

1. A fin de rectificar nociones erróneas que algunos sostienen sobre la obra y el ministerio del Espíritu en nuestra vida y en la iglesia.
2. Para brindar una descripción bastante amplia de la multifacética obra del Espíritu en nuestra vida especialmente en lo relacionado con el cuerpo de Cristo, la iglesia local.
3. Con la intención de brindar contenido y apreciaciones que puedan encender un reavivamiento y una reforma en el corazón del lector, junto con el de sus amigos y demás miembros de la iglesia.

El libro se divide en cuatro secciones: la promesa, la Persona, la praxis y el poder. Para algunos lectores tal vez comience lentamente, porque al principio se necesitan fundamentos bíblicos e históricos. Pero si los lectores persisten, serán ampliamente recompensados, en mi opinión, en las dos últimas partes del libro.

Al final de cada capítulo hay preguntas que pueden estimular el debate en grupo y la entrega personal. Para ser honesto, espero que este libro sea leído no solo individualmente, sino también en grupos. Me imagino a grupos de jóvenes adultos, parejas jóvenes, estudiantes universitarios, o simplemente grupos de amigos que se reúnen para leerlo y orar. Además, sería bueno para los grupos regulares de la iglesia: los grupos pequeños, las clases de Escuela Sabática, los grupos que fomentan un ministerio, la junta de iglesia o la junta de ancianos. En las iglesias más grandes o en las sedes de las asociaciones me imagino a los líderes, el personal administrativo o pastoral, que leen juntos el libro; o que al menos se reúnen periódicamente a fin de compartir comentarios y orar juntos sobre el contenido.

Ya sea que escoja leerlo en grupo o por su cuenta, haga planes de dedicar tiempo a buscar textos en la Palabra y al leer cada capítulo. Deténgase para agradecer a Jesús y conversar con él a medida que sea movido por el Espíritu. Léalo con bolígrafo en mano. Sáquele el mayor provecho. No deje escapar esta oportunidad sin entregar todo a Jesús, el amor de su alma.

Que Dios lo bendiga ricamente, a medida que lee y medita en lo que el Espíritu puede estar diciéndole a la iglesia.

Referencias

¹ Elena G. de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 141.

² *The Home Missionary*, 1° de noviembre de 1890, párr. 26.

La promesa

El gran anhelo de Dios

Gao Hung Tse, un peón que vivía en el campo, se bautizó. No tenía familia ni educación; y no solo era analfabeto, tenía también tan mala memoria que no podía recordar lo que la gente le había leído. Pero Gao amaba a Jesús, y anhelaba compartir el amor de Dios y su Palabra con los demás. Si tan solo pudiera aprender a leer...

Un sábado decidió que rogaría a Dios que hiciera algo, *cualquier cosa*, de manera que él pudiera compartir su fe; así que estuvo horas orando para que el Espíritu Santo lo capacitara. De repente Gao oyó una voz que decía: "Lee Salmo 62". Se quejó de que no podía leer; pero la voz vino otra vez. No analizó el problema ni discutió con él; simplemente volvió a decirle que leyera el Salmo 62. Así que Gao tomó la Biblia que alguien le había dado en su bautismo y la abrió en el Salmo 62. Entonces, para su asombro, ¡descubrió que podía leer! Así que leyó todo el salmo.

Gao no podía contener su entusiasmo. Salió corriendo de su casucha hasta el otro lado del pueblo, donde le dijo al anciano de la iglesia:

—¡Dios me enseñó a leer!

Luego le recitó todo el salmo de memoria. Dios, milagrosamente, le había concedido la capacidad de leer y de memorizar.

¿Qué hizo Gao con las nuevas habilidades que Dios le dio? Proclamó el amor de Jesús a todos los que deseaban escuchar. Abría la Biblia y se la leía a otros como si cada palabra viniera del Cielo. Y porque este

22 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

peón común valientemente puso su confianza en las promesas de Dios, Dios lo utilizó con el fin de llevar salud y esperanza a multitudes de personas. Cientos descendieron a las aguas del bautismo debido a su testimonio y su ministerio: ¡ciento ochenta en el primer año después de su bautismo!

La promesa del Espíritu

Elena G. de White declaró explícitamente que “la dispensación en la que vivimos ahora... [es] la del Espíritu Santo”!¹ De modo que, aparentemente, el Espíritu Santo está ahora obrando en la Tierra de manera especial. ¿Lo estamos aprovechando? ¿Le estamos pidiendo que colme nuestro corazón y nuestros hogares? Como el hermano Gao, ¿estamos insistiendo a fin de que el Señor nos llene y nos capacite; y nos negamos a dar un No como respuesta?

En la noche de la Pascua, horas antes de su crucifixión, Cristo prometió a sus discípulos que vendría el Espíritu Santo. “Y yo rogaré al Padre —dijo—, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16, 17).

¡Que pasaje asombroso! Jesús prometió pedir el Espíritu Santo al Padre en nuestro favor. ¿Cuándo lo hizo? Debió haber sido en la mañana del día en que resucitó, cuando se encontró con su Padre (ver Juan 20:1, 15-17).² Esa noche, cuando se apareció a los discípulos apiñados en el aposento alto, les aseguró: “Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros” (Luc. 24:49), y sopló sobre ellos el Espíritu, como un promesa del Pentecostés (ver Juan 20:19-22). Inculcó sobre los discípulos la santidad de la obra de compartir su carácter con aquellos a quienes presentarían el evangelio.

¿Qué más les prometió Jesús? Juan 14 nos cuenta que prometió que enviaría “otro Consolador”. La palabra griega traducida “Consolador” o “Ayudador” es *paraklētos*, que literalmente significa “uno al lado”. Nosotros usamos el prefijo *para* en palabras como *paralelo*, algo que está “al lado” de otra cosa, y *paralegal*, alguien que “se compara” con un abogado; que realiza algunas de las mismas actividades que un abogado. La implicación es que el Espíritu Santo es alguien como Jesús; pero ese alguien estará con nosotros para siempre. Mientras Jesús sirve como el Segundo Adán, representando a la humanidad en el cielo, el Espíritu Santo, el *paraklētos*, sirve en la Tierra como Dios con nosotros.

Me gustaría que observemos una cosa más acerca de nuestro texto. Jesús cambió la preposición que habla de cómo se relaciona el Espíritu con nosotros. No dijo que el Espíritu Santo estaría *con* nosotros meramente, así como Jesús estaba con los discípulos; ahora el Espíritu está *en* noso-

tros. Cuando doy seminarios sobre el Espíritu Santo, generalmente me detengo en este punto y permito que este pensamiento penetre, y luego comparto una analogía: todas las madres conocen la diferencia entre que su hijo esté *con* ella y que su hijo esté *en* ella.

¿A qué viene eso?

Jesús intenta que nuestra recepción del Espíritu sea tan poderosa, tan concreta, tan impactante que sea como tener otra vida *en* uno. Así como tener un hijo cambia a una mujer para siempre, así la recepción del Espíritu nos cambia para siempre. Él vive *en* nosotros.

Una y otra vez, aquella noche de Pascua, Jesús sacó el tema del Espíritu.³ Dijo a los discípulos que el Espíritu les enseñaría todas las cosas y les haría recordar lo que él les había enseñado (Juan 14:26). Explicó que el Espíritu daría testimonio de él, y en consecuencia, ellos mismos darían testimonio (Juan 15:26, 27). Les aseguró que el Espíritu de verdad los guiaría a toda verdad, y que el Consolador divino les haría saber las cosas que vendrían (Juan 16:13). Les comunicó que su partida era para beneficio de ellos, porque significaba que el Espíritu vendría (Juan 16:7). De hecho, pensando en el día de la llegada del Consolador, el día de Pentecostés, Jesús les dijo con ternura: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:18, 20). ¡Jesús esperaba permanecer más cerca de sus discípulos *después* de su partida que cuando estuvo físicamente presente con ellos!

Pero, el Espíritu ¿no estaba ya presente en la Tierra? ¿Por qué, entonces, la promesa de que vendría?

El Espíritu en el Antiguo Testamento

El libro de LeRoy Froom, *La venida del Consolador*, es una obra clásica sobre el Espíritu Santo; quizás el libro adventista más influyente sobre el tema escrito hasta la fecha. En este libro, Froom nos dice que el Espíritu Santo se menciona 88 veces en el Antiguo Testamento y 262 veces en el Nuevo Testamento.⁴ Sobre la base de la diferencia de tamaño de los dos Testamentos, el Espíritu se menciona diez veces más en el Nuevo Testamento que en el Antiguo Testamento.

Pero, el Antiguo Testamento *menciona* al Espíritu y su actividad. Lo encontramos actuando en la Creación (Gén. 1:2); involucrado en la obra de regeneración (Gén. 6:3); otorgando talentos y habilidades para el ministerio (Éxo. 31:3-5); y obrando mediante señales y prodigios (Jue. 14:6, 19). Es más evidente en la obra de los dirigentes escogidos por Dios, como Gedeón (Jue. 6:34), David (1 Sam. 16:13) y Elías (2 Rey. 2:9, 15; 8:14, 15); y en especial, en la de los profetas mayores, como Isafías y Ezequiel (Isa. 48:16; 59:21; Eze. 2:2; 3:12, 24). Durante este tiempo, “la influencia del Es-

24 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

píritu Santo se había revelado a menudo en forma señalada, *pero nunca en su plenitud*".⁵ Si bien observamos al Espíritu de Dios obrando en las personas en ese tiempo, rara vez lo advertimos obrando colectivamente; en otras palabras, en un grupo de gente.

Sin embargo, hallamos expresiones que revelan el anhelo de Dios de que el Espíritu obre en la Tierra entre su pueblo y en Jesús, el Mesías. En los días de Salomón, Israel comenzó una larga relación con los ídolos. Mediante la voz de la Sabiduría, Dios instó al rey: "Volveos a mi reprobación; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, y os haré saber mis palabras". Luego advirtió sobre los resultados de rechazarlo: "Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán... Mas el que me oyere, habitará con fiabilidad y vivirá tranquilo, sin temor del mal" (Prov. 1:23, 28, 33). Esto fue más de novecientos años antes de que Cristo viniera a la Tierra. Un siglo y medio después, Dios anunció a Isaías que el Mesías venidero tendría la plenitud del Espíritu de Dios (Isa. 11:1-13; 42:1; 61:1-3).

En el momento de la cautividad babilónica, cinco siglos antes de Cristo, el pueblo de Dios se había vuelto completamente pagano. A través de Ezequiel, Dios prometió un cambio. Dijo: "Santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones". Derramaría "agua limpia" sobre ellos y los limpiaría de sus inmundicias y sus ídolos. Además, Dios declaró que daría un corazón nuevo a su pueblo, pondría Espíritu nuevo dentro de ellos y haría que anduviesen en sus estatutos (Eze. 36:23, 25-27). ¿Captaron eso? Dios *haría* que anduviesen en sus estatutos. Cuando Israel estuvo al pie del Monte Sinaí, ¿no prometieron caminar en los estatutos de Dios? Dijeron: "Todo lo que Jehová ha dicho, haremos" (Éxo. 19:8). Pero, por supuesto, fallaron miserablemente. Solo con el poder del Espíritu de Dios podrían triunfar (Zac. 4:6).

Finalmente, mediante Joel, uno de los últimos profetas del Antiguo Testamento, Dios llamó al reavivamiento y a la reforma. Dijo:

*"Convertíos a mí con todo vuestro corazón,
con ayuno y lloro y lamento...*

*Y convertíos a Jehová vuestro Dios;
porque misericordioso es y clemente...*

Tocad trompeta en Sion, proclamad ayuno, convocad asamblea.

Reunid al pueblo... juntad a los ancianos...

*Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová,
y digan: Perdona, oh Jehová a tu pueblo...*

Responderá Jehová... Os restituiré los años que comió... la langosta...

*Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne,
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas,*

¡vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones;

*Y también sobre los siervos y sobre las siervas
derramaré mi Espíritu en aquellos días.*

Y daré prodigios en el cielo y en la tierra...

antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.

Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo...

Vosotros también, hijos de Sion,

alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios;

porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo,

y hará descender sobre vosotros lluvia temprana

y tardía como al principio"

(Joel 2:12, 13, 15-17, 19, 25, 28-30, 32, y vers. 23).

El día de Pentecostés, Pedro recordó esta maravillosa promesa, que Dios dio a través de Joel (Hech. 2:14-21). Por primera vez, notamos que Dios promete el Espíritu a "toda carne": hombres, mujeres, jóvenes y ancianos. Por medio del pueblo de Dios, el poder y la presencia del Espíritu se verían ahora en el mundo.

¿Por qué no podría haber ocurrido esto en los tiempos del Antiguo Testamento?

Juan nos refiere que "aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado" (Juan 7:39).

¿Cuándo fue glorificado Jesús?

Después que sufrió y murió; como él y su Padre lo dejaron en claro días antes de la crucifixión (Juan 12:23, 24, 28; 13:31, 32). Y pocos días *después* del día de Pentecostés, Pedro, por inspiración de Dios, anunció que Jesús estaba glorificado ahora (Hech. 3:13).

¿Cómo se llevó esto a cabo?

Ese día, Cristo fue entronizado como Rey de reyes, "en medio de la adoración de los ángeles", para completar su inauguración.⁶ Pablo aumenta nuestra comprensión de este acontecimiento al escribir que, en su ascensión, Cristo "se llevó consigo a los cautivos y dio dones a los hombres" (Efe. 4:8, NVI). Esto refleja lo que los reyes de aquella época hacían cuando regresaban después de vencer a sus enemigos en batalla: los súbditos del rey victorioso formaban fila a fin de darle la bienvenida. Entonces, el rey y su ejército desfilaban al entrar en su ciudad, guiando a los soldados enemigos que ahora eran cautivos suyos. Y mientras desfilaban, el rey arrojaba regalos (dones) —una parte del botín— a su jubiloso pueblo. Los "cautivos" que Cristo llevó al cielo fueron los primeros frutos de su resurrección (Mat. 27:52, 53), y el botín era los dones del Espíritu, derramados sobre la iglesia para el avance del Reino de Cristo.

El Calvario antes del Pentecostés

Lo que acabamos de ver, entonces, revela que bajo ninguna circunstancia el Pentecostés podría haber precedido al Calvario. Cristo tenía que ser glorificado como Conquistador sobre el pecado y la muerte antes de que su pueblo pudiera recibir la plenitud de su Espíritu. La razón es bastante sencilla: deseamos la plenitud de Dios *en* nuestra vida solo cuando percibimos el pleno sacrificio de Cristo *por* nuestra vida.

Cristo ha mencionado que el objetivo del Espíritu Santo era convencer “al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). ¿Cómo logra Dios eso? La convicción de pecado da por resultado el arrepentimiento. Pero ¿nos arrepentimos simplemente porque se nos hace evidente que hemos pecado? Si usted es como yo, la respuesta es un patético NO. Con demasiada frecuencia, miramos al pecado de frente, sabiendo plenamente que es pecado, ¡y sin embargo, continuamos en él!

El arrepentimiento es impulsado por algo que no es nuestro reconocimiento de que somos pecadores; viene por una demostración del amor de Dios por nosotros. “Su benignidad te guía al arrepentimiento”, proclamó Pablo (Rom. 2:4). Piense en esto. Cristo bien podría haber muerto en el huerto del Getsemaní; hubiese preferido morir allí, donde quedó abrumado por causa de la presencia y el poder de nuestro pecado (Mat. 26:36-38). Sin embargo, si hubiese ocurrido eso, solo los seres celestiales habrían tenido una apreciación de la benignidad, la bondad de Dios, hacia la raza caída. ¡Los seres humanos nos la habríamos perdido! Se necesitó el sufrimiento del Hijo de Dios, la demostración impactante y abundante en la cruz del amor de Dios por nosotros, para que comenzáramos a prestar atención. Entonces, y solo entonces, *realmente* podríamos convencernos de nuestro pecado.

Permítanme ilustrarlo. Hace unos años, siendo un joven profesor en una de nuestras universidades adventistas, fui a mi oficina a investigar algo una mañana antes de que otras personas llegaran al edificio. Mientras estaba allí, pude vislumbrar un conocido cuadro verbal que Elena G. de White “pintó” acerca del sacrificio de Jesús *por mí*. Decía que Cristo había sido brutalmente abusado *por mí*; su cabeza, sus manos, sus pies, fueron lastimados *por mí*. Elena G. de White destacaba “la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre”; y me di cuenta de que era a causa de *mi pecado*. Y entonces, en un incremento gradual de su descripción de la dolorosa realidad, la autora se dirigía al lector: “Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso.”⁷

Comencé a llorar en ese preciso instante. Traté de terminar de leer el párrafo, pero ya no podía ver; mis ojos se habían convertido en ríos de

dolor, y la aflicción se entremezclaba con el alivio. Caí de rodillas, reducido a una violenta agitación que no cesaba, y clamé en alta voz:

—¿Por qué, Señor? ¿Por qué me *amaste* tanto? ¿Quién soy yo para que renunciés a ti mismo por *mí*?

Lloré y lloré esa mañana, hasta que me quedé sin lágrimas. Había captado el amor de mi Salvador, de mi Maestro y Señor, más plenamente que nunca antes. Por años había sido pastor y profesor de Biblia; me había criado en la iglesia, constantemente expuesto a la obra de Cristo en favor de los pecadores; había conducido a cientos de personas a los pies de la cruz; y había leído ese pasaje varias veces antes. Pero aquella mañana las ventanas del cielo lanzaron una inundación de luz tan grande sobre la gracia de Dios que me apabulló.

Me quedé en el piso de mi oficina casi por una hora, extinguiendo en lágrimas el dolor de advertir que mis pecados habían causado la muerte de Jesús; por haber continuado pecando deliberadamente, sin que me importara lo que ese pecado le hiciera a él; y porque había vivido durante tanto tiempo sin apreciar plenamente lo que Dios había hecho por mí. ¿Cómo podría el Dios del cielo, el Rey de reyes y Señor de señores, aquel a quien le debemos *todo*, desde cada suspiro hasta la vida eterna, entregar su vida, su todo, *por mí*?

A decir verdad, estaba tan sobrecogido por el amor de Dios ese día que no me atreví a moverme ni a hablar por un rato. Me parecía blasfemia hasta decir gracias. Mi santo Dios se dio a sí mismo *por mí*. Oré en silencio, pidiéndole al Señor que se contuviera, porque me imaginaba que si seguía descubriendo más de su gracia en mi favor, podría explotar, por ser incapaz de contenerlo todo.

¿Qué piensan que hice cuando comencé a recuperarme? ¿Creen que volví a vivir tan despreocupadamente como antes? ¿Que fui en busca de distracciones seculares? Claro que no. Entregué mi ser completamente; al menos, más plenamente que antes.

—Señor —dije—, si estás dispuesto a amarme tanto, yo no lo merezco; ni ahora ni nunca. Si hay algo que puedas hacer conmigo para tu gloria, hazlo. Te entrego todo. Tengo el privilegio y el honor de entregarte todo a ti. No soy nada, y tú lo eres todo; pero has decidido tratarme como si lo mereciera.

¿Comprenden por qué Juan dijo que el Espíritu aún no había venido, porque Jesús todavía no había sido glorificado? (Juan 7:39). La obra suprema, humilde, misericordiosa del Espíritu es mostrarnos a Jesús como realmente es. La Ley de Dios, sobre la que se basa el universo, es la ley del amor abnegado; pero hasta el Calvario, solo Dios sabía cuánto nos amaba. Después de la cruz, el Espíritu Santo finalmente pudo mostrarnos su amor de una manera que antes nos era descono-

28 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

cida. Por eso, el Espíritu fue derramado sobre *toda* la humanidad en ese momento.

Hoy vivimos en una era diferente: la era del Espíritu. Por lo tanto, ¿no debíamos esperar que la iglesia y cada seguidor de la cruz reflejen esa diferencia?

¡Claro que debíamos! Dios la refleja.

Referencias

1. Elena G. de White, *Recibiréis poder*, p. 305. En inglés dice “the dispensation in which we are now living is the dispensation of the Holy Spirit”.
2. Ver White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 734.
3. Elena G. de White escribió: “Cristo, el gran Maestro, tuvo una infinita variedad de temas para elegir, pero del que más se ocupó fue de la dádiva del Espíritu Santo” (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 183).
4. LeRoy E. Froom, *La venida del Consolador*, pp. 24, 25.
5. White, *Los hechos de los apóstoles*, pp. 30, 31; énfasis agregado.
6. *Ibid.*, p. 31.
7. El párrafo completo se encuentra en *El Deseado de todas las gentes*, las páginas 703 y 704. Dice:

“El inmaculado Hijo de Dios pendía de la cruz: su carne estaba lacerada por los azotes; aquellas manos, que tantas veces se habían extendido para bendecir, estaban clavadas en el madero; aquellos pies, tan incansables en los ministerios de amor, estaban también clavados a la cruz; esa cabeza real estaba herida por la corona de espinas; aquellos labios temblorosos formulaban clamores de dolor. Y todo lo que sufrió: las gotas de sangre que cayeron de su cabeza, sus manos y sus pies, la agonía que torturó su cuerpo y la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre, habla a cada hijo de la humanidad y declara: Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso. El que calmó las airadas ondas y anduvo sobre la cresta espumosa de las olas; el que hizo temblar a los demonios y huir a la enfermedad; el que abrió los ojos de los ciegos y devolvió la vida a los muertos, se ofrece como sacrificio en la cruz, y esto por amor a ti. Él, el expiador del pecado, soporta la ira de la justicia divina y por causa tuya se hizo pecado”.

Preguntas para reflexionar o para estudiar en grupo

1. ¿Qué lo impresionó más de la historia de Gao Hung Tse, de China?
2. ¿Qué significa para usted que el nombre que Jesús dio al Espíritu fuese la palabra griega *parakletos*, que significa “uno al lado”?
3. ¿Cuáles son las implicaciones de Juan 14:17, acerca de que el Espíritu esté *en* nosotros, no *con* nosotros?
4. ¿Qué puede decir en cuanto al Espíritu Santo en el Antiguo Testamento?
5. Vuelva a leer Joel 2:12 al 32. ¿Qué está diciendo el profeta sobre el Espíritu?
6. Describa la glorificación de Jesús después de la resurrección.
7. ¿Por qué el Pentecostés no podía ocurrir antes que el Calvario?
8. Lea *El Deseado de todas las gentes*, las páginas 703 y 704, consignado en las referencias. ¿Cuál es su respuesta a un amor tan grande?
9. En esencia, ¿cuál es la obra del Espíritu?
10. En resumen, ¿cuál es el “gran anhelo de Dios”?

El nacimiento de la iglesia

Todo cambió después que Jesús resucitó. La expiación por la humanidad caída ahora estaba consumada. Se garantizó a los ángeles celestiales que el pecado se acabaría. Y el pueblo de Dios, su iglesia, tampoco volvería a ser el mismo.

La noche que siguió a su resurrección, Cristo sopló sobre sus discípulos el Espíritu Santo (Juan 20:21, 22), porque ellos necesitaban su ayuda para comprender, en poco tiempo, siglos de profecías mesiánicas. “Cuando hayan recibido el bautismo del Espíritu Santo —escribió Elena G. de White—, entonces comprenderán más los gozos de la salvación de lo que han sabido en toda su vida”.¹ Esa noche comenzó a abrirles “el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Luc. 24:45). Durante los siguientes cuarenta días, Jesús dio a conocer a los apóstoles la Gran Comisión.

En la Biblia encontramos cuatro versiones de la Gran Comisión. La mayoría piensa en la que se encuentra en Mateo 28, con el mandato de “Id, y haced discípulos”. Pero vislumbramos un cuadro más completo cuando incluimos las otras tres. La noche que siguió a la resurrección, la Comisión fue proclamar “el perdón de pecados”; y lo primero no fue *ir*, sino *quedarse* en la ciudad hasta que fuesen “investidos de poder desde lo alto” (Luc. 24:46-49). La segunda y la tercera oportunidades fueron durante su reunión en Galilea, algunos días después.² Cristo aquí enfatizó la necesidad de que ellos fueran “por todo el mundo” y de que predicaran “el

evangelio a toda criatura” (Mar. 16:15), y de hacer “discípulos... bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mat. 28:19, 20).

La última vez que se registra la Gran Comisión es justo antes del momento de la ascensión de Cristo, en el Monte de los Olivos. Y el énfasis ahora es *esperar*, no ir. Vale la pena citar el texto completo:

“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hech. 1:4-8).

Entonces, un cuadro completo de la Gran Comisión incluye los mandatos de *quedarse*, de *ir* y de *esperar*; así como también un espectro de objetivos más amplio del que esperaban, como “predicad el evangelio” y “el perdón de pecados”; “haced discípulos” y “me seréis testigos”. Pero, aunque Jesús dedicó cuarenta días a explicar estas ideas a los discípulos, había algunas cosas que todavía les faltaba.

¿La segunda venida o la venida del Espíritu?

Volvamos a repasar el texto de Hechos 1. Durante varias semanas, Cristo habló profusamente de la necesidad que ellos tenían de compartir el evangelio con el mundo, y enfatizó que, para hacerlo en forma eficiente, necesitarían del Espíritu Santo. Las últimas palabras que le oyeron decir antes de ir al Monte de los Olivos señalaban la necesidad que ellos tenían de esperar en Jerusalén hasta que recibieran la plenitud del Espíritu Santo. Incluso, les aseguró que serían bautizados con el Espíritu “dentro de no muchos días”. Pero la respuesta de los discípulos demuestra que no entendieron para nada lo que les dijo Cristo. ¡En vez de preguntar por el Espíritu Santo o por la testificación, preguntaron si en ese momento su reino sería restaurado! Ya les había declarado sin rodeos que “no era su propósito establecer en este mundo un reino temporal”;³ pero se les hacía difícil desviar sus pensamientos hacia ideas nuevas.

La respuesta de Jesús es interesante. Les contestó que no se preocuparan por “los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hech. 1:7). Esto nos recuerda la ocasión en que les habló acerca de las señales de su regreso, y del hecho de que “del día y la hora nadie sabe...

32 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

sino solo mi Padre... Velad, pues”, porque no sabrían exactamente cuándo vendría el Señor (Mat. 24:36, 42).

Este intercambio resuena en la actualidad en muchos adventistas del séptimo día. Desde 1844, multitudes han quedado fascinadas con la posible fecha del regreso de Cristo. Siempre han sido muy populares los libros que revelan las últimas reflexiones sobre la interpretación de los tiempos, y las conferencias sobre el tema han tenido mucha asistencia. Si este libro se titulara *Doce razones por las que Jesús vendrá antes de 2020*, probablemente se convertiría instantáneamente en un éxito de venta. Hace unos años un hombre sincero, que amaba el estudio del espíritu de profecía y de la Biblia, estaba convencido de que Cristo vendría alrededor del 15 de mayo de 2003 o antes. Se basaba en una exégesis dudosa del Antiguo Testamento. Pero eso no importa: estaba persuadido; y, según él, yo sería responsable por la pérdida de las almas si no adoptaba su postura y comenzaba a advertir a los demás dentro de mi esfera de influencia. Estaba tan convencido de su predicción que, en caso de que no ocurriera como él había explicado, prometió comerse las medias. Bueno, ya conocen el resultado: esa fecha pasó. Y un par de semanas después me vio en la entrada de la iglesia y trató de esconderse detrás de una columna. Estuve realmente tentado a acercarme hasta él y preguntarle a qué le habían sabido esas medias.

Ponemos mucho énfasis en la venida de Cristo, y con razón: después de todo, somos *adventistas* que esperamos el regreso de nuestro Señor. Pero observemos que este *no* fue el énfasis de Cristo durante sus últimas semanas con sus discípulos. Su énfasis fue esperar la concesión del Espíritu, a fin de tener poder para testificar. Cristo está mucho más interesado en *nuestra aptitud ante su regreso* de lo que nosotros debiéramos estarlo en el *tiempo* de su regreso.

La venida del Espíritu a nuestra vida precede al regreso del Señor a este mundo; y el bautismo del Espíritu es necesario para su venida. ¿Por qué?, se preguntará usted. Porque el Espíritu es el único que puede vencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). Pero el Espíritu, sorprendentemente, no es enviado al mundo sino que es enviado a la iglesia (vers. 7). Cuando obra a través de la iglesia, el mundo es llevado a Jesús.

Juan el Bautista, un hombre lleno del Espíritu desde el vientre de su madre (Luc. 1:15), dio una promesa maravillosa: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí... es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mat. 3:11).

Dios habla tan en serio de nuestra necesidad del bautismo del Espíritu que es la única promesa que se menciona en los cuatro evangelios (Mat. 3:11; Mar. 1:8; Luc. 3:16; Juan 1:32-34), y dos veces en Hechos (Hech.

1:15; 11:16). No se brinda tanta preeminencia a ninguna otra promesa en el Nuevo Testamento. Incluso la última mensajera de Dios le concedió suma importancia.⁴

Afortunadamente, los discípulos decidieron obedecer: esperaron en Jerusalén hasta el cumplimiento de la promesa. No se quedaron específicamente por diez días; es decir, se quedaron todo el tiempo necesario hasta que el Espíritu viniera; lo que, aunque ellos no lo supieron de entrada, fue apenas diez días después.

¿Haremos lo mismo hoy?

¿Qué ocasionó el Pentecostés?

Me gustaría que se tomara el tiempo de leer cuidadosamente el capítulo titulado “Pentecostés”, del libro *Los hechos de los apóstoles*, de Elena G. de White. Una lectura cuidadosa revela descripciones maravillosas sobre cómo los discípulos pasaron juntos ese tiempo. Aquí reproducimos un pasaje de ese capítulo:

“Mientras los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa, humillaron sus corazones con verdadero arrepentimiento, y confesaron su incredulidad. Al recordar las palabras que Cristo les había hablado antes de su muerte, entendieron más plenamente su significado. Fueron traídas de nuevo a su memoria verdades que habían olvidado, y las repetían unos a otros... Pasó delante de ellos una escena tras otra de su maravillosa vida... Meditaban en su vida pura y santa... Si solo pudieran ver al Señor de nuevo, cuán fervorosamente tratarían de mostrar la profundidad de su amor y la sinceridad de la tristeza que sentían por haberlo apenado con palabras o actos de incredulidad. Pero, se consolaron con el pensamiento de que estaban perdonados. Y resolvieron que, hasta donde fuese posible, expiarían su incredulidad confesándolo valientemente delante del mundo.

“Los discípulos oraron con intenso fervor, pidiendo capacidad para encontrarse con los hombres, y en su trato diario hablar palabras que pudieran guiar a los pecadores a Cristo. Poniendo aparte toda diferencia, todo deseo de supremacía, se unieron en estrecho compañerismo cristiano... Estaban abrumados por la preocupación de salvar almas. Comprendían que el evangelio había de proclamarse al mundo, y demandaban el poder que Cristo había prometido.

“Sobre los discípulos que esperaban y oraban vino el Espíritu con una plenitud que alcanzó a todo corazón... Y bajo la influencia del Espíritu, las palabras de arrepentimiento y confesión se mezclaban con cantos de alabanza por el perdón de los pecados... Extasiados

34 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

de asombro, los apóstoles exclamaron: 'En esto consiste el amor'. Se asieron del don impartido. ¿Y qué siguió?... Miles se convirtieron en un día".⁵

¿Alguna vez experimentó algo así? Esto es lo que ocasionó el Pentecostés; esto es lo que hacía falta. Lo primero que viene a la mente es el hecho de que *no se centraron tanto en el Espíritu Santo como en Jesús*. Recordaban y se repetían unos a otros las palabras de Jesús, el carácter de Jesús y las obras de Jesús; meditaban en quién era realmente, y en el legado que les dejó. Lo segundo es que *esto los llenó de amor por él, lo cual hizo que resolvieran compartirlo con los demás*. Y hay una cosa más. Pero primero, permítame hacer un resumen de estas páginas; algo que le resultará útil siempre y cuando decida reunirse con otros para buscar el derramamiento del Espíritu Santo. Tome nota de la naturaleza clara y sencilla de lo que ellos hicieron:

- ▶ Se reunieron para esperar la promesa.
- ▶ Humillaron su corazón con verdadero arrepentimiento.
- ▶ Confesaron su incredulidad.
- ▶ Recordaron las palabras de Jesús relacionadas con su sacrificio.
- ▶ Se repetían unos a otros las verdades que recordaban.
- ▶ Meditaron en la vida santa de Cristo.
- ▶ Resolvieron compartir a Jesús con el mundo.
- ▶ Oraron con intenso fervor a fin de guiar a los pecadores a Cristo.
- ▶ Dejaron de lado las diferencias y se unieron en comunión.
- ▶ Alabaron a Jesús con cánticos, por los pecados perdonados.
- ▶ Contemplaron con asombro el amor de Dios.
- ▶ Se aferraron del Don impartido.

Algo que llama la atención es la *unidad* de ellos. Pocos dudan hoy del valor de la oración y de la meditación en Jesús. Se nos dice claramente que sería bueno que lo hiciéramos todos los días durante una hora.⁶ Pero lo que nos falta, especialmente en Occidente, es el factor de la *unidad*. La oración en grupo y el ir en busca de Dios nunca reemplazarán la necesidad de nuestro tiempo personal y diario con Jesús. Pero solo cuando decidimos hacer esto en grupo, estaremos actuando en serio en cuanto a un cambio radical en nuestra vida, en nuestra familia y en nuestras iglesias.

Dentro del círculo ártico, en Rusia, se sitúa una ciudad petrolera llamada Murmansk; un lugar miserable, donde los inviernos duran la ma-

yor parte del año. A mediados de la década de 1990, había allí una iglesia adventista del séptimo día moribunda. Una vez contó con 22 miembros; pero, como allí no llega nadie a menos que sea imprescindible, la tasa de deserción era severa, y terminaron con solo ocho miembros: el pastor, su esposa y seis hombres que trabajaban en las plataformas petroleras.

Tomaron conciencia y concluyeron que estaban destinados a morir, a menos que ocurriera algo radical. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo se puede compartir el evangelio en un lugar con esas características? Decidieron no pensar en las circunstancias, sino en el Señor. Comenzaron a orar por el Espíritu Santo y entregaron su vida en total consagración a Jesús. Pero, en medio de esta tundra helada, necesitaban de estímulo y compromiso. Así que propusieron una idea.

Todas las gélidas mañanas, a las seis, los siete hombres se reunían en el Club Walrus, se quitaban toda la ropa menos el calzoncillo, caminaban sobre el lago helado hasta un determinado agujero para pescar y se sumergían en el agujero, uno tras otro. Luego se arrodillaban alrededor del agujero, colocando sus brazos sobre los hombros de los demás, y oraban fervientemente rogando que el fuego del Espíritu derritiera su corazón con el amor por las almas. ¿Por qué una conducta tan excéntrica?, quizá se pregunte. ¿No podrían haberse reunido para orar en la sala de alguno, junto a la chimenea? Quizás; eso es lo que casi todos hubiésemos hecho. Pero los hombres de Murmansk querían asumir un compromiso ante Dios. La zambullida diaria en las aguas heladas era su compromiso de que estarían preparados a fin de conducir a la gente a las aguas del bautismo cada día, sin importar la lluvia, la nieve o el hielo. No esperarían hasta el verano para recibir el Espíritu de Dios. Su rutina diaria era asumir el compromiso ante los demás en el servicio de Dios.

¿Sucedió algo?

¡Sucedió de todo! Dentro del año de esa práctica, llevaron a ochenta personas a las aguas del bautismo; un mil por ciento de la tasa de crecimiento. Durante los años siguientes, la iglesia instaló al menos seis iglesias más en la zona. ¡Y este es un lugar donde hay más botellas de vodka que gente!

“La ausencia del Espíritu es lo que hace tan impotente el ministerio evangélico. Se puede poseer sabiduría, talentos, elocuencia, todo don natural o adquirido; pero, sin la presencia del Espíritu de Dios no se conmoverá a ningún corazón ni ningún pecador será ganado para Cristo. Por el otro lado, si están relacionados con Cristo, si los dones del Espíritu son suyos, los más pobres y los más ignorantes de sus discípulos tendrán un poder que hablará a los corazones. Dios los convierte en los instrumentos que ejercen la más elevada influencia en el universo.”

Dos promesas para la vida de la iglesia

La manera en que nació la iglesia primitiva fue la misma en que nace un niño: es necesario que dos se hagan uno, a fin de producir otro. Esto constituye la primera premisa para la vida de la iglesia: la unidad. Por eso se le concede tanto énfasis en Hechos al permanecer *unánimes* (Hech. 1:14; 4:32; 5:12).

El concepto es eterno. ¿Alguna vez se preguntó por qué Dios es tres Personas? Este no es el lugar para analizar asuntos imponderables como la naturaleza de la Trinidad, pero podríamos aprender de nosotros mismos contemplando a la Deidad. Si Dios es amor (1 Juan 4:8), y el amor no puede convertirse en realidad a menos que se comparta con los demás, entonces tiene sentido que Dios sea uno en tres Personas: Personas que practican y expresan el amor perfecto con humildad perfecta. No se puede no amar a nadie, ni a nada, y aun así suponer que uno ama. El amor existe porque hay *alguien* para amar.

De modo que Dios siempre ha sido tres Personas, para amarse entre sí antes de que hubiese alguna criatura para amar. Cuando leemos en la Biblia acerca de la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, descubrimos que cada uno de ellos siempre está buscando dar honor y preeminencia al otro; primero piensan en el otro, y en los otros. El Espíritu Santo exalta a Jesús; Jesús exalta al Padre; y el Padre exalta al Espíritu y a Jesús por ser iguales a él (Juan 16:13-15). Ellos fueron la primera Comunidad.

Por lo tanto, cuando Dios creó a la humanidad, no podría haber deseado que fuese de otra manera. Veamos la historia de la Creación. En el primer capítulo, se expresa que todo era “bueno”, después de cada día (Gén. 1:4, 10, 12, 18, 21); y el sexto día, después de la creación de Adán y de Eva, fue “bueno en gran manera” (Gén. 1:31). Esto hace sentido, pues provenía de la mano de un Dios perfecto y amante. Sin embargo, en el segundo capítulo, hay algo que “no es bueno”, aunque forma parte de la Creación. “Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Gén. 2:18).

¿Por qué Dios permitiría que algo que *no es bueno* integre su creación *bueno*? Porque Adán fue hecho a la imagen de Dios (Gén. 1:26, 27) y, como tal, reflejaba el carácter de amor de Dios. Dios quería que el mismo Adán comprendiera que a menos que tuviese a alguien para amar, estaría incompleto.

Dios sabía por experiencia personal de la necesidad de otro, pero le dio tiempo a Adán para que lo determinara por su cuenta. Una vez que Dios creó a Eva, Adán pensó que ella era parte de sí mismo: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne”; y la llamó *Isha*, la palabra hebrea para “mujer”, porque fue tomada del *Ish*, “hombre” (Gén. 2:23). Y puesto que, según Génesis 5:2, *Adán* es el nombre genérico para la hu-

manidad y no solo un nombre masculino, entonces, en un sentido muy real, Adán no fue un hombre hasta que Eva fue hecha mujer. Y una de las evidencias más claras de que la humanidad fue hecha a imagen de Dios es el hecho de que eran capaces de *recrearse*, o *procrearse*, a la imagen *de ellos* (Gén. 4:1). Eso es algo que ni los ángeles pueden hacer.

Si alguna vez se preguntó por qué su hermano o hermana es diferente de usted, o por qué en el matrimonio los opuestos se atraen, la causa de fondo se remite a este concepto: Dios quiere que todos vivamos en comunidad; es decir, con gente no exactamente igual a nosotros, de modo que esto demandará una elección de *amar y de valorar* a quienes nos rodean. Esto es lo que significa ser hecho a imagen de Dios.

La iglesia debe funcionar de la misma manera. En un momento de desarmonía y de celos intrascendentes entre los discípulos, Jesús les dio un mandamiento más: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado”. ¿Por qué, Jesús? Porque “en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34, 35). En el mundo, todos saben que se ama a aquellos que retribuyen ese amor; es propio de la naturaleza humana hacer eso. Pero cuando amamos a quien es difícil de amar, cuando nos interesamos en los que se olvidan de nosotros, cuando perdonamos a los que nos hieren o nos ignoran, eso refleja la naturaleza del amor que Dios posee. Eso es lo que revela que somos hijos e hijas de nuestro Padre celestial (Mat. 5:43-48).

Pasar juntos todo ese tiempo en el aposento alto todos esos días permitió a los primeros discípulos descubrir de qué se trataba el verdadero amor. Esas 120 personas no sentían amor, naturalmente, hacia los demás. Había hombres y mujeres allí, con todo lo que implica esas diferencias de género. Pedro estaba allí, que se creía espiritualmente superior (Mar. 14:29); y Santiago y Juan, que eran como truenos para los demás (Mat. 20:20, 21, 24; Mar. 3:17). Tomás estaba en ese lugar, quien no aceptara el testimonio de sus amigos (Juan 20:24, 25); como también los hermanos de Jesús, para quienes burlarse de Cristo y de sus seguidores se había convertido en un pasatiempo (Juan 7:3-5). Pero estaban allí, juntos, y “perseveraban unánimes” (Hech. 1:14). Centrarse en Jesús los unió.

Esta es una declaración que un amigo mío me señaló hace muchos años:

“La santificación del alma por la obra del Espíritu Santo es la implantación de la naturaleza de Cristo en la humanidad. La religión del evangelio es Cristo en la vida — un principio vivo y activo. Es la gracia de Cristo revelada en el carácter y desarrollada en las buenas obras... El amor es la base de la piedad. Cualquiera que sea la profesión que se haga, nadie tiene amor puro para con Dios, a menos que tenga amor abnegado para con su hermano. Pero, nunca podemos

38 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

entrar en posesión de este espíritu *tratando* de amar a otros. Lo que se necesita es que esté el amor de Cristo en el corazón. Cuando el yo está sumergido en Cristo, el amor brota espontáneamente. La plenitud del carácter cristiano se alcanza cuando el impulso de ayudar y beneficiar a otros brota constantemente de adentro; cuando la luz del cielo llena el corazón y se revela en el semblante”⁸

Y eso fue lo que ocurrió con la iglesia primitiva. Gracias al desarrollo de una comunidad, la segunda premisa de la vida de la iglesia se hizo posible: el bautismo del Espíritu Santo. Piénselo de esta manera: con el fin de producir una nueva vida, dos deben unirse en completa unidad; cuando la iglesia estaba unida, nació una nueva vida. Una iglesia nació en el Espíritu. Sin estas dos premisas, que no son negociables, es imposible ser la iglesia de Dios.

La pregunta es: ¿durará la relación?

Referencias

1. Elena G. de White, *Carta 33*, 1890, citada en *Manuscript Releases*, t. 5, p. 231.
2. Para un comentario breve sobre la cronología después de la resurrección, ver Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 5, p. 101.
3. Ver White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 25.
4. Basado en los escritos de Elena G. de White, edición completa publicada en inglés (2007), 8.943 entradas se refieren al bautismo del Espíritu o a expresiones similares. Eso significaría cerca de una de cada diez páginas de manuscritos que ella haya escrito alguna vez.
5. White, *Los hechos de los apóstoles*, pp. 29-31.
6. Ver White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 63.
7. White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 263.
8. *Ibíd.*, pp. 316, 317; el énfasis está en el original.

Preguntas para reflexionar o para estudiar en grupo

1. ¿Qué piensa acerca de las cuatro versiones de la gran comisión?
2. ¿Por qué cree que los discípulos estaban más interesados en el tiempo del fin que en la venida del Espíritu? ¿Qué relación tiene la experiencia de ellos con nosotros hoy?
3. ¿Cuáles son las implicaciones de la declaración: “La venida del Espíritu a nuestra vida precede la venida del Señor a este mundo”?
4. ¿Cuál es la única promesa del Nuevo Testamento que se menciona en los cuatro evangelios y dos veces en el libro de Hechos? ¿Por qué se enfatiza tanto esta promesa en el Nuevo Testamento?
5. Repase las doce acciones enumeradas en las que se centraron los discípulos mientras esperaban el derramamiento del Espíritu Santo. ¿Qué denominadores comunes observa en estas acciones?
6. ¿Por qué es tan difícil buscar juntos a Dios?
7. ¿Qué se necesitaría con el fin de que ocurra una experiencia similar en nuestra iglesia?
8. ¿Qué relación tiene la historia de Murmansk con usted, y de qué modo lo afecta en este momento de su vida?
9. Reflexione en las apreciaciones sobre la creación de Adán y de Eva, y en las implicancias de lo que significa ser humano.
10. Vuelva a leer Juan 13:34 y 35. ¿Por qué fue tan importante para Jesús compartir esto con sus discípulos? ¿Cuál es la razón principal de que debamos amarnos unos a otros?

40 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

11. Tómese un momento para contemplar a los 120 en el aposento alto. Observe sus diferencias de género, edad, ocupaciones, actitudes y personalidades. ¿Cómo es que realmente llegaron a ser una comunidad, a ser “uno”?

El pequeño reavivamiento que no fue

“¿Vale la pena que Cristo muera por las cosas por las que usted vive?”

Deténgase por un momento. Lea eso una vez más. Esta pregunta punzante está escrita en la lápida del evangelista y autor inglés Leonard Ravenhill. ¿Cómo respondería a ella?

Quizá la iglesia primitiva llegó a ser lo que fue por pensar de esta manera. El libro de Hechos es el registro de la actividad del Espíritu Santo en la iglesia primitiva. Las historias, los milagros, las aventuras misioneras, los mensajes que persuadieron a amigos y enemigos por igual; todo esto es un reflejo de lo que Dios puede hacer con un grupo de gente que se entrega sin reservas a la dirección del Espíritu.¹

¿Es así la iglesia?

Difícilmente encontramos una iglesia hoy como la descrita en Hechos. Las palabras de Carl Bates, quien fuera presidente de la Convención Bautista del Sur, son aplicables a la Iglesia Adventista de los Estados Unidos hoy:

“Si Dios quitase el Espíritu Santo de nuestro medio hoy, un 99 por ciento de lo que hacemos en nuestras iglesias continuaría, y no notaríamos la diferencia. No obstante, si Dios hubiese quitado el Espíritu Santo de en medio de la primera comunidad cristiana, un 99 por ciento de lo que ellos hacían habría terminado inmediatamente”²

La iglesia primitiva comenzó a perder su primer amor antes del fin

42 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

del siglo I (Apoc. 2:1, 4). Una vez que los apóstoles dejaron de existir, gran parte de la vida y el poder de la iglesia también desaparecieron. El liderazgo espiritual es importante. Hacia el siglo II, la iglesia comenzó a empuñar la Palabra de Dios, que es una afrenta directa al Espíritu, puesto que él es su autor (2 Ped. 1:21). El sábado de Dios estaba en igualdad de condiciones con el día alternativo de reposo. Los obispos comenzaron su camino ascendente en la escala clerical de la iglesia. La Persona del Espíritu Santo se convirtió en una noción distante en la iglesia, muy similar a la idea de una influencia o de una brisa en un campo abierto, pero desprovista de personalidad o de relevancia para la vida diaria de la gente.

Para el siglo VI, la iglesia había apostatado completamente. Las tradiciones religiosas triunfaron sobre la Palabra de Dios, la iglesia llegó a constituir el imperio gobernante y ya no se consideraba que la frontera misionera empieza frente a la puerta del cristiano. Entonces, la iglesia entró en “el desierto” durante más de 1.200 años. La Edad Media fue una época de tinieblas, desprovista casi totalmente del Espíritu. Dios se movía, a pesar de estas condiciones, donde el corazón de los hombres se lo permitía, especialmente durante la Reforma protestante. El movimiento pietista en Alemania, el movimiento metodista en Inglaterra y el gran despertar en los Estados Unidos vinieron como ejemplos de la obra del Espíritu con algunos en el mundo. Pero, la recuperación plena del Espíritu, que se inició con los apóstoles, esperaría hasta el siglo XIX.

El movimiento millerita y el segundo gran despertar³

Según la mayoría de las versiones, el segundo gran despertar comenzó en 1794, con la iniciativa de Isaac Backus conocida como el “concierto de oración”. Backus, un importante pastor bautista, profundamente convencido por los relatos de la actividad del Espíritu durante el primer gran despertar, envió una invitación a la oración a los pastores de todas las denominaciones. Las iglesias apartaron el lunes para orar, y pronto hubo un reavivamiento en Nueva Inglaterra y luego en la frontera occidental. El denominado “Reavivamiento de Kentucky”, del año 1800, puso en el mapa un reavivamiento de alcance nacional. Afectó a las iglesias congregacionalistas, metodistas, bautistas y presbiterianas de todo el país. Dios utilizó predicadores como Lyman Beecher, Peter Cartwright y Charles Finney de manera poderosa para producir un reavivamiento que duró décadas. Las iglesias experimentaron un crecimiento fenomenal en esta época. El despertar “continuó durante medio siglo completo, en una sucesión de reavivamientos casi ininterrumpidos, y en consecuencia constituyó una era de evangelización sin precedentes en la historia de la nación o del mundo”.⁴ Dios parecía estar preparando a la nueva nación para el movimiento adventista.

El movimiento millerita constituyó el punto culminante del segundo gran despertar. Pero se profundizó y causó un impacto mucho mayor en la gente. Esta vez, el despertar se convirtió en un fenómeno *de orden mundial*, y se arraigó en el estudio de las profecías bíblicas. Entre 1840 y 1844, parecía que todos se habían contagiado de la fiebre millerita, y el deseo de que Dios se acercara se hizo muy tangible. Tantos esperaban que Cristo viniera en 1844 que Elena G. de White recuerda que fue “el año más feliz de mi vida”.⁵ Pero hubo otra diferencia en contraste con los excesos de los reavivamientos anteriores. Ella recordó que “entre todos los grandes movimientos religiosos habidos desde los días de los apóstoles, ninguno resultó más libre de imperfecciones humanas y engaños de Satanás que el del otoño de 1844”. De hecho, esa vez fue una “manifestación gloriosa del poder divino”.⁶

El Señor podría haber venido poco después. El mundo había recibido una advertencia sin precedentes acerca de su pronto regreso, a través de los mensajes del primer ángel y del segundo, llevándolos “a todas las estaciones misioneras de la tierra”. El movimiento se extendió por el país como marea creciente.⁷ ¡Cerca de cien mil almas, solo en Nueva Inglaterra, se prepararon para encontrarse con Jesús en las nubes!⁸ “El poder suavizador y sojuzgador del Espíritu Santo cambiaba los corazones, pues sus bendiciones eran dispensadas abundantemente sobre los fieles creyentes”.⁹

Sin embargo, pocos sobrevivieron al gran chasco del 22 de octubre de 1844. Muchos adventistas perdieron totalmente la esperanza en Cristo, algunos repudiaron su experiencia y otros asumieron prácticas fanáticas que acarrearón vergüenza sobre los demás seguidores de Cristo y procesos judiciales para ellos mismos. Cuarenta años después del hecho, Elena G. de White creía que Cristo podría haber venido después de 1844, y dio la razón de por qué no ocurrió:

“Si todos los que habían trabajado unidos en la obra de 1844 hubiesen recibido *el mensaje del tercer ángel*, y lo hubiesen proclamado en el poder del Espíritu Santo, el Señor habría actuado poderosamente por los esfuerzos de ellos. Raudales de luz habrían sido derramados sobre el mundo. Años haría que los habitantes de la Tierra habrían sido avisados, la obra final se habría consumado y Cristo habría venido para redimir a su pueblo”.¹⁰

El mensaje del tercer ángel no había sido proclamado en el momento del Gran Chasco, aunque las evidencias muestran que varias docenas de adventistas ya santificaban el sábado gracias a Rachel Oakes y a su pastor metodista, Frederick Wheeler. Aunque los adventistas fueron receptivos a la dirección del Espíritu en cuanto a la Segunda Venida, la mayoría se resistía a la verdad del sábado, pues la consideraban innecesaria. Solo seis semanas antes del 22 de octubre, uno de sus periódicos principales

44 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

justificó el rechazo del sábado con estas palabras:

“Muchas personas han ejercitado profundamente su mente con respecto a una supuesta obligación de observar el séptimo día”, pero “nos sentimos irresistiblemente inclinados a concluir que no existe una porción de tiempo especial que por ley se requiera que los cristianos aparten como santo”.¹¹

Sin embargo, el Espíritu de Dios volvería a intentar despertar a su iglesia para terminar la obra, para que Cristo pudiera regresar por los suyos.

El mensaje a Laodicea

Las pocas docenas que sobrevivieron al Gran Chasco decidieron permanecer fieles a lo que había afirmado la profecía bíblica en forma tan incontrovertible, y creyeron que su error estuvo en el acontecimiento, y no en la fecha profética. Esta convicción abrió las puertas a fin de recibir más luz de la Palabra de Dios. De modo que la “manada pequeña” estudió y oró, oró y estudió. Para fines de la década, el ministerio de Cristo en el Santuario, el día de reposo sabático y la no inmortalidad del alma, junto con el espíritu de profecía, se convirtieron en los pilares teológicos del remanente.

En consecuencia, el sábado se convirtió en un tema importante para este remanente. “Pero parece que la atención puesta en el sábado desplazó la atención adecuada para alimentar a los creyentes en el crecimiento espiritual”.¹² En mayo de 1856, Elena G. de White recibió una visión acerca de la condición del remanente. Al escribir al respecto, comparó la situación actual con la del movimiento de 1844.

“Reinaba entonces un espíritu de consagración ahora ausente. ¿Qué le ha sucedido al pueblo que profesa ser el pueblo peculiar de Dios? Vi la conformidad con el mundo, la falta de voluntad para sufrir por la verdad”.¹³

¿Qué ocurrió?

Los adventistas del séptimo día estaban volviéndose apáticos, mundanos, laodicenses, al igual que el mundo cristiano que los rodeaba. La Revolución Industrial y las vastas oportunidades ofrecidas en una tierra virgen, a medida que la gente se trasladaba al oeste, eran tan abundantes que muchos se volvieron ricos con relativa facilidad. La invención del ferrocarril y el telégrafo, junto con el descubrimiento de oro en California, todo contribuyó a una era de prosperidad sin precedentes. En su discurso inaugural, el presidente James Buchanan declaró que, debido al éxito sin igual de los Estados Unidos, “nunca antes ninguna nación se había sentido tan avergonzada por un superávit tan grande en su tesorería”.¹⁴ El historiador religioso Warren Candler no podía haber sido más claro:

“Los hombres se olvidaron de Dios, en la búsqueda de oro”.¹⁵ Esto afectó al mundo religioso en general, y a los fieles adventistas en particular.

Cuando los adventistas sabatistas de Nueva Inglaterra se fueron al oeste en busca de mejores oportunidades, perdieron la visión del pronto regreso de Cristo y se volvieron egocéntricos. Hasta los pastores competentes perdieron de vista la meta, como en el caso de J. N. Loughborough quien, una vez situado en Waukon, Iowa, se dedicó al trabajo y la construcción en vez de predicar, y despertó la triple reprensión, severa y actualmente famosa, de la profetisa: “¿Qué haces aquí, Elías?”¹⁶ A fines de 1855, Elena G. de White recibió una visión en la que ella “vio que el Espíritu del Señor ha estado apartándose de la iglesia”, porque el pueblo de Dios había confiado demasiado en la fuerza de los argumentos.¹⁷

El 9 de octubre de 1856, la *Review and Herald* publicó un artículo en el que se preguntaba, por primera vez, si el mensaje a Laodicea estaba dirigido a “aquellos que profesan el mensaje del tercer ángel” y no a los cristianos en general. El artículo de Jaime White fue seguido por otro a la semana siguiente, en el que concluía que “la iglesia laodicense representa a la iglesia de Dios de la actualidad”. Dos semanas después, David Hewitt respondió con un llamado a las familias, los hijos, e incluso a los predicadores, a “permitir que Jesús entre”. Y terminó con: “Que el que esto escribe le permita entrar”.¹⁸

“La respuesta del campo fue electrificante”, escribió Arthur White.¹⁹ Antes de fin de mes, el remanente incipiente había aceptado esta nueva luz, aunque pasarían otros seis meses antes de que Elena G. de White publicara algo al respecto. Entre noviembre de 1856 y diciembre de 1857, aparecieron 348 artículos en la *Review and Herald* sobre el mensaje laodicense, la mayoría escritos por miembros laicos; un porcentaje muy elevado, considerando que solo unos 2.500 miembros componían toda la iglesia en aquellos años.

Sin embargo, el reavivamiento causado por el llamado de Jesús, el Testigo Verdadero (Apoc. 3:14-22), no duró. Para el verano de 1857, había señales de que muchos no habían prestado atención al mensaje laodicense. El número de la *Review and Herald* del 29 de noviembre de 1857 contenía un artículo de Elena G. de White, en el que contaba acerca de una visión de dos grupos. Uno oraba fervientemente, compartía la verdad “con gran poder” debido a la “lluvia tardía... el refrigerio de la presencia del Señor, el fuerte clamor del tercer ángel”. Pero, el otro no participaba de la obra de agonizar y suplicar, y finalmente se extravió. ¿Por qué? Porque “el testimonio del Testigo Verdadero ni siquiera había sido considerado a medias... por no decir que había sido completamente ignorado”. En 1859, dio un claro testimonio en cuanto a por qué el reavivamiento y la reforma no ocurrieron como el Espíritu había planeado:

46 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

“Se me mostró que el testimonio a los laodicenses se aplica al pueblo de Dios en la actualidad, y la razón de que no se haya llevado a cabo una obra mayor es *debido a la dureza de corazón*. Pero Dios le ha dado tiempo al mensaje para que haga su obra... Cuando se presentó por primera vez, indujo a un profundo examen de conciencia. Se confesaron los pecados, y el pueblo de Dios se despertó en todas partes. Casi todos creían que este mensaje terminaría en el fuerte clamor del tercer ángel. Pero, *como no vieron que la poderosa obra se cumpliera en poco tiempo, muchos perdieron el efecto del mensaje. Vi que este mensaje no llevaría a cabo su obra en pocos meses*.”²⁰

El problema con los creyentes estribaba en sus expectativas. Algunos meses no serían suficientes para la abarcadora obra que el Espíritu tenía en mente. Continuó diciendo que el Espíritu deseaba capacitarlos “para el fuerte clamor del tercer ángel” y que Dios había enviado “ángeles... en todas direcciones para preparar el corazón de los inconversos para la verdad”.

¿Se han enviado ángeles con el propósito de preparar al mundo para la verdad? Quizá.

El reavivamiento de los laicos

El 23 de septiembre de 1857, en la iglesia de la calle Fulton, en el centro de la ciudad de Nueva York, Jeremiah Lanphier había sido contratado como misionero para llegar a los empresarios de la ciudad. Al no saber exactamente cómo hacerlo, imprimió volantes que anunciaban reuniones de oración al mediodía, con el título: “¿Con qué frecuencia debiera orar?” El primer día se le unieron seis hombres. En un mes, asistían cien personas. Seis meses después, ¡cincuenta mil personas se reunían todos los días al mediodía, para orar en las iglesias de todo Nueva York y en otras ciudades! Las fábricas comenzaron a hacer sonar el silbato a las 11:55 a.m., a fin de permitir que los obreros corrieran hasta la iglesia más cercana para orar; y luego el silbato volvía a sonar a la 1:05 p.m. Para febrero de 1858, las conversiones, en Nueva York solamente, ¡ascendían a diez mil por semana! Los informes de los diarios en toda Nueva Inglaterra revelaban que no había adultos inconversos en muchas ciudades. Se estima que el reavivamiento entre 1857 y 1859 llevó a la conversión a más de un millón de personas en los Estados Unidos. Una revista religiosa ofrecía el siguiente panorama del reavivamiento, en marzo de 1858:

“Nunca se ha visto un momento como el actual desde los días de los apóstoles, por los reavivamientos. El abatimiento de los negocios, la caída de Mamón... [la convicción] ha llegado al corazón y a la conciencia de millones en nuestro país con un poder que parece irresistible... que aviva el clamor ferviente y simultáneo de miles:

¿Qué haremos para ser salvos?... Las grandes ciudades y pueblos en general, desde Maine hasta California, participan de esta obra extraordinaria y gloriosa”.²¹

Investigaciones recientes han demostrado que el “reavivamiento de las reuniones de oración”, como a veces se lo conoce, causó un impacto universal. Aunque carecía de una organización central, el despertar se difundió a docenas de ciudades en la costa oriental, el sur y la frontera occidental; al igual que a Canadá, Irlanda, el Imperio Británico, Jamaica, el sur de la India, China, Japón, Indonesia, Uganda, Sudáfrica, Escandinavia, Alemania y Ucrania. Influyó sobre cientos de pastores y futuros misioneros, y revolucionó la vida de jóvenes estudiantes de todo el mundo.

Dios estaba despertando al mundo con el objeto de que recibiera el mensaje del tercer ángel. Pero, la iglesia remanente no había respondido de todo corazón al llamado laodicense efectuado en 1856 y 1857. El fracaso de la iglesia fue su renuencia a perseverar en la fe para que Cristo llevara a cabo una profunda obra de arrepentimiento en su vida, a fin de capacitarlos para el fuerte clamor del tercer ángel. Si la iglesia se hubiese entregado por completo, Cristo habría venido.²²

Diez años después de que el mensaje laodicense tuviera la posibilidad de convertir a la manada pequeña, Elena G. de White escribió: “la actitud de Dios de no permitir que su pueblo perezca ha sido la razón de tan larga demora”.²³

¿Cuánto más dormiremos en la luz, mientras el mundo duerme en la oscuridad? El Señor, en su infinito amor por los perdidos, trataría una vez más de despertar a su iglesia.

“¿Vale la pena que Cristo muera por las cosas por las que usted vive?”

Referencias

1. En mi estudio personal de Hechos, hallé 55 referencias al Espíritu Santo -42 de ellas solo en los primeros trece capítulos—, y 29 referencias claras y bien definidas al crecimiento de la iglesia o a conversiones específicas.
2. Citado por David Watson, *I Believe in the Church* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1978), p. 166.
3. Gran parte de este capítulo y del siguiente está tomada de un ensayo inédito que escribí y que presenté en el Segundo Congreso Bíblico Internacional en Izmir, Turquía, en julio de 2006, titulado “The Holy Spirit and the Finishing of the Work in Historical Perspective: Implications for Spiritual Leadership” [El Espíritu Santo y la terminación de la obra en la perspectiva histórica: Implicancias para el liderazgo espiritual].

48 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

4. Frank G. Beardsley, *Religious Progress Through Religious Revivals* (Nueva York: American Tract Society, 1943), p. 39, citado en Félix A. Lorenz, *Our Only Hope* (Nashville, TN: Southern Publishing, 1976), p. 52.
5. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 1, p. 56.
6. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, pp. 398, 596.
7. *Ibíd.*, pp. 595, 397.
8. Según cálculos de Arthur L. White, en su libro *Ellen G. White: The Early Years, 1827-1862* (Hagerstown, MD: Review and Herald, 1985), p. 53.
9. White, *El conflicto de los siglos*, p. 399.
10. *Ibíd.*, p. 450, énfasis agregado.
11. *The Midnight Cry*, 5 y 12 de septiembre de 1844.
12. Ver Lorenz, p. 25.
13. Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, t. 1, p. 34.
14. Citado en J. Edwin Orr, *The Event of the Century* (Wheaton, Illinois: The International Awakening Press, 1989), p. 1. Orr es considerado por muchos como la mayor autoridad en la historia de los reavivamientos cristianos.
15. Warren A. Candler, *Great Revivals and the Great Republic* (Nashville: Publishing House of the M. E. Church, South, 1904), p. 210, citado en Malcolm McDow y Alvin L. Reid, *Firefall: How God Has Shaped History Through Revivals* (Enumclaw, WA: Winepress Publishing, 2002), p. 252.
16. Si le interesa la historia completa, vea White, *Progressive Years*, pp. 348, 349.
17. *Testimonios para la iglesia*, tomo 1, p. 110.
18. "Gold 'Tried in the Fire", *Review and Herald*, 6 de noviembre de 1856. Hewitt tenía la reputación de ser "el hombre más honesto de la ciudad"; la clase de persona que buscaba José Bates cuando intentó compartir la verdad del sábado en Battle Creek, en 1852.
19. White, *The Early Years*, p. 344.
20. *Testimonios para la iglesia*, tomo 1, pp. 171, 172, énfasis agregado.
21. Henry C. Fish, *Handbook of Revivals*, pp. 77, 78, citado en Lorenz, p. 55.
22. En mayo de 1856, Elena G. de White vio en visión a personas conocidas reunidas en un congreso, y de ellas dijo: "Algunos serán alimento para los gusanos, algunos sufrirán las siete últimas plagas, algunos quedarán vivos y permanecerán en la tierra hasta ser trasladados en la venida de Jesús", *Testimonios*, tomo 1, pp. 125, 126. Evidentemente, a pesar de la naturaleza condicional de esta profecía, Elena G. de White esperaba que el Señor viniera en un futuro muy cercano.
23. *Testimonios para la iglesia*, tomo 2, p. 176.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. “¿Vale la pena que Cristo muera por las cosas por las que usted vive?”
2. Reflexione en la condición de su iglesia local, en base a las palabras de Carl Bates de que el 99 por ciento de lo que hacemos en las iglesias se efectúa sin tener en cuenta al Espíritu Santo.
3. ¿Qué era el “concierto de oración”, y qué produjo?
4. ¿Por qué Jesús no pudo regresar después del movimiento millerita?
5. Describa la condición de la Iglesia Adventista, que llevó a los esposos White a identificarla como la iglesia laodicense.
6. Lea Apocalipsis 4:14 al 22. ¿Cuál es la solución para nuestra condición laodicense?
7. ¿Por qué razón los adventistas de 1857 no vieron un reavivamiento y una reforma integral y duradera en su medio?
8. ¿Qué estaba haciendo el Espíritu de Dios en la vida de otros cristianos, mientras la iglesia había perdido su motivación para el reavivamiento?
9. Medite en la declaración de Elena G. de White: “la actitud a Dios de no permitir que su pueblo perezca ha sido la razón de tan larga demora”. ¿Qué le dice esto en cuanto al amor de Dios por su iglesia? Y, ¿qué le dice a usted sobre nuestro amor por Dios?

La iglesia rechaza al Espíritu

En 1844, los creyentes en el advenimiento no aceptaban ni proclamaban el sábado bíblico, la razón del mensaje del tercer ángel. No obstante, Dios condujo al remanente desilusionado a más años de solemne estudio de la Biblia. Esto los ayudaría a darse cuenta de sus errores y a comprender más plenamente su comisión. Si bien estaban felices de sondear las profundidades de la interpretación doctrinal, los primeros creyentes no fijaron sus ojos en Jesús con la misma intensidad y con el mismo sentir que caracterizó su experiencia entre 1843 y 1844. Su supuesta experiencia “filadelfiana” —fiel, comprometida, centrada en la misión—, en realidad se había vuelto laodicense.

Una vez que descubrieron su condición, Dios trató de guiarlos al arrepentimiento y a que compraran “oro refinado en fuego”, “vestiduras blancas” e incluso “colirio”, para que vieran lo que Dios ve (Apoc. 3:18, 19). El primer elemento representa “la fe y el amor combinados”; el segundo, “la justicia de Cristo”; y el último, la unción del Espíritu Santo para el discernimiento espiritual.¹ Una vez más, no obtuvieron esto en su plenitud, porque “muchos perdieron el efecto del mensaje”, al haber abandonado demasiado pronto la obra que Dios había comenzado en su corazón. De modo que no hubo ningún mensaje del tercer ángel para el mundo, porque no hubo ningún arrepentimiento profundo en la iglesia.

Pablo afirma claramente que la única manera de guiar al arrepen-

miento es percibir en forma suficiente la “benignidad” de Dios (Rom. 2:4). Este sería el próximo intento del Señor: *resaltar a Jesús y su justicia ante el remanente, con el fin de ayudarlo a advertir su pecado y su necesidad de arrepentimiento.*

El mensaje de la justificación por la fe

Poco después del fallecimiento de Jaime White, Dios había predicho que las cosas en la iglesia estaban a punto de cambiar. Jaime, junto con otros pioneros, había dedicado toda su vida al servicio de la iglesia. La obra efectuada, las instituciones que se construyeron, eran consideradas como muy preciosas para ellos, hasta el punto de que Jaime “prefería morir” antes que verlas mal administradas.² Después de la muerte del pastor White, Dios otorgó a Elena G. de White la fortaleza para permanecer activa, “con el entendimiento de que Dios iba a incluir un elemento en esta obra que aún no habíamos tenido”.³ ¿Qué podría haber de nuevo para la joven iglesia adventista de Dios?

Aunque el mensaje de la justificación por la fe expresado en el mensaje del tercer ángel no era totalmente nuevo para la Iglesia Adventista del Séptimo Día, el ángel explicó a Elena G. de White que había “unos pocos, incluso entre los que afirman que creen en él”, que realmente lo entienden.⁴ ¿Y cuál era este mensaje? Con cariño, ella recordaba:

“En su gran misericordia, el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que *presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero.* Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los Mandamientos de Dios. *Muchos habían perdido de vista a Jesús.* Necesitaban dirigir sus ojos a su divina Persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana... Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu.”⁵

El Espíritu y el poder de Dios se evidenciaban muy poco en la iglesia en ese entonces; se daba demasiado énfasis a la ley de Dios, que no producía ninguna transformación de corazón. Se supone que el mensaje del tercer ángel sea dado “no en susurros, sino en alta voz”⁶

En 1926, Arthur Daniels, ex presidente de la Asociación General, publicó el primer estudio exhaustivo sobre el tema, basado en su conocimiento y su experiencia personal en el congreso de 1888. Admitió que la iglesia estaba ciega y que se había endurecido de corazón.⁷ La iglesia, al

52 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

haber perdido de vista la naturaleza del *pecado*, era incapaz de percibir su verdadera condición: de allí su situación laodicense.

El énfasis en la justificación por la fe durante el congreso de la Asociación General de 1888, había sido ampliamente considerado por teólogos e historiadores como un acontecimiento decisivo en la Iglesia Adventista, “que descollaba por sobre todos los demás congresos por su singularidad e importancia”. Cristo fue exaltado “como nunca antes en nuestra historia”.⁸ En ese momento, los símbolos del éxito eran evidentes en todas partes en la iglesia. Había crecido el 646 por ciento desde su organización hacía 25 años. Desde fines de la década de 1870 y hasta el final de la de 1880, hubo un progreso sin precedentes en la extensión misionera y en el establecimiento de instituciones educativas y de salud. Los pastores se acostumbraron a defender las doctrinas adventistas distintivas con una habilidad tal “que era difícil vencer a los adventistas en un debate”. La iglesia se había vuelto “doctrinaria.” El resultado fue la satisfacción propia, que llevó a un espíritu de indiferencia.

Este era el mensaje más importante que alguna vez se haya dado a la iglesia remanente. Los adventistas creían en las verdades gemelas de “la fe de Jesús” y “los mandamientos de Dios” (Apoc. 14:12). El problema era que esto se procesaba solo en el orden *intelectual*. El amor arrollador de Cristo por el pecador y su obra en favor de este distaba mucho de ser real en lo *personal*; de modo que la iglesia enseñaba correctamente la verdad, mientras que sus miembros no tenían mucha idea de su poder transformador. Lo que se necesitaba era los mandamientos de Dios y la fe de Jesús en su marco apropiado. El ángel guía expresó a Elena G. de White:

“Todavía debe brillar mucha luz de la Ley de Dios y del evangelio de la justificación. Este mensaje, comprendido en su verdadero carácter y proclamado en el Espíritu, iluminará la tierra con su gloria... un poder que llevará los rayos del sol de justicia por todos los caminos y senderos de la vida.”¹⁰

Apenas dos meses antes de que se iniciara el congreso de Minneápolis, Elena G. de White despachó una carta a los dirigentes eclesiásticos, diciendo:

“Sentimos la impresión de que este encuentro [que tendrá lugar próximamente] será la reunión más importante a la que alguna vez hayan asistido... Todas las ambiciones egoístas deben ser puestas a un lado, y debieran suplicarle a Dios que su Espíritu descienda sobre ustedes como vino sobre los discípulos que estaban congregados el día de Pentecostés.”¹¹

Ella esperaba que el poder de la lluvia tardía del Espíritu comenzara a

manos llenas ese año, en ese lugar. El segundo día de Minneápolis, temprano por la mañana, dirigió la palabra ante el congreso:

“Si alguna vez tuvimos necesidad de que el Espíritu Santo estuviese con nosotros, si alguna vez tuvimos necesidad de predicar la demostración del Espíritu, es en este preciso momento... El bautismo del Espíritu Santo descenderá sobre nosotros en esta misma reunión, si se lo permitimos... Comencemos aquí mismo, en esta reunión, y no esperemos hasta que haya pasado la mitad del encuentro. Queremos que el Espíritu de Dios esté aquí ahora mismo; lo necesitamos, y queremos que se revele en nuestros caracteres. Queremos el poder de Dios aquí, y queremos que brille en nuestro corazón.”¹²

Un llamado a magnificar a Cristo

Antes de 1888, Elena G. de White durante años había estado llamando a la iglesia al reavivamiento espiritual, concentrándose en la obra y el carácter de Jesús. En 1879 ella dijo:

“Se pierden oportunidades de oro al pronunciar discursos elaborados que dicen más del yo que de la grandeza de Cristo. La teoría de la verdad, sin una vida de piedad, no puede disipar las tinieblas morales que envuelven el alma... falta el poder del Espíritu de Dios.”¹³

En 1880, ella expresó su deseo de que los pastores se espaciaran más en la cruz de Cristo, “mientras sus propios corazones se enternecen y subyugan ante el amor incomparable de Salvador, quien realizara el sacrificio infinito.”¹⁴

Año tras año y con una intensidad cada vez mayor, Elena G. de White imploraba a la iglesia que “mire a Jesús”, como el antídoto para un *laodiceanismo* penetrante y enceguecedor. Finalmente, en marzo de 1887, escribió la conocida apelación a la que hicimos referencia anteriormente:

“La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibirlas. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las

54 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento”.¹⁵

Elena G. de White reconocía que “los impedimentos para el vigor y el éxito provienen mucho más de la iglesia misma que del mundo”; y apelaba a los miembros de iglesia a unirse “a la oración ferviente y eficaz”. Afirmaba que lo que Satanás más teme es que el pueblo de Dios “despeje el camino quitando todo impedimento, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia decaída y una congregación impenitente”. Y observaba que “si Satanás consigue lo que quiere, nunca habría otro despertar” para el tiempo del fin. Entonces terminó, con gran patetismo:

“Debiera haber un ferviente escudriñamiento del corazón. Debiera haber oración unida y perseverante, y por fe un reclamo de las promesas de Dios. Debiera haber, no un revestimiento del cuerpo con tela de saco, como en la antigüedad, sino una profunda humillación del alma... Oh mis hermanos, ¿compungirán al Espíritu Santo, y harán que se marche? ¿Le impedirán la entrada al bendito Salvador, porque no están preparados para su presencia? ¿Dejarán que las almas perezcan sin el conocimiento de la verdad, porque aman tanto su comodidad como para llevar la carga que Jesús llevó por ustedes? Despertemos de nuestro sueño”.¹⁶

El inicio de la lluvia tardía

Este mensaje debía ser el comienzo de la lluvia tardía. “El fuerte clamor del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados”, escribió Elena G. de White en 1892. Y agrega que “este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra”.¹⁷ Su ángel guía le había revelado este hecho en 1886, y lo incluyó en uno de sus mensajes a los asistentes al congreso de la Asociación General de 1888:

“Todavía mucha luz debe emanar de la Ley de Dios y del evangelio de justicia. Cuando se comprenda el verdadero carácter de este mensaje y se lo proclame con el poder del Espíritu, iluminará la tierra con su gloria”.

Pero, si bien 1888 fue el *comienzo* de la lluvia tardía, su final estaba todavía en el futuro.

“La obra, mediante la cual se pondrá fin a la proclamación del mensaje del tercer ángel, estará acompañada de un poder que llevará los rayos del Sol de justicia por todos los caminos y los senderos de la vida, y muchos se decidirán a hacer de Dios su supremo Gobernante, y aceptarán su ley como la norma de su gobierno”.¹⁸

Pero, continuaremos con esto más adelante.

El hecho es que Dios se había propuesto hacer algo nuevo en la iglesia. Durante siglos, había estado ocupado en el proceso de restaurar las verdades olvidadas y perdidas de vista desde que muriera el último de los apóstoles. Finalmente, dio a luz al remanente de la profecía bíblica (Apoc. 10), un grupo de personas que surgió con el propósito expreso de preparar al mundo para la venida de Cristo. Las verdades del sábado, de la no inmortalidad del alma, la forma de la venida de Cristo, el ministerio en el Santuario y el juicio investigador, la validez de los Mandamientos de Dios y el cuidado del templo del cuerpo ahora estaban restauradas, para que el mundo que parece comprendiera la obra y el carácter de Dios. Pero, al igual que el remanente hebreo después de su regreso del exilio, los adventistas del séptimo día perdieron de vista el centro. Perdieron de vista a Jesús, así como los judíos perdieron de vista al Mesías. Y así como los judíos se sentían orgullosos de su interpretación de la Ley de Dios y de su determinación absoluta de nunca más ser engañados al seguir a las divinidades paganas, los adventistas estaban saturados de la Ley, pero sin el corazón de Dios. Y esto llevó a impedir la entrada al Espíritu.

Cómo impedir la entrada al Espíritu

Los mensajeros de Dios, utilizados en 1888 a fin de producir un reavivamiento por la contemplación de Jesús, fueron rechazados por gran parte de los presentes. Algunos temían que el énfasis en la cruz implicara una desacentuación de los distintivos que los habían identificado como movimiento profético. Los líderes de más edad se sentían a la defensiva, ante la presuposición de que esto era “luz nueva”, al recordar el gozo en Cristo que habían experimentado durante los años que llevaron a 1844. Años después, algunos todavía consideraban que el énfasis en la justificación por la fe no era más que un pilar de la enseñanza protestante.¹⁹

Pero, este mensaje era mucho más que un dogma representativo del protestantismo. Según un ex editor de la *Adventist Review*, Kenneth Wood:

“El mensaje de 1888 era peculiar, e incluía mucho más que el evangelio de la ‘justificación por la fe’ de Lutero. Tenía un fuerte énfasis escatológico. Fue ideado para preparar a un pueblo para la traslación en la segunda venida de Cristo. Llamaba la atención al Santuario celestial. Enfatizaba la humanidad de Cristo, y declaraba que Jesús era no solo nuestro Salvador sino también nuestro Ejemplo; alguien que vivía la vida de fe y nos mostraba cómo vivir esa misma clase de vida”.²⁰

56 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

El mensaje tenía implicaciones más serias de lo que alguien se hubiese imaginado en ese entonces: el mensaje de “Cristo, nuestra justicia” era el mensaje del tercer ángel, que si “se daba a gran voz” daría lugar al “poder del Espíritu Santo” de la lluvia tardía.²¹

¡El rechazo generalizado al mensaje logró que los dirigentes de ese entonces cerraran la puerta al Espíritu de Dios! Satanás lo sospechaba, sabiendo que si el pueblo recibía el mensaje del don inmerecido de Dios en nuestro favor “habrá perdido su poder sobre él”,²²

En 1896, Elena G. de White ofreció una evaluación escalofriante de esa reacción:

“Dios quiere que cada miembro de su creación entienda la gran obra del infinito Hijo de Dios, al dar su vida por la salvación del mundo... La falta de voluntad para renunciar a opiniones preconcebidas y aceptar esta verdad fue la principal base de la oposición manifestada en Minneápolis contra el mensaje del Señor, expuesto por los hermanos [E. J.] Waggoner y [A. T.] Jones. Suscitando esa oposición, *Satanás tuvo éxito en impedir que fluyera hacia nuestros hermanos, en gran medida, el poder especial del Espíritu Santo* que Dios anhelaba impartirles. El enemigo les impidió que obtuvieran *esa eficiencia que podría haber sido suya para llevar la verdad al mundo*, tal como los apóstoles la proclamaron después del día de Pentecostés. Fue resistida la luz que ha de alumbrar a toda la tierra con su gloria; y en gran medida ha sido mantenida lejos del mundo por el proceder de nuestros propios hermanos.”²³

Esta cita debiera conmocionar a cada lector.

¡El resultado de la resistencia al mensaje fue impedir que fluyera el poder del Espíritu, que tenía la intención de llevar el evangelio al mundo entero! Elena G. de White quedó pidiendo, en oración, que se les concediera “algunos años más de gracia”.²⁴ Y Dios le concedió el pedido. Había mucho trabajo que hacer, principalmente en el corazón del pueblo de Dios, para vislumbrar la belleza del amor de Jesús y entregar todo a su cuidado. En 1892, ella se dirigió a los misioneros de países lejanos, diciendo: “Hacia adelante, siempre hacia adelante. Los ángeles de Dios irán delante de nosotros a preparar el camino.”²⁵ Tres años después, se lamentaba porque la iglesia buscara el derramamiento del Espíritu Santo en el futuro, cuando era un privilegio, para ella, tenerlo en ese entonces.²⁶ En 1900, escribió que “queda, por así decirlo, solamente un poco de tiempo”.²⁷

Lo que sucedió después mostraría aquello que Dios tenía intenciones de hacer en la iglesia y en el mundo.

Referencias

1. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, tomo 2, p. 34; *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 241; *El otro poder*, p. 175.
2. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, tomo 1, p. 104.
3. *1888 Materials*, p. 540. Años después, Elena G. de White enlazaría esta revelación con el mensaje que estaban presentando Jones y Waggoner en el congreso de Minneápolis. Para un estudio exhaustivo de este tema, ver Ron Duffield, *The Return of the Latter Rain: A Historical Review of Seventh-day Adventist History from 1844 to 1891* (autopublicación, 2010).
4. *1888 Materials*, p. 165.
5. White, *Testimonios para los ministros*, p. 91, 92, énfasis agregado.
6. Elena G. de White, *Eventos de los últimos días*, p. 173.
7. *Christ Our Righteousness* (Takoma Park, MD: Asociación Ministerial de los adventistas del séptimo día, 1926, 1941), p. 6.
8. LeRoy Froom, *Movement of Destiny* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1971), p. 187.
9. *Ibid.*, p. 182.
10. White, *Cada día con Dios*, p. 312.
11. *1888 Materials*, pp. 38, 40.
12. *Ibid.*, pp. 72, 73.
13. White, *Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 309.
14. *Ibid.*, p. 368.
15. *Review and Herald*, 22 de marzo de 1887. El llamado completo también se encuentra en *Mensajes selectos*, tomo 1, p. 141.
16. White, *Ibid.*; *Eventos de los últimos días*, pp. 134, 164; *Mensajes selectos*, tomo 1, p. 124.
17. Elena G. de White, *Review and Herald*, 22 de noviembre de 1892.
18. Elena G. de White, *Cada día con Dios*, p. 312.
19. Por ejemplo, L. H. Christian: "Algunos quizá se pregunten: ¿Qué era esta enseñanza de la justificación por la fe que se transformó en la motivación principal del gran reavivamiento de 1888, según lo enseñaron y lo enfatizaron la señora White y otros? Era la misma doctrina que habían estado enseñando Lutero, Wesley y muchos otros siervos de Dios"; *The Fruitage of Spiritual Gifts*, p. 239. Ver, además, Froom, *Movement*, pp. 605-612.

LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

“Editor’s Viewpoint”, en *Review and Herald*, 18 de noviembre de 1976, p. 2.

Manuscrito 16, 1900, “To W. W. Prescott”, 17 de febrero de 1900; también, en el *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, tomo 7, pp. 795, 796.

Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, p. 169.

Elena G. de White, *Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 274, 275, énfasis agregado. La mayor parte de la declaración se escribió en 1896; la primera frase, en 1890.

Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, tomo 5, pp. 665-671. El contexto era la inminente ley dominical nacional, que se debatió en el Congreso en 1888.

Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 3, p. 220.

Review and Herald, 19 de marzo de 1895, párr. 14.

Testimonios para la iglesia, tomo 6, p. 23.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

¿Qué predijo Dios como “nuevo” en la iglesia, después de la muerte de Jaime White? ¿Por qué sería “nuevo” ese mensaje?

¿Cuál fue la razón de que la iglesia perdiera de vista a Jesús?
¿Dónde estamos nosotros, en nuestra iglesia local, en relación con este tema?

¿Qué piensa que significa “magnificar a Cristo”?

Vuelva a leer la famosa declaración de marzo de 1887 acerca de que el reavivamiento y la verdadera piedad son la mayor y la más importante de todas nuestras necesidades. Reflexione en cada componente y analícelo. ¿Qué se necesitaría a fin de que esto ocurra en su iglesia?

¿Qué significa en la práctica confesar, experimentar “humillación”, arrepentirse y orar fervientemente?

¿Por qué los líderes de mayor edad de la iglesia creían que centrarse en Jesús no era lo que necesitaba la iglesia?

¿Por qué se “frenó la influencia” del Espíritu Santo en el congreso de Minneápolis en 1888?

¿Qué podría haber sucedido si toda la iglesia hubiese aceptado el mensaje de la justificación por la fe en 1888?

Una muestra de reavivamiento y reforma

El último día de la reunión de Minneápolis, Elena G. de White se dirigió a los dirigentes de la iglesia una vez más: "Ahora nuestro encuentro está llegando a su fin, y no se ha hecho ni una sola confesión; no ha habido ni un solo cambio para permitir que entre el Espíritu de Dios". A esta reprensión mordaz le siguió la resignación y un destello de esperanza. "Si los pastores no reciben la luz, quiero darle una oportunidad al pueblo; quizás él pueda recibirlo!"¹

Si usted tuviese la oportunidad de leer lo que ocurrió en aquellos años turbulentos en la iglesia, su corazón quizá se llevaría un dolor y un disgusto, como le ocurrió al mío. ¿Qué es nuestro problema? ¿Por qué no podemos escuchar la voz del Espíritu de Dios suplicándonos, instándonos y rogándonos que nos reconciliemos con Dios? ¿Quiénes creemos que somos, para permanecer al margen de la Palabra de vida, el único medio por el que cualquiera podría conocer lo que es vivir "la vida abundante" que Jesús mismo ha prometido! Ah, cuando descubro en mi propia vida las tantas veces que ignoré la voz de Dios para darle preeminencia a mi voluntad, lloro por dentro no solo por ignorar, sino también por desdeñar el consejo de mi amante Salvador. Todo lo que él anhela es mi felicidad, lo mejor para mí; todo lo que él desea es mi gozo, la plenitud de vida en Dios que todos queremos disfrutar, como hijos creados a imagen de Dios. Sin embargo, seguimos escuchando los cantos de sirena de los ídolos ajenos. Pero Dios no ha terminado con nosotros.

Y no había terminado con la iglesia en 1888.

Fuegos de reavivamiento

Elena G. de White, junto con A. T. Jones y E. J. Waggoner, se propusieron compartir el mensaje del amor de Jesús y de la justificación con el resto de la iglesia. Asistieron a reuniones de pastores de las Asociaciones, a las iglesias y a las escuelas. El siguiente año los encontró en una cantidad de reuniones campestres. Se verificaban victorias individuales en todas partes; pero no sin una gran lucha por parte de la oposición, proveniente de Urías Smith y de algunos otros líderes que, en ese momento, sentían una aversión total hacia el rápido surgimiento en la iglesia de Waggoner y Jones, y que hasta dudaban de la sabiduría de Elena G. de White por respaldarlos. Sin embargo, a pesar de esta abierta posición inicial, los hermanos se encargaron de que este mensaje se hiciese oír.²

En la semana de oración del colegio de Battle Creek, el mensaje impartido “no se trató solo de los Mandamientos de Dios —una parte del mensaje del tercer ángel— sino [también] de la fe de Jesús, que abarca más de lo que generalmente se supone”.³ La “semana” fue programada del 15 al 22 de diciembre, pero duró un mes: tal era el poder conmovedor del mensaje del amor de Dios por esos jóvenes adultos. El impacto entre los adventistas se extendió a toda la ciudad: el sanatorio, la casa editora y el tabernáculo.

Un día, después de predicar ante los alumnos de nivel superior, W. W. Prescott, el presidente del colegio, que anteriormente se oponía a este mensaje, “se puso en pie e intentó hablar, pero su corazón estaba demasiado rebosante. Allí estuvo cinco minutos en completo silencio, llorando. Cuando habló, dijo: ‘Me alegra ser cristiano’... Su corazón parecía haber sido quebrantado por el Espíritu del Señor”. Más tarde aquel día, Elena G. de White habló en el tabernáculo, “y muchos dieron testimonios preciosos de que el Señor había perdonado sus pecados y les había dado un corazón nuevo”.

La gente comenzó a cambiar. La reforma viene después del reavivamiento. Algunos, con convicción, comenzaron a ser fieles en los diezmos y las ofrendas; se solucionaron las ofensas. Luego de la revelación del amor de Dios por los pecadores, hubo cambios tangibles. Elena G. de White exclamó: “Oh, qué cambio de atmósfera en cuatro semanas. Jesús realmente estuvo presente”.⁵

Luego, vino el reavivamiento en Lancaster del Sur, Massachusetts, en las instalaciones de la *South Lancaster Academy*, precursora del *Atlantic Union College*. Al igual que en otras partes, los factores en cuestión eran los mensajes cristocéntricos para nuestra condición laodicense, mucha

62 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

oración y testimonios, incluyendo la confesión de pecados y el arrepentimiento. El Espíritu de Dios pudo obrar libremente cuando existían estas cosas. Lo que Elena G. de White relata en su testimonio es característico de lo que ocurrió en aquellos días:

“Nunca he visto que una obra de reavivamiento avance con tanta minuciosidad y que, sin embargo, esté libre de toda excitación indebida. No hubo apuros ni atractivos; no se hizo pasar a la gente al frente, pero hubo una comprensión solemne de que Cristo no vino para llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. El de corazón honesto estaba listo para confesar sus pecados y dar frutos para Dios, mediante el arrepentimiento y la restauración, hasta donde le fuera posible. Parecía que respirábamos la misma atmósfera del cielo. Los ángeles verdaderamente rondaban entre nosotros. El viernes de tarde, el culto comenzó a las cinco, y no terminó hasta las nueve. No se perdió tiempo, porque todos tenían un testimonio viviente para dar. La reunión habría continuado por horas si se hubiese permitido que siguiera su curso completo; pero, se creyó mejor terminarlo a esa hora. Yo no pude dormir esa noche casi hasta el amanecer. El Señor había visitado a su pueblo.”⁶

Así es el poder del Espíritu en nuestro corazón cuando Jesús es exaltado como nuestro Salvador personal. Y Dios había planificado hacer todo esto en su iglesia. Pero poco después hubo reveses importantes. A Elena G. de White se le pidió que dejara los Estados Unidos en favor de la nueva obra en Australia. Algunas personas clave de Dios, como Jones y Waggoner, se desanimaron, no renunciaron a sus debilidades, y finalmente abandonaron la iglesia. Otros, como A. F. Ballenger y los dirigentes del Movimiento de la Carne Santa llevaron el mensaje a algunos extremos bajo el estandarte de “Recibe el Espíritu Santo”. La casa editora Review and Herald al igual que el sanatorio de Battle Creek, se quemaron hasta los cimientos y su éxito se convirtió en su ruina. Poco después el Dr. Kellogg, luego de escribir un libro impregnado de lo que hoy llamaríamos ideas de la Nueva Era, cayó en desgracia. Parecía como si todos los instrumentos importantes de Dios en la iglesia hubiesen sido vencidos o neutralizados.⁷

Pero Dios no solo es el Dios de su iglesia remanente; está igualmente interesado en un mundo que perece. Y su Espíritu responde a todo el que intenta efectuar un cambio decidido en su vida. De modo que el mayor reavivamiento global presenciado en doscientos años —“el más memorable que se haya conocido alguna vez”— se manifestó en Gales en 1904.

El último reavivamiento mundial

El reavivamiento galés fue la culminación global de un despertar en el

orden mundial, que enfatizó lo que se llegó a conocer como “la vida llena del Espíritu”, o “la vida triunfante”, con énfasis en la santificación. Este movimiento pro santidad era el resultado de cristianos sinceros que se estaban cansando de la religión legalista, seca e intelectual; muy similar a lo que los adventistas del séptimo día estaban experimentando en las décadas de 1870 y 1880. Una promotora muy influyente de este movimiento era la así llamada Convención de Keswick: congresos bíblicos anuales que se reunieron durante décadas en Inglaterra, y continuaron hasta bien avanzado el siglo XX. Se establecieron con la intención de “promover la santidad práctica”. El equivalente en los Estados Unidos eran los Congresos Bíblicos Northfield, bajo el auspicio de Dwight L. Moody.

En 1902, los participantes de la Convención de Keswick formaron un círculo de oración y se comprometieron a orar por el reavivamiento en todo el mundo.⁹ En 1904, el reavivamiento comenzó con un estudiante universitario de nombre Evan Roberts. El lema del reavivamiento llegó a ser: “pon a la iglesia de rodillas y salva al mundo”. Al igual que el reavivamiento anterior de 1857 a 1859, este se distinguía mayormente por ser un movimiento laico. Con sencillez y la profunda unción del Espíritu, Roberts y otros iban de pueblo en pueblo, a lo largo y a lo ancho de Gales, con el mismo mensaje básico y directo: (1) deben confesar cualquier pecado conocido a Dios y enmendar cualquier error cometido contra los demás; (2) deben repudiar cualquier hábito dudoso; (3) deben obedecer al Espíritu con presteza; y (4) deben confesar su fe en Cristo públicamente.¹⁰ Y en respuesta, misteriosamente la gente se entregaba, arrepentida, en seguida.

El Espíritu de Dios se apoderó de Gales “por asalto”. En cinco meses, medio millón de personas se hicieron cristianas. Las tabernas se declararon en quiebra, por falta de clientes; los embarazos extramatrimoniales prácticamente desaparecieron; a los jueces les daban guantes blancos, ningún caso para procesar: nada de asaltos, robos, violaciones, asesinatos ni estafas. La delincuencia simplemente se paralizó. ¡Los municipios realizaban reuniones de emergencia, a fin de decidir qué hacer con tantos policías sin nada para hacer! Algunos se volvieron creativos: en vez de patrullar los partidos de fútbol o los bares de noche, comenzaron a cantar en las iglesias. Había tantos mineros de carbón que entregaron su vida a Jesús y dejaron de usar lenguaje soez que los caballos usados en las minas disminuyeron la producción, al no saber lo que ahora les decían.¹¹

El reavivamiento se propagó por todos los países de habla inglesa, incluyendo las colonias africanas y el norte y el centro de Europa, India, Japón, China, Corea, Indonesia y Latinoamérica. Su impacto, tal vez, haya excedido cualquier despertar previo que se conozca en la historia. En Gales se convirtió uno de cada diez ciudadanos. En el Japón la cantidad

64 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

de cristianos se duplicó para 1910. En la India la población cristiana aumentó al setenta por ciento entre 1905 y 1906. América Latina experimentó un 180 por ciento de crecimiento desde 1903 hasta 1910. En los Estados Unidos se sumaban 35 mil miembros nuevos a la Iglesia Metodista cada año; los bautistas del sur vieron un incremento del 25 por ciento en solo un año; y los presbiterianos nombraron el año 1905 como “el año más notable de la evangelización”.¹² Aunque no estaba directamente involucrada, hasta la Iglesia Adventista del Séptimo Día experimentó un crecimiento inusual por causa del derramamiento del Espíritu Santo en el mundo.¹³ El reavivamiento tuvo un impacto de lo más asombroso en las grandes ciudades, los mismos lugares en que los líderes adventistas debían concentrar sus esfuerzos, según Elena G. de White.

Quizá Dios estaba preparando al mundo para que su pueblo remanente pudiese ofrecer la advertencia final en el poder del Espíritu, antes de su regreso. En 1904, Elena G. de White apeló:

“¿Por qué no tener hambre y sed del don del Espíritu, puesto que es el medio por el cual hemos de recibir poder? ¿Por qué no hablamos de él, oramos por él y predicamos acerca de él?”

Desafió a todos los pastores a orar por el bautismo del Espíritu; a que se reunieran “grupos para pedir” ayuda y sabiduría a fin de llevar adelante la comisión de Dios en el mundo. “Es privilegio de todo cristiano no solo esperar sino apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Confirmó con confianza que Dios podría terminar la obra con mucha rapidez.

“Rápidamente maduraría la gran cosecha final y Cristo vendría para recoger el precioso grano... [Así que] orad por el Espíritu Santo. Dios respalda toda promesa que ha hecho. Con la Biblia en la mano, decid: ‘He hecho como tú dijiste. Presento tu promesa: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá”’. Cristo declara: ‘Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.’ ‘Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo’. Mateo 7:7; Marcos 11:24; Juan 14:13”.¹⁴

Si Dios pudo hacer esto en el mundo, con personas cuyo conocimiento de Dios, de su carácter y de sus planes era considerablemente limitado con respecto al concedido al remanente, ¿qué podría hacer con los adventistas del séptimo día totalmente consagrados?

¿Cuánto tiempo más?

Debemos admitir que la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día está repleta de oportunidades perdidas, en cuanto a permitir que el derramamiento del Espíritu Santo durante la lluvia tardía especial haga

tal obra en el corazón que prepare el camino para una evangelización global total y completa. Esto no es necesariamente porque la iglesia haya estado en abierta rebelión delante de Dios; muchos miembros son creyentes fieles y concienzudos. Pero a menudo nos descarriamos y permitimos que las “cosas menores” se vuelvan más importantes que la “más urgente de todas nuestras necesidades”. Generalmente, como pueblo, no hemos estado dispuestos a entregarle todo a él para que la transformación de nuestro carácter pueda reflejar el carácter de Cristo en un momento en que el carácter de todos ha de ser probado.

En enero de 1903, la sierva del Señor escribió algo que todo hijo de Dios debiera considerar con atención. Ella describió una reunión del congreso de la Asociación General de 1901 donde se manifestó el derramamiento del Espíritu Santo. Hubo una oración ferviente, y “la presencia del Espíritu Santo se hizo notoria en la reunión. El efecto fue profundamente conmovedor, y algunos de los presentes estaban llorando en voz alta”. Los hermanos que dirigían tomaron la iniciativa de confesar sus faltas y su malestar hacia sus colegas. Uno de ellos repitió el mensaje a la iglesia de Laodicea, confesó su condición pecaminosa y buscó que los demás lo perdonaran. “Las personas con quienes él habló se levantaron de un salto, confesando y pidiendo perdón, y todos se abrazaron derramando lágrimas. El espíritu de la confesión se difundió por toda la congregación”. Tan poderosa fue esta reunión, tan llena del Espíritu de Dios, que Elena G. de White la identificó como un “tiempo pentecostal”. Y agregó que “la obra continuó hasta las altas horas de la noche, casi hasta el amanecer”.

En aquel congreso histórico de 1901 se llevó a cabo una obra importante, como la reorganización completa de la iglesia. Pero, la *mayor* obra que el Señor deseaba era un sometimiento a su voluntad y de unos a otros. Lamentablemente, esta fue una visión que nunca se materializó. El ángel le refirió: “Esto es lo que pudo haber sido”. Elena G. de White sacó en conclusión: “Me embargó una agonía de desengaño al darme cuenta de que lo que había presenciado no era una realidad”; aunque “el cielo entero esperaba manifestar su clemencia” con ellos.¹⁵

Los adventistas del movimiento millerita no predicaron el mensaje del tercer ángel al mundo, que podría haberse preparado para el regreso de Jesús. La iglesia de fines de la década de 1850, al igual que la de fines del siglo XIX, no estaba preparada para el inminente regreso de Cristo porque no prestaron atención al consejo del Testigo Verdadero que llamaba a Laodicea al arrepentimiento. Muchos en el congreso de Minneápolis se perdieron la preciosa oportunidad de comprender verdaderamente que la justicia de Cristo “es el mensaje del tercer ángel en verdad”. ¡El mensaje en ese momento significaba el comienzo del fuerte clamor del tercer ángel!¹⁶ La frialdad por el mensaje llevó a años difíciles, y a desafíos de

66 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

liderazgo que los distrajeron de la causa en el preciso momento en que Dios estaba preparando al mundo con el mayor de todos los reavivamientos globales hasta la fecha.

“Tal vez tengamos que permanecer aquí, en este mundo, muchos años más, debido a la insubordinación, como les sucedió a los hijos de Israel”, reflexionó Elena G. de White en 1901.¹⁷

La Iglesia Adventista del Séptimo Día ha recibido el enorme privilegio de entender estos asuntos; de conocer la profundidad y la anchura del consejo de Jesús para nosotros, su triste aunque amada iglesia laodicense. Dios nos ha llamado al arrepentimiento. Nos ha mostrado cómo debemos vivir con Cristo en el interior, mediante el arrollador amor del Señor, hasta un punto tal que el mundo se verá obligado a ver a Jesús en su pueblo.

El Espíritu Santo todavía está obrando en la iglesia; nunca nos ha abandonado. Hoy obra a través de cientos de creyentes fieles, y continuará haciéndolo pero, quiere hacer más.

Cristo espera con paciencia que su iglesia le permita entrar; que responda a su llamado a Laodicea de “comprar” la fe refinada por el amor, la justicia de Cristo y el discernimiento del Espíritu, a fin de que el fuerte clamor de la lluvia tardía pueda culminar la obra de Dios con poder y gran gloria. Cuando Cristo entre en las partes más ocultas del corazón de su pueblo, el mundo se convencerá de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:7, 8); y Cristo vendrá para llevarnos a casa.

Continúe leyendo. Las cosas van a cambiar en la iglesia.

Referencias

1. *1888 Materials*, pp. 151, 152.
2. Arthur L. White, *Ellen G. White*, t. 3, “The Lonely Years” (Hagerstown, MD: Review and Herald, 1984), pp. 412, 413.
3. Duffield, p. 175.
4. A. White, t. 3, p. 421.
5. *Ibid.*, p. 423.
6. *Review and Herald*, 5 de marzo de 1889, párr. 10.
7. Ver A. White, t. 5, “The Early Emshaven Years” (Washington, D.C.: Review and Herald, 1981), pp. 148-163, 223-235, 259-270, 280-306, 405-428. Ver, además, Schwartz, pp. 262-272, 614-618.
8. Wesley Duewel, *Revival Fire* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1995), p. 210.

9. McDow y Reid, p. 276.
10. Collin Hansen y John Woodbridge, *A God-Sized Vision: Revival Stories That Stretch and Stir* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2010), p. 102.
11. J. Edwin Orr, *The Flaming Tongue: Evangelical Awakenings, 1900* (Chicago: Moody Publishers, 1975), pp. 192, 193.
12. Duetzel, pp. 204-286; McDow y Reid, pp. 282, 284, 296.
13. Las estadísticas muestran que la Iglesia Adventista en los Estados Unidos creció 2,1 por ciento en 1904 y 1,82 por ciento en 1906; mientras que en el año de pleno apogeo del reavivamiento, 1905, la iglesia creció 5,55 por ciento. Asimismo, mientras que el crecimiento promedio en el ámbito mundial entre 1901 y 1904 fue de 2,02 por ciento, y entre 1906 y 1910 fue del 3,66 por ciento, en el año del pleno apogeo del reavivamiento la iglesia creció hasta el 6,84 por ciento, el doble del promedio de los años siguientes y más de tres veces el porcentaje de los años anteriores, *General Conference Statistical Report*.
14. Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, t. 3, pp. 212; *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 48; *Consejos para la iglesia*, p. 175.
15. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 8, pp. 111-113.
16. Elena G. de White, *Review and Herald*, 22 de noviembre de 1892.
17. Elena G. de White, *El evangelismo*, p. 505.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Por qué cree que tendemos a rechazar o ignorar lo mejor que Dios tiene para ofrecernos?
2. Describa lo que ocurrió cuando Elena G. de White y los pastores Jones y Waggoner llevaron el mensaje de “Cristo, nuestra justicia” a la calle. ¿De qué manera piensa que eso podría ocurrir ahora?
3. Describa algunos de los resultados tangibles del reavivamiento galés. ¿Cuál podría ser el equivalente en la Iglesia Adventista?
4. Repase las cuatro partes del mensaje de Evan Roberts para las personas de Gales. ¿Por qué cree que era el mensaje del Espíritu en ese entonces?
5. ¿Cómo puede explicar que Dios se moviera sobre las iglesias y las personas que no formaban parte del remanente?
6. En 1903, Elena G. de White recibió una visión de un gran reavivamiento que podría haber comenzado en el congreso de la Asociación General de 1901. ¿Por qué no ocurrió?
7. ¿Qué será necesario que hagamos para darlo todo por la “más urgente de todas nuestras necesidades”?
8. ¿Cuándo y cómo llegaremos al punto de confesar nuestras faltas y nuestro malestar mutuo, de pedir perdón y de perdonar a los demás, sin importar lo que pudieron habernos hecho?
9. ¿Cuál cree usted que es la mayor necesidad entre nosotros, después de leer este capítulo? ¿Cuál puede y debe ser su próximo paso?

La Persona

Conozcamos al Espíritu Santo

Gran parte de la literatura actual sobre el Espíritu Santo, incluso entre los adventistas del séptimo día, se centra en su obra y ministerio. Pero, conocer su obra sin conocer su persona plantea peligros inherentes para cualquier cristiano que desee tener una experiencia más profunda con Dios. Implica que mientras las cosas funcionen como esperamos o prevemos que el Espíritu nos guíe, esa obra necesariamente proviene de él. Este pensamiento favorece el pragmatismo por sobre la verdad. Jesús nos advirtió sobre obras poderosas en los últimos días, que supuestamente solo Dios podría ejecutar, como echar fuera demonios, profetizar u obrar muchos milagros. Pero, su sentencia es tan aleccionadora como triste: “Nunca os conocí” (Mat. 7:22, 23).

En vista de ello, decidí agregar un breve capítulo sobre la naturaleza del Espíritu Santo.¹ Si no sabemos quién es, ¿cómo podremos reconocer su obra? Muchos cristianos, incluyendo algunos adventistas, simplemente han resuelto que el Espíritu Santo es alguna esencia de Dios, una herramienta poderosa en sus manos, pero no totalmente igual a Dios. El hecho de que el Espíritu Santo sea o no sea Dios es un detalle importante. Hay que admitir que debiéramos ser cuidadosos para no analizar demasiado la naturaleza del Espíritu;² él no ha revelado mucho de sí mismo, pero vale la pena repasar la revelación que sí tenemos. De modo que intentaré responder tres preguntas básicas: (1) ¿es el Espíritu Santo *Dios*? (2) ¿es

72 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

el Espíritu Santo una *persona* de la Deidad? y (3) ¿cuál es la *relación* del Espíritu con la Deidad?

El Espíritu divino

Debemos admitir que las evidencias bíblicas directas sobre la divinidad del Espíritu son escasas. Esto, sin duda, es una razón clave del por qué tantos creyentes sinceros, a lo largo de la historia de la iglesia cristiana, no se han convencido de tal cosa. Sin embargo, Dios ha dejado suficientes evidencias, a fin de que comprendamos las verdades básicas.

La más clara de estas verdades quizá sea la declaración de Pedro registrada en Hechos 5, donde pregunta a Ananías, el engañador, por qué le había mentido “al Espíritu Santo”, en relación con la venta de su terreno. Y luego declaró: “No has mentido a los hombres, sino a Dios” (Hech. 5:3, 4). Para Pedro, “mentir al Espíritu Santo” y “mentir a Dios” eran expresiones intercambiables. La cuestión central era que Ananías no estaba mintiendo *meramente* a los apóstoles de la naciente iglesia del Nuevo Testamento, sino a Dios mismo.

Otro ejemplo de expresiones equivalentes es la frase que Pablo utilizó en 1 Corintios 3 y 6. En el capítulo 3, el versículo 16, 17 escribe: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” Tres capítulos más adelante, utiliza un lenguaje casi idéntico: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros...?” (1 Cor. 6:19). Pablo utiliza el *templo de Dios* o el *templo del Espíritu Santo* en forma indistinta.

“El Espíritu Santo no es un mero espíritu —afirmó Martín Lutero—, una criatura, por ejemplo, o alguien separado de Dios, aunque él se lo dé a los hombres; ni meramente la obra de Dios que lleva a cabo en nuestro corazón. Sino que es un Espíritu que en sí mismo es Dios en esencia.”³

Jesús también utilizó las palabras *Dios* y *Espíritu Santo* de forma equivalente. Durante el encuentro nocturno con Nicodemo, Cristo hizo referencia a la posibilidad de *volver* a nacer —una referencia común a la salvación— mediante el Espíritu, aun cuando el discípulo secreto considerara que fuese imposible, al decir: “¿Cómo puede hacerse esto?” (Juan 3:5-9). Más adelante en su ministerio, cuando otro grupo de discípulos se reunió para averiguar cómo podía ser que la gente de la cual no se espera que se salve podría salvarse, Jesús respondió: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mat. 19:23-26). Evidentemente, para Jesús, era Dios quien posibilitaba la salvación; al mismo tiempo que era el Espíritu el que hacía que los hombres nacieran de nuevo. Esto es así porque el Espíritu Santo es quien tiene la capacidad de inducir la convicción de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8-11).

En el libro de Hebreos encontramos la única referencia bíblica al “Es-

píritu eterno” (Heb. 9:14); mientras que en el libro de Deuteronomio encontramos la única referencia bíblica al “eterno Dios” (Deut. 33:27). Sabemos que solo Dios es eterno. También sabemos que solo Dios puede resucitar a los muertos. “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán... todos los que están en los sepulcros oirán su voz” (Juan 5:25, 28).

¿Sobre qué base puede Cristo resucitar a los muertos? Lo explica en el siguiente versículo. “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (vers. 26). Pocos años después, Pablo se hizo eco de las palabras de Jesús cuando escribió en Romanos 8:11: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, *el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*” (énfasis agregado).

El mismo Espíritu que levantó a Jesús de la tumba nos levantará a usted y a mí de los muertos, porque, al igual que Dios, él también tiene vida en sí mismo.

La noche de la traición, Cristo anunció la venida del *parakletos*, con frecuencia traducido en castellano como *consolador* o *defensor* (Juan 14:16, 17). Lingüísticamente, esto hace alusión al estatus “paralelo” que la persona presentada tiene con el que la presenta. Por esto Cristo se refirió al Espíritu Santo como a “otro” Consolador, ya que Cristo mismo era el primero que conocían los discípulos. La cuestión aquí es que Cristo “rogar[ia] al Padre” por el Espíritu. Pocos minutos antes, Cristo había mencionado que él y su Padre eran iguales (vers. 9, 10). Si el Consolador es igual —o paralelo— al Hijo, y el Hijo es igual —o uno— con el Padre, por lo tanto el Consolador, o el Espíritu Santo, es igual al Padre.

Tres atributos divinos del Espíritu

El Espíritu Santo posee atributos que solo pertenecen a Dios. Es *omnipresente*, lo que hace exclamar al salmista: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?” (Sal. 139:7). El Espíritu Santo es *omnisciente*, porque Pablo dice: “El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” (1 Cor. 2:10, 11). Y el Espíritu Santo es *omnipotente*, porque distribuye dones “a cada uno en particular *como él quiere*” (1 Cor. 12:11, énfasis añadido).

Finalmente, varias declaraciones de las Escrituras mencionan a los tres miembros de la Deidad, equiparándolos en naturaleza y rango; aunque no en función. La famosa fórmula bautismal que formaba parte de la Gran Comisión enuncia que los seguidores de Cristo deben bautizar a

74 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

los discípulos nuevos “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mat. 28:19). La fórmula destaca un *solo* nombre, no tres diferentes; haciendo que cada uno y todos ellos sean de la misma sustancia o naturaleza que los demás. La bendición apostólica de 2 Corintios 13:14 revela al mismo Dios trino: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. Y la lección de Pablo sobre los dones espirituales manifiesta esto mismo, al hablar de “diversidad de dones, pero el *Espíritu* es el mismo”; “diversidad de ministerios, pero el *Señor* es el mismo”; y “diversidad de operaciones, pero *Dios...* es el mismo” (1 Cor. 12:4-6, énfasis agregado). En el saludo de Pedro, hallamos al Dios trino conectado como antes, aunque da indicios de sus diversas funciones: “Pedro... a los expatriados de la dispersión... elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Ped. 1:1, 2).

La Persona del Espíritu

La condición de *persona* del Espíritu Santo fue un concepto con el que lucharon los pioneros adventistas. Junto con las posturas antitrinitarias, algunos pensaban que el Espíritu Santo era menos que una persona. Uriás Smith, por mucho tiempo editor y secretario de la Asociación General, por ejemplo, todavía en 1891 describía al Espíritu Santo como “esa emanación divina y misteriosa a través de la que ellos [el Padre y el Hijo] llevan adelante su gran obra infinita”.⁴ Un año antes, había descrito al Espíritu como una “influencia divina”, y no una “persona como el Padre y el Hijo”.⁵ Incluso Elena G. de White, al citar la versión de la Biblia de King James [del rey Jacobo], seguía aludiendo al Espíritu Santo como a “it [ello]” en sus escritos. Sin embargo, todo eso cambió hacia 1888, cuando usó el pronombre personal “él” en referencia al Espíritu Santo, y lo llamó “la tercera persona de la Divinidad”.⁶

A veces la gente ha considerado al Espíritu Santo como un “it” [una cosa], en parte porque el género neutro para Espíritu, tanto en el original griego —*pneuma*— como en el inglés, ha contribuido a este concepto. Un ejemplo puede ser Romanos 8:16, donde la versión King James traduce el texto: “The Spirit *itself* [el Espíritu *mismo*]...” (énfasis agregado). Puesto que los pronombres deben concordar con sus antecedentes en persona, número y género, esperaríamos que se use el pronombre neutro para el Espíritu Santo. Sin embargo, cuando Juan, el Amado, registró las palabras de Jesús, usó el pronombre masculino *ekinos* (“él”), al referirse al Espíritu Santo. “Pero cuando venga el Consolador..., el Espíritu de verdad... él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13). “Y yo roga-

ré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Juan 14:16). Los críticos bíblicos pueden señalar el hecho de que el griego no era el primer idioma de Juan, y que por eso cometió un error. Pero, o Juan cometió un error gramatical *constante*, o a propósito se refirió al Espíritu Santo como “él”. Y dado que no se comete un “error” similar en el resto del Evangelio de Juan, debe haberlo hecho adrede, a fin de destacar que Jesús se refería a una Persona, y no a una cosa.

La Biblia también identifica en el Espíritu Santo una cantidad de atributos característicos de las personas. Por ejemplo, el Espíritu Santo *desciende*. A Pablo y sus compañeros “les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió” (Hech. 16:6, 7). En 1 Corintios 12 se declara, después de mencionar varios dones del Espíritu, que “todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (vers. 11).

Además, se dice que el Espíritu Santo tiene una mente. Pablo nos recuerda que “el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención [*mente* en las versiones en inglés] del Espíritu” (Rom. 8:27). El Espíritu usa esa mente para interceder en nuestro favor: “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (vers. 26).

Como tan solo las personas pueden hacerlo, el Espíritu también da instrucciones. Pablo escribe a Timoteo: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Tim. 4:1). Nehemías recordó que Dios había dado a Israel su “buen Espíritu para enseñarles” (Neh. 9:20). Y Jesús prometió a los discípulos que cuando enfrentaran peligros o estrés por causa de él, “el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir” (Luc. 12:12). Además, ninguna fuerza puede comunicarse verbalmente como lo hace el Espíritu Santo; solo las personas pueden hacerlo. Por ejemplo, el Espíritu “dice” a las iglesias lo que encontramos en Apocalipsis 2 (vers. 7, 11, 17, 29) y 3 (vers. 6, 13, 22). Y responde a la voz del cielo en Apocalipsis 14:13. Finalmente, se nos dice que “el Espíritu y la Esposa dicen: Ven” (Apoc. 22:17), sugiriendo una vez más cualidades de una persona.

Y aún más característico es el hecho de que el Espíritu Santo *puede sentir*. Pablo aconseja a los efesios: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios” (Efe. 4:30); e Isaías recuerda que los israelitas “fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo” (Isa. 63:10).

Y el Espíritu *tiene influencia*. Porque Pablo nos asegura que “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Cor. 12:3). Jesús

76 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

prometió que “cuando él [el Espíritu] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8).

Finalmente, solo las personas pueden *amar*, y los tres miembros de la Deidad aman (ver Juan 3:16 y 13:1). Pablo apela a los Romanos: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí” (Rom. 15:30). Y ya nos había dicho, en Romanos 5, que “la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones *por el Espíritu Santo*” (5:5, énfasis agregado).

La relación del Espíritu Santo con la Deidad

Aunque el Espíritu, en el Nuevo Testamento, es considerado principalmente en relación con la iglesia y la vida cristiana, la pregunta de la relación del Espíritu con Dios puede responderse bíblicamente. Lo que encontramos es un rol del Espíritu voluntariamente subordinado al resto de la Trinidad.

Cuando Jesús anunció la venida del Consolador prometido, dijo: “Rogaré al Padre, y os dará otro Consolador... el Espíritu de verdad” (Juan 14:16, 17). Aunque vemos claras evidencias de que el Espíritu posee voluntad y la ejercita, en este texto encontramos que todo depende de los otros dos miembros de la Trinidad: el pedido del Hijo y la provisión del Padre. A través del Espíritu, Cristo habitaría en sus discípulos: “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (vers. 20); entonces Cristo agregó que se manifestará a ellos (vers. 21). De hecho, la promesa es que el Padre y el Hijo vendrán para morar con ellos (vers. 23); y aunque no se menciona explícitamente que el Espíritu es el tercer Huésped en su corazón, es el Espíritu quien ayudaría a los discípulos a comprender lo que les acababa de decir. Aquí, encontramos un rol claramente subordinado en la persona del Espíritu Santo, aunque sea otro *parakletos*; otro como el Hijo.

De ninguna manera esto debiera interpretarse como que el Espíritu es un Dios inferior a Cristo o al Padre: este parece ser el *rol y la función* del Espíritu en la Deidad, no su estatus o rango. En el capítulo 15, nuevamente aparece el rol subordinado del Espíritu: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26).

Finalmente, en el capítulo 16 podemos encontrar las afirmaciones más claras con relación a esta relación trina: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber” (vers. 13-15).

Así como el Hijo revela el amor y el carácter del Padre, y así como el Hijo decide no tomar la iniciativa por su cuenta sino que cede esa prerrogativa al Padre (ver Juan 5:30; 6:38), así hace el Espíritu en relación con el Hijo. El peligro aquí es albergar un arrianismo subconsciente, que considera que el Padre y el Hijo están en un mismo plano, pero que el Espíritu Santo se ubica en un plano inferior, subordinado, debido a su función en el plan de salvación; así como los seguidores de Arrio leyeron declaraciones en la Biblia que indicaban la subordinación de Cristo al Padre y concluyeron que no podía ser plenamente divino. De hecho, en esta relación *funcional*, pareciera que el Padre fuese la fuente, el Hijo el mediador y el Espíritu el que aplica lo que Dios proyecta hacer.

El concepto de una unión plural en la Deidad, que es interactiva y mutuamente sumisa, se evidencia incluso en el pasaje que los judíos han usado por generaciones a fin de expresar su monoteísmo: la *Shemá*: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deut. 6:4). La palabra *’echad*, traducida como “uno”, significa “uno entre otros, colocando el énfasis en uno en particular”. Según Otto Christensen, “la posibilidad de que haya otros en esta ‘unicidad’ es inherente en la palabra”. Moisés podría haber utilizado la palabra *yachid* para indicar “uno”, como en “uno solo”. Pero, la palabra que utilizó deriva “de la unidad de varias personas”.⁷ La misma palabra se utiliza con el fin de describir la *unión sumisa* entre la primera pareja: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:24).

La Deidad, entonces, es una sociedad divina. No un grupo de dioses, sino una unión de tres Personas que practican el amor y lo expresan en perfecta humildad.

Por qué es importante comprender la naturaleza del Espíritu

¿Por qué es importante comprender al Espíritu Santo como una Persona de la Deidad? Lo que tratamos anteriormente sobre la historia de Ananías y Safira, en Hechos 5, nos brinda un indicio: si no entendemos o rehusamos entender que el Espíritu Santo es una Persona de la Deidad, tenderemos a tratarlo como a una cosa u objeto, y a provocar nuestra propia destrucción.

Por ese motivo el pecado imperdonable es el que se comete en contra del Espíritu Santo (Mat. 12:31, 32). Para nosotros, el punto de contacto con Dios es a través del Espíritu Santo: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?” (Sal. 139:7). El punto de contacto más inmediato no es por medio del Padre, y ni siquiera a través de Jesús. Mientras que Cristo es el intercesor del pecador, como nuestro Sumo Sacerdote, en el cielo (Heb. 7:17-8:2), el Espíritu es nuestro intercesor como

78 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

parakletos —uno como él— en la Tierra (Rom. 8:26, 27), en nuestro medio. Solamente mediante el ministerio del Espíritu Santo podemos acceder a la eficacia del ministerio intercesor de Cristo. Sin él, sería imposible incluso comprender o aceptar a Cristo como nuestro Salvador y Señor.

Si tratamos al Espíritu como a una cosa, una mera emanación o una influencia desprovista de personalidad y voluntad, nos resulta especialmente fácil ignorarlo, hacer oídos sordos a su voz y a su invitación a dejar el yo atrás y abandonarlo en manos de un Dios con quien todas las cosas son posibles. Como los fariseos de antaño, es probable que rechacemos a aquel que anhela nuestro corazón y a quien el Espíritu revela; el mayor objeto de nuestra gratitud: Jesucristo, nuestro Salvador. Podemos comprender la desesperación del Hijo en la ladera del Monte de los Olivos aquel domingo a la caída de la tarde, cuando, al contemplar el Templo, supo que el tiempo de prueba para los dirigentes de Jerusalén llegaría a su fin aquella noche. Habían rechazado a Cristo, el Mesías, al rechazar el flechazo del Espíritu en su corazón. Con la emoción más profunda, Cristo clamó:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mat. 23:37, 38).

La segunda razón de la importancia de que entendamos que Dios el Espíritu es una persona es porque, si lo tratamos como un “sentimiento” o un mero “poder” pensado para entibiar nuestro corazón cuando percibimos la necesidad de él, nos transformaríamos en incrédulos. En Apocalipsis 16 se nos presenta la falsa trinidad, una alianza constituida por el dragón, la bestia y el falso profeta (Apoc. 16:13, 14), en la que esta última entidad es la contraparte de la Tercera Persona de la Trinidad. Así como un profeta habla en nombre de Dios, específicamente, en nombre del Espíritu Santo —porque “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21)—, el falso profeta simula hacer lo mismo.

Pero mientras que el Espíritu Santo habla a través de la Palabra de Dios, el falso profeta lo hace mediante señales y el uso de lo sobrenatural. El Espíritu de Dios no es una “máquina expendedora cósmica, que responde mecánicamente con poder o con bendiciones si solo insertamos suficientes monedas de fe”.⁸ Los que confían en Dios solamente cuando pueden ver señales y prodigios, no confían en una Persona sino en un “poder” o una “sensación”. No avanzan por fe, porque “la fe es [solo] por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Rom. 10:17). La fe no ocurre por milagros. Por lo tanto, quienes tratan al Espíritu Santo como un “poder” que se invoca a voluntad —en vez de una Persona, para responderle en-

tregándole nuestra voluntad—, serán engañados al percibir a un dios a hechura suya, en vez de al Dios de la Biblia. Y un dios a hechura nuestra finalmente nos conducirá al chasco y a la incredulidad.

Una tercera razón de la importancia de que pensemos en el Espíritu como una Persona de la Deidad es porque si consideramos su completa humildad, un distintivo de su Persona, nos conducirá a la entrega y al sacrificio. La Biblia señala: “Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Luc. 10:22). En la Biblia se dice mucho más acerca de Dios el Padre y de Dios el Hijo que de Dios el Espíritu Santo. Aunque el Espíritu Santo se menciona 88 veces en el Antiguo Testamento y 325 veces en el Nuevo Testamento,⁹ esta cifra es eclipsada por las miles de referencias sobre los demás miembros de la Trinidad. Pero, fue el Espíritu quien inspiró a estos escritores bíblicos (2 Ped. 1:21). Sin embargo, lo hizo con su característica humildad divina. El Espíritu Santo dice muy poco sobre sí mismo.

Así es el amor según se revela en la Persona del Espíritu: se centra en el Padre y en su relación con el Hijo, más que en su propia relación con el Hijo o con el Padre. El Hijo estaba en el Padre y el Padre en él; y lo mismo puede decirse de su relación con el Espíritu Santo y la del Espíritu Santo con el Padre. El hecho de que el Espíritu transmita información acerca del Padre y del Hijo con tanta libertad es una expresión del amor desinteresado que existe en la Trinidad; y en especial, de la manera en que el Espíritu glorifica al Padre y al Hijo. El Espíritu adopta voluntariamente una posición inferior de servicio, a causa de su amor por el Hijo y su deseo de verlo glorificado, a pesar del hecho de que él es la Persona de la Deidad cuyo *tiempo de actividad y preeminencia es ahora*. Obviamente, para el Espíritu, la igualdad y la sumisión no son mutuamente excluyentes.

De qué manera Dios difiere de los “dioses”

El Dios cristiano —tres en uno— es completamente diferente de los dioses del panteón del Olimpo o de los cuentos nórdicos. Los dioses, con “d” minúscula, se dedicaban a combatir constantemente entre sí. Cada uno tenía una voluntad y un plan individual, y evidentemente no eran de un mismo sentir; cada uno tenía su orgullo y su territorio que proteger. Esos dioses nos recuerdan el conflicto y el orgullo que existía entre los discípulos de Jesús antes del Calvario y del Pentecostés. No obstante, cuando se permitió al Espíritu obrar entre los que peleaban y empujaban por la preeminencia y sospechaban unos de otros, una santa sumisión tomó control de su corazón, lo que les permitió estar “unánimes” (Hech. 1:14, 2:1). Entonces, el grupo reflejó a la Trinidad en este sentido; de hecho, la humildad absoluta puede ser la característica más distintiva del

80 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

Dios trino. ¿De qué otro modo podría Dios manejar su omnipotencia, su omnisciencia y su omnipresencia, y otros atributos que solo el Dios del universo puede ostentar?

Jesús expresó esta verdad cuando declaró: “Aprended de mí, que soy *manso y humilde de corazón*” (Mat. 11:29, énfasis agregado). Humilde de corazón; es decir, una cuestión de elección y de voluntad. Dios puede hacerlo todo, pero él elige refrenarse, porque es amor. Cuando contemplamos la profunda humildad demostrada por la eternidad mediante la Tercera Persona de la Deidad, nuestro orgullo y mezquindad se vuelven polvo.

La última razón de la importancia de que Dios el Espíritu sea una persona es esta: solo las personas pueden decidir cooperar con los demás, y se nos invita a cooperar con el Espíritu mientras él dirige a la iglesia de Cristo. Cuando la iglesia primitiva, guiada por el Espíritu, enfrentó su primera controversia teológica importante (Hech. 15:1-29), la iglesia, “varones [de entre ellos]” (vers. 22, NVI), se congregaron en Jerusalén con el objeto de tratar el asunto. Después de haber tomado una decisión, es interesante notar cómo describieron la resolución: “ha parecido bien al Espíritu Santo, *y a nosotros...*” (vers. 28, énfasis añadido). Una asociación y una cooperación tan estrechas se pueden lograr solo a través de una interacción personal de confianza. Cuando Pablo y sus colaboradores misioneros deseaban predicar en Asia y dos veces el Espíritu les impidió que lo hiciesen, terminaron yendo a Macedonia, “dando por cierto que Dios [observe que aquí se denomina Dios al Espíritu] nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio [allí]” (Hech. 16:6-10).

Una interacción tan franca puede lograrse solo entre personas que se aman y se respetan. El Espíritu es mucho más que una impresión en la mente de Pablo: es su Guía constante. Cuando el Jesús glorificado de Apocalipsis se dirige a las iglesias de Asia mediante el Espíritu Santo, amonesta siete veces a prestar atención a “lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apoc. 2:7, 11, 17, 29; 3:6; 13, 22). Las advertencias y los consejos del Espíritu a las iglesias presuponen una relación establecida. Se pueden tener esas relaciones con personas de confianza. Reconocer la voz del Espíritu significa que los creyentes han pasado suficiente tiempo escuchando esa voz. No es solo un espíritu celestial etéreo; el Espíritu Santo habla para que realmente podamos escuchar.

Esta íntima relación entre Dios el Espíritu y su pueblo se evidencia en el último llamado de Apocalipsis:

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apoc. 22:17).

Primero, observemos lo que *no* dice. No dice “el Espíritu y la iglesia”, ni

“el Espíritu y el remanente de su simiente”. Dice: “el Espíritu y la Esposa”. La descripción es de una boda; la atención debe colocarse en el Novio celestial. Su esposa —la iglesia— y el Padrino Celestial —el Espíritu—, quienes más aman al Novio, exclaman al unísono: ¡Vengan a deleitarse en las riquezas de Cristo! ¡Vengan, vengan, vengan! Así resonará por la eternidad futura, como lo ha hecho durante miles de años hasta ahora, la clarinada del Espíritu en favor del Hijo, por el bien de los suyos.

Referencias

1. Este capítulo se basa en mi artículo publicado: “The Personhood of the Holy Spirit and Why It Matters”, en *Journal of the Adventist Theological Society*, t. 17, N° 1 (primavera de 2006), pp. 11-32.
2. “No es esencial para nosotros ser capaces de definir con precisión qué es el Espíritu Santo... La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado... En cuanto a estos misterios, demasiado profundos para el entendimiento humano, el silencio es oro”. *Los hechos de los apóstoles*, pp. 42, 43.
3. Martín Lutero, “Sermon on John 15:26, 27”, en *Luther's Works*, 24:297, citado en Arnold Valentin Wallenkampf, *New by the Spirit* (Mountain View, California: Pacific Press, 1978), p. 14.
4. *General Conference Bulletin*, p. 146, 1891; *Review and Herald*, 24 de octubre de 1890, p. 664, citado en George R. Knight, *A Search for Identity: The Development of Seventh-day Adventist Beliefs* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 2000), p. 18.
5. *Looking Unto Jesus* (Battle Creek, Michigan: Review and Herald, 1897), p. 10.
6. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 625.
7. Otto H. Christensen, *Getting Acquainted With God* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1970), p. 69.
8. Donald T. Williams, *The Person and Work of the Holy Spirit* (Eugene, OR: Wifit & Stock, 1994), p. 10.
9. La cantidad varía según la versión bíblica que se utilice y los eruditos consultados.

Preguntas para reflexionar o para estudiar en grupo

1. ¿Cuáles son algunos consejos bíblicos dados en este capítulo que muestran que el Espíritu Santo es Dios?
2. ¿Cuáles son los tres atributos del Espíritu Santo que solo pertenecen a Dios?
3. ¿Cuál era el concepto de Uriás Smith y de Elena G. de White sobre el Espíritu Santo durante el primer período de nuestra obra? Ese concepto, ¿todavía prevalece entre algunos adventistas de la actualidad? ¿Por qué piensa que es así?
4. ¿Cuáles son algunos de los atributos característicos de las personas, y asignados al Espíritu Santo en la Biblia?
5. ¿Cuál considera que es el papel y la función del Espíritu Santo en la Deidad? ¿Cómo se relaciona con el Padre y con el Hijo?
6. ¿De qué manera el arrianismo considera incorrectamente al Espíritu Santo en relación con la Deidad?
7. ¿Cómo entendía Moisés a la Deidad, según Deuteronomio 6:4?
8. ¿Por qué es importante no pensar en el Espíritu como una mera influencia, o como un objeto?
9. Al confiar solamente en “señales y prodigios”, ¿qué estamos diciendo acerca del Espíritu Santo?
10. ¿Por qué el Espíritu Santo dice muy poco sobre sí mismo en la Biblia?

Conozcamos al Espíritu Santo • 83

11. ¿De qué modo Apocalipsis 22 nos ayuda a entender que el Espíritu Santo es una Persona?
12. ¿En qué sentido usted percibe y comprende con mayor claridad a la persona del Espíritu Santo al leer este capítulo?

El don de Jesús

Estábamos en medio de una junta de iglesia cuando alguien nos trajo una carta urgente. La carta provenía de uno de mis feligreses, que en su mente se había convencido de que la iglesia era Babilonia, y demandaba que su nombre fuese borrado de los registros de la congregación.

Después de leer porciones de la carta, todos nos quedamos sin habla. Algunos comenzaron a llorar. ¿Cómo podía ser? Todos lo conocíamos. Era un hombre tranquilo, cuidadoso, y un fiel miembro de iglesia; con cara triste pero de espíritu amable. Solo sabíamos que desde que su esposa lo abandonó había estado asistiendo una o dos veces por semana a un grupo de adventistas dirigidos por un individuo influyente que era enemigo de la iglesia. Sospechábamos que esas reuniones eran como veneno para el alma, y después de averiguar un poco más, advertimos que nuestro amigo había sido la primera víctima.

—Me gustaría ofrecerme para visitarlo y charlar con él —dijo Mike, el dirigente de Ministerio Personal.

Lo extraño es que lo dijo con una sonrisa en el rostro, como si supiese algo que nosotros no sabíamos. Y así lo hizo. Todos los días. ¡*Todos los días!* Durante seis semanas pasaba entre 45 minutos y hasta tres horas con él cada tarde o noche. Pidió al hermano que apostató que compartiera con él esta nueva “verdad”. Escuchaba, y pedía que le aclarara algunas dudas. Poco a poco, Mike comenzó, siempre muy delicada y cuidadosa-

mente, a compartir la enseñanza de Dios sobre la identidad y el carácter de la iglesia remanente en la Palabra. Luego oraba con él, por su crecimiento en Cristo, por su testimonio en favor de los demás, por su salud y su vida. Rápidamente se hicieron amigos.

Un sábado de mañana —nunca lo voy a olvidar—, mientras estábamos en nuestra acostumbrada reunión de oración a las siete de la mañana en una de las salas de la iglesia, entraron juntos Mike y nuestro hermano confundido.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Mike a modo de introducción, con su acostumbrada sonrisa.

—¡Alabado sea Jesús! —repitió nuestro hermano nuevamente recuperado. Y nunca volvió a dudar de lo que Dios pensaba de su amada iglesia, con todos sus defectos.

Quizás usted piense: “¡Extraordinario! ¿Visitar a una persona todos los días durante seis semanas? Con esa dedicación e intensidad, se podría cambiar todo tipo de cosas en la iglesia. Y, si piensa eso, ¡creo que tiene razón! Como verá, este no era un acto de bondad inusual y esporádico para Mike; él actuaba de este modo, desde que Jesús había tomado un lugar preponderante en su corazón.

Una vez, cuando varios matrimonios comenzaron a fallar y algunos hombres se separaron de sus esposas, él los invitó a vivir con él durante el tiempo de transición. Uno por uno iban llegando los varones, hasta que su casa de cuatro dormitorios estuvo llena. Entonces se fue y alquiló un departamento temporario para él, mientras todavía pagaba los gastos de la casa. Estudiaba la Palabra con ellos y oraba con ellos, y especialmente *por* ellos. Él sabía que estaban dolidos, enojados y confundidos respecto del futuro. Recuerdo claramente a uno de los caballeros. Su esposa me había pedido consejos, y me contó cosas que desearía nunca haber sabido de él. Pero después de pocos meses, cada uno de estos hombres experimentó una restauración de su matrimonio; un milagro asombroso si consideramos los desafíos que enfrentaron algunos de ellos. Mike se había propuesto “orar para que ellos volvieran con sus esposas”.

Podría contarles mucho más sobre Mike, y quizás algún día él me permita escribir su historia. ¿Creen que el Espíritu Santo vivía en la vida de este hombre? Pablo nos da la respuesta:

“Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es *Cristo en vosotros*, la esperanza de gloria” (Col. 1:27, énfasis agregado).

Cristo y el Espíritu

¿Qué quiere decir Pablo con “Cristo en vosotros”? ¿Es *realmente posible* eso? Considere esta declaración: “Por el Espíritu es como Cristo mora

86 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido en el corazón por la fe, es el principio de la vida eterna".¹ ¿Leyó eso? Mediante el Espíritu, Cristo *mora* en nosotros. Morar es vivir o quedarse a residir permanentemente. ¿Puede sondear el pensamiento de que Jesús viva *en* usted? Considere esta otra declaración:

"La transformación del carácter es para el mundo el testimonio de que Cristo mora en el creyente. Al sujetar los pensamientos y los deseos a la voluntad de Cristo, el Espíritu de Dios produce nueva vida en el hombre, y el hombre interior queda renovado a la imagen de Dios".²

La vida abundante que Jesús prometió (Juan 10:10) y que todos deseamos tener es nada más ni nada menos que Jesús *en* usted, mediante el Espíritu Santo. Cuando Jesús prometió el Espíritu Santo a sus discípulos, estaba dándose a sí mismo a través del Consolador; y por eso les convenía que él se fuera (Juan 16:7). "Cuando él venga", dijo Jesús con referencia al Espíritu, "me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (vers. 14). Pablo advierte que "si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él [de Cristo]" (Rom. 8:9). Y luego dice: "si Cristo está en vosotros... el espíritu vive" (vers. 10). Fue "el Espíritu de Cristo que estaba en" los profetas del Antiguo Testamento que los llevó a profetizar de "la gracia destinada a vosotros" (1 Ped. 1:11, 10).

El "Espíritu de Cristo" ¿es un espíritu que emana de Cristo, o es el Espíritu Santo?

Isaías había profetizado que el "Espíritu de Jehová", la tercera Persona de la Deidad, reposaría sobre el Mesías: "Espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová" (Isa. 11:2). El Espíritu se menciona siete veces en este pasaje. En el libro de Apocalipsis, se mencionan siete espíritus con relación al Cordero que fue inmolado (Apoc. 5:6). En la Biblia, el número *siete* denota consumación, perfección. De modo que Jesús era el que estaba lleno del Espíritu, el que recibía diariamente el bautismo del Espíritu. Y esta es la razón por la cual Pablo y Pedro usaron la expresión "el Espíritu de Cristo". Cristo estaba tan lleno del Espíritu que eran uno y lo mismo, aunque distintas Personas.

El don de Dios

Al considerar la expresión "el don de Dios" en el Nuevo Testamento, descubrimos una hermosa verdad. ¿Qué relación existe entre el Espíritu Santo como el don de Dios y el don de la salvación en Jesús? Repasemos algunos ejemplos.

El primer encuentro de Jesús con la samaritana:

“Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10).

¿Qué don hay aquí? El contexto indica el don de la salvación.

Después está la reprensión de Pedro a Simón, por tratar de obtener el don del Espíritu Santo con dinero. “Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero” (Hech. 8:20).

El tercer ejemplo es la inmortal declaración paulina: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23).

En el cuarto ejemplo, encontramos que Pablo habla en favor del don espiritual del celibato en la iglesia de los corintios: “Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro” (1 Cor. 7:7).

A continuación, tenemos una de las declaraciones más claras sobre cómo somos salvos: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8, 9).

Un último texto; esta vez, una amonestación al tímido Timoteo: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Tim. 1:6, 7).

¿Lo ve? Tres veces, el “don de Dios” se refiere al don de la salvación de Cristo; y tres veces al don, o los dones, del Espíritu Santo. El caso es que junto con el Espíritu obtenemos todo lo que necesitamos en Jesús. La salvación y la recepción del Espíritu están entrelazadas.

“Únicamente a aquellos que esperan humildemente en Dios, que velan para tener su dirección y gracia, se da el Espíritu. El poder de Dios aguarda a que ellos lo pidan y lo reciban. Esta bendición prometida, reclamada por la fe, trae todas las demás bendiciones en su estela. Se da según las riquezas de la gracia de Cristo, y él está listo para proporcionarla a toda alma según su capacidad para recibirla.”³

Por esta razón, cuando recibimos el Espíritu Santo recibimos la salvación. El don del Espíritu es el don de la salvación. Usted dirá: “Espere. Los discípulos, ¿no eran ya *salvos* al momento de recibir el Espíritu en Pentecostés?” La respuesta a esto es sí... y no.

¿Una vez o diariamente?

La salvación no es algo que experimentamos solo una vez en la vida; así como no es algo que no pueda revertirse. Cuando los cristianos afirman:

88 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

“Fui salvo en tal y tal fecha”, solo se están refiriendo a su primera aceptación consciente de Jesús en su corazón. Algunos, desafortunadamente, creen en lo que popularmente se conoce como “una vez salvo, siempre salvo”. Y realmente creen que es suficiente esa única experiencia. Pero, la Biblia nos insta a que debemos morir “diariamente” al yo (Rom. 6:11; 1 Cor. 15:31). Si debemos morir diariamente al pecado, ¿esto solo puede implicar que resucitamos diariamente a una vida nueva (Rom. 6:5)! Hace años escuché a Morris Venden mencionar que la manera adecuada de expresar la salvación personal es decir: “Fui salvado, soy salvo y seré salvo”. En otras palabras, fui salvado hace veinte siglos, porque Jesús murió en ese entonces en la cruz por *mí*. Soy salvo diariamente, cuando respondo por fe a la gracia de Dios. Y seré salvo cuando él venga en las nubes, y mi naturaleza pecaminosa dé lugar a una incorruptible (1 Cor. 15:51-54).

Es lo mismo con el Espíritu: no recibimos al Espíritu una sola vez en nuestra vida, sino cada día, tan a menudo y con tanta frecuencia como abramos nuestro corazón para recibirlo. No esperamos hasta experimentar algo sobrenatural, alguna descarga eléctrica, un calor interno o un milagro físico para saber que el Espíritu se ha instalado en el templo de nuestro cuerpo. El Espíritu viene por la fe; Pablo nos enseñó una idea semejante (Gál. 3:2, 14). Y la fe no es algo que vemos o que sentimos, sino algo que decidimos creer que está allí porque Dios dijo que está allí.

El problema que muchos tienen es desear los dones del Espíritu, y no al mismo Espíritu. Desean las manifestaciones del Espíritu: el poder, los milagros, la experiencia de la movilización de Dios, pero no están muy seguros de desear al Espíritu, a menos que venga con campaneos y silbidos. Desean los dones, pero no al Dador.

Hace algunos años, descubrí algo interesante mientras estudiaba el tema de los dones espirituales. En Romanos 12 se nos dice que tenemos “diferentes dones, según la gracia que nos es dada”, y por eso debíamos usarlos “conforme a la medida de la fe” (vers. 6). En 1 Pedro 4, leemos que “cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (vers. 10). ¿Cuál es el denominador común en estos textos? La gracia de Dios. La palabra bíblica para “gracia” es *charis*, que en la versión *Reina Valera* a veces se la traduce simplemente como “caridad”. Esto significa que los dones del Espíritu son dones de la gracia, o *charismata*; es decir, hay una expresión del Espíritu, impulsada por el amor del Salvador. ¡Porque la gracia es el favor de Dios en beneficio de nuestra salvación! “Porque por gracia sois salvos...; y esto... es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efe. 2:8, 9). La conclusión lógica es que estos dones espirituales son los dones de Jesús, que da gracia a todo el que la recibe por fe.

La cuestión es que los dones espirituales no provienen de algún alma-

cén cósmico, de alguna fuente inanimada de poder celestial; provienen de Jesús, como parte de su gracia. De modo que todo el que ha experimentado la gracia de Jesús recibe los dones de Jesús. Si usted tiene a Jesús, tiene dones espirituales. Pida el Espíritu en su vida; pida tener a Jesús en su corazón. Reciba a Jesús en su corazón, y vivirá la vida del Espíritu.

El significado energizante de “Cristo en vosotros”

Una de mis declaraciones predilectas de Elena de G. de White sobre el Espíritu Santo es la siguiente:

“Orad para que las poderosas energías del Espíritu Santo, con todo su poder vivificador, recuperador y transformador, caigan como un choque eléctrico sobre el alma paralizada, haciendo pulsar cada nervio con nueva vida, restaurando todo el hombre, de su condición muerta, terrenal y sensual, a una sanidad espiritual. Así llegaréis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que reina en el mundo por la concupiscencia; y en vuestras almas se reflejará la imagen de aquel por cuyas heridas somos sanados.”⁴

Por más emocionante y sensacional que sea esa declaración —“las poderosas energías”; “como un choque eléctrico”; “haciendo pulsar cada nervio”— no debemos perder lo obvio: “Así llegaréis a ser participantes de la naturaleza divina...; y en vuestras almas se reflejará la imagen de [Cristo]”.

La idea central de vivir en “el poder de su resurrección” es que debemos “llega[r] a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10). La mayoría de los cristianos, incluyendo la mayoría de los adventistas del séptimo día que conozco, han perdido de vista el hecho de que lo que Jesús nos da no es solo el perdón del pecado, sino también poder para una nueva vida. Pero este poder no procede de la muerte de Cristo en la cruz, procede de la vida de Cristo en el trono de Dios.

Permítame explicarlo. Lo que Cristo logró en la cruz fue el rescate de nuestras almas; fue nuestro sustituto. Nosotros debíamos haber muerto para siempre, pero él se hizo pecado por nosotros y murió la segunda muerte en nuestro favor (2 Cor. 5:21). Allí pagó la pena por nuestros pecados; lo que le dio derecho a perdonarnos por ellos, algo que él garantizará mientras le confesemos nuestro pecado (1 Juan 1:9). Sin embargo, el perdón por el pecado no es la victoria sobre el pecado: el perdón se encarga del pasado, no del presente. Si solo fuésemos perdonados una y otra vez, nunca llegaríamos al punto de reflejar la naturaleza divina. Dios no necesita ser perdonado una y otra vez. Es verdad, “aún no se ha manifestado lo que hemos de ser”, pero se espera que “se[amos] semejantes a él” (1 Juan 3:2).

90 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

La mayoría de la gente se pone nerviosa a esta altura. Se imagina que esto significa que necesitamos ser perfectos, para “ser semejantes a él”. Y nuestro registro de pecado es tan generalizado, tan constante y abrumador que naturalmente nos desesperamos al pensar que alguna vez lleguemos a ese estado de victoria. Pero no necesitamos desesperarnos.

“El pecado puede ser resistido y vencido únicamente por la intervención poderosa de la tercera persona de la Deidad, que no vendría con una energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace efectivo lo que logró el Redentor del mundo. Mediante el Consolador el corazón se purifica. Gracias a su obra el creyente llega a ser participante de la naturaleza divina. Cristo nos dio el divino poder de su Espíritu, para que podamos vencer las tendencias al mal, sean heredadas o cultivadas, y para imprimir en la iglesia su propio carácter.”⁵

¿Cómo sucede esto? La clave es la segunda obra de Jesús por nosotros. *Su vida* en nosotros. Así como aceptamos su muerte en la cruz a fin de que nuestros pecados puedan ser perdonados, tenemos el privilegio de aceptar esa, su misma vida, en nuestro corazón, para que nuestro pecado pueda ser vencido.⁶ Este es un maravilloso resumen de Pablo: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Rom. 5:10).

¿Según Pablo, qué es lo que nos *salvará* en última instancia? La *vida* de Cristo, no meramente su muerte. ¿Por qué? Porque lo primero que vino a hacer aquí Jesús fue probar ante el universo que lo que Lucifer proponía era mentira. El diablo consideraba que ninguna criatura podía cumplir la ley de Dios y vivir una vida perfecta. Al cabo, ¿no era él el mejor ejemplo? Creado perfecto desde el principio, dotado de dones y habilidades maravillosos (Eze. 28:12-15, 17a), ni siquiera pudo permanecer en el camino recto y angosto. ¿Y cuál otro ejemplo tenemos? Adán y Eva. Entonces, ¿qué se puede esperar del resto de nosotros? “Es una causa perdida —exclamó Satanás—. Si eres un Dios de justicia, como dices, debes aniquilar a todos, así como planeas destruirme a mí”.

Sí, todo *parecía* ser una causa perdida, especialmente después de que Adán y Eva se entregaron al pecado siendo perfectos y viviendo en un ambiente perfecto. Pero Jesús intervendría como el segundo Adán (1 Cor. 15:45), con la intención de probar que se puede vivir sin pecar. De hecho, el Hijo de Dios fue mucho más allá de la suposición de Satanás: vino a un mundo con milenios de pecado en su prontuario y muy experimentado en él. El pesebre de Belén estaba muy lejos del Edén; pero, durante más de 33 años Jesús resistió el pecado, hasta la muerte. Era bautizado diariamente con el Espíritu de Dios. Diariamente pasaba horas en comunión

con su Padre, para respirar la atmósfera del cielo, lo que le permitiría caminar sin tambalear en un mundo no solo impregnado de pecado, sino resuelto a hacerlo caer.⁷ ¡Esta fue su victoria! No solo la cruz, sino una vida sin pecado, ¡a pesar de los constantes ataques!

Cuando Jesús murió en la cruz, el diablo nada tenía en él (Juan 14:30). Tampoco alguien le quitó la vida: él la puso por sí mismo (Juan 10:17, 18; 19:30).⁸ E hizo esto para pagar la penalidad por *nuestro* pecado. Él era el sacrificio sustitutivo en nuestro favor. Él murió por nosotros, entonces, a fin de darnos el derecho a que nos conceda su vida perfecta. ¡De modo que lo que Jesús nos da es *tanto su muerte como su vida!*

Nuevamente, su vida *en* nosotros, mediante el Espíritu, es lo que hará posible la victoria sobre el pecado. Esta verdad aparece por todo lugar en la Biblia:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y *ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*; y lo que ahora vivo en la carne, lo *vivo en la fe del Hijo de Dios*, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20, énfasis agregado).

“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. ¿Por qué, Pablo? “Porque habéis muerto, y *vuestra vida está escondida con Cristo* en Dios. Cuando *Cristo, vuestra vida*, se manifieste [en la Segunda Venida], entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:2-4, énfasis agregado).

“Porque para mí *el vivir es Cristo*, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21, énfasis agregado).

“Yo soy la puerta —dijo Jesús—, el que *por mí* entrare, será salvo... yo he venido *para que tengan vida*, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:9, 10, énfasis agregado).

La vida de Cristo en nosotros, mediante el Espíritu, *ganará*, sin duda alguna *ganará*, la victoria sobre el pecado en nuestra vida. Recuerde: las tendencias “heredadas y adquiridas” serán conquistadas; el pecado como condición, y también el pecado como hábito. Esto no es perfeccionismo; el perfeccionismo significaría hacer todo o nada de esto con mis propias fuerzas. Mi vida no es la que logra esto; pero la vida de Jesús sí puede hacerlo, mientras él viva en mí por medio del Espíritu.

Él en mí, y yo en él

Pero Cristo no solo vive *en mí* a través del Espíritu Santo. Su logro en la cruz por todo el mundo pecador también implica que *yo estaba incluido* en su sacrificio. Yo estaba allí, “en él”, por así decirlo. Los teólogos llaman a esto la idea predominante, “en Cristo”, mencionado por Pablo con tanta

92 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

frecuencia. Un versículo fácil de entender sería cuando Pablo habló a los atenienses idólatras sobre el Dios “no conocido”: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos”, dijo (Hech. 17:28). Es decir, vivimos porque Dios vive: nuestra vida depende de él.

Sin embargo, fue el mismo Jesús quien abrió el camino para este concepto la noche en que presentó el Espíritu a sus discípulos: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; *el que permanece en mí, y yo en él*, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5, énfasis agregado).

Efesios 1 está colmado de este concepto. “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo” (vers. 4); “en quien tenemos redención por su sangre” (vers. 7); “en él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito” (vers. 11); “habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (vers. 13). Está en todas partes. Finalmente, Pablo pudo decir a los colosenses: “Vosotros estáis completos en él” (Col. 2:10).

El apóstol Juan reduce esta idea a lo esencial:

“Por esto sabemos que estamos en él... [al] andar como él anduvo” (1 Juan 2:5, 6).

“Y ahora, hijitos —concluye Juan— permaneced en él”, porque “todo aquel que permanece en él, no peca” (1 Juan 2:28; 3:6).

“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu” (1 Juan 4:13).

Visualice esto conmigo: Cristo *en* nosotros, la esperanza de gloria, y nosotros *en* Cristo, sepultados y resucitados con él. Eso significa que estamos rodeados por Jesús, ¿verdad? Estamos completamente cubiertos, por dentro y por fuera. ¿Debiera esto producir un cambio en nuestra vida? Por supuesto que sí; debiera cambiarlo todo.

Frank Phillips, pastor y misionero cuyas enseñanzas están aflorando ahora, una generación después de su muerte,⁹ solía contar una experiencia que oyó una vez de una joven esposa y madre, en una reunión campestre. Su matrimonio estaba en ruinas. Su esposo era incrédulo, irresponsable, bebía demasiado y no le importaba para nada la familia. Ella tenía una niña, y un varón de cinco meses. Habían probado con aconsejamiento, pero no ayudó en nada. Cansada, ella estaba lista para “arrojar la toalla”.

—¿Está dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para salvar su matrimonio? —le preguntó el pastor.

Ella se detuvo a pensar por un momento, pensando que ya había hecho todo lo necesario.

—Sí, creo que sí —respondió.

—Entonces, llévese la cita que está en esta tarjeta. Léala, piense en ella, y ore al respecto. Y si decide ponerla en práctica, Dios sanará su matrimonio.

El pastor oró con la dama, y ella se fue. La tarjeta contenía una cita del librito *El discurso maestro de Jesucristo*:

“Cristo vivía rodeado de la presencia del Padre, y nada le aconteció que no fuese permitido por el Amor infinito para bien del mundo. Esto era su fuente de consuelo, y lo es también para nosotros. El que está lleno del Espíritu de Cristo mora en Cristo. El golpe que se le dirige a él, cae sobre el Salvador, que lo rodea con su presencia. Todo cuanto le suceda viene de Cristo. No tiene que resistir el mal, porque Cristo es su defensor. Nada puede tocarlo sin el permiso de nuestro Señor; y ‘todas las cosas’, cuya ocurrencia es permitida, ‘a los que aman a Dios..., les ayudan a bien.’¹⁰

Probablemente necesite volver a leerla. En primer lugar, Cristo *vivía rodeado* de la presencia del Padre. Este es el mismo concepto que visualizamos antes: él está *en* nosotros, y nosotros estamos *en* él. En otras palabras, estamos completamente rodeados de Jesús. En segundo lugar, a Cristo no le sucedió nada que el Padre no permitiese para bendición del mundo. Esta no solo era *su* fuente de consuelo, sino también debe ser la *nuestra*. Por eso no necesitamos resistir el mal; Cristo no lo resistió. No hay nada que pueda tocarnos, salvo con permiso de nuestro Señor; y cualquier mal que nos llegue nos ayudará a bien. Por otra parte, es más fácil decirlo que hacerlo, ¿verdad?

La mujer leyó la cita, oró, y tomó la decisión de que viviría de acuerdo con lo que aquella decía. Si su suerte era llevar una vida doméstica miserable, no solo la aceptaría sino también la asimilaría, sabiendo que Cristo ya la había filtrado en su favor. ¿Creen que lo logró?

Los primeros tres meses después de que comenzó a agradecer a Dios por aquellas cosas que naturalmente había despreciado o que deseaba que no existieran, su matrimonio y su esposo parecían empeorar, no mejorar. En medio de un crisol que la llamaba diariamente a arrodillarse con frecuencia durante mucho tiempo, escogió reconocer que Jesús estaba obrando, cuando parecía muy evidente que Satanás tenía el control. Pero ella perseveró, creyendo que estaba rodeada por Jesús y que él tenía el poder de filtrar todo lo que tocara su vida. De repente las cosas comenzaron a cambiar. Su esposo dejó de beber, conservó su empleo, se interesó en su familia y ayudaba con los niños; incluso, comenzó a hacer cosas por ella que nunca antes había hecho. Pasaba tiempo a solas con ella *todas* las noches: una caminata, un paseo, una salida a la heladería. Ella no podía creer lo que le estaba ocurriendo a su esposo. ¡Ah, cómo había cambiado!

Agradecer a Dios por este avance llegó a ser mucho más fácil que an-

94 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

tes. Sintió que las cosas podían mejorar. Entonces, una noche, mientras su suegra cuidaba de los niños, salieron a dar un agradable paseo. La abuela hizo dormir al bebé, que ahora tenía once meses, y se sentó para tomar una siesta, dejando un medicamento destapado sobre la mesa. El niño se despertó y se las arregló para salir gateando de su cuna. Alcanzó las pastillas de la abuela y se las tragó todas. Después de unos minutos yacía moribundo en el suelo. Cuando la abuela despertó y vio lo que ocurrió debido a su descuido, literalmente se quedó helada en la silla. Ni siquiera pudo gritar para pedir ayuda: estaba en una conmoción total.

Cuando llegaron los padres, tomaron al pequeño y lo llevaron de prisa al hospital. Pero murió apenas una hora más tarde. ¿Cómo pudo ocurrir esto? De la felicidad absoluta a la tragedia en una hora. El esposo no pudo soportarlo, y desapareció. Los suegros también querían morir. La mujer, sola y desesperada, clamó a Dios: “¿Cómo puedo aceptar esto como si viniera de ti, Dios? ¿Dónde estabas tú en ese momento? Esta es obra del diablo, ¡justo cuando las cosas estaban yendo tan bien!” Así que abandonó la convicción de que Dios estaba al mando de su vida. Pero se dio cuenta de que esto empeoraba las cosas. Después de tres semanas estaba desesperada, sola y con el corazón destrozado.

Una tarde vio que alguien de la iglesia se acercaba a la casa para visitarla. Todas las visitas trataban de lo mismo: la gente se compadecía de su pérdida. Pero, eso solo le recordaba nuevamente la tragedia.

Mientras se dirigía hacia la puerta para abrir, el Espíritu la impresionó: “¿No me prometiste que tomarías todo lo que te sucediera como si viniera de mi mano?” Al sentirse culpable, clamó: “Sí, Señor, tienes razón. Perdóname, por favor. No entiendo, y esto duele mucho. Pero te entrego hasta la muerte de mi hijo. Decido creer que estuviste allí cuando ocurrió, y que lo permitiste en tu infinita sabiduría”. Toda esta confrontación duró apenas segundos.

Al abrir la puerta, levantó la mano y le dijo a la persona:

—Por favor, no digas nada. Necesito entregarle todo a Jesús en este mismo momento. ¿Te arrodillarías y orarías conmigo, para que pueda hacerlo?

Tres semanas después de la muerte del bebé, su esposo regresó. Había ido y vuelto del infierno. Le contó que lamentaba haberla dejado en su hora de mayor necesidad, pero que se dio cuenta que él necesitaba desesperadamente conocer a Dios como ella lo conocía. Estaba cansado de su vida —le dijo— y quería entregársela a Cristo. Días después, los suegros fueron a visitarla. Reconocieron que muchos años atrás habían sido adventistas, pero dejaron la iglesia. No criaron a su hijo en la fe. Pero veían que ella parecía conocer a Dios personalmente; que era la persona más

cristiana que hubiesen conocido alguna vez. Y necesitaban de la ayuda de ella para volver a Dios.

Esta joven quizá no sepa por qué murió su bebé o por qué ocurrió bajo circunstancias tan trágicas. Pero sabe que lo verá cuando Jesús regrese otra vez. Y ahora sabe que su esposo y toda su familia estarán allí también.

“Cristo en mí, la esperanza de gloria”. Esta es la obra del Espíritu en nuestra vida. Esto es vida abundante. Esto es lo que todo el mundo necesita: a Jesús en mí, a través de su Espíritu.

Referencias

1. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 352.
2. Elena G. de White, *Profetas y reyes*, p. 175.
3. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 626.
4. Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 100.
5. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 15.
6. Existe una diferencia importante entre “pecados” y “pecado”. Los seres humanos son pecadores por naturaleza: nacen en pecado, su proclividad es a pecar, su tendencia natural es ir en pos del pecado y apartarse de Dios. Esta tendencia se llama *pecado*; el *pecado* es una condición de nuestra vida. Sin embargo, *los pecados* son el resultado de ser pecador. Cometemos *pecados* porque somos hombres y mujeres de *pecado*, bajo la “ley del pecado y de la muerte”. Dios puede perdonar nuestros *pecados*, pero el único remedio para nuestro *pecado* [en singular], nuestro estado del ser, es una vida nueva. El perdón no basta. Necesitamos llegar a ser nuevas criaturas. Por eso *debemos* nacer de nuevo.
7. Ver White, *El ministerio de curación*, pp. 33-37, para repasar la experiencia devocional de Jesús con su Padre.
8. Juan 19:30 dice: “Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu [aliento]”. Cuando una persona muere, generalmente inclina la cabeza. Aquí encontramos que Jesús inclinó la cabeza y luego murió. Entregó su vida.
9. Por ejemplo, su maravilloso libro *His Robe of Mine* (Berrien Springs, Michigan: Justified Walk Ministries, 2003). Revise el sitio web para conseguir otros recursos: www.justifiedwalk.com.
10. White, *El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 62, 63.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Qué le impactó de la historia de Mike?
2. ¿Qué es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”? ¿Qué significa la expresión?
3. ¿Cuándo comienza la vida eterna? ¿Por qué?
4. ¿Por qué, a veces, la Biblia utiliza la expresión: el “Espíritu de Cristo”?
5. ¿En qué sentido el don del Espíritu es el don de la salvación?
6. ¿Cómo es que hemos sido salvos, somos salvos y seremos salvos?
7. ¿Cuál es su reacción a la expresión: “Todo el que ha experimentado la gracia de Jesús recibe los dones de Jesús”?
8. Si aceptar la muerte de Jesús en la cruz cubre nuestros pecados, ¿qué causa la victoria sobre el pecado en nuestra vida?
9. ¿Qué nos salva, en realidad: la muerte de Jesús o la vida de Jesús? Explique.
10. ¿Cuál es la diferencia entre la victoria sobre el pecado y el perfeccionismo?
11. ¿Cómo podemos llegar al lugar donde realmente creemos y aceptamos que todo lo que nos pasa es filtrado por el amor de Cristo, según vimos en la historia de la joven creyente?
12. Después de leer este capítulo, ¿cuál es el mayor deseo de su corazón?

La testificación mediante frutos y dones

¿Alguna vez fue usted testigo en un juicio? Primero, le hacen jurar que dirá la verdad y nada más que la verdad. Luego, debe responder preguntas sobre lo que oyó y vio, nunca por inferencia, opinión ni rumores. Si se desvía de esta norma, ¿adivine lo que ocurre? “Protesto, señoría. Son rumores”.

Cuando Jesús prometió a sus discípulos el don del Espíritu, les dio la razón por la que lo necesitarían: “Recibiréis poder... y me seréis testigos” (Hech. 1:8). Poder para testificar. Como un testigo es alguien que puede brindar un informe de primera mano sobre los hechos, la testificación tiene poco que ver con nuestra capacidad, y mucho que ver con nuestra disponibilidad. La testificación no está catalogada, en ninguna parte del Nuevo Testamento, como uno de los tantos dones espirituales; no es algo que Dios conceda a personas específicas a fin de que hagan su obra. Más bien, es algo que todo el que ha seguido a Jesús honestamente es capaz de hacer. Testificar, en resumen, es el privilegio de los conversos, no de los talentosos.

Todos atestiguan: la joven que acaba de recibir una propuesta de su apuesto galán; el fanático que vio a su equipo ganar el *Super Bowl*; el alumno que fracasó en el examen de química. Si algo nos ha impactado, lo daremos a conocer, de una manera u otra. Si son malas noticias, se “filtrará” a través de nuestro lenguaje corporal, el tono de voz o en la mera irritación, aunque nos propongamos que nadie lo descubra. Si son

98 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

buenas noticias, nuestra sonrisa nos delatará e invitará a la conversación; porque la *testificación es la expresión externa de algo internamente significativo*. Cuando los cristianos dicen: “¡No puedo testificar, no tengo el don!”, en realidad, todo lo que están diciendo es: “No conozco lo suficiente a Jesús como para decir o mostrar algo de él”. Es así de simple. Es triste, pero, lamentablemente es cierto.

La palabra bíblica para “testimonio” es *martys*, de la que recibimos la palabra española “mártir”. Eso no suena bien, ¿verdad? Espere. *Martyria*, en griego, es el *contenido* del testimonio. En castellano, tenemos una palabra para ambos conceptos: el *testigo* que *atestigua*. Esta conexión lingüística nos ayuda a entender el significado del término: es imposible separar el significado del testigo como *persona* del *contenido* del testimonio. Y, por eso, los máximos testigos son los mártires. Porque no podían decir NO a lo que habían visto y oído de Jesucristo, incluso bajo amenaza de muerte. Su experiencia era muy real.

Las manifestaciones del Espíritu

Cuando los discípulos oraron por el don del Espíritu en el aposento alto, llegaron al punto de la entrega total, como nunca antes. El resultado fue un deseo ardiente de testificar por su Maestro y Salvador.

“Un solo interés prevalecía, un solo objeto de emulación hacía olvidar todos los demás. La ambición de los creyentes era revelar la semejanza del carácter de Cristo, y trabajar para el engrandecimiento de su reino.”¹

Por favor, fíjese que menciona *un* solo interés, aunque identifica dos: revelar el carácter de Cristo y llegar a expandir el Reino de Dios. Ambos son las proverbiales dos caras de una moneda. Cuando recibimos el Espíritu, se conocerá en la vida que llevamos y en el peso que sentimos por los perdidos.

Por eso, el Nuevo Testamento identifica solo dos manifestaciones globales del Espíritu: *el fruto* y *el don*. Pero estos nunca deben estar aislados uno del otro; son gemelos, van juntos a todas partes donde vamos. Un hombre con dones espirituales debiera dar evidencias del fruto del Espíritu en su vida. Una mujer que revela la belleza de Jesús no pondrá reparos en compartir el carácter de Cristo y su Reino en favor de los perdidos. A veces la gente habla de vivir una vida cristiana en *contraste* con compartir a Cristo con los demás, como si una vida cristiana ejemplar los exonerara de compartir a Jesús o de ayudar a los necesitados. Esa es una dicotomía falsa: uno va acompañado de lo otro, o no existe ninguno.

El apóstol Pablo habló a los gálatas acerca del fruto del Espíritu. Los gálatas tenían un problema: eran hipócritas (Gál. 2:11-14). Los judaizan-

tes habían persuadido a algunos de la iglesia a guardar porciones de la ley judía, a fin de tener gracia delante de Dios.

“¡Oh, gálatas insensatos! —explotó Pablo— ¿quién os fascinó?... ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gál. 3:1, 2).

Entonces, les recordó que Cristo los había redimido de la maldición de la ley (vers. 13); que ahora vivían por fe (vers. 22-24), y que su bautismo implicaba ser revestidos de Cristo (vers. 27). Luego dijo a quienes procuraban justificarse con la Ley: “De Cristo os desligasteis”; y añadió que aquellos que vivían por el Espíritu aguardaban “por fe la esperanza de la justicia”. Y los instó: “Andad en el Espíritu”, de modo que “no satisfagáis los deseos de la carne”. Finalmente, Pablo contrastó los resultados del legalismo y de la justificación propia con los de andar en el Espíritu. Dijo: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gál. 5:4, 5, 16, 22, 23).

El fruto del Espíritu es un fruto milagroso: un fruto con nueve sabores. Verdaderamente, es *el amor revelado en múltiples formas*; muy similar a un arco iris, que se observa en varios colores gracias a la refracción de la luz del sol. Cada vez que usted o yo revelamos amor auténtico, gozo, paz interior o autocontrol, reflejamos las mismas características de Jesús, nuestro Señor. Pero eso sucede porque él, como la luz del sol que brilla en las gotitas de agua, es el que brilla a través de nosotros.

Pablo hace una observación más. En Gálatas 6, el apóstol señala que podemos cosechar el fruto del Espíritu solo si esa es la clase de semilla que hemos estado sembrando: la semilla espiritual. Si sembramos semillas de corrupción y de decadencia, ¿debiéramos esperar el fruto del Espíritu?

“La experiencia de muchos de nosotros, me temo, es que sistemáticamente sembramos semillas de decadencia y luego, en oración, le pedimos a Dios que de alguna manera haga que aparezcan los frutos del Espíritu. Eso, dice Pablo (Gál. 6:7, 8), es una imposibilidad”²

Cómo llevamos fruto

Jesús dejó bien en claro que su intención es que llevemos *mucho* fruto, no solo un fruto escaso. Pero, sabía que este es un proceso que toma tiempo. Habló de esto la noche que anunció la venida del Consolador. Tome su Biblia, si la tiene cerca, y busque Juan 15.

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí *no lleva* fruto, lo quitará; y todo aquel que *lleva* fruto, lo limpiará, para que *lleve más* fruto... el que permanece en mí, y yo en él, este *lleva mucho* fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:1, 2, 5, énfasis agregado).

¿Observó las etapas que se mencionan en el texto? Primero, no se lleva fruto. Luego sigue el llevar al menos algo de fruto, llevar más fruto, y finalmente mucho fruto. “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis *mucho fruto*, y seáis así mis discípulos” (vers. 8). Jesús no estará satisfecho hasta que llevemos *mucho* fruto, no solo un poco.

¿Cómo se logra que un discípulo que *no* lleva fruto, lleve *algo* de fruto? El versículo dos dice: “lo quitará [al pámpano]”. Ahora bien, eso puede parecer confuso. ¿Está diciendo Jesús que cortará el pámpano o rama, con la intención de que lleve fruto? Eso no tiene sentido, ¿verdad? Porque una rama que es cortada de la vid es imposible que lleve fruto. Jesús incluso advirtió: “Separados de mí nada podéis hacer” (vers. 5). La palabra original traducida como “quitar” puede también traducirse como “levantar”. Y eso es exactamente lo que hacen los viñateros con las ramas que se inclinan hasta el piso: las doblan hacia arriba y las atan a ramas más altas o a varas, con el fin de que puedan estar más expuestas a la lluvia y el sol. Esto también evita que los zarcillos periféricos penetren para obtener alimento directamente del suelo, en vez de alimentarse de la vid.

Pero el Viñador celestial todavía no terminó. Una vez que comenzamos a llevar *algo* de fruto para su gloria, empieza a prepararnos para llevar *más* fruto. ¿Cómo lo hace? La Biblia menciona que limpia el pámpano (vers. 2), liberándolo de las hojas, los brotes y el follaje innecesarios, cortando aquí y allá para que tenga una óptima exposición al sol, la humedad y el aire. Lo hace con mucho cuidado.

“El viñador nunca está más cerca de la vid ni reflexiona más sobre su salud y productividad a largo plazo que cuando tiene el cuchillo en mano.”³

Alguna vez se preguntó por qué suceden cosas difíciles y hasta trágicas en su vida. ¿Por qué el cáncer se lleva a un ser querido, o la bancarrota financiera aflige a la familia, o las amargas injusticias golpean a su puerta? Dios no es el autor del dolor ni de la miseria, pero puede usar cualquiera de ellos, o a ambos, para que crezcamos como personas.

“Muchos que consagran sinceramente su vida al servicio de Dios, se chasquean y se sorprenden al verse como nunca antes frente a obstáculos, y asediados por pruebas y perplejidades. Piden en oración un carácter semejante al de Cristo y aptitudes para la obra del Señor, y luego se hallan en circunstancias que parecen exponer todo el mal de su naturaleza... Se preguntan: ‘Si Dios es el que nos guía, ¿por qué nos sobrevienen todas estas cosas?’ Les acontecen porque Dios los conduce. Las pruebas y los obstáculos son los métodos de disciplina que el Señor escoge, y las condiciones que señala para el éxito... Él ve que algunos tienen facultades y aptitudes que, bien dirigidas, pueden ser aprovechadas en el adelanto de la obra de

Dios. Su providencia los coloca en diferentes situaciones y variadas circunstancias para que descubran en su carácter los defectos que permanecían ocultos a su conocimiento. Les da oportunidad para enmendar estos defectos y prepararse para servirle. Muchas veces permite que el fuego de la aflicción los alcance, para purificarlos”⁴

Nuestro amante Salvador no se dará por vencido con nosotros, aunque lo inculpemos por los achaques y el sufrimiento que podamos estar experimentando. Mientras permanezcamos ligados a la Vid, él obrará en nosotros de modo que llevemos más fruto. Pero, ¿cómo nos guía a su objetivo supremo de llevar *mucho* fruto? Nos invita a permanecer en él (vers. 5).

Permanecer en Cristo

Hay algo diferente ahora. En las dos primeras transiciones —de estar sin fruto a tener algo de fruto, y luego de algo de fruto a más fruto—, Dios tomó la iniciativa. El Señor generalmente no nos pregunta si nos gustaría ser “doblados” fuera de nuestras zonas naturales de comodidad, o “recordados” de nuestros ídolos acariciados, de nuestra indolencia y orgullo. Simplemente lo hace. Si usted realmente desea brillar con todo el esplendor de Jesús y estar cargado con mucho fruto que revele el Fundamento de su vida, entonces debe escoger “permanecer en él”.

¿Qué significa eso? Significa “quedarse”, “mantenerse”, “perdurar”. En este contexto, significa “perseverar”. Sí, lo que Jesús está diciendo es que para producir mucho fruto para su gloria debemos *perseverar* en él a fin de salvar nuestra vida. Así como una rama se mantiene firme en la vid incluso cuando afronta fuertes vientos o lluvia, nosotros debemos mantenernos firmes en Jesús cuando las tormentas de la vida nos agobian. Todo este ejercicio nos fortalece *en él*.

Pero, para aquellas mentes analíticas que se preguntan por qué un verbo como “permanecer” se utiliza en conexión con una rama —que debiera ser una extensión natural de la vid—, la respuesta es más simple de lo que piensan. La verdad es que como seres humanos, *no* estamos ligados naturalmente a Jesús; nuestra naturaleza pecaminosa nos impele a rechazar la Vida y elegir la muerte. Contemplamos a Jesús y decimos: *Quiero ser parte de él*, ¡y luego, misteriosamente, nos alejamos! En realidad, nosotros nunca lo elegimos a él; él nos escogió. “No me elegisteis vosotros a mí— dijo Cristo—, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto” (vers. 16). Pablo nos recuerda que, como ramas, hemos sido “injertados” (Rom. 11:17-24). Para empezar, no nacimos de Cristo. Visualicemos esto: un agricultor injerta una rama silvestre en una vid sana. ¿Qué tiene que hacerle a esa vid? Cortarla, lastimarla, para poder insertar la rama silvestre *en* la vid. ¿No se trata de eso la cruz? Nues-

tra adopción en la vida de Cristo, ¿no le causó dolor? Claro que sí. Pero, nos amó hasta el fin (Juan 13:1). Y no podría ser de otra manera.

La cuestión aquí es que debemos perseverar ahora. Perseverar como hizo Jacob con el Ángel (Gén. 32:26); *no* debemos dejar que se vaya. Porque, aunque esta es la única manera de tener vida, nuestra tendencia natural será la de irnos. No se vaya; no se aleje: permanezca en él hasta que, como la rama, se identifique con la Vid de tal forma que sea imposible volver a irse otra vez.

Los dones del Espíritu

Reflejar el carácter de Cristo y llevar tal fruto que pueda indicar a qué árbol pertenecemos, es un lado de la moneda de la justificación. El otro es usar los dones del Espíritu “para el avance de su reino”.

Cuatro capítulos o partes importantes del Nuevo Testamento enseñan sobre los dones espirituales y los enumeran: Romanos 12, 1 Corintios 12 al 14, Efesios 4 y 1 Pedro 4. En otras partes encontramos referencias a dones adicionales (1 Cor. 13:3; 7:7, 32-34; Efe. 3:1, 7). Pero en cada una de las principales referencias se alude a la raíz y el fundamento del fruto del Espíritu, que es el amor, en conexión con los dones. Después de enumerar la profecía, el servicio, la enseñanza, la exhortación, la dadivosidad, el liderazgo y la misericordia, Pablo recomienda a los romanos que “el amor sea sin fingimiento” (Romanos 12:6-9). Estos, después de todo, son dones de la gracia; es decir, dones del amor. Pablo dedicó todo un capítulo a los corintios para tratar el tema del amor, en medio de su enseñanza sobre los dones, sacando en conclusión que “el amor nunca deja de ser”; porque aunque los dones puedan ir y venir, la fe, la esperanza y el amor permanecen; y “el mayor de ellos es el amor” (1 Cor. 13:8, 13).

En el caso de los efesios, el apóstol escribe a una iglesia más madura acerca de aquellos que han recibido dones para dirigirla: los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los pastores-maestros. El objetivo de esa concesión de dones por parte de Dios es conducirlos “a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios” (Efesios 4:13). Como resultado, serían estables: difícilmente serían “llevados por doquiera de todo viento de doctrina”, y dirían “la verdad en amor”; en tanto que crecerían en todos los aspectos de la Cabeza, Jesucristo (vers. 14, 15). Por último, Pablo insta a los seguidores de Jesús a usar sus dones, “cada uno según el don que ha recibido... como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Ped. 4:10). Pero, introduce su exhortación con: “Ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (vers. 8).

Ya mencioné que los dones del Espíritu eran dones de la gracia —*charismata*— que provienen de Jesús, aunque son distribuidos por el Espíritu. De modo que la gracia de Jesús garantizó el derecho a concedernos

los dones (Efe. 4:7, 8); pero es el Espíritu de Jesús el que administra esos derechos en la tierra. Pablo dice: “Todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo [los dones] a cada uno en particular como él quiere” (1 Cor. 12:11). Entonces, esos dones son concedidos según la gracia y según el Espíritu. Me resultó interesante considerar que ambas fuentes, la gracia y el Espíritu, sean inagotables en la economía de Dios. Porque “cuando el pecado abundó, *sobreabundó* la gracia” (Rom. 5:20, énfasis agregado), ya que la gracia de Cristo nos basta (2 Cor. 12:9). En cuanto al Espíritu, Juan el Bautista nos aseguró que es dado “sin restricción” (Juan 3:34, NVI).

El propósito múltiple de los dones

El Nuevo Testamento, además, enseña los múltiples propósitos de los dones espirituales: para la unidad de la iglesia y la madurez espiritual (Rom. 12:3-5, 9-16; 1 Cor. 12:4-7; 1 Cor. 12:31-14:40; Efe. 4:13-16); para llevar a cabo el ministerio de la iglesia (Efe. 4:11, 12), y para la gloria de Dios (1 Ped. 4:10, 11). Algunos quizá se sorprendan al entender que los propósitos principales de los dones espirituales sean la unidad de la iglesia y el crecimiento espiritual del cuerpo; pero hay una lógica detrás de esto. Jesús había declarado a sus discípulos: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado... En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34, 35). Si como iglesia queremos causar un impacto en el mundo, no será a través de nuestros recursos, instituciones o, incluso, nuestras doctrinas “infalibles”. Será porque el amor de Dios ha tomado el control de nuestras vidas de tal modo que los integrantes de la familia, los vecinos, los amigos y los extraños verán entre nosotros un amor cristiano tal que concluirán que simplemente no es de este mundo.

A menudo dedicamos tiempo a seminarios sobre dones espirituales, y nos concentramos en dones específicos y en si los poseemos o no. El método del “inventario” para aprender sobre los dones es muy limitado en su capacidad para captar el cuadro completo. Lo que necesitamos es a Jesús, todo él, diariamente. Su presencia mediante el Espíritu nos llenará hasta rebosar, y redundará en una variedad de manifestaciones, o dones (el Nuevo Testamento no nos da una lista exhaustiva), cada una de ellas calculada para causar un impacto en el alma de los demás para la gloria de Dios.

Una niñita y su abuela se encontraban en la iglesia una mañana. La niña estaba concentrada en su dibujo, aparentemente ajena a lo que decía el predicador. Pero estaba escuchando. Tiró de la manga de la abuela y preguntó:

—Abuela, ¿el predicador dijo que Dios vive en nosotros?

—Sí, mi amor.

Continuó dibujando, hasta que un rato más tarde hizo otra pregunta que requería una respuesta urgente.

—Abuela, ¿el predicador acaba de decir que Dios es más grande que nosotros?

—Por supuesto, preciosa. Dios es más grande que nosotros.

—Si es más grande que nosotros, y vive en nosotros, ¿no debiera salirnos un poco?

Por supuesto que sí. Su experiencia con Jesús, ¿es tan real y auténtica que sería imposible que no se “salga” en su vida? ¡Eso es testificación! Eso es lo que el Espíritu Santo, manifestado mediante el fruto y los dones, puede producir mediante el pueblo de Dios y la obra de Dios.

“La promesa del Espíritu Santo... nos pertenece a nosotros tanto como a ellos, y sin embargo, ¡cuán raramente se presenta ante el pueblo o se habla de su recepción en la iglesia! Como consecuencia del silencio sobre este importantísimo asunto, ¿acerca de qué promesa sabemos menos, por su cumplimiento real, que acerca de esta rica promesa del don del Espíritu Santo, mediante el cual será eficaz toda nuestra labor espiritual?”⁵

Una vida semejante a Cristo y un ministerio semejante al de Cristo

En 1921 una pareja de misioneros, cuyos nombres eran David y Svea Flood, viajaron con su hijo de dos años desde Suecia hasta el corazón del África, lo que entonces se llamaba el Congo Belga.

Se encontraron con otra pareja de escandinavos, los Erickson, y los cuatro buscaron la dirección de Dios. En aquellos días de grandes sacrificios, sintieron que el Señor los estaba guiando a dejar la estación misionera principal con el objeto de llevar el evangelio a un lugar remoto.

En la aldea de N’dolera fueron repelidos por el jefe, que no les permitió entrar en su pueblo por temor a indisponer a los dioses locales. Las dos parejas optaron por ir media milla cuesta arriba y construir sus chozas de barro. Oraban por un cambio radical... pero no ocurría nada. El único contacto con los aldeanos era un niño, que tenía permitido venderles gallinas y huevos dos veces por semana. Svea Flood, una mujer pequeña de apenas 1,40 metros de altura, decidió que si este era el único africano con el que podía hablar, trataría de conducirlo a Jesús.

Día tras día hablaba al niño acerca de Jesús y del Dios del cielo.

Mientras tanto, la malaria continuaba azotando a un miembro del grupo tras otro. Con el tiempo, los Erickson decidieron que ya era hora de regresar a la estación misionera central.

David y Svea Flood se quedaron cerca de N'dolera, solos. Entonces, para su sorpresa, Svea se enteró de que estaba embarazada, en medio de la selva primitiva. Dio a luz a una niña, a la que puso por nombre Aina. Sin embargo, el parto fue extenuante, y Svea Flood ya estaba débil por la malaria. Falleció 17 días después.

Algo se partió en dos en el interior de David Flood. Cavó una tumba rústica, sepultó a su esposa de 27 años de edad, y luego tomó a sus hijos y bajó por la montaña hasta la estación misionera.

Entregó sus hijos a los Erickson, gruñendo: “Me vuelvo a Suecia... Dios ha arruinado mi vida”. Ocho meses después, los esposos Erickson fueron atacados por una enfermedad misteriosa y murieron con pocos días de diferencia. Entonces la niña fue dada a unos misioneros estadounidenses, que adaptaron su nombre sueco, llamándola “Aggie”, y finalmente la llevaron consigo de regreso a los Estados Unidos cuando tenía tres años.

¿Cómo les pudo salir todo tan mal, cuando lo único que deseaban era servir a Dios con fe? Pero Dios había obrado a través de su sierva Svea. Su hija Aggie creció en Dakota del Sur. Siendo ya una joven, se casó con un pastor, que con el tiempo llegó a ser presidente de un colegio superior cristiano. Un día apareció en su buzón una revista religiosa sueca. Ella no tenía ni idea de quién se la había enviado y, por supuesto, no entendía el idioma. Pero a medida que daba vuelta a las páginas, de repente una foto la dejó helada. Allí, en un entorno primitivo, había una tumba con una cruz blanca, y sobre la cruz estaban las palabras SVEA FLOOD. Aggie subió al auto y fue directo a ver a un profesor del colegio, quien ella sabía que le podría traducir el artículo.

“¿Qué dice?” exclamó. El instructor resumió la historia sobre los misioneros en N'dolera hacia varias décadas, la muerte de la joven madre de Aggie, el contacto con el niño africano y el hecho de que ahora vivían muchos cristianos en ese lugar.

Pocos años después, Aggie y su esposo asistieron a un congreso de evangelización avanzada en Londres, Inglaterra, donde se expuso un informe sobre la República del Congo. El presidente de la iglesia a nivel nacional habló con elocuencia de la propagación del evangelio en su nación. Aggie no pudo evitar preguntarle, más tarde, si había escuchado hablar de David y Svea Flood. Y lo que oyó le ocasionó lágrimas de gozo y de agradecimiento.

“Fue Svea Flood la que me guió a Jesucristo —sonrió—. Yo era el niño que llevaba comida a tus padres antes de que nacieras”. El amor, la semejanza a Cristo y el deseo ferviente de Svea Flood de bendecir al niño causó una impresión eterna en él. Aceptó a Jesús como su Señor y Salvador. Cuando creció, persuadió al jefe de que le permitiera construir una escuela en la aldea. Condujo a todos los alumnos a Cristo. Luego los

106 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

niños condujeron a sus padres a Cristo y, finalmente, hasta el jefe se hizo cristiano. Hoy, solamente en esa aldea, viven seiscientos creyentes cristianos, ¡y más de cien mil en el país!⁶

Una vida semejante a Cristo y un ministerio semejante al de Cristo: por esto el Espíritu nos otorga dones, y entonces podemos llevar los frutos de su poder y su gracia. Esta es la razón de su ministerio en nuestra vida: *en favor del mundo*. El mundo se convencerá de justicia, declaró Jesús, porque enviaré el Consolador “a vosotros” (Juan 16:7, 8).

Referencias

1. Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 48.
2. Jan Paulsen, *When the Spirit Descends* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1977), p. 131.
3. Tom Wright, *John for Everyone*, t. 2 (Louisville, Kentucky: Westminster John Knox, 2004), p. 71.
4. Elena G. de White, *El ministerio de curación*, p. 373.
5. Elena G. de White, *Testimonios para los ministros*, p. 174.
6. Historia adaptada de Jim Cymbala y Dean Merrill, *Fresh Power* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2003), p. 115.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. Explique qué es la testificación, según la introducción de este capítulo.
2. ¿De qué manera se relacionan entre sí las palabras *testigo* y *mártir*?
3. ¿Cuáles son las dos manifestaciones globales del Espíritu Santo? ¿Por qué serían las “dos caras de una misma moneda”?
4. Una rama, ¿cómo puede producir fruto si es “quitado”? ¿Qué significa “lo quitará”, en Juan 15?
5. ¿Cuándo diría usted que Dios, como el gran viñador, está más cerca de nosotros? Piense, y comparta ejemplos de su vida.
6. ¿De qué modo nos conduce Jesús a su objetivo final de que llevemos mucho fruto? ¿Qué significa “permanecer”?
7. Si los dones son otorgados por las fuentes inagotables de la gracia y el Espíritu, ¿qué implica esto en cuanto a la clase y la cantidad de dones que un cristiano puede tener?
8. ¿Cuáles son los propósitos múltiples de los dones espirituales? ¿Por qué cree que uno de los propósitos primordiales es la unidad de la iglesia?
9. ¿Le parece que los “inventarios” de dones espirituales son limitados? ¿Qué piensa que podría ser útil para la iglesia, además del aprender cuáles dones puede poseer cada uno?
10. ¿Qué querrá decirle el Espíritu a través de la historia de Svea Flood?

La práctica

Bautizados con el Espíritu

Charles G. Finney es una de las figuras más emblemáticas de la historia religiosa estadounidense. Criado en el centro del Estado de Nueva York, primero fue profesor, luego empleado judicial, y finalmente, uno de los evangelistas más influyentes de todos los tiempos. Su experiencia de conversión es notable.

A la edad de 26 años, era “casi tan ignorante en materia de religión como un pagano”. Tenía una Biblia y asistía a la iglesia, porque eso era lo que todos los demás hacían en 1818. Pero no captaba los sermones. No podía comprender el significado de la regeneración, de la santificación o, incluso, de la fe. Y no creía mucho en la oración, porque veía pocas respuestas claras. Sin embargo, se daba cuenta de que era un pecador que necesitaba salvación; cosa que dedujo que era “de importancia infinita”.

Un domingo de noche decidió resolver la cuestión de la salvación. Leyó la Biblia durante dos días seguidos. Para el martes por la noche, su ansiedad aumentó por la falta de resultados tangibles, y pensó que podría morir y perderse para siempre. Temprano a la mañana siguiente, cuando se dirigía hacia su oficina como empleado judicial, “una voz interior” lo confrontó: “¿Qué estás esperando? ¿No prometiste entregar tu corazón a Dios? Y ¿qué estás tratando de hacer? ¿Estás tratando de elaborar una justificación propia?”²

Recién en este instante, en la mente de Finney se abrieron como mil ventanas al sol y pudo ver “la realidad y la plenitud de la expiación”, y que

112 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

la salvación era “un ofrecimiento para ser aceptado”. Entonces surgió un interrogante que ejercía una fuerte presión sobre su mente: “¿Lo aceptarás ahora, hoy?”

“Sí —respondió— la aceptaré hoy, o moriré en el intento”.³ Así que, en vez de ir a su oficina, se retiró a una arboleda de la ciudad para orar. Pero para su gran desilusión, ¡no podía orar! Estaba más preocupado porque alguien lo escuchara que en orar.

Inmediatamente, vino a su mente este pasaje: “Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jer. 29:12, 13).

Según las propias palabras de Finney:

“Instantáneamente me aferré a esto de todo corazón. Antes había creído intelectualmente en la Biblia, pero nunca me había pasado por la mente el hecho de que la fe era una confianza voluntaria, y no un estado intelectual... De algún modo, supe que ese era un pasaje de la Escritura, aunque creo que nunca lo había leído... Clamé a él: ‘Señor, te tomo la palabra’ ”.⁴

Esa noche al regresar de la oficina, volvió a sentir una profunda convicción, y quiso derramar toda su alma a Dios.

“Parecía como si me hubiese encontrado con el Señor Jesucristo cara a cara, parecía que lo veía como veía a cualquier otro hombre. No me dijo nada, pero me miró de tal modo que caí postrado a sus pies... Caí de rodillas a sus pies, y derramé mi alma ante él. Lloré en voz alta como un niño y me confesé como pude, con mis palabras ahogadas por el llanto”.

Este encuentro duró un rato.

“Pero, cuando me di vuelta y estaba a punto de sentarme junto al fuego, recibí un poderoso bautismo del Espíritu Santo... Descendió sobre mí de una manera que parecía atravesarme, cuerpo y alma. Pude sentir la impresión, como una onda de electricidad que pasaba a través de mí. De hecho, parecía venir en oleadas de amor líquido... Parecía que el mismo aliento de Dios me [ventilaba], como inmensas alas.

“No hay palabras que puedan expresar el amor maravilloso que inundó mi corazón. Lloré fuerte, de gozo y amor. Literalmente grité el desborde inefable de mi corazón. Estas ondas se apoderaban de mí una y otra vez, una tras otra, hasta que recuerdo haber exclamado: ‘Voy a morir si estas ondas continúan apoderándose de mí. Dije: ‘Señor, ya no puedo soportar más’; sin embargo, no tenía miedo de morir”.

Más tarde aquella noche, un miembro de iglesia encontró a Finney llorando profusamente. Le preguntó si algo andaba mal, o si estaba sufriendo. Finney respondió: “No; pero estoy tan feliz que no puedo vivir”.⁵ Al despertarse a la mañana siguiente, recordó:

“El bautismo que recibí... volvió sobre mí de la misma manera... Lloré de gozo, y por algún tiempo quedé muy sobrecogido con el bautismo del Espíritu como para hacer otra cosa que no fuera derramar mi alma a Dios... En ese estado recibí la enseñanza de la justificación por la fe, como una experiencia actual... Mi taza rebosaba de bendición y de amor”⁶

Finney se convirtió en un poderoso evangelista, literalmente de la noche a la mañana. Tan eficaz fue su ministerio que “no podía recordar a uno con el que hubiese hablado, que no se convirtiera pronto”. Esa noche, al sentarse a cenar con un joven que se ganaba la vida destilando *whisky*, comenzó a orar por la comida, y el joven de repente corrió hasta su cuarto y salió a la mañana siguiente, convertido. “La Palabra de Dios tiene un poder maravilloso cada día —escribió Finney en sus memorias— y me sorprendí al descubrir que unas pocas palabras dirigidas a una persona se insertaban en su corazón como una flecha”⁷ Durante los siguientes treinta años, fue y vino de una cantidad innumerable de ciudades del Estado de Nueva York predicando, orando y convirtiendo a una cantidad récord de personas. Existen relatos de personas que entregaron su corazón a Cristo al momento en que el tren en el que viajaba el evangelista pasaba por la estación.

La experiencia de Finney es considerada por muchos en la actualidad, como una demostración clásica de lo que es un auténtico bautismo del Espíritu Santo: una segunda bendición poderosa para quienes ya son cristianos. Otros simplemente consideran que es la primera conversión verdadera de Finney. ¿Cómo debemos interpretarla? El bautismo del Espíritu Santo continúa siendo uno de los temas más controversiales de la teología actual.

¿Qué es exactamente el bautismo del Espíritu Santo? Primero, contemplemos un poco la historia.

El bautismo del Espíritu en el contexto histórico

Los primeros en la historia cristiana en enfatizar las manifestaciones del bautismo del Espíritu Santo fueron los montanistas del siglo II. Montano fue un sacerdote pagano convertido que consideraba que la iglesia estaba espiritualmente muerta y le hizo un llamado a volver a los días dorados de la iglesia primitiva del Pentecostés. Deseaba ver a la iglesia de las señales y los milagros, y trató de expandir la inspiración del Es-

píritu Santo más allá del canon de la Escritura. Refiriéndose a sí mismo como el “portavoz del Espíritu Santo”, reunió a un grupo de seguidores, fundó una comunidad y comenzó a profetizar sobre la corrupción de los dirigentes eclesiásticos y la venida del Señor. Él y sus dos profetisas entraban en trance y en un frenesí espiritual, y hablaban de parte de Dios en primera persona. Este fenómeno ayudó a incitar a la iglesia a decidirse por el concepto de “la sucesión apostólica”. Con el propósito de discernir entre los líderes carismáticos que se autoproclamaban y aquellos en los que la iglesia podía confiar, escogieron obispos que podían remontar sus antecedentes genealógicos de ordenación hasta los primeros apóstoles.⁸

Las controversias cristológica y trinitaria de los siglos siguientes hicieron que la obra y la Persona del Espíritu Santo ocuparan un segundo plano ante estas otras discusiones teológicas. Recién en el siglo XIX surgió nuevamente un énfasis importante en el Espíritu Santo.

El hipercalvinismo —el énfasis en la soberanía de Dios para indicar que los salvados están predestinados, incluso en contra de su voluntad— enfrentó un grave desafío de parte de Juan Wesley y otros arminianos, que creían que la Biblia enseñaba el libre albedrío en asuntos de la salvación individual. Wesley enfatizaba la *santificación* del creyente, en contra del énfasis excesivo de la tradición reformada (los calvinistas) en la *justificación* forense. En otras palabras, para ser salvo, la persona no solo necesita estar legalmente justificada por gracia —algo que nos brinda aceptación en Cristo (Rom. 5:1)—, sino también necesita *estar santificada por gracia*. Debe permitir que Cristo habite en el corazón mediante la fe, como testimonio de que Cristo está, real y verdaderamente, salvando a la persona que ha justificado. Este es el concepto impartido por Pablo como “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27).

En los Estados Unidos nació el Movimiento de Santidad, con un renovado énfasis en la santificación. Muchos grupos e iglesias pusieron mayor acento en la obra que Cristo haría *en* nosotros (el templo del Espíritu Santo), y no solo *por* nosotros (la justificación forense). Finalmente, este enfoque en la evidencia de la obra del Espíritu en la vida llevó al nacimiento del pentecostalismo clásico.⁹

El fundador del Movimiento Pentecostal moderno fue Charles Fox Parham, un predicador del Movimiento de Santidad que buscaba el derramamiento de la “lluvia tardía” del Espíritu Santo como una manifestación personal mayor del poder de Dios. Estaba convencido de que la manifestación del bautismo del Espíritu Santo sería la *glosolalia* (el hablar en lenguas), y desafiaba a los estudiantes de su escuela bíblica a procurar esa experiencia. Uno de ellos, Agnes Ozman, experimentó la *glosolalia* el 1° de enero de 1901, y desde entonces se considera esa fecha como el nacimiento del movimiento.¹⁰

Este fenómeno creció a una velocidad asombrosa. Para 1906, el movimiento encabezaba los titulares de la prensa en Los Ángeles, con el Reavivamiento de la calle Azusa. Hacia 1930, nacieron docenas de denominaciones pentecostales. Esta primera oleada de pentecostalismo, como se la llamó, dio lugar a la segunda, en 1960: el movimiento neo carismático. Es decir, líderes y miembros de las iglesias tradicionales —Episcopal, Luterana, Metodista, Congregacionista— comenzaron a experimentar una “renovación” en el culto general y personal que incluía hablar en lenguas, sanaciones y otras “manifestaciones del Espíritu”. La tercera ola llegó a comienzos de los años ochenta. Esta última afectó las iglesias evangélicas tradicionales; iglesias que siempre habían tenido un fuerte énfasis en la Palabra de Dios, pero que ahora se abrieron al mismo tipo de manifestaciones aceptadas en las iglesias pentecostales clásicas.

El Movimiento Pentecostal-Carismático es el movimiento de crecimiento más rápido en el cristianismo actual. En poco más de cien años, ha conseguido más de seiscientos millones de adherentes a nivel mundial, casi un tercio de todo el cristianismo: una tasa de crecimiento ni siquiera vista en la primera iglesia del siglo I.

Tres posturas sobre el bautismo del Espíritu

Durante siglos, el concepto del bautismo del Espíritu Santo era claro en las iglesias protestantes. Se enseñaba que tal “bautismo” es, básicamente, la conversión a Cristo. Una persona es bautizada con el Espíritu cuando se entrega al amor de Jesús. Nunca fue visto como otra cosa que una experiencia coincidente con la salvación. Cuando los seguidores aceptan a Cristo como su Salvador, admiten la plenitud del Espíritu en su vida. Este bautismo, entonces, es el único bautismo que enseña el Nuevo Testamento (Efe. 4:5; 1 Cor. 12:13). El bautismo del agua es solo el simbolismo externo de la transformación interna que ocurre en el nuevo creyente. Estos no son bautismos distintos, sino uno.

Juan Wesley se orientó mayormente hacia la necesidad del “testimonio” del Espíritu en nuestra vida (Rom. 8:13-16). Esto hizo resaltar la *santificación*, como una experiencia necesaria y complementaria en la vida cristiana. Sin embargo, Juan Wesley nunca enseñó que el bautismo del Espíritu era una segunda obra de la gracia en la vida del creyente; simplemente, destacó la necesidad de la santificación. Pero, como sucede a menudo con los cambios teológicos, algunos líderes metodistas después de Wesley comenzaron a sostener que la santificación era “el bautismo del Espíritu”. Este énfasis fue adoptado y expandido por el Movimiento de Santidad, con sus raíces en el metodismo, y “todo estaba preparado” para una “experiencia de conversión” adicional.

Mientras que los grupos poswesleyanos y de Santidad enfatizaban la

santificación, llamándola, en ocasiones, “santificación instantánea”, lo que llevó a algunos a anhelar algo instantáneo y sobrenatural, el Movimiento Pentecostal que siguió puso énfasis en el poder. Por esta razón, el bautismo del Espíritu Santo, para estos grupos, solo puede identificarse como una obra de poder sobrenatural: hablar en lenguas, profetizar, obrar milagros, etc.

Usted advierte la progresión, ¿verdad? Hace tres siglos, el bautismo del Espíritu era la conversión. Hace ciento cincuenta años, el bautismo del Espíritu era la santificación, o la santificación instantánea, una segunda obra de la gracia en favor del creyente. Cien años atrás, el bautismo del Espíritu llegó a considerarse no solo una segunda obra de la gracia sino también una obra de poder; es decir, una manifestación sobrenatural que aparta al creyente de aquellos que no la han experimentado.

¿Cuál es la verdad? ¿Qué dice la Biblia?

La evidencia del Nuevo Testamento

Ya sea que el bautismo del Espíritu sea una segunda obra de la gracia o no, es más importante de lo que se percibe a primera vista. Los teólogos afirman que es una cuestión de *ordo-salutis*, o el orden adecuado de la actividad de Dios a favor de nuestra salvación. Y las implicaciones de creer de un modo o del otro conllevan consecuencias de largo alcance, especialmente por la forma de comprender el tiempo del fin. Así que, exploremos las evidencias bíblicas.

Existen pocos ejemplos registrados en el Nuevo Testamento de personas que son bautizadas con o por el Espíritu; la mayoría están en el libro de Hechos. La única excepción es el bautismo de Jesús: “Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Luc. 3:21, 22).

Aunque Jesús no necesitaba bautizarse por causa del arrepentimiento por ningún pecado en él, lo hizo “porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mat. 3:13-15). Evidentemente, su bautismo mediante el agua y el Espíritu son experiencias simultáneas, una no ocurre años después de la otra. Dado que Cristo es nuestro ejemplo, esto es importante a fin de comprender el momento adecuado y el propósito del bautismo del Espíritu.

El siguiente caso es el de los discípulos en el día de Pentecostés. Ese día, “fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hech. 2:4). Pedro menciona que esto es el derramamiento de “la promesa del Espíritu Santo” (Hech. 2:33); y Jesús afirmó que esta promesa es el “bautismo”

del Espíritu (Hech. 1:4, 5). Por lo que el derramamiento y el bautismo se utilizan en forma indistinta en este caso. Este es uno de los textos que los carismáticos usan para indicar *secuencia*, en contraposición a *simultaneidad*. Creen que el bautismo vino sobre 120 cristianos ya comprometidos; y muestran que la plenitud del Espíritu recién puede esperarse algún tiempo *después* de la conversión.

El tercer ejemplo se encuentra dos capítulos después. Nuevamente, un grupo de discípulos estaba orando para predicar con audacia la Palabra de Dios, “y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (Hech. 4:31). Básicamente, se presenta el mismo argumento que en el caso anterior, con la posible excepción de que el *derramamiento*, aquí posiblemente no sea sinónimo de bautismo; es decir, no es un comienzo, sino una continuación de la experiencia anterior.

El siguiente caso narra la historia de la conversión de los samaritanos. Felipe rompe el protocolo, y comparte a Jesús con personas que se consideraba que habían ido demasiado lejos para ser salvadas. Su predicación va acompañada de curaciones milagrosas y de expulsiones de demonios (Hech. 8:5-7). Y los samaritanos “creyeron a Felipe” y “se bautizaban” (vers. 12). Ahora bien, aquí es donde se pone interesante. No se dice nada respecto de que hayan recibido el Espíritu Santo en ese momento; por lo tanto, su bautismo fue solo con agua. De hecho, ellos no recibieron el Espíritu hasta que Pedro y Juan descendieron de Jerusalén e, imponiéndoles las manos, oraron “para que recibiesen el Espíritu Santo” (vers. 14-17). Este es el argumento más fuerte usado por los teólogos de la segunda bendición para identificar el bautismo del Espíritu como una segunda obra de la gracia. Y por cierto parece que esa conclusión puede ser correcta. Pero volveremos a esto en breve.

El quinto caso es el resultado del encuentro de Pablo con Jesús, camino a Damasco. Después de que Pablo estuvo ciego por tres días y se quedó pensando en lo que Dios había intentado mostrarle mediante su iglesia fiel, Ananías es enviado a Pablo a fin de sanarlo y llenarlo con el Espíritu (Hech. 9:17). E inmediatamente de recobrada la vista, Pablo se bautizó (vers. 18). Aquí hay una referencia al bautismo de agua para alguien que necesitaba arrepentirse de sus pecados, morir al yo y comenzar una vida nueva. Preste atención aquí. Pablo se bautizó con agua porque se convirtió: llegó a ser seguidor de Jesús. Y, cuando recuperó la vista, fue lleno del Espíritu Santo. Así que, básicamente, estas son experiencias simultáneas.

Lo mismo ocurre en el capítulo siguiente, donde encontramos que Cornelio y su casa aceptaron el mensaje de Pedro sobre el evangelio de Jesús. “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los... que habían venido con Pedro

se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo” (Hech. 10:44, 45).

¿Qué ocurre aquí? Por primera vez en la experiencia de la iglesia primitiva, salvo el caso del eunuco etíope, los gentiles aceptan a Jesús como su Salvador, ¡y esto redundó en el derramamiento automático del Espíritu sobre ellos! Esta clara evidencia del favor de Dios es lo que convenció a los discípulos de que estos gentiles también debían experimentar el rito público del bautismo de agua (vers. 47).

El último caso claro de la recepción del Espíritu ocurre en Éfeso, en Asia Menor. Cuando Pablo llega, se encuentra con doce discípulos, y directamente les pregunta si recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron. Ellos dijeron: “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo” (Hech. 19:2). Asombrado, el apóstol les pregunta qué tipo de bautismo pudieron haber experimentado, a lo que ellos respondieron: “El bautismo de Juan” (vers. 3). Pablo les explicó que este era solo un bautismo de arrepentimiento, que señalaba a Jesús (vers. 4). Evidentemente, luego les contó lo que Jesús *hizo*, no solo lo que *haría* (que es lo que Juan el Bautista habría enseñado); entonces, fueron rebautizados, y “vino sobre ellos el Espíritu Santo” (vers. 5, 6). Este incidente quizá presente la evidencia más clara para el hecho de que el bautismo de agua era considerado insuficiente o inadecuado, ¡puesto que el verdadero bautismo es el del Espíritu Santo!

Entonces, ¿cuándo somos bautizados con el Espíritu?

Según el Nuevo Testamento, en algunos casos parece que el bautismo del Espíritu Santo es *posterior* a la conversión, mientras que en otros es *simultáneo* a la conversión o al bautismo de agua.

Debemos tener en cuenta que los relatos bíblicos pueden ser más difíciles de interpretar correctamente que las enseñanzas bíblicas directas. Esto es algo que la interpretación protestante siempre ha tomado en cuenta, mientras que la hermenéutica (métodos de interpretación) carismática ha puesto mayor énfasis en los relatos. El Espíritu Santo ha diseñado el Nuevo Testamento de tal forma que está repleto de enseñanzas doctrinales, y por eso más de la mitad está compuesto de instrucciones dadas por Pablo, Pedro, Juan, Santiago y Judas. Estos presentan enseñanzas directas, al igual que los profetas del Antiguo Testamento daban mensajes directos de Dios a Israel y a Judá.

La intención de Dios puede ser clara si escuchamos lo que Pedro dijo a su audiencia el día de Pentecostés. Cuando, bajo la convicción de pecado, preguntaron qué debían hacer, Pedro respondió: “Arrepentíos, y bautícase cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hech. 2:38a).

Detengámonos por un momento. ¿A qué bautismo se está refiriendo

Pedro? Al bautismo de agua, ya que el bautismo de agua en la Biblia es conocido como el “bautismo de arrepentimiento” (Hech. 19:4; 1:5; Mar. 1:4). Pero, Pedro no se detiene allí. Sigue diciendo: “Y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare [los gentiles]” (Hechos 2:38, 39). Como ya sabemos que “la promesa” se refiere al bautismo del Espíritu y que, además, aquí alude al “don del Espíritu Santo”, evidentemente Pedro está expresando que para quienes se arrepienten y se bautizan en agua, ¡la recepción del don del Espíritu es parte de la experiencia! En ningún lugar de este pasaje se encuentra alguna inferencia a que este don debiera recibirse años o décadas después del arrepentimiento. La enseñanza es clara: *con el arrepentimiento viene el don del Espíritu*.

Pablo lo aclara aún más. El capítulo neotestamentario que posee la mayor cantidad de referencias al Espíritu Santo es Romanos 8. Vale la pena leer el capítulo entero cuidadosamente. Dice: “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (vers. 9). Bastante claro, ¿verdad? Si el Espíritu no está en nosotros, no pertenecemos a Jesús. En otras palabras, si no hemos aceptado a Jesús, el Espíritu no habita en nosotros, ¡porque es el Espíritu Santo el que trae a Jesús a la vida! Es imposible entonces separar el bautismo del Espíritu de la conversión. Si usted se ha entregado a Jesús, ¡es porque el Espíritu Santo lo ha bautizado! Andrew Murray lo expresa de este modo:

“Dos cosas diferentes no pueden de una vez y al mismo tiempo ocupar el mismo lugar. Su propia vida y la vida de Dios no pueden llenar el corazón al mismo tiempo. Su vida entorpece la entrada a la vida de Dios. Cuando su vida es expulsada, la vida de Dios lo llenará. Mientras *yo mismo* todavía soy algo, *el mismo Jesús* no puede ser todo. Mi vida debe ser expulsada; entonces, el Espíritu de Jesús entrará a raudales.”¹¹

El enigma samaritano

¿Y los samaritanos? ¿No recibieron el bautismo del Espíritu *después* de bautizarse en agua? Sí, así es. Pero, hubo otras cosas que influyeron en ese orden de acontecimientos. Por eso, el contexto es importante, si hemos de extraer lecciones precisas de los relatos bíblicos.

¿Recuerdan que cuando Jesús pronunció la Gran Comisión en Hechos 1, les ordenó que fueran testigos ante los de Jerusalén, los judíos, los samaritanos y hasta los gentiles? Ninguno de estos pueblos pertenecía a la cultura galilea de los primeros discípulos, y normalmente sería una lucha para ellos obedecer el mandato de Jesús. En el caso de los sa-

maritanos, pudo haber una razón por la demora del derramamiento del Espíritu; y pudo haberse debido a los discípulos, no a los samaritanos. Observe que Jesús no pudo usar a ninguno de los doce para pastorearlos. Como judíos galileos, todavía estaban muy prejuiciados como para llegar a ellos. Así que Dios usó a Felipe, un judío helenístico, para cumplir la tarea.

Una vez que los apóstoles de Jerusalén se enteraron de que los *samaritanos* habían recibido el evangelio y fueron bautizados (Hech. 8:14), les enviaron a Pedro y a Juan. ¿Le parece que fue una buena idea enviar a Juan? El último encuentro que Juan había tenido con los samaritanos fue pocas semanas antes de la muerte de Cristo. En ese entonces, los samaritanos se negaron a dar alojamiento a Jesús y a sus discípulos, debido a su intenso prejuicio. Juan, el discípulo amado, ¡pensó que lo mejor entonces sería que descendiera *fuego* del cielo y consumiera a esta gente (Luc. 9:51-56)! Pero, en un giro de ironía divina, el Señor ahora envió a Juan a pastorear a los samaritanos, porque habían abierto el corazón; y en vez de orar por el fuego consumidor, ahora Juan había de orar con el fin de que descendiera el fuego del Espíritu sobre ellos. Esa pudo ser la razón de la demora.

¿Por qué la confusión?

Ahora bien, es posible que todavía haya alguna confusión al respecto. ¿Por qué encontramos tantas declaraciones de Elena G. de White que instan al pueblo de Dios a recibir el bautismo del Espíritu, si éste ya camina con Cristo?

Parte de la confusión puede deberse al uso de los términos. El *bautismo* implica una iniciación en la vida cristiana. Representa la muerte al yo, la inmersión bajo el agua como un símbolo de la sepultura del viejo yo, y la resurrección con nueva vida (Rom. 6:3-5). El rito del bautismo, entonces, es símbolo del nuevo nacimiento. Esta es la razón por la que los rebautismos debieran ser raros, puesto que el recordativo constante debiera ser nuestra participación en el rito del lavamiento de los pies (Juan 13:8, 13-15). Sin embargo, los *derramamientos* debieran ser diarios y constantes, como volver a respirar cada pocos instantes. El hecho de que usted haya respirado una vez cuando salió del vientre de su madre no significa que ese era todo el aire que necesitaba; solo suponía que había comenzado. Si no sigue respirando, morirá.

En mi estudio, descubrí más de treinta expresiones diferentes en el Nuevo Testamento, al igual que en el espíritu de profecía, que se refieren a la misma obra del Espíritu. Sustantivos como *bautismo*, *recepción*, *don*, *derramamiento*, *talento*, *ungimiento*, etc., todos se refieren a lo mismo. Y Elena G. de White a menudo utiliza estas expresiones indistintamen-

te, de manera corriente. Fíjese en la siguiente declaración ¡y vea cuántas expresiones diferentes que hacen referencia al Espíritu Santo utiliza en apenas un pequeño párrafo!

“Han de tener hoy su vaso purificado, para que esté listo para el rocío celestial, listo para los aguaceros de la lluvia tardía; pues la lluvia tardía vendrá, y la bendición de Dios llenará toda alma que esté purificada de toda contaminación. Es nuestra obra hoy en día rendir nuestras almas a Cristo, para que estemos preparados para el tiempo del refrigerio de la presencia del Señor: preparados para el bautismo del Espíritu Santo”.¹²

Aquí utilizó cinco expresiones diferentes para expresar lo mismo. “El rocío celestial” y “la lluvia tardía” son análogos a la expresión “derramamiento del Espíritu Santo”. Los metodistas a menudo se referían a “la bendición de Dios” como sinónimo del bautismo del Espíritu; y no debemos olvidar que Elena G. de White creció siendo metodista. “El tiempo de refrigerio” es tomado directamente del segundo sermón de Pedro (Hech. 3:19). Y, por supuesto, “el bautismo del Espíritu Santo”.

Cuando Elena G. de White escribió de Cristo que “diariamente recibía un nuevo bautismo del Espíritu Santo”,¹³ podría haber usado una palabra técnicamente más precisa como *derramamiento*, en vez de *bautismo*. Porque no quiere significar que Cristo era *bautizado* una y otra vez, sino que era *llenado* una y otra vez con el Espíritu. Sin embargo, incluso aquí lo calificó al decir “un nuevo bautismo”.

Esta es la cuestión. El bautismo del Espíritu Santo nos es concedido al entregar nuestra vida a Cristo. Y él entra en nuestra vida cada vez que nos entregamos; no solo una, sino todas las veces que nos rendimos al amor de Cristo. Así que, instale en su mente que esta es *una obra de fe*. Usted lo recibe por fe (Gál. 3:2, 14; Hech. 19:2). Y cada vez que confía en su Salvador, él vuelve a morar en usted una vez más.

Cuando la teología equivocada lleva a conclusiones erróneas

¿Por qué es importante esto? Porque esperar un influjo sobrenatural del Espíritu en algún momento posterior de la vida cristiana es una idea atractiva y romántica... pero carente de verdad. Hace que la gente trate de encontrar cierta *experiencia* o *sentimiento*, que puede llegar o no. Y eso es peligroso. Esa es exactamente la predisposición mental carismática o pentecostal. Desafortunadamente, hay personas con buenas intenciones que enseñan esto incluso en nuestra iglesia en la actualidad, y se publican libros que contienen este error.¹⁴

La Biblia enseña *un* bautismo, no dos. Y el tema del ingreso del Espí-

122 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

ritu en nuestra vida no sucede en dos pasos. *Porque* el Espíritu ha tomado posesión de nuestra vida, llegamos a ser cristianos. ¡Por eso tenemos deseos de seguir a Jesús donde él nos guíe! Creer en la teología de la segunda bendición, o la supuesta segunda obra de la gracia por parte del Espíritu, hace que el cristianismo no tenga ningún efecto. El cristiano es cristiano porque decide confiar en la Palabra de Dios y cree lo que el Espíritu aseguró que Cristo ha obrado y obrará por nosotros. Los cristianos viven por fe, no por lo que ven. *Nosotros* no necesitamos esperar pruebas de que Dios en efecto cumplirá lo que prometió.

Pablo trata esto en Romanos 6. Después de explicar, en los tres capítulos anteriores, cómo nos salva Cristo mediante la gracia, plantea una pregunta lógica: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (vers. 1). ¡Por supuesto que no! Eso destruiría la totalidad de la idea de ser salvos por gracia. Entonces aclara la analogía del bautismo: así como Cristo murió, fue sepultado y resucitó, nuestro bautismo cristiano refleja la experiencia de Cristo. Nosotros también tenemos que morir al yo —dejarlo atrás, como sepultado— y luego surgiremos a una nueva vida (vers. 3-5). “Y si morimos con Cristo —añade—, creemos que también viviremos con él” (vers. 8). En otras palabras, si creemos en la muerte de Cristo en nuestro favor, ¡también debemos creer en su vida resucitada en nuestro favor! Y luego, el factor decisivo: “*Así también* vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (vers. 11, énfasis agregado).

Muchas veces, no *siento* que morí al pecado y que estoy vivo en Dios, ¿y usted? Por eso, el apóstol aconseja que “consideremos” que es así; que lo “aceptemos como cierto”. Vivir la vida cristiana es un asunto de fe, no de vista; por consiguiente, el bautismo del Espíritu Santo debe ser aceptado por fe. Y no necesitamos esperar ninguna otra experiencia cristiana para saber que hemos sido bautizados.

Esperar una supuesta experiencia “real” en el futuro es depender de nuestra interpretación sensorial de los hechos, en vez de depender de la descripción que Dios hace de ellos. El cristiano sincero que cree en la *segunda* bendición está esperando algo que Dios ya le ha provisto, y hace de Dios un mentiroso, al seguir esperándolo.

Pero, quizás usted se pregunte: ¿Por qué hay tantos cristianos e iglesias muertas? ¿No necesitan del bautismo del Espíritu para cobrar vida, como lo que observamos en la profecía de los huesos muertos y secos? (Eze. 37). Es cierto. Pero, el hecho de que estén “muertos” no significa que la obra inicial del Espíritu en su corazón fuese insuficiente. Simplemente, significa que han dejado de recibir el Espíritu, a quien una vez acogieron. El bautismo del Espíritu solo puede ser real mientras haya un derramamiento *recurrente* del Espíritu: una y otra vez. El problema es

que tendemos a ser recipientes “agrietados”, según menciona Elena G. de White.¹⁵ Nuestra naturaleza pecaminosa siempre nos aparta de Dios. Y los recipientes agrietados, para mantenerse llenos, deben ser llenados vez tras vez.

Referencias:

1. Helen Weseel, ed. *The Autobiography of Charles G. Finney* (Minneapolis, Minnesota: Bethany House, 1977), pp. 8, 10.
2. *Ibid.*, p. 15.
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*, pp. 17, 18.
5. *Ibid.*, pp. 21, 22.
6. *Ibid.*, pp. 24, 25.
7. *Ibid.*, pp. 29, 31, 32.
8. Roger E. Olson, *The Story of Christian Theology: Twenty Centuries of Tradition and Reform* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1999), pp. 31, 32.
9. Dos buenas fuentes para examinar los orígenes del Movimiento de Santidad y su resultado posterior, el Movimiento Pentecostal, son Melvin E. Dieter, *The Holiness Revival of the Nineteenth Century*, 2ª ed. (Lanham, Maryland: The Scarecrow Press, 1986), y Donald W. Dayton, *Theological Roots of Pentecostalism* (Peabody, Massachusetts: Hendrickson, 1987, 2000).
10. J. R. Goff (h), “Parham, Charles Fox” en *The New International Dictionary of Pentecostal and Charismatic Movements*, rev. y exp., Stanley M. Burgess, ed. (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2002, 2003), pp. 955, 956.
11. Andrew Murray, *The Full Blessing of Pentecost* (Nueva York: Fleming H. Revell, 1908), p. 65 p.p.
12. *Review and Herald*, 22 de marzo de 1892; también en *El evangelismo*, p. 509.
13. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 105.
14. Dennis Smith, *40 Days: Prayers and Devotions to Prepare for the Second Coming* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 2009), p. 9. En el primer capítulo, titulado “Two Works of the Holy Spirit” [Dos obras del Espíritu Santo], Smith expresa que la primera obra del Espíritu Santo guía a una persona al bautismo de agua, mientras que la segunda “es llenar al cristiano con su presencia, a fin de que verdaderamente pueda

124 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

vivir la vida cristiana y hacer las obras de Dios. Este es el bautismo del Espíritu Santo, y esta obra del Espíritu no es para el incrédulo; solo para el creyente en Jesucristo”.

La edición de la versión New King James revisada del libro (2010) trató de que este punto fuese menos obvio (p. 11), pero sin éxito. Esto es teología carismática, y no concuerda con la enseñanza bíblica.

En la página 13, Smith también afirma que “Elena G. de White entendía que los cristianos en realidad no reciben el bautismo del Espíritu Santo en la conversión o en el bautismo de agua”, porque “si los cristianos tuviesen automáticamente el bautismo del Espíritu Santo [en la conversión], la señora White no nos amonestaría para que lo recibamos”.

Elena G. de White amonestó a la iglesia a que procure y que ore por ese bautismo muchas veces. Eso es correcto. Pero, con esto ella se refirió a nuestra necesidad de *derramamientos* sucesivos del Espíritu, y no porque no lo hubiésemos recibido en la conversión. El hecho de que Smith es (según la opinión de este autor) errado en este tema, no resta valor a los tantos valiosos aportes efectuados en el libro sobre cómo prepararse para la venida de Cristo.

15. Elena G. de White, *Mente, carácter y personalidad*, t. 1, p. 112.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿De qué modo lo afecta a usted la historia del bautismo del Espíritu Santo en la vida de Finney?
2. ¿Qué antídoto para el hipercalvinismo fue introducido por Juan Wesley y otros arminianos en cuanto a la obra del Espíritu? ¿Por qué fue esto importante?
3. ¿Qué tiene de malo el concepto de la “santificación instantánea”? ¿Cuál es el problema con el típico énfasis pentecostal en el “poder” del Espíritu Santo?
4. ¿Por qué necesitamos ser cautelosos al interpretar los relatos bíblicos, en comparación con las enseñanzas bíblicas directas?
5. Según el Nuevo Testamento, ¿cuándo somos bautizados con el Espíritu? ¿Por qué es esto así?
6. ¿Cuál podría haber sido la razón de la demora del bautismo del Espíritu Santo en los samaritanos que entregaron su vida a Jesús?
7. ¿Por qué Elena G. de White nos insta a ser bautizados por el Espíritu Santo, si ya hemos sido bautizados cuando entregamos nuestra vida a Jesús?
8. ¿Cuáles son algunas de las diferentes expresiones empleadas para designar el bautismo y el derramamiento del Espíritu Santo? ¿Qué significa esto para usted?
9. ¿Por qué es tan importante comprender claramente cuándo ocurre el bautismo del Espíritu Santo?

126 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

10. ¿Por qué el creer en la teología de la segunda bendición, o de la presunta segunda obra de la gracia por parte del Espíritu, hace que el cristianismo no tenga efecto?
11. ¿De qué modo Romanos 6 nos ayuda a comprender el bautismo del Espíritu Santo?
12. ¿Cómo tiene pensado implementar en su vida las enseñanzas descubiertas en este capítulo?

Cómo experimentar el poder

Intrigado por las curaciones milagrosas, el Dr. Eion Giller, pastor de una iglesia adventista en el sudoeste, decidió asistir a la campaña de sanidad del famoso tele evangelista Benny Hinn. Para su gran alegría, fue allí que su hija nació de nuevo, y su nietecita fue curada de convulsiones y de otras lesiones neurológicas. En otro de los cultos de Hinn, el 22 de octubre de 1994, el pastor Giller recibió “un bautismo de fuego”.

“El fuego pasó por mi cuerpo durante dos horas y media. No podía concentrarme en el culto, en la predicación ni en las curaciones. Estaba inmerso en el fuego, insensible a todo lo que me rodeaba. El pastor Hinn hasta mencionó que sabía que había fuego en alguien de la congregación... Recuerdo que traté de adelantarme por el pasillo, sollozando en silencio, cuando el pastor Hinn llamó a que pasaran todos los que habían sido sanados y los que sentían fuego en todo su cuerpo. Casi no podía caminar. Mi esposa tenía que sostenerme”.

En la primavera de 1996, mientras estaba en la Comunidad Cristiana del Viñedo, cerca del aeropuerto de Toronto, Giller fue seleccionado, de entre una multitud de 2.500, como alguien que se había convertido en “un profeta del Señor”. Más tarde ese mismo año, mientras asistía al Congreso Casa de Oración, repleto de dirigentes carismáticos, uno

128 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

de los oradores profetizó que Giller recibiría una “nueva verdad para esta hora”. Dos días después, durante un culto conmovedor, Giller percibió que la Palabra del Señor llegó a él mientras estaba sentado en el balcón:

“Esta es una boda [entre carismáticos y evangélicos]... Toda boda es realizada por un tercero. Tú eres ese tercero. Desde comienzos de este siglo, el adversario se ha concentrado en mantener separados al Espíritu y la Verdad. Esos días se terminaron. Estoy juntando al Espíritu y la Verdad en mi Iglesia. Los evangélicos con el evangelio han de unirse con los carismáticos en el Espíritu. Busco adoradores que me adoren en Espíritu y en verdad. Desciende, y anuncia este matrimonio a esta iglesia, a esta ciudad y a esta nación”.

Eion Giller hizo como le fue dicho, y la iglesia estalló en alabanzas y aleluyas. Al salir de la reunión aquella noche, relató que el Señor “estuvo cuarenta minutos dándome detalles específicos acerca del papel que quiere que la Iglesia Adventista del Séptimo Día y sus líderes desempeñen en el futuro matrimonio”. Cuando se quejó de que esto nunca funcionaría —que sería resistido porque la Iglesia Adventista nunca estaría de acuerdo con ese plan—, el Señor le anunció que el matrimonio se llevaría a cabo.¹

¿Qué hace usted con una experiencia tal? ¿Surgen preguntas en su mente? La Iglesia Adventista del Séptimo Día, ¿se va a unir con los carismáticos y los evangélicos, con la intención de conformar una iglesia basada en “espíritu y en verdad”?

El fenómeno carismático

El pastor Giller no es el primero, y probablemente no sea el último, adventista del séptimo día sincero que es engañado por las señales y los milagros. Probablemente hay otras personas que están dispuestas a dejar la iglesia, como él, en busca de una experiencia más “poderosa”.

Los fuegos del reavivamiento moderno se han estado encendiendo en todo el mundo hace ya un siglo. Desde el reavivamiento de la Calle Azusa hasta la supuesta Bendición de Toronto, cristianos sinceros, honestos, en busca de Dios, han estado sedientos de una mayor presencia sobrenatural del Espíritu en su vida. Desde el Movimiento Pentecostal, pasando por el neocarismatismo hasta el actual Movimiento de la Tercera Ola, millones han reemplazado la Escritura con el Espíritu; al menos, alguna especie de “espíritu”.

“El cristianismo está atravesando un cambio paradigmático de proporciones importantes; un cambio de fe a sentimientos, de hechos a fantasías, de razón a revelación esotérica... risas sar-

dónicas, contracciones espasmódicas, señales y milagros, súper apóstoles y profetas, y gente que es ‘herida en el espíritu’ han sido señalados como evidencias empíricas del poder y la presencia del Espíritu Santo. La forma y la función de la iglesia se están reacomodando tan radicalmente que hasta el mundo secular ha tomado nota”.²

Este movimiento es el último y el más grande de la historia religiosa. Atrae a ricos y pobres, a cultos e incultos, al norte, el sur, el este y el oeste en un ecumenismo natural que no necesitará de ningún acuerdo ni dogma para alcanzar la unidad. La experiencia sobrenatural bastará. Aun los sociólogos, los antropólogos y otros académicos actuales asumen que la cultura global carismática unirá al mundo.³ Pero, aunque es totalmente internacional, el movimiento es ajeno al Espíritu de Dios.

Se emplea la fórmula *name it and claim it, blab it and grab it, confess it and possess it* [invóquelo y reclámelo, expréselo y obténgalo, confíeselo y consígalos], para imprimir frenesí a los presentes. Las multitudes se precipitan a los servicios carismáticos para concurrir a las “fiestas del Espíritu Santo”, donde los cristianos quedan “completamente ebrios” mientras, dicen ellos, “Jesús paga la cuenta”.⁴ Hombres y mujeres, independientemente del contexto religioso, del origen étnico, la edad o el nivel de educación, se encuentran ladrando como perros, gorjeando como pájaros, gruñendo como cerdos o adheridos al piso durante horas por el “pegamento del Espíritu Santo”. Y la “risa santa” puede durar horas. La gente se “embriaga” tanto con el espíritu que, literalmente, es incapaz de conducir hasta su casa o caminar derecha hasta por dos días. John Arnott, el pastor responsable de la ahora famosa Bendición Toronto que comenzó el 20 de enero de 1994, durante mucho tiempo se resistió a esos fenómenos. “No tengo ningún desecho— admitió— de que los cristianos se caigan al piso, rueden y se rían”. Esperaba que con la venida del Espíritu, el Señor “salvaría a los perdidos, sanaría a los enfermos y expandiría el Reino”.⁵ Pero, cuando predicaba mensajes de salvación, el Señor lo reprendió, diciéndole que su plan era “solo amar a mi iglesia por un rato”.⁶

Junto con el griego armenio Benny Hinn, el canadiense John Arnott y el alemán Reinhard Bonkke, el sudafricano Rodney Howard-Brown es uno de los “pesos pesados” de los círculos carismáticos. Se lo conoce como “El *barman* del Espíritu Santo”. Esta exhortación es típica de sus cultos:

“Este es el día, esta es la hora— dice el Señor— en que me muevo en esta Tierra. Este es el día en que te haré pasar al reino de lo sobrenatural... Están comenzando a caer gotas de lluvia para la gloria de Dios... Voy a romper el molde —dice el Señor—... Le-

vántate este día con gran valentía. Levántate este día, sé llenado de nuevo con el nuevo vino del Espíritu Santo... Beber, beber, beber, beber, beber, beber, beber, beber, beber, beber [lenguas]. Bebemos... [lenguas, risa]. Oh, sí, sí, sí, sí, sí, no nos preocupa lo que digan los demás. No, no importa lo que ellos piensen. Ja, ja, ja, jo, uuuuh [lenguas]”⁷

Sin duda, la voluntad de Dios es que su pueblo sea lleno del Espíritu. Pablo hasta equipara la experiencia con “embriagarse” con el Espíritu:

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo... Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (Efe. 5:15-18).

Señala que así como un ebrio no puede permanecer ebrio a menos que vuelva a beber, nosotros debiéramos aprovechar el tiempo y ser llenos del Espíritu para caminar sabiamente *en el Espíritu*.

Elena G. de White escribe que nosotros podríamos “tener sesiones pentecostales incluso ahora”, si la gente orara fervientemente y creyera en las promesas de Dios.⁸ ¿De qué manera el Espíritu entra en la vida del creyente? ¿Qué enseña la Biblia?

Cómo viene el Espíritu

Volveremos a repasar las mismas referencias mencionadas en el último capítulo; esta vez, para ver la *forma*, no el momento. A continuación, presentamos una tabla que compara cada experiencia del Nuevo Testamento con la llegada del Espíritu en la vida de los creyentes.

Debiéramos observar varias cosas. Primero, no existe ninguna correlación directa entre la recepción del Espíritu y la imposición de manos. En solo tres de las siete experiencias repasadas hubo imposición de manos; y francamente, es difícil observar un denominador común constante para las tres. Incluso si consideramos el hecho de que Pedro, Juan y Ananías enfrentaron a un ex enemigo, evidentemente, eso sería el caso de Pedro con Cornelio también, aunque la imposición de manos no forme parte de esa experiencia. Esto no significa que la imposición de manos sea insignificante: sigue la práctica del Antiguo Testamento, simbólica de la bendición, como en el caso de la bendición de Jacob sobre sus hijos (Gén. 48:14) o la delegación de responsabilidades de parte de Moisés a Josué (Núm. 27:23). Pero, la imposición de manos no conlleva ninguna clase de poder “sacramental”.

Texto	Personas imbuidas	Contexto	Fenómenos sobrenaturales, si los hubiesen	¿Imposición de manos?
Lucas 3:21, 22	Jesús	Oración después del bautismo de agua	El Espíritu descendió como paloma, y el Padre habló audiblemente	No
Hechos 2:1-4	Los 120 discípulos del aposento alto	Oración por el Espíritu Santo	Lenguas de fuego, sonido como de correntada de viento; y hablaron en lenguas	No
Hechos 4:31-33	Principales apóstoles en Jerusalén	Oración por coraje, valor	El lugar donde estaban orando se sacudió	No
Hechos 8:14-19	Conversos samaritanos	Pedro y Juan oran/imponen las manos sobre los nuevos conversos	No especificado, aunque debió haber habido alguna manifestación sobrenatural porque Simón, un ex mago, ansiaba tener el mismo poder	Sí
Hechos 9:17, 18	Pablo	Ananías impone las manos sobre Pablo después de su conversión	Pablo fue curado de la ceguera: "Le cayeron de los ojos como escamas"	Sí
Hechos 10:44-46	Cornelio y su casa	Pedro habla de Jesús al grupo que le había pedido	Hablaban en lenguas, algo que asombró al grupo de Pedro	No
Hechos 19:1-6	Creyentes efesios	Pablo les enseña de Jesús, y son rebautizados	Hablaban en lenguas y profetizaban	Sí

Además, hablar en lenguas no es un resultado universal de la recepción del Espíritu. Ese es el caso en solo tres de los siete ejemplos. No aparece ningún fenómeno de lenguas en el caso de Jesús, de los líderes en Jerusalén, de los samaritanos ni de la experiencia de Pablo. La suposición tradicional de que el bautismo del Espíritu lleva a hablar en lenguas simplemente no resiste el escrutinio bíblico.

Sin embargo, *si hay* una cosa que todas estas experiencias demuestran:

ocurre algo sobrenatural que puede demostrarse cuando se derrama el Espíritu. Y este es uno de los razonamientos presentados por los carismáticos con el fin de argumentar a favor de las señales y los milagros como una marca del favor del creyente ante Dios. Entonces, ¿deberíamos esperar algo sobrenatural en nuestra vida para saber que el Espíritu ha venido?

Los puntos de referencia de la Gran Comisión

Todas estas experiencias fueron registradas por Lucas. El discípulo y médico escribe para los gentiles curiosos; especialmente, para alguien llamado Teófilo, que significa “amante de Dios”. Y su objetivo en Hechos es resaltar las poderosas obras del Espíritu Santo (Hech. 1:1-8).⁹ Así como los profetas del Antiguo Testamento proclamaron mensajes de Dios, ahora los apóstoles hablaron como movidos por el Espíritu Santo. Así como Jehová obró poderosos milagros en favor de la comunidad israelita, la iglesia de Dios demostraría el poder de Dios mediante señales y milagros. Lo importante para Lucas, en Hechos, es demostrar que lo que Jesús prometió en cuanto al Espíritu ocurrió en efecto en sus seguidores.

Sin embargo, el hecho de que cada incidente registrado respecto del derramamiento del Espíritu esté relacionado con algo sobrenatural, no implica que lo sobrenatural esté siempre presente o se perciba. Por ejemplo, sabemos por Hechos 6 que otros siete hombres también fueron “llenos del Espíritu Santo”, pero no se nos dice cuándo ni dónde ocurrió esto (vers. 3, 5-7). Lo mismo ocurrió con Bernabé (Hech. 11:22, 24). Además, la demostración del Espíritu no implica automáticamente milagros, puesto que los frutos del Espíritu son rasgos del carácter cristiano. Quizás el hecho de que las manifestaciones milagrosas ocurrieran en los siete relatos que analizamos tenga menos que ver con alguna clase de “fórmula inductora del Pentecostés”, y más con los planes específicos de Dios.

En Hechos 1, Jesús da la Gran Comisión en el contexto de los desafíos étnicos y geográficos: primero Jerusalén, luego Judea, después Samaria, y por último el mundo gentil (Hech. 1:8). Debemos recordar que los primeros discípulos eran galileos incultos, y su lenguaje y su forma de ser los delatarían en Jerusalén, al igual que en las ciudades de Judea. Jesús sabía que este sería el mayor desafío de sus seguidores: llegar a aquellos que normalmente los eludirían. Y esto se demuestra por el hecho de que les llevó años alcanzar a los samaritanos; y cuando lo lograron, fue a través de uno de los siete “diáconos”, y no de los doce apóstoles.

Incluso Pablo, el consumado hombre del Espíritu, no fue obediente

a Dios al principio. Fue llamado a alcanzar a los gentiles (Hech. 26:16-18), ¡pero en realidad se demoró más de una década en hacerlo! Quizá recuerde usted que, ni bien se convirtió, ¡Saulo trató de predicar en las sinagogas de Damasco a los *judíos* (Hech. 9:20-22)! Eso no prosperó. Así que fue a Arabia, a fin de estudiar y pensar por tres años, antes de regresar a Damasco (Gál. 1:17).¹⁰ Una vez de regreso, incursionó entre los judíos, en vez de entre los gentiles. El intento le resultó tan mal que tuvo que escapar: lo bajaron en una canasta por el muro de la ciudad (Hech. 9:23-25). ¿Y ahora qué, Pablo? La Biblia menciona que fue a Jerusalén para encontrarse con los apóstoles (vers. 26, 27). Sin embargo, no pudo contenerse y terminó predicando a los judíos helenísticos, quienes también quisieron matarlo. Estos eran judíos nacidos en Grecia, ¡pero continuaban siendo judíos, no verdaderos gentiles! Como resultado, los hermanos conjeturaron que sería mejor enviar a Saulo hasta su ciudad natal de Tarso (vers. 28-30). Mientras vivió allí, aparentemente el aspirante a apóstol testificó en las regiones circundantes a Tarso, como Siria y Cilicia (Gál. 1:21, 23).¹¹

Si Saulo hubiese trabajado entre los gentiles en demostración del Espíritu, probablemente Lucas lo habría incluido en su relato; pero el hecho de que no se diga nada llevaría a la conclusión de que el ministerio de Saulo allí no tuvo mucho éxito. Finalmente, más de una década después de su conversión, el Señor tuvo que moverse entre los miembros de la iglesia de Antioquía, a fin de llevar el evangelio “también a los griegos [gentiles]”; y “gran número” creyó (Hech. 11:20, 21). Fue un avance tan asombroso que los dirigentes de Jerusalén se enteraron, y enviaron a Bernabé a investigar. Cuando este confirmó que Dios estaba obrando entre los gentiles, debieron haber recordado la historia de la conversión de Saulo y el hecho de que Dios lo había apartado para la obra entre los gentiles. Bernabé decidió sacarlo de una situación desfavorable en Tarso, y llevarlo a la obra con los gentiles (vers. 22-26). Finalmente Saulo venció su aprehensión natural y fue obediente al Señor. La siguiente vez que Lucas menciona a Saulo es cuando se convierte en Pablo, en el contexto de la obra misionera a los gentiles, como confirmación de que Dios verdaderamente cambió su corazón. Desde ese momento en adelante, nunca más fue Saulo (Hech. 13:1, 2, 9).

Lo mismo podría decirse de la renuencia de Pedro a compartir el evangelio con los gentiles o los samaritanos. El tema aquí es que cada uno de los objetivos de la Gran Comisión —Jerusalén, Judea, Samaria y los gentiles— eran puntos de referencia para ser conquistados por apóstoles capacitados, pero llenos de prejuicios culturales. Y vencer el temor y el prejuicio está relacionado con la forma poderosa en la que es impartido el Espíritu.

En Jerusalén, en ese entonces, moraban los adversarios *religiosos* de los discípulos, incluyendo a Saulo. La decisión de trabajar en favor de *ellos* fue confirmada por una manifestación milagrosa del Espíritu el día de Pentecostés (Hech. 2); y después al aceptar a Saulo como hermano (Hech. 9). En Judea vivían los adversarios *culturales* de los discípulos, incluyendo los militares romanos. Cuando los discípulos pidieron a Dios poder para predicar con denuedo a pesar de estas circunstancias, y cuando Pedro fue a Cesarea para pastorear al centurión romano y a su casa judía, a pesar de sus serias dudas, entonces el Espíritu confirmó su fe mediante milagros (Hech. 4 y 10). Samaria constituía los adversarios *étnicos* de los apóstoles. Cuando accedieron a orar por ellos, el Espíritu se manifestó (Hech. 8). Finalmente, cuando Pablo viajó a la politeísta Éfeso para alcanzar a los gentiles, considerados por los judíos como masas perdidas sin posibilidad de salvación, nuevamente el Espíritu manifestó su poder milagroso (Hech. 19).

Este tema es más conmovedor en el caso de Jesús. El Hijo de Dios renunció a todo; renunció a las cortes celestiales y se convirtió en un humilde hombre, con la intención de venir a vivir y a morir entre nosotros (Fil. 2:7, 8). Su bautismo significó el ungimiento de su ministerio público y "oficial" entre los hombres y las mujeres (Hech. 10:38). Así fue que Dios señaló su entrega y compromiso con la raza humana con un derramamiento sobrenatural del Espíritu de Dios (Luc. 3).

¿Qué es normativo?

Entonces, ¿qué norma es requerida para recibir el Espíritu en nuestra vida? Quizás esta sea la pregunta equivocada. Ni la Biblia ni el espíritu de profecía nos brindan una fórmula. Por lo tanto, a diferencia de los pentecostales y los carismáticos que ansían algo tangible, nosotros debemos buscar lo que ofrece la Biblia. Y el ofrecimiento del Espíritu es una vida semejante a la de Cristo (el fruto del Espíritu) y un ministerio semejante al de Cristo (los dones del Espíritu). Estas experiencias dramáticas de Hechos quizá tengan más que ver con otros puntos de la agenda de Dios. Es decisión suya cómo derramar su Espíritu sobre nosotros. Lo que nosotros debemos hacer es buscar los *resultados* de la morada del Espíritu, y no el dramatismo o la falta de él en el derramamiento.

Las manifestaciones milagrosas, pueden también tener que ver con las personalidades o las situaciones de las personas. Pablo fue a menudo enjuiciado y perseguido por causa de su compromiso con el evangelio de Jesús, por parte de gente de la iglesia, como también por gente que no era de la iglesia. Quizá Jesús le dio una demostración tan tangible de su presencia en su conversión que nunca olvidaría en los momentos más difíciles cuán real era lo que había visto y oído.

A fines de 1842 y principios de 1843, antes de recibir el don de profecía, Elena Harmon era una adolescente con una gran devoción hacia Dios. Después de una poderosa experiencia espiritual, aunque era introvertida, comenzó a compartir su fe en Cristo en toda oportunidad posible. Finalmente algunos se irritaron con su constante testimonio, y ella, siempre sensible a quienes la rodeaban, retuvo su testimonio para no ofender a nadie. Sin embargo, sentía que no era “perfectamente libre en el Señor”. Poco después, en una reunión de oración, fue “muy bendecida, y volvió a perder la fuerza”. Un escéptico que estaba presente expresó que “no tenía fe de que fuese el Espíritu de Dios” el que la tomaba, así que “eligió a alguien que era considerado un hombre de Dios, un humilde cristiano devoto, y dijo: ‘Si es auténtico, ¿por qué no viene sobre el hermano R., y él pierde su fuerza?’ El hermano R. se postró inmediatamente, y ni bien pudo expresar sus sentimientos, declaró que era de Dios”.¹²

Obviamente, no podemos manipular, ni siquiera prever, los movimientos del Espíritu. Los carismáticos buscan señales, mientras que los no carismáticos tienden a rechazar señales. Ambos se equivocan, al no permitir que el Espíritu Santo sea soberano en estas cuestiones.

La experiencia de Elena G. de White

La experiencia personal de Elena G. de White —Elena Harmon en ese entonces— debiera instruirnos. Al luchar durante meses después de su bautismo con sentimientos de gozo y, a la vez, de desánimo por lo que consideraba una falta de progreso en su experiencia cristiana, finalmente fue a consultar al pastor Levi Stockman, quien le aconsejó que simplemente confiara en Jesús, “pues él no privará de su amor a nadie que lo busque verdaderamente”.¹³ Más tarde aquella noche, la tímida muchacha, de apenas quince años, mientras estaba orando en una reunión espiritual de un grupo pequeño, la típica reunión de clase metodista, decidió confiar en Jesús con todo su corazón, y comenzó a orar en público por primera vez. Apenas comenzó, recibió un poderoso bautismo del Espíritu. Nunca se olvidaría de esto:

“En aquel momento, las promesas de Dios me parecieron otras tantas perlas preciosas que se podían recibir con tan solo pedir las. Mientras oraba, desapareció la pesadumbre angustiosa de mi alma, que durante tanto tiempo había sufrido, y las bendiciones del Señor descendieron sobre mí como suave rocío. Alabé a Dios desde lo más profundo de mi corazón. Todo me parecía apartado de mí, menos Jesús y su gloria, y perdí la conciencia de cuanto ocurría en mi alrededor. El Espíritu de Dios se posó sobre mí con tal poder, que no pude volver a casa aquella noche”.

¿Y qué hizo esta experiencia por ella?

“La fe embargaba ahora mi corazón. Sentía un inexplicable amor hacia Dios, y su Espíritu me daba testimonio de que mis pecados estaban perdonados. Cambié la opinión que tenía del Padre. Empecé a considerarlo como un padre bondadoso y tierno, y no como un severo tirano, que fuerza a los hombres a obedecerlo ciegamente. Mi corazón sentía un profundo y ferviente amor hacia él. Consideraba que era una alegría obedecer su voluntad, y me era un placer estar en su servicio.”¹⁴

Durante seis meses después de esto, “ni una sombra oscureció [su ánimo], y todo su interés era “hacer la voluntad de Dios” y mantener a Jesús continuamente a la vista. Estaba “sorprendida” y “arrobada” porque veía claramente la expiación y la obra de Cristo. Le “gustaba meditar y orar”. La joven Elena aprovechaba toda oportunidad a fin de testificar del amor de Jesús, porque sentía “perfecta felicidad”. Su “corazón estaba tan agradecido a Dios por la bendición” que le había dado, que “deseaba que otros compartieran este sagrado gozo”, y aprovechaba toda oportunidad con el fin de ayudar a sus “amigas para guiarlas hacia la luz”. Se propuso trabajar en su favor hasta que se entregaran a Jesús. Su preocupación era tan intensa que pasó “noches enteras” orando por ellas hasta que, finalmente, “todas se convirtieron a Dios.”¹⁵

El valor de la experiencia auténtica

Es imposible pasar por alto el tenor de esta experiencia. Sí, ella no pudo volver caminando a su casa aquella noche; y sintió que la bendición de Dios había descendido sobre ella “como suave rocío”. Pero, hasta allí llegan las similitudes con la experiencia carismática contemporánea. De hecho, el resultado de su bautismo del Espíritu fue un mayor amor por Jesús, una mayor apreciación de su gracia y de su obra expiatoria, y una preocupación evidente por los perdidos: una vida semejante a la de Cristo y un ministerio semejante al de Cristo. Y apenas tenía quince años.

Poco antes de cumplir setenta años, después de muchas experiencias con el Espíritu Santo, escribió lo siguiente de él:

“Únicamente el Espíritu Santo de Dios puede crear un entusiasmo sano. Dejen que Dios trabaje, y que el instrumento humano avance suavemente ante él, observando, esperando, orando y contemplando a Jesús a cada momento; y que sea conducido y dirigido por el precioso Espíritu, el cual es luz y vida.”¹⁶

Muchos adventistas del séptimo día hoy anhelan sinceramente más de Dios en su vida. El otro día, estaba siguiendo un *blog* adventista, leyendo comentarios que se remontaban a cuatro años antes. Muchos de los que

escribían eran jóvenes adultos, y ¡oh, cuánto anhelaban que la religión fuese real para ellos! No hay nada de malo con este deseo. Jesús vino para darnos *vida abundante*, no una mera existencia. Pero tan importante y crítica como nuestra necesidad es la búsqueda ferviente del Espíritu de Dios en nuestra vida, en nuestro hogar y en nuestras iglesias. Esto debe suceder desde la perspectiva de Dios, y no la nuestra. La plenitud del Espíritu no será dada a los que quieran “poder”, o deseen “fuego” en su estómago, o anhelan poder “emocionarse” con la mera presencia de Dios. La plenitud de Dios vendrá sobre aquellos que lo busquen con la esperanza de que él realmente los transforme a su semejanza, y que los capacite para ser instrumentos en *sus* manos para cumplir con *su* misión en el mundo.

Si este es su deseo y determinación, tendrá la experiencia. Dios siempre cumple sus promesas.

Referencias:

1. Testimonio personal de Eion Giller, por escrito, obtenido del Instituto de Investigación Bíblica, agosto de 2007.
2. Hank Hanegraaff, *Counterfeit Revival*, ed. expandida y actualizada (Nashville, Tennessee: W Publishing Group, 2001), p. 9.
3. Ver Karla Poewe, ed. *Charismatic Christianity As a Global Culture* (Columbia, South Carolina: University of South Carolina Press, 1994).
4. John Arnott, *The Father's Blessing* (Orlando, Florida: Creation House, 1995), pp. 209, 210.
5. *Ibid.*, p. 206.
6. John Arnott y Guy Chevreau, reunión de pastores, Toronto Airport Vineyard Church, 19 de octubre de 1994, cassette, en Hanegraaff, p. 53.
7. Citado en Hanegraaf, pp. 27, 28.
8. *Signs of the Times*, 10 de febrero de 1890, párr. 7.
9. Ver, por ejemplo, Matthias Wenk, *Community-Forming Power: The Socio-Ethnic Role of the Spirit in Luke-Acts* (Sheffield, Inglaterra: Sheffield Academic Press, 2000).
10. Ver, además, Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 102.
11. *Ibid.*, p. 153.
12. White, *Spiritual Gifts*, t. 2, pp. 26, 27.
13. White, *Notas biográficas*, p. 41.

138 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

14. *Ibid.*, pp. 42, 43.

15. *Ibid.*, pp. 44, 45.

16. White, *Mensajes selectos*, t. 2, p. 17.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Cuáles son algunas de las falsas manifestaciones del Espíritu Santo que se evidencian hoy?
2. ¿Cuáles son algunos de los líderes carismáticos más influyentes en la actualidad? ¿Por qué son tan influyentes?
3. ¿Qué llevaría a un adventista del séptimo día a quedar atrapado en esta experiencia, independientemente de lo que diga la Biblia?
4. ¿Qué significa que, de los siete casos del Nuevo Testamento que muestran el derramamiento del Espíritu, solo algunos incluyan el hablar en lenguas, y que solo en algunos haya imposición de manos?
5. ¿Qué norma debemos cumplir para recibir el Espíritu en nuestra vida? ¿Qué debiéramos buscar?
6. ¿En qué sentido se equivocan los carismáticos y los no carismáticos, cuando se trata de señales y milagros?
7. ¿Qué instrucción clave le dio el pastor Levi Stockman a Elena Harmon, en cuanto a los sentimientos de desánimo? ¿Cómo se aplica eso a nuestra época actual?
8. Describa la experiencia de la joven Elena al recibir el Espíritu de Dios. ¿Por qué cree que no se repite una y otra vez con cada adventista del séptimo día en la actualidad?
9. ¿Cuán resuelta estaba Elena en su esfuerzo por la salvación de sus amigas? ¿Qué necesitaríamos para tener el mismo grado de preocupación?
10. ¿Por qué la plenitud del Espíritu no les será dada a quienes deseen “poder”, o deseen “fuego” en su estómago, o anhelan poder “emocionarse” con la mera presencia de Dios?

Las condiciones para el derramamiento del Espíritu

Cuando nuestro hijo Christoffer comenzaba la adolescencia, fue conmigo a Ghana, con el fin de dirigir algunas reuniones de evangelización. Éramos la primera Universidad que participaba con *ShareHim* [Compártelo], así que llevamos a una docena de los mejores estudiantes de la Southern Adventist University para predicar simultáneamente la Palabra en toda la ciudad y los alrededores de Kumasi. El Espíritu de Dios bendijo nuestras reuniones más allá de nuestras expectativas, guiando a más de novecientas almas a entregarse, bautizarse y unirse a la iglesia remanente.

En nuestro último sábado de tarde se organizó un bautismo masivo en el Lago Bosomtwi. Cientos y miles llegaron en autos, ómnibus, bicicletas y a pie, desde todas partes. ¡Veinticinco pastores bautizaron durante más de seis horas corridas a 3.188 almas! Al igual que el día de Pentecostés.

No obstante, la batalla entre el bien y el mal era muy real en ese lugar. Una joven fue poseída por un espíritu demoníaco justo cuando le tocaba el turno de bautizarse. Se puso rígida, y no podía hablar ni moverse. Los pastores evidentemente habían visto esto antes. Mientras la gente oraba, seis de ellos trataron de sumergirla bajo el agua. Después de un rato lo lograron, y del agua salió una mujer feliz, libre en Cristo.

Mientras estuvimos allí, me enteré de que los chicos de la calle comúnmente usaban la magia negra en sus juegos o con fines de lucro. También supe de la tendencia de muchos cristianos de comunicarse con los muertos cuando enfrentaban dificultades. Conocimos a una ex sacerdotisa fechista, ahora una sierva del Señor, que nos contó que la mayoría de sus clientes durante el día habían sido cristianos que buscaban sanidad; y que durante la noche la mayoría eran pastores cristianos que buscaban el poder, aunque sabían perfectamente de dónde venía.

África Occidental, aunque por mucho tiempo estuvo bajo la sombra del espiritismo, es sorprendentemente similar al cristianismo occidental. Casi el 80 por ciento de la población de Ghana dice ser cristiana en la actualidad; aunque la mayoría, cuando realmente importa, no sigue a Cristo sino a su enemigo,. Aquí también en nuestro país, la mayoría de los cristianos no son *realmente cristianos*. Si los cristianos son los que siguen a Cristo como su Maestro y Señor, son pocos los que invocan su nombre y realmente lo siguen.¹ Si tuviésemos que definir al dios dominante en el cristianismo occidental, podríamos decir que es el entretenimiento, los pasatiempos, el trabajo o el dinero; usted elija. El secularismo impregna las decisiones de la mayoría de los cristianos, hasta de los cristianos que asisten a la iglesia; incluso de los cristianos que van a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Piense en esto. ¿Diría usted que la mayoría de los cristianos pasa *más* tiempo con Jesús que con cualquier otra persona o cosa en un día determinado? ¿Es Jesús el centro de los afectos cristianos? ¿Gravitan en torno a él una y otra vez, de mañana, al mediodía y a la noche? El cristianismo no es monasticismo, ni tampoco es aislamiento del mundo. Pero los verdaderos cristianos, desde el punto de vista celestial, son la luz y la sal (Mat. 5:13-16), no diversión y juegos.

Digo esto con la intención de enmarcar este capítulo, quizás uno de los más importantes del libro. Aquí es donde comenzaremos a descubrir dónde estamos en relación con la plenitud de la supremacía del Espíritu en nuestra vida. Esto es verdadera vida. La Biblia señala condiciones y obstáculos para que el Espíritu more en nosotros; y si tomamos en serio lo que enseña, nuestra vida puede llegar a ser todo lo que Dios siempre quiso que fuese y lo que siempre sospechamos.

Así que, comencemos. Reduje esto a siete condiciones principales, aunque podría haber más.

El arrepentimiento

“Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Je-

sucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech. 2:37, 38).

Esta es la condición número uno, sin la cual habría poca diferencia, ya sea que todas las demás condiciones se cumplieran o no. Pero es importante comprender el *alcance de este arrepentimiento*. En la Biblia, el uso de esta palabra implica “una giro radical y moral de la persona integral, para apartarse del pecado en dirección a Dios”.² Esto no es simplemente cambiar de parecer en cuanto a la dirección que tomamos; una concepción común entre muchos cristianos. Significa un *abandono radical de lo que somos y hacemos*. Este arrepentimiento no es el del niño de ocho años, que se arrodilla con su mamá antes de irse a dormir y ora: “Y perdóname todos mis pecados”, sin ninguna noción real de lo que estos son. El contexto del sermón de Pedro es claro: ¡Necesitaban arrepentirse de crucificar al Salvador (vers. 22, 23)! Debían arrepentirse por no haber creído en lo que Jesús es capaz de hacer. Por esto Jesús predicó: “Arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mar. 1:15). Esta es la clase de arrepentimiento a la que hice mención en el capítulo 1: una aniquilación completa de lo que somos en razón de lo que Jesús es, de su longanimidad para con nosotros y de su gran amor a pesar de nuestro gran pecado.

La Biblia nos advierte del peligro de personas que se arrepienten demasiado tarde; que desean poder arrepentirse pero son incapaces de hacerlo. “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Cor. 7:10).

¿Cuál es la “tristeza del mundo”? Esta tristeza es la de aquellos que tienen evidencias convincentes de que han hecho un desastre total de su vida, y que ahora captan las terribles consecuencias de eso, como ir a la cárcel o perder a su familia. Este “arrepentimiento” no cambia el corazón: lo llena de temor por lo que se les viene encima. Esaú y Saúl ejercieron este arrepentimiento, pero nunca tuvieron paz ni perdón (Heb. 12:16, 17).³ Habían rechazado al mismo Espíritu Santo que podía cambiar su corazón.

La Biblia nos enseña qué es lo que produce el arrepentimiento que lleva a la vida: la exposición al carácter de amor y de bondad de Dios. “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Rom. 2:4).

Por esto es imperativo que busquemos a Jesús cada día. Debemos sentarnos a sus pies y contemplar su amor y bondad por nosotros. Esto y solo esto producirá un arrepentimiento auténtico; un tipo de arrepentimiento que lleva a una persona a entregar todo... y algo más; de la clase que nos hace abandonar nuestro yo en los brazos de Dios, sabiendo

perfectamente que no merecemos ni un ápice de lo que Cristo hizo por nosotros. Quedamos absolutamente reducidos a la nada ante tal *amor*.

Hace veinte años, coloqué esta cita en el interior de la tapa de mi Biblia de estudio: “Los pensamientos de quien contempla el amor sin par del Salvador se elevarán, su corazón se purificará, su carácter se transformará. Saldrá para ser una luz para el mundo, para reflejar en cierto grado ese amor misterioso.”⁴ Bajo la cita está mi oración, que expresa mi ferviente deseo de participar de esta experiencia maravillosa.

¿Alguna vez se arrepintió de crucificar al Señor de gloria? ¿Ha reconocido el hecho de que mantuvo al Salvador en la cruz, cada vez que quiso pecar para complacerse a sí mismo? ¿Ha llegado a un punto, en su vida, en el cual no quiere tener más nada que ver con el yo, y en cambio desea a Cristo, su honor, su felicidad, más que nada en el mundo? Si es así, el derramamiento del Espíritu no se tardará en llegar.

Confianza implícita

“Por la fe recibimos... la promesa del Espíritu” (Gál. 3:14).

Al menos en los Estados Unidos, la creencia y la confianza a veces son diferenciadas. Mientras que la *confianza* implica actuar basado en determinadas convicciones, la creencia a menudo es vista como un asentimiento intelectual. Alguien quizá necesite ir a Walmart a medianoche, creyendo que la tienda debiera estar abierta a esa hora; pero, su fe en esa creencia solo puede transformarse en confianza una vez que se sube al auto y conduce hasta allí. Ir hasta allí demuestra su confianza: está haciendo algo al respecto.

En la Biblia, la fe siempre es confianza, nunca un mero asentimiento intelectual. Cuando nuestra hija tenía tres años, estábamos caminando por un sendero, y decidí subirla de espaldas hacia mí sobre un tocón de árbol que me llegaba a los hombros. Entonces dije, extendiendo mis brazos: “¡Stefani, extiende los brazos, no mires hacia atrás, y déjate caer hacia atrás sin doblar las rodillas, que papá te atraparé!” Ella lo hizo sin dudar ni un momento. ¡Le gustó tanto, que siguió subiéndose al tocón para volver a saltar! Eso es *confianza*.

Esa es una condición para la recepción del Espíritu de Dios en nuestra vida. Con mucha frecuencia la gente busca señales y milagros, algo poderoso y sobrenatural que indique que el Espíritu ha llegado finalmente. Pero debemos confiar en que Dios enviará el Espíritu porque él lo prometió, no porque podamos “sentirlo”. Una de las declaraciones más importantes que haya leído alguna vez sobre este tema es la siguiente. Léala lentamente y con atención. Al leerla, recuerde que “la bendición” era una típica expresión metodista del siglo XIX, similar al derramamiento del Es-

píritu en nuestra vida. Elena G. de White escribió esto a una edad temprana, cuando sus raíces metodistas todavía se evidenciaban en sus escritos.

“El sentimiento de por sí no es fe. Son dos cosas distintas. A nosotros nos toca ejercitar la fe; pero el sentimiento gozoso y sus beneficios han de sernos dados por Dios... La fe verdadera demanda la bendición prometida y se aferra de ella antes de saberla realizada y de sentirla. Debemos elevar nuestras peticiones al Lugar Santísimo con una fe que dé por recibidos los prometidos beneficios y los considere ya suyos. Hemos de creer, pues, que recibiremos la bendición porque nuestra fe ya se apropió de ella; y, según la Palabra, es nuestra... Esto es fe sincera y pura: creer que recibiremos la bendición aun antes de recibirla en realidad. Cuando la bendición prometida se siente y se disfruta, la fe queda anonadada. Pero, muchos suponen que tienen gran fe cuando participan del Espíritu Santo en forma destacada, y que no pueden tener fe a menos que sientan el poder del Espíritu. Los tales confunden la fe con la bendición que nos llega por medio de ella. Precisamente, el tiempo más apropiado para ejercer fe es cuando nos sentimos privados del Espíritu”⁵

Cuando cumpla con las diversas condiciones que la Biblia menciona, reclame las promesas del Espíritu en su vida. Agradezca a Jesús por conferirle su Espíritu y por el deseo celestial de que usted sea henchido de su amor, su poder y su gracia. Luego, levántese de sus rodillas y dígame que este día el Espíritu de Jesús controlará su vida, no porque lo sienta, sino porque él dijo que así sería.

La obediencia

“Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hech. 5:32).

En la Biblia, la fe y la obediencia van de la mano. Si confiamos en Dios con todo nuestro corazón, obedeceremos sus mandamientos porque confiamos en él. Si obedecemos a Jesús de corazón, es porque hemos llegado a conocerlo lo suficiente como para confiar en él. “El que me ama —dice Jesús—, mi palabra guardará” (Juan 14:23).

“Pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:5, 6).

Esta obediencia no es legalismo farisaico, para ganar el derecho a ser salvo o bendecido; proviene del corazón, como un deseo auténtico de complacer a Dios. Una vez escuché a Mark Finley predicar un sermón que resaltaba el hecho de que Dios ve mucho dolor, pecado, pesar y desilusión. Todo esto pesa en su corazón. Pero ¿quién es el que lo hace sonreír?

Dwight L. Moody se convirtió al final de su adolescencia en Chicago, y dirigió por muchos años la escuela dominical más grande de la nación. Era un excelente hombre de negocios, y había ganado mucho dinero con el paso de los años. Pero, ahora su lucha se centraba en si entregarle *todo* al Señor o no. En un viaje a Irlanda, escuchó decir al evangelista británico Henry Varley: “El mundo todavía no ha visto lo que Dios hará con, por, mediante y en el hombre que se consagre plenamente a él”. Moody pensó durante un momento, y luego suplicó: “Por la gracia de Dios, yo seré ese hombre”. Se convirtió en el evangelista estadounidense más eficiente de la última mitad del siglo XIX.

El Espíritu Santo será concedido a quienes lo obedezcan.

Una carga para compartir

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luc. 11:13).

Esta referencia de Lucas 11 es una historia fascinante, y contiene nuestras condiciones cuatro y cinco para la recepción del Espíritu. Los discípulos hallaron a Jesús “orando en voz alta”, y “quedaron profundamente conmovidos”.⁶ Los oídos mortales nunca habían escuchado una petición tan poderosa al Padre. Aunque ya hacía tiempo que habían aprendido a orar, para ellos fue como si nunca hubiesen sabido cómo hacerlo, así que pidieron a Jesús: “Enséñanos a orar” (Luc. 11:1). Cristo repitió porciones del Padrenuestro, y luego ilustró la seriedad y la intensidad de la tarea con una historia. Un hombre llega a casa de su amigo a medianoche. El anfitrión, al no tener pan, pide tres panes a su vecino. ¿El vecino le dará lo que él pide o lo reprenderá? El vecino le dijo que volviese a la mañana, porque “la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama” (vers. 7).

Las casas de “la gente de la tierra” en aquella época eran básicas; viviendas de una sola habitación en dos niveles. Tenían una entrada y una ventana pequeña, de modo tal que los ladrones o los animales predadores no pudieran entrar de noche. La planta baja era el lugar donde se cocinaba y pasaban la noche los animales pequeños. En el segundo piso, de poca elevación sobre el primero, toda la familia dormía sobre una gran estera. Atrancar la puerta no era tarea sencilla, porque pasaban un barrote pesado por unas argollas en la entrada. Levantarse significaba trastornar toda la casa, despertar a la familia y alterar a los animales. Aunque el protocolo de la hospitalidad era casi sagrado en esa cultura, era demasiado pedirle esto a un vecino.

Sin embargo, no podemos pasar por alto el hecho de que el pan no era para él: era para otra persona que lo necesitaba. La osada petición del

hombre surgió de su deseo de satisfacer el hambre de su amigo viajero. Asimismo, “el Espíritu Santo será derramado sobre todos los que están pidiendo el pan de vida para darlo a sus vecinos”.⁷

Este puede ser una excelente medida para evaluar nuestro deseo de ser llenos del Espíritu. ¿Por qué lo queremos en nuestra vida? Algunos desean al Espíritu para *sentir* algo maravilloso o etéreo en su vida; otros quieren el don del Espíritu a fin de convertirse en gigantes espirituales. Pero no es sino hasta que pedimos que el Espíritu llene nuestra alma a causa de nuestro interés por bendecir a los demás, que Dios finalmente encuentra un motivo para respondernos. Si yo tengo poco interés en la salvación de los demás, si no siento preocupación por ellos para conocer a mi Salvador y crecer en él, la venida del Espíritu a mi vida no tendrá ningún sentido. El Espíritu Santo tiene que ver con conducir a las personas a Cristo. ¿Cómo podría tener el Espíritu, mientras ignoro la mayor necesidad de todas las necesidades de los demás?

Evan Roberts, el hombre que Dios utilizó como catalizador para iniciar el gran Reavivamiento Galés en 1904, expresó esa preocupación de esta manera:

“Estaba lleno de compasión por los que deben someterse al juicio, y lloré... la salvación del alma humana me fue inculcada solemnemente. Sentía que ardía con el deseo de ir a lo largo y lo ancho de Gales para hablar del Salvador; y si esto hubiese sido posible, estaba dispuesto a pagarle a Dios para hacerlo”.⁸

Intercesión persistente

La quinta condición también se halla en la historia que ilustra cómo orar por el Espíritu Santo; de hecho, esta es la razón principal que Jesús quiso dar a entender.

“Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará... Porque todo aquel que pide, recibe... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luc. 11:8-10, 13).

La palabra traducida como “importunidad” es más suave que la palabra original del Nuevo Testamento. Debiera leerse “descaro” o “desfachatez”. Dios, por supuesto, *no* es para nada reactivo a darnos el Espíritu. La pregunta es: ¿Estamos tan deseosos de tenerlo que no solo no aceptaremos un “no” por respuesta, sino tampoco dejaremos su presencia hasta que se abra la puerta? Si incluso una persona irritada responde ante el descaro, nosotros podemos ser “descarados” con el Misericordioso.

Corrie ten Boom era una holandesa cristiana que sobrevivió al Holocausto y ayudó a los judíos a escapar de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Su apasionante historia quedó inmortalizada en el libro *El refugio secreto*. Después de la guerra, se mantuvo ocupada con varios ministerios, incluyendo el de ayudar al ciudadano holandés, el hermano Andrew, con fama de *contrabandista de Dios*, a contrabandear Biblias y literatura cristiana tras la Cortina de Hierro comunista. A veces, parecía que era imposible efectuar el trabajo, debido a las restricciones gubernamentales, las sospechas y la miríada de informantes. Sus vidas estaban en peligro constante. Pero, su preocupación era llevar la Palabra de Dios a las manos de aquellos que no sabían nada del Dios del cielo.

Donde todas las puertas parecían cerradas, el hermano Andrew, Corrie ten Boom y otros dirigentes se reunían para “ora[r] sin cesar” (1 Tes. 5:17), convencidos de que el Señor despejaría el camino. Hay testigos que hablan de la audacia de Corrie ante el Señor: “¡Señor, debes hacer algo! —oraba con acento holandés—. No hay tiempo que perder”. Entonces, como un abogado ante la corte, le citaba la Biblia al mismo, hallando el pasaje exacto y argumentando que, en base a su propia Palabra, tenía que responder! Con la Biblia en alto, clamaba: “¡Aquí, Señor, léelo tú mismo!”

Esto no es falta de respeto ante un Dios santo: esto es confianza en un Dios santo. “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb. 4:16).

Martyn Lloyd-Jones, famoso predicador de la capilla Westminster y autor de antaño, al escribir sobre la oración ferviente de muchos a quienes Dios utilizó para producir reavivamientos cristianos, dijo:

“Encontrarán esta misma intrepidez santa... esto de presentar el caso ante Dios, de reclamar sus promesas. Ah, este es todo el secreto de la oración, a veces pienso... No... dejen tranquilo a Dios. Persiganlo sin descanso, por así decirlo, con sus propias promesas. Díganle lo que dijo que iba a hacer. Cítenle la Escritura... Esto lo complace... Dios es nuestro Padre, y nos ama, y le gusta escucharnos reclamar sus promesas; que repitamos sus palabras, diciendo: ‘En vista de esto, ¿puedes refrenarte?’ Esto llena de satisfacción el corazón de Dios.”⁹

Elena G. de White tenía tanto o más para decir sobre el tema, como veremos. Si sinceramente usted desea recibir la plenitud de Dios, pida y siga pidiendo, hasta que se le otorgue. Y luego, siga pidiendo por las riquezas inagotables del cielo. A Dios nunca se le acaba la gracia; no necesita que lo convenzamos para que nos conceda todo lo que ya prometió. Debemos seguir orando para darnos cuenta de cuán importante es esto en verdad para nuestra vida. Nuestro corazón necesita ser persuadido por la insistencia.

Honrar el templo del cuerpo

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:19, 20).

A lo largo de toda la historia, diversas filosofías e ideas llevaron a religiosos o a gente respetada a considerar al cuerpo humano solamente para el placer. Los epicúreos, por ejemplo, comunes en la época de los apóstoles (Hech. 17:18), creían que el mayor bien era la búsqueda prudente del placer y la ausencia del dolor. Aunque esta idea parece inofensiva, y predicaban contra los excesos, el énfasis estaba puesto en lo que hacía sentir bien a una persona. El extremo de la filosofía era cierta forma de hedonismo, que enseñaba desvergonzadamente que la búsqueda del placer supremo para el cuerpo era el bien supremo. Por esa razón los hedonistas se entregaban al placer sexual.

Hoy, en nombre de los derechos humanos individuales, la gente, especialmente en las sociedades occidentales, se siente muy protectora de su derecho a hacer lo que desea con su cuerpo. De modo que nadie debe criticar la cohabitación, el sexo extramatrimonial o, incluso, los tipos de libertad de expresión más horribles y perversos fácilmente accesibles por Internet. El placer gobierna. Esta actitud también es alimentada por la creencia en el dualismo: la idea de que el plano físico es distinto y separado del espiritual. Pero, las investigaciones han establecido claramente que lo que ocurre con nuestro cuerpo afecta profundamente nuestra mente y espíritu.¹⁰

La Biblia enseña claramente que nuestro cuerpo es el templo, la morada del Espíritu Santo; de modo que debemos glorificar a Dios con nuestro cuerpo, si queremos que el Espíritu more allí. Esto también forma parte del mensaje adventista para el mundo: “Temed a Dios, y dadle gloria” (Apoc. 14:7). Dar gloria a Dios significa honrarlo en lo que comemos o bebemos, o en cualquier otra cosa que hagamos (1 Cor. 10:31). El Espíritu Santo incluso afecta físicamente nuestro cuerpo.

“El Espíritu Santo... renovará todo órgano del cuerpo para que los siervos de Dios puedan trabajar aceptable y exitosamente. La vitalidad aumenta bajo la influencia de la acción del Espíritu”.¹¹

Si queremos el Espíritu Santo, si deseamos dar cabida a Dios en nuestra vida, simplemente no podemos tratar a nuestro cuerpo como queremos. “Porque si vivís conforme a la carne— nos recuerda Pablo—, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Rom. 8:13). No podemos comer lo que nos plazca y cuando nos plazca, usar y abusar de nuestro cuerpo ni trabajar hasta el cansancio, sin que

esto afecte nuestra capacidad de percibir el amor y la voluntad de Dios para nuestra vida. Si nuestra salud prospera, nuestra alma prosperará (3 Juan 2).

Un texto bíblico poco conocido enseña que en los últimos días “habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos... que no tienen al Espíritu” (Jud. 18, 19). El apóstol Santiago advierte duramente a sus lectores: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?” (Sant. 4:4, 5).

En otras palabras, Dios es un Dios celoso (Deut. 6:14, 15), y no se complace cuando su Espíritu, que tiene la intención de habitar en nosotros, es desplazado por el mundo en nosotros. Esto equivale a cometer adulterio espiritual.

“Cuando los hombres y las mujeres se convierten de verdad, respetan concienzudamente las leyes de la vida que Dios ha establecido en su ser, y así tratan de evitar la debilidad física, mental y moral. La obediencia a estas leyes ha de convertirse en un deber personal... Debemos dar cuenta a Dios por nuestros hábitos y prácticas. Por lo tanto, la pregunta que debemos hacernos no es: ‘¿qué dirá el mundo?’ sino ‘¿cómo trataré yo, que pretendo ser cristiano, la habitación que Dios me ha dado?... Que todos examinen sus propias prácticas, para ver si no se están complaciendo en lo que es un daño positivo para ellos. Que prescindan de cada placer malsano en comer y beber... Coloquen su práctica diaria en armonía con las leyes de la naturaleza, y al hacer y creer esto podrá crearse una atmósfera alrededor del alma y del cuerpo que será un sabor de vida para vida”.¹²

El deseo de que Cristo more en el corazón

“Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24).

Este último punto es demasiado obvio para considerarlo, pero no nos hará mal repararlo. Si el ministerio del Espíritu es glorificar a Jesús (Juan 16:14) “revelando su gracia”, entonces “la misma imagen de Dios se ha de reproducir” en nosotros.¹³ Si no tenemos ningún deseo de que Cristo habite en el templo de nuestro cuerpo, entonces ninguna otra cosa de la vida cristiana tiene sentido. *Cristo en la vida es lo que realmente importa.* Por esto, él intercede en nuestro favor en el Santuario celestial, y el Espí-

150 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

ritu Santo se ocupa de nosotros aquí, en la Tierra. Pero si usted descubre que su corazón no quiere a Cristo en usted en este momento, aunque le *gustaría*, no se desespere: Dios siempre supo de su reticencia a aceptarlo de todo corazón. Caiga de rodillas una y otra vez, y simplemente pídale que le *dé* el deseo de tener a Jesús en su vida en forma permanente. Hágalo hasta que suceda. No verá milagros hasta que haya visto lo que Dios puede hacer con este pedido sincero del corazón.

En el capítulo 2, cité las páginas 316 y 317 de *Palabras de vida del gran Maestro*, acerca de que el Espíritu Santo es “la implantación de la naturaleza de Cristo” en nosotros, que, a su vez, nos da “amor abnegado” por los demás. Sin embargo, ese amor no se genera “*tratando* de amar a otros”, sino solo por “el amor de Cristo en el corazón”.

Hace muchos años, mientras trabajaba como pastor en California, una mujer destrozada llegó una vez a nuestra iglesia. Como aceite en el agua, repelía instantáneamente a las personas. Era una ex adventista, fumadora empedernida, usaba lenguaje vulgar, era lesbiana practicante; y por si fuera poco, estaba poseída por el demonio. Parecía que tenía veinte años más que su edad biológica; no tenía amigos y se mudaba constantemente de un lugar a otro, porque nunca nadie le abría la puerta. Yo era joven, y no se me ocurrió nada mejor que escucharla y tratar de ver si la Palabra de Dios podía abrirse paso hasta esa pobre alma. Finalmente, me convertí en su único amigo.

En aquella época, el Señor estaba efectuando una obra espiritual muy importante en mi corazón y en el de mi esposa, y estábamos aprendiendo a amarlo y a buscar su rostro con placer. Un día la oficina de la iglesia recibió una llamada de esta hermana, pidiendo que el pastor, o alguien, fuese a su casa; era urgente.

Al llegar, el lugar estaba muy oscuro: una o dos velas apenas titilaban; ella me pidió que no prendiera las luces. Una voz salió de ella: una voz gutural, grave y diabólica que hizo que se me pusieran los pelos de punta. No era una voz humana. Esta no era mi primera experiencia de confrontación con espíritus demoníacos, pero no fue menos estresante. Yo sabía que era inútil pronunciar algún “ensalmo bíblico”, porque hay muchos factores en juego en casos así. Ella dijo poco, mientras fumaba en la oscuridad. Yo no podía ver su rostro... por lo que en realidad estaba agradecido. Sin saber exactamente qué hacer, abrí la Palabra de Dios y leí algunos pasajes, de los cuales se burló con desdén. Le hice algunas preguntas, pero ella no respondió. Entonces, después de un rato, elevé una oración sencilla y ferviente, pidiendo perdón por el pecado, liberación del maligno, y la gracia y la paz de nuestro Señor en su corazón.

La visita terminó sin incidentes mayores; es decir, hasta que llegué a mi camioneta. Ni bien subí, perdí el control de mis emociones. Lloré como

un bebé por esta pobre alma destrozada, una prisionera de Satanás, que en lo profundo quería salir y no sabía cómo. Dije al Señor que estaría dispuesto a intercambiar mi vida por la de ella. Durante más de treinta años yo había tenido el privilegio de conocerlo, y él había sido muy misericordioso y bondadoso conmigo; pero esta mujer era peor que un muerto. Rogué a Jesús que le diera el mismo gozo que yo tenía, aunque significara mi vida, y que la colmara con su amor.

Salvo una vez cuando la vida de Alex, nuestro hijo, se vio amenazada siendo bebé, nunca había entregado voluntariamente mi vida en favor de otro. Usted tiene que entender que el egoísmo, el egocentrismo, había sido mi dios la mayor parte de mi vida; y el amor que sentía por esa mujer aquel día no era natural en mí. Era “el amor de Cristo en el corazón”. Pablo nos recuerda: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom. 5:5).

Ese fue un momento del Espíritu. Poco después de este incidente, ella desapareció, y nunca volvimos a escuchar de ella. Pero, quizás un día no muy lejano, cuando todos estemos sobre el mar de vidrio, una mujer, a quien apenas reconozcamos, se acercará y dirá: “Jesús me libró del pecado y de la muerte, y estoy aquí hoy porque no quería estar en ningún otro lugar, nunca”.

Referencias:

1. Eddie Gibbs es solo uno de los tantos pensadores e investigadores que han demostrado este hecho. Ver su *In Name Only: Tackling the Problem of Nominal Christianity* (Pasadena, California: Fuller Seminary Press, 2000).
2. William D. Mounce, ed., “Repent, Repentance”, en *Mounce's Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2006), pp. 580, 581.
3. En alusión a Saúl, esto es lo que Elena G. de White escribió: “[Samuel dijo:] ‘Por cuanto rechazaste la palabra de Jehová, también él te ha rechazado para que no seas rey.’ ‘Cuando el rey oyó esta temible sentencia, exclamó: ‘He pecado, pues he desobedecido el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos.’ ‘Aterrorizado por la denuncia del profeta, Saúl reconoció su culpa, que antes había negado tercamente; pero siguió culpando al pueblo y declarando que había pecado por temor a él.’ ‘No fue una tristeza causada por su pecado, sino más bien el temor a la pena lo que movía al rey de Israel cuando rogó así a Samuel: ‘Perdona pues ahora mi pecado, y vuelve conmigo para que adore a Jehová.’ Si

152 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

Saúl hubiera sentido arrepentimiento verdadero, habría confesado públicamente su pecado. Pero, se preocupaba principalmente de conservar su autoridad y retener la lealtad del pueblo. Descaba ser honrado con la presencia de Samuel para fortalecer su propia influencia en la nación" (*Patriarcas y profetas*, pp. 619, 620).

4. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 616.
5. Elena G. de White, *Primeros escritos*, p. 72.
6. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 105.
7. Elena G. de White, *Servicio cristiano*, p. 312.
8. Citado en Brian H. Edwards, *Revival! A People Saturated With God* (Darlington, Reino Unido: Evangelical Press, 1997), p. 152.
9. Martyn Lloyd-Jones, *Revival* (Wheaton, IL: Crossway Books, 1987), p. 81.
10. Neil Nedley, MD, David DeRose, Maryland, ed. *Proof Positive: How to Reliably Combat Disease and Achieve Optimal Health Through Nutrition and Lifestyle* (Ardmore, Oklahoma, 1999), pp. 1-9.
11. Elena G. de White, *El ministerio médico*, p. 14.
12. Elena G. de White, *Consejos para la iglesia*, p. 390; *Ser semejante a Jesús*, p. 283.
13. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 625.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. Si fuera honesto respecto a su vida, ¿qué es lo que realmente predomina: Cristo, el entretenimiento, el tiempo libre, el trabajo o el dinero?
2. ¿Cómo definiría el arrepentimiento según este capítulo, y qué implica eso?
3. Según 2 Corintios 7:10, existe “la tristeza del mundo [que] produce muerte”. ¿Qué significa? ¿Se aplica a los miembros de iglesia?
4. Vuelva a leer la cita de Elena G. de White, en *Primeros escritos*, sobre los sentimientos en contraposición con la fe. ¿Qué le dice esto acerca de la recepción del Espíritu Santo en su vida?
5. ¿En qué difiere la obediencia de la fe? ¿En qué se parece a la fe?
6. ¿Qué aprendió de la historia del hombre que pide pan a medianoche? ¿Cuánta similitud guarda esta experiencia con la suya? ¿Por qué razón?
7. ¿En qué sentido ser persistente redundará más para nuestro bien que para persuadir a Dios?
8. ¿Por qué es importante mantener nuestro cuerpo saludable y vigoroso, en relación con el Espíritu? ¿Es aún más relevante hoy que en los días de Pablo?
9. ¿Qué se necesita para amar a los que son difíciles de amar?
10. De las siete condiciones para que el Espíritu Santo colme su vida, ¿en cuál necesita concentrarse más?

Cómo ahuyentar al Espíritu

Para cada una de las condiciones del capítulo anterior, lo opuesto debiera considerarse como una actitud en detrimento de la morada del Espíritu en su vida. Dado que la *confianza implícita* es una condición, la *incredulidad* sería, entonces, un claro menoscabo. “¿Cuántas veces se rebelaron contra él en el desierto, lo enojaron en el yermo!”, se queja el salmista acerca de su pueblo Israel (Sal. 78:40). “Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu” (Isa. 63:10). Dos millones de personas perecieron en el desierto debido a su incredulidad, cuando se había hecho tan evidente que el Espíritu de Dios los estaba guiando.

Enojar al Espíritu está a solo un paso del pecado imperdonable. Jesús manifestó que “todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mat. 12:31). ¿Por qué se le podría perdonar cualquier ofensa o blasfemia contra el Hijo de Dios, mientras que pecar contra el Espíritu tiene sus límites? En la Biblia, *blasfemia* se define como ocupar el lugar de Dios (Juan 10:33; Mar. 2:7). Y hacemos esto cuando ya no escuchamos el suave susurro del Espíritu; y esto, irremediabilmente quebranta el primer mandamiento. El Espíritu de Dios está constantemente obrando en nuestro favor. Lo que Jesús ha hecho y está haciendo por nosotros es, en realidad, *implementado por el Espíritu Santo*. Pero cuando seguimos ignorando su enseñanza, reprensión, corrección e instrucción (2 Tim. 3:16), la fuerza convincente del Espíritu decrece hasta que desaparece.

Cuando nuestra joven familia se mudó de California a Tennessee, nos hospedamos en un departamento universitario por un tiempo, cerca del plantel. A eso de las 5:15, se escuchaba el silbato y el estruendo de un tren que pasaba a poco más de un kilómetro de distancia; y en la quietud de la noche esto causaba un tremendo impacto. Como soy de sueño liviano, y no estaba acostumbrado a los estrépitos nocturnos, me despertaba cada vez que pasaba el tren, y llegué a temer que nunca sería capaz de dormirme después de esa hora en nuestro nuevo hogar.

Pero como es de suponer, en una semana aproximadamente ya no escuchaba más el silbato del tren. Los trenes siguieron pasando como de costumbre, pero mi oído había decidido no escucharlos más. Esto es semejante al pecado imperdonable: no tiene nada que ver con que Dios deje de hablarnos; sí tiene que ver con que nosotros ya no lo escuchemos a él. ¿Hay algo en su vida que sepa que debe entregar a Dios; que deba cambiar o abandonar? No demore en hacerlo. Hágalo, mientras tenga en claro que debe renunciar a ello. Con el tiempo, tal vez considere la posibilidad de hacerlo, pero entonces será demasiado tarde: ya nada en usted lo impulsará al cambio.

La Biblia, al igual que el espíritu de profecía, resalta varios puntos que tienen el potencial de ahuyentar al Espíritu de nuestra vida. Pero me gustaría señalar algunos que tal vez no siempre son tenidos en cuenta. Por favor, lea lo siguiente con atención, y hable con Jesús en oración sobre cada uno de ellos.

Preocupaciones secundarias

“Desechen los cristianos todas las disensiones, y entréguese a Dios para salvar a los perdidos. Pidan con fe la bendición [del Espíritu] prometida, y ella les vendrá... [Pero] la promesa del Espíritu es algo en lo cual se piensa poco; y el resultado es tan solo lo que podría esperarse: sequía, tinieblas, decadencia y muerte espirituales. Los asuntos de menor importancia ocupan la atención; y, aunque es ofrecido en su infinita plenitud, falta el poder divino que es necesario para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia y que traería todas las otras bendiciones en su estela”.¹

“Los asuntos de menor importancia ocupan la atención”. En una era diseñada para la eficacia, dedicamos más tiempo que nunca a las cosas secundarias. Ya sea al navegar por Internet, revisar nuestras redes sociales, enviar o recibir mensajes de texto por teléfono, la tecnología se ha convertido en uno de nuestros mayores “desafíos espirituales”. Cada vez hay menos gente que lee; y muchos de los que todavía leen, no lo hacen para aprender algo sino para entretenerse. Sin embargo, la mayoría se

156 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

expone a imágenes e información, ya sea por televisión, en su *laptop* o incluso en su *iPod*. Hacemos estas cosas porque podemos, no porque debamos. La distracción interminable es el arma más novedosa, poderosa y efectiva para la generación actual. Y, como nos especializamos en cosas sin importancia, nunca nos graduaremos a nuevos niveles de crecimiento espiritual.

La amonestación no se aplica solo a la tecnología y el entretenimiento; se aplica a los valores y las prioridades de la vida. ¿De qué hablamos con nuestros amigos? ¿A dónde va nuestra mente cuando está desocupada? ¿Qué es lo que nos encontramos haciendo en nuestro tiempo libre? Muchos cristianos, si hiciesen un análisis objetivo del uso de su tiempo, descubrirían que se traduce en llevar una vida muy trivial, por no decir una vida que debiera causarles preocupación. Se desaprovecha, por no decir que se despilfarra, mucho potencial en todas las edades. Satanás está teniendo éxito al ridiculizar a la raza humana, incluyendo a los cristianos, al hacer que fijen la vista tan abajo que ya no saben si el nivel ideal ha dejado de existir... y mucho menos cuán alto está.

En primer lugar, en este sentido me hablo a mí mismo. He desperdiciado años de mi vida haciendo cosas que no necesitaba hacer; o, peor aún, en las que ni siquiera debería haberme metido. Si usted es joven, no permita que eso le pase. Dios perdona, pero el tiempo perdido no puede redimirse.

“Nuestro tiempo pertenece a Dios. Cada momento es suyo, y nos hallamos bajo la más solemne obligación de aprovecharlo para su gloria. De ningún otro talento que él nos haya dado requerirá más estricta cuenta que de nuestro tiempo.”²

¿Estaría usted preparado para dar cuenta de su tiempo? Estas son palabras que dan que pensar.

Orgullo y autosuficiencia

“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día.” “No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu” (Sal. 32:3; 51:11).

El rey David se sentía molesto con cualquier insinuación de que su pecado con Betsabé fuese tan malo. El rey de la nación más poderosa de la Tierra en ese tiempo ya tenía muchas esposas y concubinas, así que, ¿qué había de malo en que se agregase una más al harén? Pero en lo profundo de su ser, él lo sabía. Sabía que las concesiones culturales no excusaban el adulterio, ni mucho menos el asesinato (2 Sam. 11). Pero esos eran el resultado de un pecado mayor: el orgullo y la autosuficiencia. El orgullo siempre es el último en rendirse.

“El pueblo de Dios se ha acostumbrado a pensar que debe confiar en sus propios esfuerzos, que poca ayuda ha de recibirse del cielo; y el resultado es que tiene poca luz para comunicar a otras almas que mueren en el error y la oscuridad. La iglesia por mucho tiempo se ha contentado con escasa medida de la bendición de Dios; no ha sentido la necesidad de reclamar los elevados privilegios comprados para ella a un costo infinito... y se halla inhabilitada para la obra que el Señor quiere que haga. No está en condiciones de presentar las grandes y valiosas verdades de la Santa Palabra de Dios, que convencerían y convertirían a las almas mediante la intervención del Espíritu Santo. Dios espera que la iglesia pida y reciba su poder. Recogerán una cosecha de gozo los que siembran la santa semilla de la verdad”.³

Aparentemente, existe una correlación inversa entre nuestro orgullo y el pecado no confesado (y con nuestra eficiencia en la ganancia de almas). Cuanto más nos aferramos a nuestro pecado, menos podemos evangelizar eficientemente a la gente para Cristo. El mismo David tuvo que aprender eso. Poco después de pedir a Dios que no le quitara el Espíritu debido a su pecado, escribió: “Vuélveme el gozo de tu salvación... Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti” (Sal. 51:12, 13). ¿Podría ser que tengamos resultados tan miserables en nuestros objetivos misioneros, en parte, porque todavía existen muchos pecados no confesados en la vida de los seguidores de Cristo? Recuerde a David. Por casi un año justificó sus actos sin entregarse a Dios, y se “consumió”. La liberación, la libertad y la eficiencia finalmente fueron suyas, pero solo después de entregarle todo a Dios, incluso su pecado acariciado.

Un espíritu vengativo y crítico

“El Salvador que mora en lo interior es manifestado por las palabras. Pero, el Espíritu Santo no mora en el corazón del que se fastidia cuando otros no están de acuerdo con sus ideas y sus planes. De los labios de tal persona proceden severas observaciones que hacen que el Espíritu se retire afligido, y desarrollan rasgos con características satánicas antes que divinas”.¹

“Cuando sufrimos pruebas que parecen inexplicables, no debemos permitir que nuestra paz sea malograda. Por injustamente que seamos tratados, no permitamos que la pasión se despierte. Condescendiendo con un espíritu de venganza, nos dañamos a nosotros mismos. Destruimos nuestra propia confianza en Dios y ofendemos al Espíritu Santo”.⁵

Esta primera cita está en el contexto de la obra de la iglesia y del liderazgo eclesiástico. Caer en la trampa de criticar las acciones y las actitudes de los demás es relativamente fácil. Elena G. de White nos aconseja que refrenemos nuestros pensamientos y sentimientos negativos hacia los demás; de lo contrario, caemos “bajo la influencia de los ángeles malos e [invitamos]... su presencia y su dominio”.⁶ La mayoría de nosotros nunca pensaría estar bajo la influencia o el control de ángeles malos, pero cuando nos quejamos y criticamos, caemos precisamente bajo su poder.

Debemos entender que el diablo es astuto y muy eficiente en hacer que todos caigan. Sabe lo que funciona y, más concretamente, sabe lo que funciona con *usted*. Lo primero que hace para llevarnos a pecar es *apartar nuestra mirada de Jesús*. Entonces nos hace caer en pecado. Luego, nos hace *revolcarnos en él*. Incluso después de pecar y de reconocerlo, de sentirnos culpables, el poder del pecado predomina mientras sigamos contemplando el pecado, ya sea el nuestro o el de los demás. Esto nos mantiene mirando hacia abajo, al problema, en vez de hacia arriba, a Jesús, la única solución. Mi buen amigo Jack Blanco comenta que necesitamos echar una mirada rápida a nuestro pecado y una mirada muy, muy, muy prolongaaaaaada a Jesús, en esa proporción.

Supongamos que usted está en una reunión de la junta de iglesia, conversando con un miembro, planificando actividades de la iglesia, y alguien dice algo que usted considera que es realmente tonto, o equivocado, o hiriente, o frustrantemente ingenuo. Usted tiene que elegir: puede responder centrándose en el hecho, que evidentemente es negativo, y responder, pensar o hablar del mismo modo. O puede ignorarlo. Aunque quizá tenga la razón, o su comentario tal vez sea más esclarecedor que el anterior, *si éste se centra en el error del otro*, seguirá en el mismo nivel pecaminoso. El Espíritu Santo no se encuentra en un ambiente tal. Pero, podría orar en silencio por el Espíritu Santo, luego levantar la vista, en vez de mirar a las personas, y ver el tema desde la perspectiva de Dios, y no desde la suya. Al hacerlo, la posible crítica se convierte en un comentario útil: algo que hasta los pecadores pueden reconocer como la intervención de Dios. Y allí es donde vive el Espíritu.

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gál. 6:8).

Diversiones intensas

“Muchos se han apartado del plan de Dios para seguir invenciones humanas, con detrimento de la vida espiritual. Las diversiones

están haciendo más para contrarrestar la obra del Espíritu Santo que cualquier otra cosa, y el Señor es agraviado”.

Este impedimento para recibir el Espíritu Santo es más atterradoramente alarmante hoy que cuando fue escrito por primera vez. Analice esto: ¡“Invencciones humanas” que desalientan la vida espiritual, y “diversiones” que contrarrestan la obra del Espíritu más que ninguna otra cosa! Ella publicó esto en 1913, cuando las diversiones y las invencciones humanas podían referirse a asistir al teatro, jugar a los naipes o al ajedrez. ¡Qué benignas e inocentes son estas cosas comparadas con los videojuegos violentos, las películas de clasificación R, los programas de televisión sin sentido y llenos de sexo, y el uso malicioso de Internet! Hasta la sociedad secular ha reconocido el espiral descendente de la sociedad, en nuestra sed de pasatiempos superficiales. El clásico sobre el tema, de Neil Postman, *Amusing Ourselves to Death* [Divirtámonos a muerte],⁸ fue escrito hace un cuarto de siglo, cuando la PC recién había nacido, los DVDs no existían, y para Internet todavía faltaban años.

La mensajera de Dios advierte que estas cosas son un “detrimento de la vida espiritual”. Todo este tema me toca de cerca. Desde que era muchacho, me han fascinado las películas. Mis padres no compraron una televisión hasta que yo fui mayor. Mientras tanto, a menudo me encontraba encaramado afuera de la ventana cerrada de un vecino, mirando la pantalla en blanco y negro que se veía adentro. ¡Ni siquiera me importaba no oír nada! ¡Esa conducta patética se multiplica en intensidad con la innumerable disponibilidad de películas y otros entretenimientos directamente disponibles en el teclado de su *laptop* hoy!

Y ya no son solo la televisión o las películas. Quizás una de las tendencias sea la universalización de la pornografía, promovida por las tres A de Internet: accesibilidad, asequibilidad y anonimato.⁹ Las investigaciones muestran que los cristianos tienen tantos problemas con la pornografía como los no cristianos; y lo más inquietante es el hecho de que los pastores cristianos no se quedan muy atrás.

Pero, aun si todo lo podemos ver hoy fuera tan inocente como un episodio de *Lassie*, la pregunta permanece: ¿Promueve o entorpece mi vida espiritual? Recuerdo que me excusaba por mis hábitos de mirar televisión como pastor, porque llegaba a casa cansado de noche, los niños muchas veces ya estaban durmiendo y mi esposa iba bostezando de camino. “Es hora de descomprimir”, me decía a mí mismo. Y encendía la televisión para mirar las noticias de las once; que, según dice mi buen amigo Mike, no son nada más que el “desfile diario del diablo”, seguido de un programa cómico, e incluso algo más después de eso. ¿Estaba descomprimido después de dos horas de televisión? En realidad, estaba más cansado que antes, con la cabeza llena de imágenes seculares y con menos probabili-

dades de despertarme temprano en la mañana para dedicar tiempo a mi Salvador. ¡Qué tragedia!

No reconocemos que hace más de cien años los psicólogos ya habían llegado a la conclusión de que todo aquello que alguna vez vemos, escuchamos o sentimos nunca se borra de nuestra mente. El hecho de que no podamos recordarlo cuando queramos no significa que haya desaparecido. “Nada de lo que hacemos alguna vez, con una literalidad científica estricta, se borra”.¹⁰

Job hizo un pacto con sus ojos de no codiciar “a una virgen” (Job 31:1). “¡Luid de la fornicación”, exclama Pablo, al conocer la trampa mortal que representa (1 Cor. 6:18). No hay nada más adictivo como la inmoralidad. A medida que la mente se involucra, quiere cada vez más, para mantener la estimulación, hasta que se convierte en un camión descontrolado, incapaz de detenerse. Si es este su problema, debe detenerse inmediatamente. Elimine las fuentes, manténgase alejado de los lugares de tentación; o hasta querrá y necesitará ayuda profesional.

Independientemente de cómo busque ayuda, ningún auxilio *será* de ayuda hasta que “fijemos la mirada en Jesús” (Heb. 12:2, NVI). ¡Y hago énfasis en “fijar”! *Fije* sus ojos en él; búsquelo en su Palabra, vuelva su rostro hacia él día a día y momento tras momento. Cuanto más haga esto, más débil será la fuerza de la sensualidad del mundo en usted. Esta realmente es la única solución. La ÚNICA.

Quizá piense que estoy exagerando. Lo que yo conozco es el poder que los entretenimientos de esta naturaleza pueden tener en mi alma. Nunca me beneficié de haberme expuesto a estas cosas, por más suaves e inofensivas que pudieran parecer. No, solamente me adentro más en el mar. C. S. Lewis dio a conocer las formas sutiles y astutas que utiliza Satanás para guiar a su presa al sacrificio:

“No importa cuán pequeños sean los pecados, dado que su efecto acumulativo es apartar al hombre de la Luz y empujarlo a la Nada. El homicidio no es mejor que los naipes, si éstos pueden surtir efecto. De hecho, el camino más seguro al infierno es el gradual: la pendiente suave, el piso blando sin curvas pronunciadas, sin obstáculos, sin señales de tráfico”.¹¹

Referencias

1. Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 3, p. 211.
2. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 277.

3. Elena G. de White, *Testimonios para ministros*, p. 175.
4. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 121.
5. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 135.
6. Elena G. de White, *Mente, carácter y personalidad*, tomo 2, p. 235.
7. Elena G. de White, *Consejos para los maestros*, p. 268.
8. (Nueva York: Penguin, 1985, 2005). El libro de Postman es considerado un clásico de la comunicación; presenta una crítica mordaz de la influencia degradante de la televisión en la sociedad estadounidense. La segunda parte fue *Technopoly: The Surrender of Culture to Technology* (Nueva York: Vintage Books, 1993).
9. Ver, por ejemplo, William M. Struthers, *Wired for Intimacy: How Pornography Hijacks the Male Brain* (Downers Grove, Illinois: IVP Books, 2009).
10. William James, *The Principles of Psychology*, p. 83, en Roland Hegstad, *The Mind Manipulators* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1974), p. 13, p.p.
11. *The Screwtape Letters* (Nueva York: Time, Inc., 1963), pp. 61, 62.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Puede pensar en algo de su vida que podría llevarlo a cometer el pecado imperdonable contra el Espíritu Santo?
2. ¿Por qué creemos que la Biblia utiliza la expresión *contristar* al Espíritu? ¿Qué significa?
3. ¿Cuáles son algunas de las preocupaciones secundarias o cuestiones menores que ha permitido que entren en su vida y que afectan su relación con Jesús?
4. ¿Ha comprobado que el orgullo, la autosuficiencia o los pecados no confesados han puesto freno a su capacidad de compartir a Jesús con los demás?
5. ¿Por qué somos tan renuentes a arrepentirnos y a pedir perdón?
6. ¿Por qué la crítica es tan peligrosa?
7. ¿Qué buen método podemos adoptar cuando se expresa algo negativo?
8. ¿Participa usted de entretenimientos que le impiden crecer en Jesús?
9. ¿Cuáles son las tres "A" que han promovido la universalización de la pornografía? ¿Cree que este es un problema en la iglesia hoy?
10. ¿Cuáles son algunos de los pasos que podemos dar con la intención de vencer esas actividades que nos apartan de la vida que Jesús anhela que tengamos?

Cómo pedir unánimes

En algunas partes del mundo, regatear por un regalo o producto es un arte. Usted mira el artículo en cuestión y lo sostiene en la mano, plenamente consciente de que el dueño, o vendedor, le ha clavado los ojos. Antes que usted lo reponga, seguro le hará una oferta, generalmente de al menos el doble de lo que cuesta el producto, por lejos; digamos doscientos (en unidades de la moneda local). Ahora comenzó el juego.

Usted dice: “No... no estoy seguro”. Y se aleja para mirar otras cosas, pero sin tocarlas.

—¿Le gusta? —a menudo es la pregunta que sigue—. Se lo doy por buen precio.

—Quizá —responde usted, con una mueca de tedio.

—Muy bien, se lo doy por 150. ¡Un precio muy bajo!

Usted regresa donde el artículo y lo vuelve a mirar. “Creo... que no”.

—¿Cuánto quiere pagar? —pregunta él. Y antes de que usted responda, lo hace él— Está bien, está bien, 125. No menos.

—Pues, yo creo que vale ochenta.

—¡Ochenta! Noooo, este es un producto de calidad! —responde él, tratando de fundamentar su posición.

—Su colega al final de la calle estaba dispuesto a dejarlo a cien.

—Cien, ajá. Mmm... Está bien, se lo doy por 100. No voy a sacar ganancia.

Si usted tiene alguna experiencia con estas cosas, sabe que generalmente eso dista mucho de ser cierto; lo más probable es que el artículo en cuestión cueste un cuarto, o menos, del precio que originalmente le pidieron, dándole mucho margen para negociar. En algunos lugares del mundo, es una cuestión de orgullo conseguir la venta, una vez que avanzan las negociaciones. También se entiende que el dueño aprecia que demos por sentado que es amable; tratarlo con desdén empeorará las cosas. Así que, ahora es su turno de preguntar.

—Mire, me gustaría comprarlo para mi hermana —dice—, pero solo puedo pagar ochenta. Sé que es menos de lo que a usted le gustaría, pero ¿me lo dejaría en ochenta?

Pausa. Luego, una gran sonrisa. “¡Claro, claro! A *usted* se lo vendo a ochenta”. Y se completa la transacción.

Pedir a Dios

Los occidentales a veces se sienten incómodos con todo este “toma y deja”. Preferirían que se les diera un precio justo, alto o bajo, con el fin de poder decidirse. Pero eso marca una distancia entre el comprador y el vendedor. En algunos de los lugares donde el regateo es la norma, el proceso es como una danza entre personas que se están conociendo.

La petición es un gran tema en la Escritura, porque tenemos un gran Dios en la Biblia. “Pedid —alentó Jesús a miles que lo escuchaban en el Sermón del Monte—, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mat. 7:7). Dios se apareció en un sueño a Salomón, diciendo: “Pídeme lo que quieras que yo te dé” (2 Crón. 1:7). El apóstol Santiago nos recuerda: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pída con fe— agrega—, no dudando nada” (Sant. 1:5, 6).

Cristo añade: “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mat. 18:19).

Si las analizamos, ¡son declaraciones asombrosas! ¡El Dios del cielo se compromete a aceptar su pedido! Por supuesto, no es tan sencillo como eso porque debíamos pedir de acuerdo con su voluntad (1 Juan 5:14); pero casi. Y en cuanto al Espíritu Santo, las promesas son aún más asombrosas. Eliseo fue lo suficientemente audaz como para pedir una *doble* porción del espíritu de Elías (2 Rey. 2:9). Evidentemente, esto ocurrió en realidad, porque se cuenta mucho más del ministerio de Eliseo que el de Elías, incluyendo el doble de milagros. El profeta Zacarías insta a los creyentes: “Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía”. Y promete: “Derramaré... espíritu de gracia y de oración”, lo que dará lugar al reavivamiento (Zac. 10:1; 12:10-12).

¿Por qué pedir el Espíritu Santo?

A los discípulos en el aposento alto, Cristo prometió el Espíritu Santo: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:13, 14).

¡Siete veces en una noche Jesús animó a sus seguidores a “pedir” en su nombre! Las otras cinco están registradas en Juan 15:7 y 16, y Juan 16:23, 24 y 26.

Esto es importante porque algunos se preguntan por qué debemos pedir u orar por el Espíritu Santo (Luc. 11:13), si de todas maneras éste obra en nuestra vida. Otros lo ven desde una perspectiva histórica, y razonan: “Si el Espíritu vino en Pentecostés, la iglesia ya lo tiene. ¿Por qué pedirlo de nuevo?”

¿Por qué solicitar *algo* a Dios nuevamente? Si le pedimos nuestro pan *cotidiano*, ¿debiéramos pedírselo *todos* los días? ¿No sabe ya que necesitamos diariamente del pan? O dicho de otra forma, cuando un ser querido está muy enfermo, ¿le pedimos a Dios una vez y luego nos olvidamos? No podemos olvidar que cuando oramos a Dios no es para mantenerlo actualizado, sino para mantenernos *conectados*. Y cuanto más pidamos, más interesados estaremos en aquello que pedimos. Y cuando se trata del derramamiento del Espíritu en nuestra vida, ¿debiéramos pedirlo ferviente y constantemente!

“No estamos suficientemente dispuestos a importunar al Señor con nuestras peticiones y pedirle el don del Espíritu Santo. *El Señor quiere que lo importunemos con este asunto*. Quiere que insistamos con nuestras peticiones ante el Trono”.¹

¿Notó usted la *urgencia, la intensidad*?

“No es por causa de alguna restricción de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la Tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que *no es apreciada debidamente*. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu”.²

Matthew Henry, el gran comentarista bíblico e historiador respecto de la actividad de Dios en el mundo, solía decir que cuando Dios proyecta una gran misericordia sobre su pueblo, “lo primero que hace es ponerlos a orar”. Eso es exactamente lo que sucedió antes de Pentecostés. Los 120 creyentes del aposento alto “perseveraban unánimes en oración y ruego” (Hech. 1:14).

Las condiciones para el reavivamiento son muy claras: (1) confesión, (2) humillación [entrega], (3) arrepentimiento, y (4) oración ferviente. Y como las tres primeras dependen de la última, “solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento”.³

Una iglesia que oraba

En la última congregación que pastoreé hace años, presencié como nunca antes una iglesia que se tomaba en serio la oración. La iglesia estaba compuesta por caucásicos instruidos, que vivían en comunidades de los suburbios. Su nuevo templo albergaba a cuatrocientas personas, pero apenas cien aparecían el sábado de mañana. Cuando llegué por primera vez, descubrí que a los adventistas en esa zona metropolitana llena de iglesias, les agradaba esta iglesia, pero por alguna razón no les interesaba ser miembros de ella.

Aunque yo era un pastor joven, no tenía dudas en cuanto a las tres cosas cristianas innegociables: el estudio de la Biblia, la oración y la testificación. También, creía en que el éxito no se lograba “con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6) Dios podría cambiar la situación. Por lo que asumí la predicación *biblica* con más seriedad que nunca. Pasaba horas leyendo, comparando, haciendo exégesis y absorbiendo el texto de la Escritura, hasta que el mensaje de Dios se volvía claro. Tanto tiempo dedicaba a este estudio que no dedicaba suficiente al armado del sermón. Así que los sábados de mañana, muy temprano, iba y oraba fervientemente con el fin de que el Espíritu de Dios se moviera en nuestro medio y compensara mis deficiencias. La gente comenzó a aparecer de la nada: miembros inactivos, transferencias de otras iglesias, amigos de adventistas que anhelaban algo más en la vida, y muchos jóvenes adultos. Al final del primer año, la asistencia sabática se había triplicado, y la iglesia estaba cambiando.

A quince meses de comenzar esta aventura, me propuse realizar una serie sobre la oración. Mi amigo Dwight Nelson opina que los predicadores predicamos lo que *nosotros* necesitamos escuchar; y tiene toda la razón, por supuesto. Yo necesitaba saber más y crecer más en cuanto a la oración; de allí la serie. Se abrió todo un mundo nuevo ante mí: la oración y la comunión con Dios se volvieron mucho más reales y concretas; mi relación con Jesús creció mucho más que antes. Finalmente me di cuenta que la mayoría de nosotros parece que vive a ocho centímetros debajo del nivel de agua: sabemos que nos estamos ahogando, pero suponemos que ese es nuestro destino en la vida, ignorando el hecho de que justo encima de nosotros existe todo un mundo nuevo.

El Espíritu de Dios se movió en la iglesia. La gente comenzó a orar. Continuamos con la reunión de oración a mitad de semana. Pero ahora, todos los sábados de tarde, durante el horario de verano, nos reuníamos durante una hora para no hacer otra cosa más que orar. Orábamos por el derramamiento del Espíritu, orábamos por nuestras cargas, por nuestra iglesia y por nuestra comunidad. Durante el horario normal, nos reuníamos los viernes de noche. Luego, después de percibir que varias de

nuestras familias de la iglesia estaban bajo un intenso ataque satánico, invité a mis ancianos a unirse conmigo en oración a las cinco de la mañana, con el objeto de interceder especialmente por ellas. Sí, leyó bien, a las cinco de la mañana, antes que la gente saliera a trabajar. Vinieron siete de los diez ancianos, y nuestro momento de oración fue tan bendecido que decidimos hacerlo todas las semanas. Luego agregamos los viernes; y después el sábado y el domingo de mañana. A esta altura, los diáconos preguntaron si podían sumarse a nosotros; luego, otros miembros también. Y extendimos ese momento de oración matutina a todos los días de la semana.

La junta de iglesia comenzó a orar. Me sorprendí por cómo Dios tomaba problemas potencialmente conflictivos y simplemente convencía a los miembros acerca de qué hacer, sin mucho aspaviento. Los dirigentes que nunca antes habían orado así experimentaron el poder de la oración. Nadie llegaba tarde a la junta, porque los primeros treinta minutos eran dedicados a orar y rendir nuestra vida ante Dios. La evangelización también se tornó en un estilo de vida para la iglesia. Salíamos de puerta en puerta los sábados de tarde; y transformamos el salón de actividades sociales en el Centro de Vida Sana, donde se comenzaron a ofrecer a la comunidad una docena de seminarios sobre salud, finanzas y familia cada año. Usábamos Semana Santa para evangelizar, y en otoño realizábamos una serie completa de evangelización. Cada año, bautizábamos un promedio de cuarenta personas, todas de la comunidad, porque no teníamos una escuela de iglesia. Y la iglesia crecía a pasos agigantados.

El Espíritu Santo asume el control

Después del reavivamiento de la oración del segundo año, decidí que era hora de presentar una serie de sermones sobre el Espíritu Santo. ¡Oh, qué bendición fue eso para mí! Y Dios utilizó la serie para producir cada vez mayor convicción en los corazones. A esta altura, teníamos dos turnos de culto cada sábado; el segundo a menudo duraba hasta más de la una del mediodía. Y, a medida que la iglesia crecía espiritualmente, las ofrendas aumentaban. Aumentaban tanto que el presupuesto de nuestra iglesia subió diez veces. El diezmo aumentó tanto como para mantener hasta diez pastores de tiempo completo, aunque solo tuviésemos uno.

Los dirigentes de la iglesia decidieron que era hora de plantar otra iglesia al norte de donde estábamos, y luego de mucha oración, algunos milagros y de golpear más de 3.500 puertas a fin de familiarizarnos y hacer una encuesta de las necesidades, nació la nueva iglesia. Veinticinco líderes se capacitaron durante nueve meses para llegar a ser los miembros principales en el establecimiento de la iglesia. Pero, aunque representaban solo el siete por ciento de la feligresía, proveían el 32 por ciento

de los ingresos de la iglesia. De nuevo, oramos y se lo presentamos a Dios, plenamente conscientes de que si dábamos lo mejor de nuestra parte, él haría lo mejor de la suya. Y el Señor venció las dificultades: nuestras finanzas y el vacío de liderazgo se subsanaron en forma rápida y fácil, y la hermosa iglesia nueva todavía hoy prospera, después de muchos años.

Dios se concretó de una manera tan real en la vida de tantos que el momento de los testimonios se convirtió en parte de nuestro culto sabático. Algunos asistentes viajaban dos horas para llegar hasta allí, solo con el deseo de escuchar lo que Dios estaba haciendo en nuestro medio. Casi nunca comenzaba a predicar antes del mediodía, en el segundo servicio. Empezaron a formarse *grupos pequeños*; pero, eran grupos pequeños *misioneros*: grupos que escogían a ciertas personas con el propósito de orar por ellas, e invitarlas al grupo y a la iglesia. Algunos grupos se convirtieron en equipos ministeriales de Escuela Sabática.

Los dirigentes de estos grupos eran hombres y mujeres admirables; la mayoría de entre treinta y cuarenta años. Los martes de noche me reunía con ellos para *nuestro* grupo pequeño. Nunca olvidaré lo que experimenté vez tras vez durante esas reuniones: la intensidad del estudio bíblico; el momento poderoso y real de la oración intercesora; las reflexiones que iban y venían sobre el amor y la obra de Dios y se complementaban unas a otras; los cantos; ¡y la alegría de estar en la presencia de Dios! Nunca antes había experimentado algo así en una dinámica de grupo. A todos nos parecía que el cielo estaba muy cerca.⁴

Pero, no todo era perfecto, como se podrá imaginar; especialmente porque, cada vez que alguien decide crecer en Cristo, el diablo se propone acosar y molestar. Algunas familias comenzaron a luchar: divorcios, adolescentes drogadictos, enfermedades... Por esta razón, había llegado el momento de ayunar y orar en grupo. Animamos a los participantes a ayunar de acuerdo con su experiencia y estado de salud, y les entregamos materiales para leer y prepararse. Lo hacíamos desde el viernes de tarde hasta el domingo de mañana, y dividíamos este tiempo en quince o diecisiete sesiones de noventa minutos cada una. Incluían cantos, tarjetas de pedidos de oración, oración, un mensaje y veinte minutos de oración, antes de un recreo de quince minutos. ¡Imagínese a cientos de personas, diseminadas por todo el templo, los pasillos y la sala de Escuela Sabática, orando juntas veinte de cada noventa minutos por el Espíritu Santo, durante todo un fin de semana! La gente se anotaba —hasta ochocientos en una ocasión— y permanecía todas las sesiones que descaba. Los más impresionados eran los jóvenes adultos y los profesionales: nunca habían pasado tanto tiempo en la presencia de Dios; y un fin de semana intenso como este era suficiente para producir cambios radicales en su vida. Algunos vendieron sus autos deportivos y sus preciosas embarcaciones,

a fin de reducirse y llevar una vida más sencilla. Otros cambiaron de trabajo, impulsados por las oportunidades de brindar ayuda personal a los necesitados y servir a los demás. En resumen, pusieron a Dios en primer lugar. Dios transformó a muchos de ellos. El Espíritu de Dios realmente estaba obrando.

Su obra era evidente en resultados concretos. El diezmo se cuadruplicó, ¡y las ofrendas para la evangelización aumentaron un asombroso 5.000 por ciento! La feligresía de iglesia se triplicó en cantidad; y esto sin contar a los miembros ganados al establecer la iglesia nueva. Tres cuartos de la totalidad de los miembros participaban de alguna forma de servicio o ministerio. Y bautizamos a casi doscientas personas en cinco años. Esto quizá no sea algo inusual en algunos lugares del mundo, pero para nosotros, en nuestras circunstancias, esto evidentemente era obra del Espíritu.

Durante esos años, tuve el privilegio de presenciar el poderoso movimiento del Espíritu en la vida de adventistas laodiceses comunes, culturales. Nos despertamos como de un sueño. Dios se tornó real. La fe se fortaleció. La entrega y el compromiso personales se volvieron tangibles. Nunca más he estado en un lugar donde se buscara con tanto fervor o se ofreciera tan concretamente una intensidad y una devoción tal.

La gente de esa iglesia todavía recuerda cuando Dios obraba con tanto poder. Pero ¿se suponía que esto fuera una excepción? ¿Por qué no ocurre esto más a menudo en las iglesias de todos los Estados Unidos? ¿Podría ocurrir en *su* iglesia? ¿Sería usted parte de ella?

La oración conjunta

Una razón de que esto ocurriera es que un conjunto crucial de personas estuvo dispuesto a embarcarse en esto *juntos*. Oraban juntos, trabajaban y planificaban juntos, ayunaban juntos. Al escribir al hermano y a la hermana Farnsworth un día, Elena G. de White dio el siguiente consejo:

“Se nos estimula a orar para el éxito, con la seguridad divina de que nuestras oraciones serán oídas y respondidas. ‘Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos’ (Mat. 18:19, 20)... La promesa se da con la *condición de que la iglesia ofrezca oraciones conjuntas*, y en respuesta a estas oraciones se puede esperar *un poder mayor al que vendría en respuesta a la oración privada*. El poder dado será proporcional a la unidad de los miembros y a su amor por Dios y por los demás.”⁵

170 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

Quizá la razón de que el reavivamiento comience con jóvenes adultos sea porque están más dispuestos a juntarse. El 3 de febrero de 1970, el Espíritu Santo tomó posesión de un culto de martes, que bajo otras circunstancias era de rutina, en la capilla de Asbury College, un colegio wesleyano cerca de Lexington, Kentucky. El culto comenzó cuando Custer Reynolds, el decano académico, dio su testimonio personal sobre el amor y la paciencia de Cristo, y luego invitó a los demás a hacer lo mismo. Uno a uno, los alumnos fueron dando sus testimonios del amor de Dios, hasta que se formó una larga fila de ellos hasta el final del auditorio. Algunos iban directamente hasta el altar, llorando su arrepentimiento ante Dios. La multitud comenzó a cantar "Tal como soy". Otros se arrodillaban con amigos y oraban. Aun otros lloraban en silencio, por la tristeza de su pecado.

Sonó el timbre para volver a clases, pero ninguno de los 1.500 alumnos congregados en el Auditorio Hughes quería irse. La administración del colegio, al reconocer la presencia del Espíritu en el conjunto de estudiantes, no forzó el tema y permitió que el "culto" continuara. Siguió toda la tarde, en forma ordenada y seria; y no se interrumpió al ponerse el sol, sino que se extendió toda la noche. Continuó al día siguiente, y el siguiente y el siguiente. Este solo programa duró 185 horas continuas; ¡casi ocho días enteros!⁶

El martes, los reporteros de todos los diarios de la región central de los Estados Unidos estaban en el *colegio*, preguntándose de qué se trataba todo eso. Los alumnos comenzaron a ir a colegios e iglesias cercanas a compartir la buena noticia; no podían esperar para compartir con otros el amor de Jesús. Después de que el polvo se asentó y el fenómeno fue analizado con más detenimiento, se reveló el impacto del reavivamiento de los alumnos: más de dos mil equipos de testificación habían salido para compartir con otros en todo el país, y el reavivamiento se había extendido a por lo menos 130 colegios y universidades, sin mencionar a cientos de iglesias de todo el país. Incluso en la actualidad, quienes estuvieron allí hace cuatro décadas recuerdan aquellos días como el momento decisivo de su vida.

El celo según el conocimiento

En ocasiones, es difícil que la mente occidental desentrañe la necesidad de la comunidad en nuestra búsqueda de Dios y en nuestra obra para él. Pero no hay nada más consistente en la historia de un reavivamiento que conduzca a la reforma que el *reunirse* para esta obra que el Espíritu Santo está ansioso por efectuar en nuestro medio. Estoy convencido de que aquí hay una clave sencilla. Si como pueblo estamos dispuestos a congregarnos, a orar, a reunirnos en pequeños grupos, a organizarnos en

equipos misioneros, todo para buscar al Espíritu Santo, todo segmento anquilosado y petrificado de la iglesia comenzará a soltarse.

“Podría haber una convocación de todas las iglesias de la tierra, en la que el objetivo de su clamor unido debiera ser el Espíritu Santo. Cuando tengamos esto, Cristo, nuestra suficiencia, estará siempre presente. Todas nuestras necesidades serán suplidas. Tendremos la mente de Cristo”:

Orar por el reavivamiento y la reforma en la comodidad de nuestra sala, en soledad, simplemente *no es lo mismo* —aunque nos pongamos de acuerdo en hacerlo a la misma hora que oran otros— que hacer el esfuerzo de reunirnos físicamente para orar.

La Iglesia del Evangelio Completo Yoido, en Seúl, República de Corea, es la congregación más numerosa del mundo, con más de un millón de miembros.⁸ Esta es una iglesia carismática. Pero hay dos cosas que hacen bien, que nosotros no solemos hacer, aunque debiéramos: están estructurados como grupos pequeños o equipos ministeriales (de otro modo, sería imposible la existencia de *una* iglesia tan numerosa), y se toman en serio la reunión de oración. De hecho, tan en serio que cientos, incluso miles, acuden en masa a la iglesia a las diez de la noche, con la intención de orar hasta el amanecer.

A los discípulos de Cristo se les dijo “quedaos... en Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Luc. 24:49). Debían hacerlo *juntos*. Y, como eran obedientes, a pesar de sus diferencias, celos y sospechas, el Espíritu de Dios en apenas diez días pudo moldearlos y convertirlos en una comunidad ferviente y amante. Elena G. de White nos insta:

“Todos tienen que procurar el derramamiento del Espíritu Santo. Como en el caso de los discípulos después de la ascensión de Cristo, tal vez requiera varios días en que se busque fervorosamente a Dios y se deseche el pecado. Cuando el Espíritu Santo obre en los hijos de Dios, éstos manifestarán un celo paralelo a su conocimiento... Reflejarán la luz que Dios ha estado irradiando durante años. Se desechará el espíritu de crítica. Impregnados del espíritu de humildad, estarán todos unánimes, unidos los unos a los otros y a Cristo”⁹

La declaración me hace recordar a uno de los pastores adventistas más exitosos del mundo. En la provincia nortea de Jilin, China, Zu Xiu Hua está a cargo de un distrito de más de 20.000 miembros. ¡Ella inició 380 congregaciones! Estas ahora son dirigidas por cientos de voluntarios, a quienes capacita para dar estudios bíblicos, predicar y ofrecer atención espiritual de forma regular.

La siguiente historia fue narrada por algunos líderes de la Asociación General cuando estuvieron recientemente allí. En una iglesia donde

ofrecieron un culto, había dos salas, una en cada piso, y ambas estaban repletas. Había gente sentada en las escaleras, esforzándose por escuchar cada palabra que salía de las salas. “Vi a esos creyentes sentados en el pasillo —recuerda Bill Knott, editor de *Adventist Review* [*Revista Adventista*, en inglés] y de *Adventist World* —con el rostro iluminado, entonando himnos como si estuvieran en primera fila, pero apenas alcanzaban a escuchar un altoparlante viejo y decrépito. Fue muy conmovedor para mí ver cuán absolutamente atractivo es el evangelio para ellos”. Cuando se le preguntó de qué tema le gustaba más predicar, Zu Xiu Hua con total franqueza dijo: “La cruz, ¿qué más?” Y cuando se le preguntó cómo explicaba todo aquello y qué era lo que atraía a las personas, ella respondió: “La gente viene a las enseñanzas, y ve nuestro celo y el Espíritu Santo”.¹⁰

La gente ve nuestro celo y el Espíritu Santo. Aunque la situación en China es muy diferente de la de Occidente, no podemos excusar nuestra situación laodicense, ni tampoco podemos achacarla a la falta del Espíritu de Dios en nuestras iglesias. Las personas siguen siendo personas, y Dios todavía es Dios, ya sea en el Lejano Oriente o donde usted viva. ¿Por qué no reunirnos, de forma sistemática, con los miembros de la iglesia, y decidir en conjunto seguir pidiendo a Dios, con fe, que cambie la situación y que envíe el Espíritu Santo, hasta que esto en efecto ocurra? Si algunos empiezan, Dios se presentará en su puerta y cambiará su mundo.

Referencias:

1. Elena G. de White, *Eventos de los últimos días*, p. 161; énfasis agregado.
2. Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 41; énfasis agregado.
3. Elena G. de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 141.
4. En esa época, me familiaricé con lo que dice Elena G. de White sobre la obra eclesiástica, en *Testimonios para la iglesia*, tomo 7, páginas 21 a 24. Habla allí de la necesidad que tienen los pastores de centrarse en capacitar y alcanzar a los perdidos, en contraposición con apacentar a los santos, a los miembros que están plenamente involucrados en el ministerio de la iglesia; del valor de los testimonios en la iglesia los sábados de mañana; de la necesidad de instalar nuevas iglesias; de confiar el ministerio a los nuevos conversos; del valor de la obra puerta a puerta; de la necesidad de los grupos pequeños misioneros como la base de la extensión misionera, y de la necesidad de la oración grupal para planificar las actividades de extensión.

Creo que cualquier iglesia que decida usar estas cinco páginas como modelo para la vida eclesiástica y la misión tendrá mucho éxito.

5. White, *Carta* 32, 1903, p. 5, "To Brother and Sister Farnsworth, January 28, 1903", en *Manuscript Releases*, t. 8, p. 303 (énfasis agregado).
6. Robert E. Coleman editó un relato testimonial inspirador del reavivamiento, en *One Divine Moment: The Asbury Revival* (Old Tappan, New Jersey: Fleming H. Revell, 1970).
7. White, *Manuscrito* 8, 1892, p. 4, "Christ Our Sufficiency", 25 de noviembre de 1892; también en *Manuscript Releases*, tomo 2, p. 24.
8. Ver Karen Hurston, *Growing the World's Largest Church* (Springfield, Missouri: Gospel Publishing House, 1994). Han circulado una cantidad de informes en cuanto al pastor fundador, ahora retirado, Dr. David Yonggi Cho. Los informes orales indican que hace algún tiempo, los pastores adventistas se reunieron con él, en parte para aprender de su éxito en crecimiento de iglesia, a lo que Cho replicó, mostrándoles los libros *El evangelismo* y *Obreros evangélicos*, de Elena G. de White: "Si siguieran lo que su profetisa dice, ustedes también tendrían éxito". No pude comprobar la veracidad de esos informes. Sin embargo, lo que supuestamente dijo Cho, es verdad.
9. Elena G. de White, *Mi vida hoy*, p. 59.
10. Bill Knott y Jan Paulsen, "Finding Faith in China", en *Adventist Word*, agosto de 2009.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Será que a veces tenemos problemas cuando se trata de pedir algo a Dios?
2. ¿Cómo describe la Biblia la disposición de Dios a otorgarnos de acuerdo con lo que pedimos, y cuáles son algunas de sus promesas?
3. ¿Por qué pedir algo a Dios, si él sabe lo que necesitamos?
4. ¿Por qué razón debemos seguir pidiendo el Espíritu Santo en nuestra vida? ¿Qué relación tiene la respuesta con los cuatro fundamentos para el reavivamiento mencionados por Elena G. de White?
5. ¿Qué le impresionó más de la historia de “Una iglesia que oraba”? ¿Por qué?
6. ¿Por qué la oración personal y privada no alcanza para el gran derramamiento del Espíritu Santo?
7. ¿Cuáles piensa que son los ingredientes principales de la eficacia de los grupos pequeños, que permitirán el derramamiento del Espíritu Santo?
8. ¿Cuál es su opinión respecto de la declaración: “La promesa [del derramamiento del Espíritu] se da con la condición de que la iglesia ofrezca oraciones conjuntas, y en respuesta a estas oraciones se puede esperar un poder mayor del que vendría en respuesta a la oración privada”?
9. ¿Qué tendría que ocurrir para que una de nuestras iglesias o instituciones experimente algo similar a las 185 horas continuas de buscar a Dios en oración en el Colegio Asbury?
10. ¿Cuáles cree que son algunas de las claves de la vida llena del Espíritu en China?
11. ¿Qué debiéramos hacer con el propósito de buscar juntos a Dios, a fin de experimentar el derramamiento del Espíritu en nuestra vida?

El poder

La lluvia tardía

Desde que era niño siempre me gustaron los lugares nuevos. Ajeno a la vigilancia paterna, me adelantaba mucho o me quedaba atrás, en mi deseo de ver personalmente lo que había “por ahí”. No pocas veces mis padres se preocuparon con razón, porque el pequeño Ronny no estaba en ninguna parte. Nada parecía atemorizarme, y las exploraciones solitarias de edificios, calles y árboles tenían una atracción especial para mí.

Esa quizá fuera la razón principal por la cual, muchos años después, me encontraba trazando mi propio trayecto en la antigua ciudad de Éfeso, en la actual Turquía. Con mis colegas académicos había andado por la calle Curetes, la principal vía pública, deteniéndome a observar la puerta de Hércules, la fuente de Trajano, los baños de Vario y hasta las letrinas, tan populares. Sí, tenían todas esas cosas en el siglo I; y eran públicas. Conversamos animadamente, y fijamos la mirada frente a la biblioteca de Celso, una de las más grandes del mundo antiguo, construida pocas décadas después de que los primeros apóstoles estuvieran allí. Esto era increíblemente emocionante para mí, porque estábamos presenciando lo que Pablo vio cuando llevó el evangelio a esa gran ciudad pagana por primera vez. Pero después de reunirnos en el teatro infame, el mismo donde los efesios solían cantar durante dos horas: “¡Grande es Diana [o Artemisa] de los efesios!” (Hech. 19:23-32), decidí renunciar al almuerzo y explorar por mi cuenta.

La calle que había visto desde la parte superior del teatro era demasiado atractiva como para perdérmela. Antiguamente, esta calle conducía al

puerto, que Pablo habría usado en su desembarco para sus nuevas tareas. Pero estaba fuera de límite para los turistas. Después de echarle un vistazo a una iglesia bizantina del siglo VI, yo había decidido cruzar un terreno baldío en que abundaban las serpientes de cascabel. Y he aquí que terminé en aquella calle larga y antigua rumbo al puerto. Me sentí muy privilegiado. Mientras caminaba por la calle prohibida, descubrí cuatro pilares dedicados a los cuatro escritores evangélicos: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Esto era extraordinario, ya que anteriormente había visto los restos del templo de Diana, diosa patrona de los efesios. ¡Todo lo que quedaba del templo era un pilar, con el nido de una cigüeña en la punta! Pensé, para mis adentros: ¡Asombroso! *Esta es una de las ciudades más paganas y cosmopolitas del mundo antiguo, completamente en las garras de Satanás, y un solo hombre de nombre Pablo la trastornó.* Siglos más tarde, ya no existe un templo mundialmente conocido como una de las siete maravillas del mundo antiguo; solo queda un pilar. Pero hay evidencias del cristianismo en todos los alrededores.

El desafío de la evangelización mundial

¿Alguna vez se preguntó cómo compartiremos el evangelio con todo el mundo alguna vez? El desafío es grande. La mitad de los siete mil millones de personas en el mundo nunca han oído de Jesús ni han visto una Biblia; ni hablar de que sepan algo del mensaje de los tres ángeles. Nos regocijamos hoy porque hay un adventista por cada 400 personas más o menos; mejor que una en cada 519 en el año 2000. Pero lo cierto es que hay lugares como Indonesia, el Medio Oriente, el norte de África y la China que permanecen como barreras formidables para nuestro mensaje. La China es un buen ejemplo para ayudarnos a mantener las cosas en perspectiva. La obra allí se cuenta entre las más poderosas y exitosas en todo el mundo, con 400.000 creyentes actualmente. Menos de una docena de países en el mundo tienen tantos adventistas. Pero la población es de 1.300 millones de habitantes. Esto equivale a un adventista por cada 3.250 chinos; ¡equivalente a solo el 0,03 por ciento!

Sin embargo, la iglesia primitiva encontró probabilidades aun más remotas. Al menos un tercio de la población mundial actual tiene algún vínculo con el cristianismo. Pero cuando los apóstoles comenzaron, no había nada de nada. Hoy es políticamente correcto, si bien no se practica en todo el mundo, ser tolerantes en asuntos de religión. Pero en aquel entonces, aunque el politeísmo era ampliamente aceptado en el mundo romano, el cristianismo era la única excepción. Los cristianos eran considerados como una rama del judaísmo; y los judíos tenían muchos enemigos en el imperio. Pero la ofensa máxima era la exclusividad del cristianismo: el mensaje de que había un solo Dios, y de que este Dios era nuestro Salvador; y que este

Salvador murió en una cruz romana para consumir la salvación. ¿Qué? ¡No es de extrañarse que pensarán que todo era locura (1 Cor. 1:20-23)!

El denominador común de todos los dioses paganos siempre había sido el *poder*. El concepto de que un Dios que podía tener el poder de crear el mundo permitiera que lo humillasen en una cruz parecía demasiado descabellado. Un famoso grafito del siglo II, hallado cerca de Roma, representa a un hombre arrodillado ante un Jesús que cuelga desnudo de la cruz, con la cabeza de un burro. La inscripción burlesca de abajo reza: "Alexamenos adora a su dios".

Gordon Fee, erudito del Nuevo Testamento, dice:

"Es difícil para los occidentales cristianizados apreciar cuán extremadamente descabellado debió haber parecido a los griegos y los romanos del siglo I el mensaje de un Dios que se dejó crucificar por sus enemigos. Pero es precisamente la profundidad de este escándalo y de esta locura lo que debemos apreciar, si queremos entender... por qué pasó más de un siglo antes de que la cruz apareciera entre los cristianos como un símbolo de su fe"¹

Treinta años después de Pentecostés, Pablo pudo declarar que el evangelio "se predica en toda la creación que está debajo del cielo" (Col. 1:23). Aunque solamente se refiriera al mundo romano, ¡constituía la vasta mayoría de las personas que vivían en ese entonces! ¿Cómo cree usted que lo hizo? No había comunicaciones por satélites, ni Internet, ni radio ni televisión. No había vuelos transatlánticos, ni teléfonos celulares, ni siquiera libros, como los que tenemos en la actualidad. ¿Cómo lo lograron?

"Miren, cómo se aman... y cómo están dispuestos a morir por el otro". Así es como los paganos identificaban a los cristianos un siglo después de que Juan, el último apóstol, había muerto en Éfeso.² Elena G. de White amplía:

"Después del descenso del Espíritu Santo, los discípulos estaban tan llenos de amor hacia Cristo y hacia aquellos por quienes él murió, que los corazones se conmovían por las palabras que hablaban y las oraciones que ofrecían. Hablaban con el poder del Espíritu; y bajo la influencia de ese poder, miles se convirtieron"³

Los no cristianos actuales, ¿se conmueven por las palabras y las acciones que no pueden más que reflejar el amor de Cristo en nuestro corazón? ¿Es el *amor* lo primero que viene a la mente cuando la gente piensa en los cristianos? El registro bíblico es claro en cuanto a la iglesia primitiva: "Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos" (Hech. 4:32, 33).

Cuán bajo hemos caído.

La lluvia temprana

Al estudiar el significado de la lluvia *temprana* y la *tardía*, debiéramos tener en cuenta que empleamos estos términos de dos maneras: con un sentido histórico objetivo, que se centra en el tiempo y en la iglesia, y con un sentido personal subjetivo, orientado hacia cómo nos puede afectar personalmente.

Fue la lluvia temprana del Espíritu la que hizo que la iglesia primitiva llegara a ser lo que fue. “El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fue el comienzo de la lluvia temprana, y gloriosos fueron los resultados”⁴ ¿Cuán gloriosos, exactamente? El evangelio fue llevado “a las más alejadas partes del mundo habitado”.

“Los corazones se entregaban al poder de su mensaje. La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones. Los apóstatas se reconvertían. Los pecadores se unían con los creyentes, en busca de la perla de gran precio. Algunos de los que habían sido los más enconados oponentes del evangelio, llegaron a ser sus campeones... Cada cristiano veía en su hermano una revelación del amor y la benevolencia divinos”.

Impresionante, ¿verdad? No es de extrañarse que “miles se convirtieron en un día”⁵ Los adventistas del séptimo día han estado esperando durante décadas el proverbial derramamiento de la lluvia *tardía*. Pero esto no puede darse hasta que descienda la lluvia temprana primero.

¿Qué es exactamente la lluvia temprana?

La mayoría diría que es la obra regeneradora del Espíritu que nos guía a la conversión. Para una descripción más completa, vayamos a Joel 2:23: “Alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio”. El problema es que la palabra hebrea traducida como “primera lluvia” es *moreh*, que significa “maestro”, y no *yoreh*. *Yoreh* está traducida correctamente, al *final* del versículo, como “[lluvia] temprana”. La misma palabra *moreh* se encuentra en Proverbios 5:13 y en Isaías 30:20, donde se traduce como “los que me enseñaban” y “maestros”. Los *targumim*, traducciones interpretativas de los libros del Antiguo Testamento cuando los judíos comenzaron a olvidarse del idioma hebreo, y la *Biblia Vulgata*, una traducción de la Biblia del siglo III, también traduce *moreh* como “maestro”. La expresión, en realidad, significa “maestro de justicia”.

Esto tiene sentido cuando lemos Isaías 45:8: “Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia; háganse brotar juntamente”. O en Oseas 10:12: “¡Pónganse a labrar el barbecho! ¡Ya es tiempo de buscar al Señor!, hasta que él venga y les envíe lluvias de justicia” (versión NVI).

Los profetas hablaban de la lluvia temprana como del tiempo de justi-

cia: el tiempo en que finalmente se verían la bondad y la justicia de Dios; Jesús, el Encarnado Hijo de Dios, vino para mostrarnos justamente eso. Él, mediante el Espíritu Santo, se convirtió en el “maestro de justicia”, que en ocasión de Pentecostés aclaró todas las cosas a los discípulos. Había prometido: “Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

Así que, la lluvia temprana histórica objetiva era la revelación de Jesús como el segundo Adán, que obedeció a Dios en forma perfecta (revelando su justicia); y que amó al hombre en forma suprema (su misericordia en la cruz). Y este era el mensaje de Pentecostés para el mundo: el mensaje que lo revolucionó para siempre.

En un sentido personal subjetivo, la “experiencia” de la lluvia temprana sería nuestra apropiación individual de ese mensaje de amor y de obediencia en Cristo: algo absolutamente necesario si hemos de experimentar la lluvia *tardía*. Esta es la experiencia que Elena G. de White había visualizado para los adventistas del séptimo día a raíz del mensaje de 1888.

La lluvia tardía histórica

Mientras que la lluvia temprana impulsó la era *cristiana*, el comienzo de la obra de reconciliación de Dios para *todas* las naciones, y no solo mediante su pueblo escogido, Israel, la lluvia tardía histórica objetiva cerraría esa obra en la consumación, el fin. ¿Qué significa exactamente todo esto? Elena G. de White menciona que el derramamiento de la lluvia tardía hará varias cosas: (1) preparará “a la iglesia para la venida del Hijo del hombre”; (2) dará “poder a la voz fuerte del tercer ángel” y (3) preparará “a los santos para que puedan subsistir durante el plazo cuando las siete postreras plagas serán derramadas”⁸

También afirma que la lluvia tardía no puede llegar “mientras la mayor parte de la iglesia no trabaja junto con Dios”, porque “el egoísmo y la indulgencia propia” todavía son demasiado obvios en la iglesia.⁹ Y, si bien asegura que no tiene conocimiento de “ningún tiempo específico” en el cual ocurrirá este derramamiento, en 1897 escribió que ese tiempo era “*ahora*”.¹⁰

¡Eso hace más de 110 años! Si es así, ¿por qué no hemos visto manifestaciones milagrosas del Todopoderoso en el ámbito mundial, en cumplimiento de la bendición prometida? Aquí, quizás, está la más conocida declaración sobre la obra de la lluvia tardía del Espíritu en el tiempo del fin:

“La gran obra de evangelización no terminará con menor manifestación del poder divino que la que señaló el principio de ella. Las profecías que se cumplieron en tiempo de la efusión de la lluvia temprana, al principio del ministerio evangélico, deben volverse a cumplir en tiempo de la lluvia tardía, al fin de dicho ministerio. Esos son los ‘tiempos de refrigerio’ en que pensaba el apóstol Pedro, cuando dijo: ‘Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borra-

dos vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y enviará a Jesucristo' (Hech. 3:19, 20).

“Vendrán siervos de Dios con semblantes iluminados y resplandecientes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y señales y prodigios seguirán a los creyentes. Satanás también efectuará sus falsos milagros, al punto de hacer caer fuego del cielo a la vista de los hombres (Apoc. 13:13). Es así como los habitantes de la Tierra tendrán que decidirse en pro o en contra de la verdad.

“El mensaje no será llevado adelante tanto con argumentos como por medio de la convicción profunda inspirada por el Espíritu de Dios. Los argumentos ya fueron presentados. Sembrada está la semilla, y brotará y dará frutos”.¹¹

La sierva de Dios, en realidad, dio la razón de por qué las líneas anteriores siguen sin cumplirse en su mayor parte:

“Dios no puede revelarse hasta que los que profesan ser cristianos sean hacedores de su palabra *en su vida privada*, hasta que haya unidad con Cristo, una santificación del cuerpo, alma y espíritu. Entonces, serán templos adecuados para la morada del Espíritu Santo”.¹²

Pues bien, sabemos que ningún alineamiento cósmico, ninguna asociación política, ningún auge ecuménico está demorando el derramamiento de la lluvia tardía. Lo que está demorando la lluvia tardía en el *momento* de la lluvia tardía —un período que ha durado más de un siglo hasta la fecha— es simplemente *la renuencia de la iglesia a entregarlo todo*. Es decir, la “vida privada” de los miembros debe ser regada por la lluvia temprana antes de que la lluvia tardía haga su obra.

La lluvia tardía personal

La mayoría de los escritos de Elena G. de White sobre la lluvia tardía apuntan a la obra personal del Espíritu en nuestro corazón. Ella visualizó la lluvia tardía como “la terminación de la obra de la gracia de Dios en el alma”, que nos lleva a la perfección.¹³ Este no es el perfeccionismo producido por las tendencias legalistas o por una infusión pentecostal de una obra milagrosa y abrumadora, *a pesar de* nuestra falta de entrega. Esta “perfección” es confianza total en Jesús y entrega a él, nuestro abogado perfecto. La Sra. White advierte que no podemos compartir este “refrigerio” a menos que ganemos la victoria sobre el orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y “toda palabra y obra malas”.¹⁴

Este, sin duda, es un medicamento muy fuerte. Y algunos pueden ver-

se tentados a ceder a la enfermedad llamada *pecado*, al calcular que son “enfermos terminales”, que fueron demasiado lejos como para cambiar *tanto*. Pero nosotros nunca debiéramos desesperarnos. Tenemos un fuerte Ayudador en Jesucristo. Por sus llagas (su muerte), “fuimos nosotros curados” (Isa. 53:5). “Perdona todas [nuestras] iniquidades” y “sana todas [nuestras] dolencias”, porque “rescata del hoyo [nuestra] vida” (Sal. 103:3, 4). ¡Todo lo que debemos hacer es ir a Jesús y luego decidir quedarnos con él! A veces, en lo más profundo albergamos deseos impuros de dejarlo a él y hacer del yo nuestro dios sustituto. Pero lo único que se nos pide es que *confiemos* momento a momento en él. Jesús es nuestro Salvador, no *en* nuestros pecados sino *de* nuestros pecados. ¡Aleluya! Será más que fiel con usted y conmigo. Gracias a él, “todo lo puedo” (Fil. 4:13). A fin de recibir la lluvia tardía personal, debemos “mantener el vaso limpio y boca arriba”, listo para recibir todo lo que Jesús da.¹⁵

Pero, es en este punto que falla la lógica en la mente de algunos. Muchos adventistas simplemente asumen que, como la lluvia temprana fue dada en Pentecostés y la lluvia tardía será derramada en el tiempo del fin, hay un vacío del Espíritu en los siglos intermedios. Llegan a la conclusión de que el Espíritu no está con el pueblo de Dios hoy; aunque sería más preciso señalar que el pueblo de Dios no está con el Espíritu hoy. Ven a Dios como “reteniendo su Espíritu, y que debe ser persuadido para liberar al Espíritu. El pensamiento sugiere que los atajos espirituales del pueblo de Dios en la actualidad son porque no han recibido el derramamiento de la ‘lluvia tardía’. Insidiosamente, la culpa es atribuida a Dios, y nos recostamos esperando que él tome la iniciativa para corregir las cosas derramando la ‘lluvia tardía’ del Espíritu. Esta clase de pensamiento es totalmente falsa”.¹⁶

Debemos percibir que la obra del Espíritu es siempre constante. Esta es la gran debilidad conceptual del cristiano neocarismático: esperar, anhelar, aguardar una transformación sobrenatural que pueda verse desde afuera, en vez de creer en —y pagar el precio— la *reforma interna del corazón*. Es como esperar una píldora mágica del Médico Celestial para evitar el dolor ahora, en vez de seguir su consejo que requiere de pasos pequeños, que llevan tiempo pero que, finalmente, conducirán a un cambio completo en el estilo de vida.

“Muchos, en gran medida, han dejado de recibir la lluvia temprana. No han obtenido todos los beneficios que Dios ha provisto para ellos por medio de ella. Esperan que la deficiencia sea suplida por la lluvia tardía. Cuando se conceda la gracia en forma abundante y rica, se proponen abrir sus corazones para recibirla. Están cometiendo una terrible equivocación. La obra que Dios ha comenzado en el corazón humano al darle su luz y conocimiento, debe progresar continuamente... Es Dios quien comienza la obra [justifica-

ción], y la terminará [santificación], perfeccionando al hombre en Cristo Jesús. Pero no debe descuidarse la gracia representada por la lluvia temprana. Solo los que estén viviendo a la altura de la luz que tienen, recibirán más luz. A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Podrá estar derramándose en los corazones de los que están en torno de nosotros, pero no lo percibiremos ni lo recibiremos”.¹⁷

¿Y ahora qué?

Debemos admitir que en vastas zonas del mundo occidental somos una iglesia en decadencia. Nuestra preocupación por las cosas del mundo y la aguda ceguera de nuestra verdadera condición, han hecho de nosotros —que tenemos talento, recursos y mucha historia en Jesús— un pueblo espiritual enclenque. Realmente somos enfermos terminales; pero poco lo reconocemos. Hemos estado medicados por tanto tiempo que ya no sabemos lo que es estar sanos. Quizás esto suene demasiado duro. Lo más probable es que si usted escogió leer este libro, esté abierto al Espíritu de Dios, si no ya bien encaminado para recibirlo.

Pero aunque su situación particular sea mejor que la de la mayoría, la angustia que esto debiera causar es suficiente para ponernos de rodillas y suplicar ante el Padre por ayuda inmediata y duradera. Lo que desesperadamente necesitamos es una doble dosis de ayuda espiritual: una revelación del carácter de Cristo y un bautismo cabal del Espíritu. ¿Recuerda la lección de Joel 2? ¿La asociación entre la lluvia y el “maestro de justicia”? Necesitamos una verdadera revelación del amor y el poder de Dios; una ilustración verdadera de su abundante gracia y misericordia; una visión de su naturaleza y su grandeza.

“El mensaje de la justicia de Cristo debe sonar de un extremo de la tierra hasta el otro. Esta es la gloria de Dios que culmina la obra del tercer ángel”.¹⁸

Usted puede provocar un impacto en este mismo momento. Junto con algunos otros, puede ver que Dios lo transforma a usted, a su familia y a su iglesia.

“Fue por la confesión y el abandono del pecado, por la oración ferviente y la consagración a Dios, que los primeros discípulos se prepararon para el derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés. La misma obra, solo que en mayor medida, debe hacerse ahora”.¹⁹

Dios mismo lo guiará a esa “mayor medida”, porque únicamente él sabe cómo se aplica esto a los discípulos individuales. La clave es comenzar, buscar, obedecer, confiar, un paso antes del siguiente; crecer, mientras fija sus ojos en Jesús.

El profeta Oseas tendrá la última palabra: “Venid y volvamos a Jeho-

vá; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él. Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra” (Ose. 6:1-3).

Referencias:

1. Michael P. Knowles, *We Preach Not Ourselves* (Grand Rapids, Michigan: Brazos, 2008), p. 86.
2. Según lo informado por Tertuliano, un apologista del cristianismo primitivo, en su *Apologeticum*, cap. 39, p. 7 (en CSEL 69, trad. por Glover, edición Loeb). Tomado de <http://www.tertullian.org/quotes.htm> el 30 de enero de 2011.
3. Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 19.
4. *Ibid.*, p. 44.
5. *Ibid.*, pp. 39-41, 31.
6. Ver el *Comentario bíblico adventista*, tomo 4 (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1995), p. 969.
7. White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 45.
8. Elena G. de White, *Primeros escritos*, p. 86.
9. *Review and Herald*, 21 de julio de 1896, párr. 2.
10. White, *Mensajes selectos*, tomo 1, p. 225.
11. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, pp. 596, 597.
12. Elena G. de White, *Carta* 139, 1898, p. 16, “To Elder A. T. Jones”, 16 de diciembre de 1898; también en *Manuscript Releases*, tomo 4, p. 365; énfasis agregado.
13. Elena G. de White, *Testimonios para ministros*, p. 506.
14. Elena G. de White, *Primeros escritos*, p. 71.
15. Elena G. de White, *Manuscrito* 35, 26 de septiembre de 1891, “Work and Baptism of Holy Spirit Needed”, en *The Upward Look*, p. 283.
16. Jan Paulsen, *When the Spirit Descends* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1977), p. 135.
17. White, *Testimonios para ministros*, p. 507.
18. *Carta* de Elena G. de White a los líderes de Battle Creek, en *General Conference Daily Bulletin*, 28 de enero de 1893, párr. 27.
19. *Review and Herald*, 2 de marzo de 1897, párr. 4.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Qué cree usted que es alentador a fin de difundir el mensaje de los tres ángeles a todo el mundo, que fue un desafío mucho mayor para la iglesia del primer siglo?
2. Sobre la base de la declaración de Pablo de que el evangelio “se predic[ó] en toda la creación que está debajo del cielo” (Col. 1:23) en treinta años, ¿cree que algo similar es posible hoy? ¿Cómo?
3. ¿Qué es exactamente la “lluvia temprana”? ¿Cómo se relaciona con la “justicia”?
4. Identifique las tres cosas que la lluvia tardía hará en la iglesia. Coméntelas. ¿Espera que sucedan otras cosas?
5. ¿Qué está deteniendo la llegada de la lluvia tardía? ¿Qué significa ser “hacedores de la Palabra” en nuestra “vida privada”?
6. Comente esta declaración: “A menos que estemos avanzando diariamente en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía”. ¿Qué significa esto para nosotros hoy?
7. ¿Cuál es la única manera de llegar a ser vencedores en nuestra vida en esta Tierra?
8. ¿Qué hay de malo con pensar que “Dios está “reteniendo el Espíritu Santo” hoy?
9. ¿Cuál es “la misma obra, solo que en mayor medida”, que Elena G. de White menciona que debe efectuarse ahora?
10. ¿Qué medidas tomará para abrir la puerta de su vida de par en par al Espíritu Santo?

El surgimiento de Babilonia

Si usted busca en Internet “Necesito un milagro”, terminará con cinco millones de aciertos; con *Bing*, tendrá más de treinta millones. Todo, desde los sitios *web* de oración, pasando por ideas de la *Nueva Era* hasta cantos de *The Grateful Dead* [Los muertos agradecidos] (el título es un oxímoron, por supuesto). Todos necesitan un milagro. Todos lo quieren. Todos oran por uno, cuando las cosas no salen como queremos. A todos les gusta escuchar de milagros, aunque nunca hayan visto uno.

Ernie Knoll era un hombre milagro. En realidad, era profeta; alguien que era fielmente seguido por muchos adventistas, hasta hace muy poco. Comenzó a recibir “visiones” en 2005. Después de más de treinta años, se creó un consistente grupo de seguidores, con una comisión, venta de libros y un sitio *web* que invitaba a los adherentes a donar mediante cualquiera de las principales tarjetas de crédito. Al leer sus profecías, no se puede evitar pensar que su lenguaje estaba calculado para impresionar: una mezcla del libro de Apocalipsis y del espíritu de profecía combinado, pero carente de mucho sentido o especificidad. El lenguaje y el tono estaban allí, pero el contenido no. Un par de ex alumnos míos se sintió atraído por él; pero les advertí que mi impresión era que este era el resultado de una imaginación hiperactiva; de alguien que necesitaba atención.

Pero así no quedaron las cosas. El 22 de julio de 2009, fue enviado un comunicado, por parte de la comisión ministerial de Knoll, que afirmaba

que lo que sinceramente habían creído que eran mensajes de Dios a Knoll para su pueblo, ahora opinaban que provenían de Satanás. Proseguía a identificar varios engaños, y se disculpaba con los que habían puesto su fe en estos mensajes.

Todos necesitan un milagro, y Satanás está feliz de facilitararlo.

La razón de los milagros

Los milagros no tienen como finalidad hacer que todos crean; solo pueden confirmar las creencias. Pero cuando de religión se trata, la gente a menudo desea milagros como un atajo espiritual. *Si tan solo Dios pudiera escribirlo en el cielo, entonces sabría con certeza que esto es lo que él quiere.* Eso es más fácil y rápido que estudiar mi Biblia, orar y reflexionar en cómo es el Señor, para así poder discernir su voluntad para mi vida.

En sus días en la Tierra, Jesús obró muchos milagros. Sin embargo, lo hizo durante una época en que todos creían que los milagros solo podían provenir de Dios, y así ratificó su divinidad. Los realizó a fin de mostrar el carácter misericordioso y benigno de su Padre, en contraste con la concepción popular del Todopoderoso.¹ Cristo nunca obró milagros como un atajo para la fe; para fortalecer a alguien, le daba un estudio bíblico.

¿Recuerda la mañana de su resurrección? Eche un vistazo a Lucas 24. Esos dos discípulos de camino a Emaús estaban deprimidos, conmocionados por la muerte real y repentina de su Mesías. Estaban confundidos y desconcertados. ¿Si tan solo pudiesen ver la mano de Dios en todo esto! Cristo conocía su estado psicológico, por eso se les acercó. Pero en vez de aparecérselos en la gloria de la resurrección, sus ojos fueron “velados, para que no le conociesen” (Luc. 24:16). En vez de obrar un milagro mientras iban por el camino, como aquellos que había efectuado muchas veces antes, Jesús simplemente los condujo a través de la Palabra. “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (vers. 27). Recién *después* de que sus corazones “ardieron” dentro de ellos con fe cimentada en la Biblia (vers. 32), obró el milagro: “Él se desapareció de su vista” (vers. 31).

Veza vez, los judíos pedían a Jesús: “Deseamos ver de ti señal” (Mat. 12:38; 16:1; Mar. 8:11; Luc. 11:16); no obstante, la única señal sería su muerte y resurrección (Mat. 12:39, 40). Cuando les narró la parábola del rico y Lázaro, Jesús claramente les advirtió que “si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Luc. 16:31). No se puede pedir un milagro mayor que el de una resurrección. Este será el último engaño de Satanás para los impíos resucitados después de los mil años (Apoc. 20:7, 8, 5): hacerles creer que él los resucitó. El máximo milagro de Cristo mientras estuvo en la Tierra

fue resucitar a su amigo Lázaro, y aun así no convenció a los sacerdotes ni a los fariseos (Juan 11:45-47).

Pero nuestra tendencia humana es preferir un milagro antes que un cambio de corazón. Un milagro es emocionante; incita los sentidos, y Satanás sabe esto muy bien. Está preparado para explotar esto hasta niveles desconocidos, a medida que se acerca el tiempo de la venida de Cristo. Ya lo probó con éxito con los milleritas, después del chasco.

En busca de milagros y emociones en la historia adventista

Al comienzo de su ministerio, mientras algunos creyentes adventistas todavía practicaban el fanatismo y el exceso en nombre del Espíritu Santo, Elena G. de White recibió una visión. Al provenir de un entorno metodista, en el cual algunas de estas prácticas no eran raras, no era plenamente consciente del peligro de “ejercicios” como desmayarse, gritar y danzar, que se percibían como resultado de la presencia del Espíritu. Pero, en visión, su ángel le mostró la belleza y el orden en el cielo y le indicó: “Síguelo”. Ella concluyó que “los ejercicios corrían gran peligro de ser adulterados”; y que “debiéramos esforzarnos en todo momento para librarnos de las emociones enfermizas e innecesarias. Vi que había un gran peligro de abandonar la Palabra de Dios y de descansar y confiar en los ejercicios”. Ella aceptaba algo de exaltación, pero añadió una advertencia: “Vi que Dios se había movido mediante su Espíritu sobre su grupo en algunos de sus ejercicios y de sus incitaciones; pero vi peligro más adelante”.²

El problema era el peligro venidero. En la década de 1890, junto con las poderosas evidencias de los verdaderos reavivamientos en la iglesia como consecuencia del mensaje de la justificación por la fe, también aparecieron reavivamientos falsos. En 1884, Elena G. de White ya había advertido que “en cada reavivamiento de la obra de Dios el príncipe del mal se despierta a una actividad más intensa”.³ Tres factores parecen establecer las condiciones para este engaño. Primero, las audiencias de libertad religiosa sobre la cuestión de la ley dominical ante el Senado, que indicaba a muchos miembros que el fin del mundo estaba cerca. Segundo, los reavivamientos entre el remanente, y una sensación renovada de que la lluvia tardía había comenzado a derramarse. Y tercero, un creciente frenesí entre los protestantes del Movimiento de Santidad que procuraban la santificación “instantánea”.

Para el verano de 1897, el evangelista A. F. Ballenger comenzó a requerir el bautismo del Espíritu Santo en cada reunión campestre donde predicaba. Consideraba que era el seguimiento necesario para el mensaje de la justificación por la fe.⁴ Sin embargo, su énfasis era un llamado a la

190 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

santidad instantánea, una purificación instantánea y milagrosa del pecado, que se oponía a la enseñanza de Elena G. de White de que la santificación “es la obra de toda una vida”.⁵ La excitación se esparció como el fuego en una pradera un caluroso día de verano, y llegó a conocerse como el movimiento *Receive Ye the Holy Ghost* [Reciba usted el Espíritu Santo].

El mensaje de Ballenger se volvió más radical; exigía que la gente dejara de pecar inmediatamente antes de poder recibir el Espíritu Santo. Se convenció de que el bautismo del Espíritu era una segunda obra de la gracia con el fin de obtener poder para testificar. Además, enseñaba que la tercera fase de la obra del Espíritu era otorgar dones espirituales a la gente, especialmente el don de la sanidad.⁶ Y su tono se volvió radical:

“Le he dicho a nuestro pueblo que se purifique o que salga de la iglesia de Dios. Hermano, me atrevo a hacer eso... y gracias al Señor, algunos se están purificando, y algunos están saliendo... Debo tener una iglesia limpia para invitar a la gente a entrar, antes de poder estar ante el pueblo para dar el fuerte clamor en toda su gloria... El Señor dice que no podemos tener el bautismo del Espíritu Santo hasta que consigamos la victoria sobre cada pecado acuciante”.⁷

A decir verdad, mucho de lo que Ballenger compartió en esos años eran enseñanzas bíblicas correctas —aunque un poco extremas—, y llevó a muchos a entregarse a Dios. Sin embargo, su inclinación por lo sobrenatural, por la santificación instantánea y por la curación de la enfermedad⁸ confirió un ángulo equivocado a su mensaje; un ángulo que demostró ser funesto en Indiana.

S. S. Davis, un evangelista de Indiana, y R. S. Donnell, presidente de la Asociación, quedaron altamente impresionados con el mensaje y el énfasis de Ballenger. Se convencieron de que los pentecostales tenían el Espíritu y de que los adventistas tenían la verdad, y que era necesario un enlace entre ambos. Donnell también llegó a creer que cuando la gente nace de nuevo, nace con carne santa; es decir, perfecto de pecado, así como Jesús. Eso originó la enseñanza de la “fe de traslación”: eran hechos perfectos en un abrir y cerrar de ojos.

En iglesias por toda Indiana, los miembros comenzaron a reunirse en sótanos vacíos para danzar, clamar y alzar las manos “en el Espíritu”. Tan pronto como alguien se desmayaba por la actividad, otros lo rodeaban e intensificaban sus gritos, cantos y oraciones. Cuando los desmayados recobraban el sentido, se lo tomaba como prueba de que ahora poseían “fe de traslación”: habían sido perfeccionados en un abrir y cerrar de ojos.

El movimiento de la Carne Santa encontró su punto culminante en la reunión campestre de Indiana en 1900; allí ocurrió gran parte de lo que describí, acompañado por “una algarabía de ruido” y confusión. Mientras Elena G. de White todavía estaba en Australia, el Espíritu de Dios la

convenció de que regresara inmediatamente para enfrentar este engaño: “Es errónea la enseñanza dada concerniente a lo que se llama la ‘carne santificada’ —compartió con los dirigentes de la iglesia—. Todos pueden obtener ahora corazones santificados, pero es incorrecto pretender que en esta vida se puede tener carne santificada... Ningún ser humano en la Tierra tiene carne santificada; es una imposibilidad”. Luego escribió algunas de las advertencias más importantes acerca del engaño espiritual relativo al tiempo del fin:

“Esas mismas cosas que han explicado que ocurrían en Indiana, el Señor me ha mostrado que volverían a ocurrir justamente antes de la terminación del tiempo de gracia. Se manifestará toda clase de cosas extrañas. Habrá vocerío, acompañado de tambores, música y danza. El juicio de algunos seres racionales quedará confundido de tal manera que no podrán confiar en él para realizar decisiones correctas. Y a esto consideran como la actuación del Espíritu Santo.

“El Espíritu Santo nunca se manifiesta en esa forma, mediante ese ruido desconcertante. Esto constituye una invención de Satanás... Se me instruyó para que dijera que en esas demostraciones estaban presentes demonios en forma humana, que trabajaban con todo el ingenio que Satanás puede emplear para hacer que la verdad resulte odiosa para las personas sensibles”⁹.

La pregunta es si hemos aprendido. ¿Estamos como pueblo *realmente preparados para el engaño venidero*? No me malentienda: no estoy en contra de la experiencia o la emoción cuando nos relacionamos con Dios; de hecho, elegí el estudio del bautismo del Espíritu Santo por esa misma razón: quería el poder del Espíritu de Dios en mi vida. Quería que él inundara mi vida. Y la Biblia aclara que si el Espíritu está en su vida, debiera ser evidente para los demás (Hech. 6:3; 19:2; 1 Tes. 1:5). Afortunadamente, el Señor me dio excelentes oportunidades de estudiar y orar al respecto, y procurar la sabiduría de Dios sobre el tema. Recuerdo, después de haber dedicado un fin de semana en las montañas a un retiro personal, volver desanimado a casa porque el Espíritu no había descendido sobre mí en esos días, a pesar de haber orado y suplicado. Momentos después, mientras continuaba conduciendo y orando, se me hizo claro el pensamiento de que *lo que Jesús quería que yo hiciera era confiar en él, no sentirlo*.

El nuevo ecumenismo

Sabemos que poco antes de que Cristo venga, Satanás organizará sus fuerzas en un último asalto importante y continuo sobre las almas de los hombres. Conducirá al mundo entero a adorar a la bestia (Apoc. 13:4);

192 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

y mediante la imagen de la bestia hará “grandes señales”, en el intento de engañar a toda la Tierra (vers. 13, 14). Así que ocurrirán dos cosas al “mundo entero”: adorará a la bestia, y será engañado por los milagros.

¿Cómo, exactamente?

Muchos dirigentes religiosos esperan que un día la humanidad pueda reunirse en solidaridad ecuménica (del griego *oikoumene*: el mundo habitado), olvidando las diferencias doctrinales y centrándose en los puntos esenciales, como la adoración a Dios. Algunos adventistas le temen a este movimiento ecuménico, hasta tal punto que critican mucho el hecho de que su iglesia envíe observadores, por ejemplo, a las principales asambleas del Concilio Mundial de Iglesias. Pero su celo puede estar mal dirigido. Porque es muy improbable que las denominaciones ignoren sus distintivos teológicos hasta tal punto que se fusionen en una. Lo que une a la gente no es la *falta* de algo, sino algo nuevo; algo que capte la atención de todos.

Para eso, debemos volver al libro de Apocalipsis.

Encontramos en Apocalipsis 16 que finalmente todo terminará en la batalla llamada Armagedón. Pero, lo que precede a la batalla es tan importante de entender como la batalla misma: “El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates; y el agua de este se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente” (vers. 12).

Jesús, el Rey de reyes, está en camino, y el apoyo político dado al poder de la bestia opositora está llegando a un punto bajo, simbolizado por el secamiento del Éufrates. En 539 a.C., cuando el jefe del ejército medopersa, Ciro, secó el Éufrates, fuente de vida para la ciudad de Babilonia, pudo tomar la ciudad (Isa. 44:27-45:1; 11:15; Jer. 51:36, 37).

Satanás sabe de historia, y sabe que es ahora o nunca. Apocalipsis 12 muestra sus intentos fallidos para vencer al enemigo. No pudo persuadir a la mayoría de los ángeles del cielo para que se rebelaran contra de su Hacedor (vers. 7-9). Luego, no pudo destruir al Mesías, a pesar de que el reino dominante del mundo en ese entonces era Roma, que estaba firmemente bajo su control (vers. 4). Después, no pudo ahogar a la mujer, el pueblo fiel de Dios, durante los 1.260 años de apostasía, con el “río” de coerción que salió de su boca (vers. 13-16). Por último, vuelve su ira contra el remanente de Dios; es decir, usted y yo hoy (vers. 17). Observe una cosa: *todo intento agresivo ocurre mediante el uso de su boca*.

¿Cómo intentará aplastar al remanente de Dios? Primero, reconstruye la bestia del mar una vez más: el poder de Roma (Apoc. 13:1-8); luego, forja una bestia semejante a un cordero, el poder legislativo de los Estados Unidos de Norteamérica, con el que puede promover su día de reposo sustituto para el mundo (Apoc. 13:11-18). Sin embargo —y preste atención a esto— toda la estructura demoníaca religioso-política que de-

bía acabar con “los escogidos” no aparece hasta que llegamos al capítulo 16. Finalmente, llega el tiempo en que el dragón, esa serpiente antigua llamada diablo y Satanás (Apoc. 12:9), junto con su cómplice confiable, la bestia, hacen algo grande. ¡Y no hay nada más grande que hacerse pasar por Dios!

“Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso... Armagedón” (Apoc. 16:13, 14, 16).

El príncipe de este mundo ahora ve que finalmente tiene todo listo para ser rey de este mundo. Ya no más un príncipe, sino que tiene el dominio total. La espera ha concluido. La trinidad demoníaca finalmente ha llegado a ser una, así como Dios es uno.

¿Estoy yendo muy rápido? ¿Quién es esta trinidad blasfema? El *dragón* es Satanás, que obra especialmente mediante sus poderes milagrosos, o el espiritismo; la *bestia*, por supuesto, es la institución papal; y el *falso profeta* es el protestantismo apóstata. En una de sus declaraciones que se citan con más frecuencia, Elena G. de White profetizó:

“Los protestantes de los Estados Unidos serán los primeros en tender las manos a través de un doble abismo al espiritismo y al poder romano; y bajo la influencia de esta triple alianza ese país marchará en las huellas de Roma, pisoteando los derechos de la conciencia.”¹⁰

Cuando esta tríada apareció antes como el dragón, la bestia del mar y la bestia semejante a un cordero, no estaban tan en sintonía como los vemos ahora, en Apocalipsis 16. En Apocalipsis 12, la boca del dragón estaba lista para devorar al niño, mientras que en Apocalipsis 13 la boca de la bestia profería blasfemias; y la bestia semejante a un cordero usó su boca para hablar como dragón. Pero, en Apocalipsis 16, lo que sale de la boca de cada uno es idéntico: “espíritus inmundos a manera de ranas”.

¿Y las ranas?

¿A manera de ranas? ¿A manera de ranas!

Las ranas nos recuerdan la segunda plaga de Egipto, cuando Dios trataba de libertar a su pueblo de la esclavitud, y de enseñar a los egipcios la ineptitud de sus dioses. Una leyenda hebrea cuenta que los magos egipcios pudieron producir ranas con la ayuda de los demonios.¹¹ La diosa egipcia *Higit* era simbolizada por una rana; se suponía que era la diosa de

la fertilidad. Éxodo 8 nos dice que, como resultado de la plaga, había ranas hasta en las casas en toda “la tierra de Egipto” (vers. 11, 6). ¡Sin duda, había ironía religiosa en el hecho de que la diosa de la fertilidad ahora impedía la fertilidad al ocupar camas y dormitorios en todo Egipto! Los egipcios atentos captaron bien este detalle. Satanás había podido copiar los milagros hechos por Moisés, como convertir varas en serpientes y el agua en sangre; pero las ranas fue el último milagro de Satanás, el máximo alcance de sus habilidades milagrosas. Y Éxodo refiere que el Señor destruyó a todas esas ranas.

¿Por qué Satanás quiere ranas otra vez, si antes fracasó memorablemente con esa estratagema? Supongo que es porque no puede olvidarse de esa derrota anterior en Egipto. Las ranas de Apocalipsis 16 son simbólicas. Quiere una segunda oportunidad, y cree que puede lograrlo esta vez. Y puesto que en el espiritismo egipcio antiguo las ranas representaban la fertilidad, usará a sus hijos blasfemos para enfrentarse con el remanente de Dios, los hijos de la mujer (Apoc. 12:17). Sus hijos contra los hijos de Dios.

Pero, aquí tenemos un denominador común interesante: las ranas salen de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta. La característica más identificable que sale de la boca de alguien es el habla. En los tiempos antiguos, las ranas eran símbolo de los espíritus engañosos, debido a su croar fuerte, aunque carente de sentido.¹² Y “los judíos del siglo I llegaron a asociar las ranas con los charlatanes y con los espíritus demoníacos del agua”¹³ ¿Qué tenemos aquí? Tenemos una alianza profana entre los espiritistas, los romanistas y los protestantes apóstatas, cuyo objetivo es engañar a los dirigentes de todo el mundo mediante “señales” o milagros; incluso milagros tales como hacer descender fuego del cielo, como Elías. Pero ¿cómo podrían tres grupos religiosos disímiles como estos llegar a juntarse alguna vez? ¡Su denominador común no es la doctrina, sino un habla milagrosa! Un lenguaje falso, la *glossolalia*, y *profecías falsas*. Y el fuego que hacen descender del cielo es el supuesto fuego del Espíritu Santo.

Aquí, la antigua contienda cierra el círculo. En Génesis 11, Satanás está detrás del intento de los hombres de construir una torre, Babel, que se extiende al cielo, para evitar los juicios de Dios en la forma de otro diluvio. Declaran ser los enemigos de Dios. Tienen un *lenguaje* y hablan como *uno*. Dios los “visita” —una expresión bíblica de juicio—, y confunde su lenguaje a fin de desbaratar sus planes. Satanás ha esperado miles de años para deshacer la interposición de Dios. Ahora conduce a la humanidad a unirse en *un solo* lenguaje espiritual; un lenguaje falso y milagroso. Esta es una de las razones por las que Juan el Revelador ya no ve solo una bestia semejante a un cordero que habla como dragón (Apoc.

13:11): la bestia se ha transformado en un *profeta* falso, que habla en nombre de un dios falso.

El impacto del movimiento carismático

El impacto del movimiento carismático no puede subestimarse en estos últimos días. Aunque no todos los carismáticos hablan en lenguas, los carismáticos que buscan milagros son el grupo religioso de crecimiento más rápido del planeta, que asciende a unos 600 millones de adherentes. A la Iglesia Católica le llevó más de mil años alcanzar esas cifras, pero a los pentecostales y los carismáticos les llevó apenas cien. Se calcula que del 85 al 90 por ciento de todos los cristianos del tercer mundo son pentecostales o carismáticos.¹⁴ ¿Quién es vulnerable a convertirse en carismático? Según los expertos de la sociología de la religión, son quienes experimentan privaciones socioeconómicas, y que también experimentan estrés personal y tienen una disposición religiosa.¹⁵ Esto supondría masas de población increíblemente grandes que experimentan pobreza y estrés, compuestas por los que están convencidos del lugar central de la religión en su vida.

Y si usted piensa que Occidente quizás esté exento, porque es más probable que sea postcristiano y que no sea pobre, no se engañe. Los occidentales actuales, a diferencia del Tercer Mundo o del mundo árabe, buscan una espiritualidad que sea ecléctica y personal: son igual de religiosos, aunque egocéntricos. Sería chocante para muchos lectores advertir cuántos pensadores evangélicos tradicionales, incluso *teólogos* y autores respetados con doctorados, hablan en lenguas como parte de su espiritualidad personal. No los encontrarán haciendo eso en público, pero, como dice el adagio: “Eres quien eres cuando nadie te ve”.

Además, el Movimiento Pentecostal, con el don de lenguas —el supuesto bautismo del Espíritu, que rompe todas las barreras denominacionales que anteriormente se consideraban imposibles de vencer— se las ha arreglado para ser el factor más importante de la unión ecuménica. Cecil Robeck, h., una de las principales autoridades del movimiento, ha señalado que el siglo XX será evaluado, por los historiadores eclesiásticos, como un siglo en el que el Espíritu Santo dio a luz a dos grandes movimientos: el Movimiento Ecuménico y el Movimiento Pentecostal/Carismático. Walter Hollenweger, posiblemente una de las mayores autoridades de este movimiento, afirma lo siguiente:

“La calidad única de la renovación carismática [está] en el hecho de que por primera vez desde la Reforma, ha aflorado una raíz ecuménica que ha cruzado las fronteras entre evangélicos y católicos. Por cierto, esto es muy importante. La base de este enfoque

196 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

ecuménico es el hecho de que los cristianos han descubierto una experiencia común, que está en el centro de su espiritualidad; y esto, a pesar de sus teologías e interpretaciones opuestas sobre esta experiencia”.¹⁶

La base para la unión es su experiencia común. El profesor Hollenweger ha estudiado a los pentecostales y los carismáticos de todo el mundo durante más de cuarenta años. Ha demostrado que las raíces del pentecostalismo tienen mucho en común con el animismo africano y el shamanismo coreano, al igual que con otras religiones paganas; lo que hace que el pentecostalismo sea ideal para un “sincretismo teológicamente responsable”.¹⁷

Babilonia se está elevando a la cumbre de su poder; detrás de ella está el autor intelectual, el príncipe de este mundo. Son muchos quienes han encontrado en el pentecostalismo la respuesta a una experiencia eclesiástica muerta, así como a un cristianismo lleno de tradiciones y que se está volviendo cada vez más irrelevante para los problemas personales de la gente. El pentecostalismo ofrece curar las enfermedades; un auténtico éxtasis espiritual en las reuniones de adoración; y una poderosa experiencia como la de hablar en lenguas o una “presencia” cálida, que hace que la vivencia sea el indicador por el cual puede medirse la religión. Además, esta es una religión feliz, que no se preocupa mucho por las diferencias doctrinales. Supone acercarse a Dios, y eso es todo lo que la gente necesita, ¿verdad? A todos les gustan los milagros.

La mayoría de los conversos al Movimiento Carismático son verdaderos conversos; han sentido que finalmente han pasado de muerte a vida. Y cualquier aseveración contraria tiende a provocar una reacción fuerte, como un perro hambriento cuando es desafiado por otro que está cerca, después de encontrar algo para comer luego de mucho tiempo. “Ustedes recurren a traducciones griegas y a palabras sofisticadas para desechar lo que está haciendo el Espíritu Santo en la iglesia hoy —gritó una mujer que se había convertido en carismática a un pastor de un programa radial que desafiaba sus creencias—. Permítame darle un consejo que podría salvarlo de la ira del Dios Todopoderoso: guarde su Biblia y sus libros, y deje de estudiar. Pida al Espíritu Santo que descienda sobre usted y que le dé el don de lenguas. No tiene derecho a cuestionar algo que nunca experimentó”.¹⁸

¿Cómo se puede poner en duda la experiencia? Simplemente, guarde su Biblia para hacer lugar al Espíritu Santo. ¡Vaya! Si fuera por Satanás, a esta idea le daría un efusivo ¡Amén!

Referencias:

1. Por ejemplo, al sanar al paralítico que descendió por el techo y ofrecerle su perdón (Mar. 2:1-9), o al resucitar a Lázaro para que unos pocos se decidieran en favor de su divinidad (Juan 11:27, 45). Ver, además, Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 372, 334.
2. White, *Manuscrito* 11, 1850, en *Manuscript Releases*, tomo 13, pp. 299, 300.
3. Elena G. de White, *The Spirit of Prophecy*, tomo 4, p. 411.
4. Calvin W. Edwards y Gary Land, *Seeker After Light: A. F. Ballenger, Adventism, and American Christianity* (Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 2000), pp. 35, 36.
5. *Review and Herald*, 17 de junio de 1890, párr. 14.
6. Edwards y Land, pp. 46-51.
7. Citado en Arthur Patrick, "Later Adventist Worship, Ellen White, and the Holy Spirit: Further Historical Perspectives", en *Missionärem*, septiembre de 2005, p. 2.
8. Ver Herbert E. Douglass, *Mensajera del Señor: El ministerio profético de Elena G. de White* (Nampa, Idaho: Pacific Press, 2000), p. 205.
9. White, *Mensajes selectos*, tomo 2, pp. 36, 41, 42.
10. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 574.
11. G. K. Beale, *The Book of Revelation*, NIVGTC (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1999), pp. 833, 834.
12. *Ibid.*, p. 832.
13. Jacques B. Doukhan, *Secretos del Apocalipsis: El Apocalipsis visto a través de ojos hebreos* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008), p. 164.
14. Walter J. Hollenweger, *Pentecostalism: Origins and Developments Worldwide* (Peabody, Massachusetts: Hendrickson), p. 300.
15. *Ibid.*, p. 358.
16. *Ibid.*, pp. 3, 4, 163.
17. *Ibid.*, p. 132.
18. En John F. MacArthur (h), *Charismatic Chaos* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1992), p. 23.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Por qué Jesús utiliza la Palabra de Dios para engendrar fe, en vez de obrar milagros?
2. ¿Cuáles eran los problemas con los reavivamientos de Ballenger y el reavivamiento de Indiana?
3. ¿Por qué cree que “es una imposibilidad” ser perfecto en este mundo?
4. El capítulo propone que el Movimiento Ecuménico mundial final no se basará en un acuerdo teológico, sino en la experiencia espiritual. ¿Está usted de acuerdo? Si es así, ¿por qué?
5. ¿De qué modo Satanás y sus aliados evolucionan de Apocalipsis 12 a Apocalipsis 16? ¿Por qué debiéramos preocuparnos al respecto?
6. ¿Por qué se describe a la falsa trinidad simbólica como espíritus a manera de ranas en Apocalipsis 16?
7. ¿Está de acuerdo con la aseveración de que el falso lenguaje religioso/espiritual será el medio para engañar al mundo al final? ¿Por qué?
8. ¿Por qué cree que el Movimiento Carismático es el movimiento religioso de mayor crecimiento de todas las edades?
9. ¿Cree que la elevación de la experiencia por sobre lo que enseña la Biblia está afectando a los adventistas del séptimo día?
10. ¿Cómo puede obtener confianza para no ser atrapado ni engañado por una experiencia?

La voz del Espíritu

El mayor desastre natural en un tercio de siglo ocurrió el día después de la Navidad de 2004. Probablemente recuerda haber visto informes de la CNN o videos en YouTube acerca de las enormes olas del maremoto que descargaban toda su furia sobre aldeas, desde Indonesia hasta la costa oriental de África, luego de un intenso terremoto en el Océano Índico. Parecía que todo el mar quedaba sumido en la locura.

De nuevo, en marzo de 2011, estas escenas se repitieron, después que un terremoto similarmente catastrófico y un maremoto azotaran Japón.

Tres años después del maremoto del Océano Índico, mi hija Stefani y yo volamos a Chennai, en el sudeste de la India, para algunas reuniones con pastores. Mientras nos llevaban hacia el sur de la ciudad, junto a la Bahía de Bengala, me quedé observando los lotes de cemento vacíos que había a lo largo de muchos kilómetros. Cuando pregunté por ellos, uno de los pastores dijo: “Ah, eso fue causado por el maremoto. Había casas en todos esos terrenos antes de que llegaran las olas. Ahora no hay nada.”

El maremoto asiático cobró la vida de casi 230.000 personas. Meses después del desastre, los sismólogos británicos publicaron un informe sobre el fenómeno. El temblor que inició todo, el terremoto de Sumatra-Andamán, registró 9,1 y 9,3 puntos en la escala de Richter; y literalmente giró el eje del globo terrestre por lo menos un centímetro. Este temblor fue el más largo registrado en la historia: duró más de diez minutos. Dejó

200 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

una grieta de 1.300 kilómetros en el fondo oceánico. Y la fuerza del temblor fue equivalente a una bomba de 100 *gigatonas*.¹ Un *gigatón* son mil millones de toneladas de TNT. No me pregunte qué es *eso*, pero tiene que haber sido la explosión más fuerte que los seres humanos hayan experimentado jamás.

De esa catástrofe surgió una historia difícil de creer, aunque fue validada por periodistas de la talla de Christianne Amanpour y Anderson Cooper. Daylan Sanders, director del Hogar de Niños Samaritano, cercano a la playa de Sri Lanka, había regresado de los Estados Unidos para ayudar a que los niños abandonados tuviesen una oportunidad en la vida. A las 8:45 de esa mañana, mientras leía su Biblia y oraba, oyó una voz desenfadada que gritaba: “¡Se viene el mar!” Sin pensarlo, ¡empezó a dar órdenes a los 28 niños y al personal, para que se dirigieran a un pequeño barco, en la playa! Ellos hicieron exactamente eso, y descubrieron que el motor fuera de borda había quedado en el barco durante la noche, cosa que normalmente sería un error. Una muralla de agua de 90 metros venía hacia ellos. Pensaríamos que el instinto les gritaría que corrieran lo más rápido posible en dirección contraria. Sin embargo, ¡Sanders aceleró el motor, decidido a enfrentar la ola! Mientras lo hacía, un versículo de su amada Biblia le vino a la mente: “Y temerán desde el Occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol su gloria; porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él” (Isa. 59:19).

Él relata el resto de la historia:

“¡Esa enorme muralla de agua se detuvo! No soy dado a la exageración: vi como si algo la retuviese, alguna fuerza o mano invisible... ¡simplemente, se detuvo!”

Testigos encaramados en las copas de los árboles confirmaron posteriormente que, sorprendentemente, el botecito simplemente subió la enorme muralla de agua y pasó por encima de ella, como si fuese lo más natural del mundo.²

Esta es la clase de historia que nos hace pensar, orar o llorar. No me diga que tener esa clase de relación con Dios y con su Palabra no es una experiencia poderosa. Aquí está la voz de Dios que obra porque la Palabra de Dios era así de real para ese hombre. Como Sanders asimiló la Palabra escrita, Dios se sintió libre de aplicarla en el momento oportuno, en el lugar oportuno. Aquí hallamos un milagro, pero según la voluntad de Dios y basado en su Palabra.

“Muchos me dirán en aquel día”

En el capítulo anterior, pusimos la vista sobre el plan de la trinidad iniqua de los últimos días. Vimos que el protestantismo, que una vez man-

tuvo en alto la voz de la Escritura, se convierte en el falso profeta; que el romanismo, que mantiene en alto la voz de la autoridad, es la bestia; y que el espiritismo es simplemente el dragón que echa fuego por la boca y que dirige al mundo mediante su voz milagrosa. Exploramos el gran peligro de enredarse con una religión emocional, que constituirá el aglutinante satánico que unirá al mundo.

Pero la pregunta es: si la experiencia sensorial puede ser tan poderosa, ¿cómo podemos saber si un reavivamiento viene de Dios o del enemigo?

Mateo 7 nos da la clave, creo. Jesús advirtió: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (vers. 22, 23).

Cuando la Biblia utiliza la frase *en aquel día*, se refiere al día del juicio, o la venida del Señor. “En aquel día” la gente se presentará ante el Señor con credenciales poderosas: profetizaron, echaron fuera demonios, hicieron milagros. Sin embargo, Jesús les dirá que no le pertenecen. ¿Por qué? Porque, dice él, son “hacedores de maldad”. La TLA dice “gente malvada”; sin embargo, la palabra original aquí es *anomia*, que literalmente significa “desenfreno”. Jesús no está queriendo decir que nos centremos en la ley para mantenernos alejados de los engaños del fin. “Maldad”, aquí, se refiere a si la gente lo *conoce* realmente o no. “Nunca os *conoci*”. ¿Hacedores... de qué? “Hacedores de maldad”.

¿Qué tiene que ver el *conocer* a Jesús con ser “hacedores de maldad”? ¡Todo! La noche que Cristo presentó la venida del Espíritu a los discípulos, también les dijo: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14). En castellano suena más duro de lo que debiera; pero la idea detrás de esto es que *conocer* a Jesús significa *seguir* a Jesús. Él es perfectamente amante, sabio y poderoso; está profundamente interesado en mí y en mi vida, y ha hecho todo por mí. Saber esto, ¿me deja indiferente? Por supuesto que no. ¡Me entrego en obediencia a ese AMOR!

Existe una relación íntima entre la ley de Cristo y Cristo mismo, fácilmente demostrada por una historia poco conocida de su vida. Cierta vez, Jesús fue acusado de echar fuera demonios por el poder de Beelzebú. Beelzebú era un dios sirio, un demonio, y para los fariseos era otra forma de decir Satanás. La respuesta de Cristo a ellos fue, básicamente, que no tendría sentido que Satanás luchara contra sí mismo, de modo que lo que estaba ocurriendo era la obra de un Poder totalmente diferente. La historia se encuentra en dos de los evangelios; pero las palabras específicas que Jesús expresó en cada uno de ellos son instructivas. “Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado

202 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

a vosotros el reino de Dios” (Mat. 12:28). Observe la leve diferencia en el siguiente evangelio. “Mas si por el *dedo* de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Luc. 11:20, cursiva añadida).

¿Qué aprendemos de esto? Al Espíritu de Dios se lo compara con el dedo de Dios. Ahora bien, no debiéramos ser demasiado literales aquí, sino simplemente notar el significado bíblico. ¿Puede pensar en algo que la Biblia diga sobre el dedo de Dios? Por supuesto, él escribió los Diez Mandamientos con su dedo. “Y dio [Dios] a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios” (Éxo. 31:18). Esto nos dice que la escritura de los Diez Mandamientos fue hecha por el Espíritu de Dios!

El Espíritu: autor de las palabras de Dios

Esto tiene implicaciones tremendas en nuestro estudio del Espíritu, ya que se relaciona con el tiempo del fin. ¿Por qué? Porque la mayoría de los carismáticos fácilmente descarta la ley en la vida cristiana, argumentando que una vez que somos ungidos con el Espíritu, la ley se vuelve irrelevante para un cristiano lleno del Espíritu. Recuerdo haber dado estudios bíblicos a un hombre con base carismática, y después de estudiar el sábado bíblico por algunas semanas, felizmente lo aceptó como verdad. Pero noté que no había una diferencia tangible en su vida; todavía no santificaba el sábado. Así que un día lo enfrenté amablemente al respecto. Volvió la vista atrás con una expresión de sorpresa, y dijo: “Ah, yo sé que esto es lo que dice la Biblia. Pero, estoy esperando que el Espíritu me diga que esto es lo que debo hacer”.

Creo que quedé tan impactado que no pude pensar en una respuesta que, por supuesto, debiera haber sido: “¡Mi hermano, el Espíritu es el que le está diciendo en la Biblia lo que debe hacer!”

Pedro aclara esto, ¿verdad? “Porque nunca la profecía [lo que la Biblia registra es lo que los profetas dijeron] fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21).

La Biblia fue escrita por el Espíritu Santo. Así que, cada vez que obedecemos lo que la Biblia enseña, estamos siendo hombres y mujeres del Espíritu. Y cada vez que rehusamos obedecer, ya no lo estamos siendo; simplemente, somos hombres de carne.

En este contexto, encontramos que Pablo cita a Jeremías: “Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo” (Heb. 8:10).

¿Cuándo Dios será nuestro Dios? Cuando su ley —su carácter— sea escrita por su Espíritu en nuestro corazón.

Percibe esto, ¿verdad? En el tiempo del fin, muchos reclamarán pertenecer a Jesús porque tienen alguna relación con los poderes milagrosos. Sin embargo, Jesús reconocerá a las personas cuyo corazón refleje su carácter, su ley. Porque *esa* es la verdadera obra del Espíritu, no la retórica espiritual ni los milagros extraordinarios.

Este era el problema de Lucifer. Quería ser Dios sin ser *como* Dios.

“Si Lucifer hubiese deseado realmente ser como el Altísimo, no habría abandonado el puesto que le había sido señalado en el cielo; porque el espíritu del Altísimo se manifiesta sirviendo abnegadamente. Lucifer deseaba el poder de Dios, pero no su carácter”.³

El poder de Dios, pero no su carácter. Elena G. de White escribió:

“Satanás quiere que cada transgresor de la ley de Dios pretenda ser santo. Esto es lo que él mismo está haciendo. Queda satisfecho cuando los hombres apoyan su fe en doctrinas falsas y en un entusiasmo religioso, porque puede utilizar a tales personas con ventaja en su tarea de engañar a las almas. Hay muchas personas supuestamente santificadas que están ayudando a Satanás en su obra. Hablan mucho de los sentimientos y de su amor a Dios. Pero, Dios no reconoce su amor, porque es un engaño del enemigo”.⁴

Este es un ejemplo del tiempo del fin. Babilonia está dirigiendo un movimiento falso del Espíritu, al fingir que ejerce poder celestial sin avenirse a la ley celestial: la ley del amor abnegado. Y me temo que muchos adventistas son vulnerables; y la razón es la falta del poder de la Palabra.

El poder de la Palabra de Dios

Tuve el privilegio de enseñar en una universidad adventista durante catorce años. Todos los años, salvo uno, dicté una asignatura de primer año sobre la vida de Cristo, que contaba entre 70 y 110 alumnos. Eso me dio la oportunidad de sentir el pulso de los jóvenes adventistas. Me sentí inspirado al ver cuántos de ellos, de entre 18 y 19 años, venían de buenos hogares adventistas: buenos valores, comprensión de lo correcto y lo incorrecto, actitudes sanas e inteligentes con respecto a muchas cosas. Sin embargo, durante una década y media, presencié una tendencia decreciente. Cada año los conocimientos bíblicos básicos de los alumnos parecían disminuir. Debido a esto, a algunos les llevaba más tiempo arribar a conclusiones lógicas sobre lo correcto y lo incorrecto, porque, a falta de una base sólida, todo se volvía relativo.

¡Si tan solo comprendiéramos el poder y el gozo de estudiar la Biblia! Sus páginas son un cofre de sabiduría. Cuando dirijo campañas de evan-

gelización, no me lleva más que dos o tres noches convencer a los invitados de que lo que han venido a escuchar es algo especial. Y eso no es por causa del orador, porque tengo tendencia a hablar lento y largo, sino a causa de la Palabra. La exhortación de Dios salta de las páginas hacia ellos como “manzana de oro con figuras de plata” (Prov. 25:11). Cuando los saludo en la puerta, a la salida, veo en sus rostros cierta plenitud, un contentamiento que satisface; como si dijese: “Esto me durará toda la noche, y me sobrará algo para la mañana”. Y luego vuelven por más, se entregan al Autor de la Palabra y ocupan su lugar con el pueblo de Dios.

Cada vez que hago evangelización, nuestro propio pueblo se me acerca, sorprendido, diciéndome que pensaban que sabían nuestras verdades distintivas, pero que no esperaban que hubiese mucho más que eso. ¡Y estamos hablando de miembros que han sido adventistas durante décadas! Esto me sugiere que hay poco estudio personal, de modo que cuando hay un verdadero estudio de la Biblia, la luz llega con una brillantez que nunca habían imaginado.

La Palabra de Dios puede llegar a ser para usted algo más poderoso que las realidades sensoriales que muchos desean ardientemente, cuando de religión se trata. Escuche la declaración de Pedro: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 Ped. 1:19).

Analícemos esto un poco. Las palabras de los profetas, la Biblia, se comparan con una luz que va en aumento, mientras que les prestemos atención. Imagínese la oscuridad total, hasta el punto en que no puede verse la mano frente a sus ojos. Luego, un tenue rayo de luz aparece en una hendidura debajo de la puerta, por lo cual, minutos después, usted detecta contrastes. Luego aumenta, de modo que puede discernir formas. Usted capta el cuadro. ¡Y finalmente, el lugar se vuelve tan deslumbrante como el sol que brilla de lleno en su rostro!

¿Fue esta hipérbole una exageración de parte del apóstol? No, si la tomamos en todo su contexto.

“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo” (vers. 16-18).

Pedro, por supuesto, se estaba refiriendo a la experiencia del Monte de la Transfiguración (Mat. 17:1-6). Y de ese incidente asombroso, dijo: “[Vimos] con nuestros propios ojos su majestad”, y que oyeron “esta voz

enviada del cielo". ¿Se imagina? Escuchar la voz de Dios; ver a Cristo brillar como el sol al mediodía. ¿Alguna vez se olvidaría de eso?

Volvamos al versículo 19: "Tenemos también la palabra profética más segura". Esa es una frase de comparación: más segura que otra cosa. ¿Más segura que qué, Pedro? ¿Está usted preparado? *Más segura que lo que sus ojos vieron aquel día y que sus oídos oyeron desde el cielo.* Pedro está diciendo que la Palabra de Dios puede ser una realidad mayor en nuestra vida, algo más seguro, de lo que podemos ver con nuestros ojos y escuchar con nuestros oídos. Ahora, ¡dígame si eso no es poder!

La Palabra de Dios existe con el fin de lograr que usted sea lo que estaba destinado a ser. Es decir: "Útil para enseñar [lo que es correcto], para reprender [lo que es incorrecto], para corregir [lo que está mal] y para instruir en la justicia [persistir en lo correcto], a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra" (2 Tim. 3:16, 17, NVI).

Usted capta la impresión definida de que esto es como construir una estructura, pieza por pieza, hasta que obtiene un edificio sólido. Eso es lo que hace la Palabra. Esa palabra traducida como "capacitado" (NVI), o "enteramente preparado" (RV60), proviene del griego *katartizo*. Esta es la palabra utilizada para poner en su lugar un hueso dislocado o para arreglar redes rotas. Es decir, ¡la Palabra tiene la intención de unirnos como estaba planeado desde un principio!

La fe es el subproducto

Ahora, me gustaría compartir algo más del poder de la Palabra de Dios: la Biblia producirá fe en Dios. "Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Rom. 10:17). "Las palabras que me diste —oró Jesús— les he dado... y han creído que tú me enviaste" (Juan 17:8). "Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Juan 5:4). ¡Recuerde que "fe" es mucho más que creer que Jesús murió en la cruz! ¡Mucho más, también, que saber cuál es el día de reposo o a dónde vamos cuando morimos! *Fe* es una palabra sencilla del Nuevo Testamento, que describe lo que ocurre cuando una persona reconoce que Jesús verdaderamente es nuestro Salvador y que es digno de confianza. Somos salvos por gracia, mediante la fe (Efe. 2:8); es decir, por lo que Jesús ha hecho (gracia) al darnos la oportunidad de responder (fe). Tener fe significa que haremos todo lo que él nos pida, porque él ha hecho todo lo que se necesitaba para salvarnos. Fe es decirle "sí" a Dios. Y eso es producido por la exposición a la Palabra.

¿Ve usted lo crucial que es asimilar la Palabra de Dios? "Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe", escribió Elena G. de White.⁵ Y Pablo enseñó que "todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. 14:23).

206 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

Ejercer fe, entonces, es cuestión de vida o muerte. Y obtener fe es una cuestión de asimilación bíblica.

Hace pocos años, antes de que los reproductores de CDs y de MP3 o los iPods se convirtieran en parte normal de nuestra vida, solía escuchar la Palabra de Dios en cintas de casete. Lo hacía todos los días mientras iba y venía del trabajo y mientras corría por la mañana. Escuchar unos treinta o cuarenta minutos por día me permitía cubrir toda la Biblia en tres meses. Y entonces volvía a empezar. No dejaba de lado el estudio cuidadoso y más intencional de la Escritura, pero esta práctica me permitía tener una vista panorámica de las cosas. ¡Qué bendición era para mi vida! Era como si mi mente fuese bañada con el lenguaje de Dios cada día. Y me sorprendía y me deleitaba con los resultados: mi confianza en Dios se volvió tanto más fuerte; mi seguridad aumentó tanto que sus promesas permanecían sólidas como una roca que puede recibir el azote constante de las olas airadas. Recuerdo un día cuando escuché Jeremías 33:3: “Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces”, y pensé: *¡Vaya! El Rey del universo se pone a mi disposición, ¡yo que no soy nada! Y realmente quiere compartir cosas importantes conmigo, ¡incluso conmigo!* Otro día, después de escuchar 2 Reyes 17:7 al 41, sobre la razón de por qué Israel fue llevado cautivo, me entristecí mucho. Me ayudó a ver que yo no era diferente de aquel Israel errante, y que Dios había hecho todo lo que podía hacer para amarme, cuidarme y proporcionarme lo necesario; ¡y aún así yo despreciaba su providencia! Esto hizo que pidiera perdón, y que me volviera a entregar al mismo Dios amante que estuvo activo en la vida de la gente milenios atrás.

Esa exposición regular a la Santa Palabra de Dios me llevó a *saber* que Dios me amaba, que tenía el control total de mi vida y que tenía planes incluso para mí. Dios desea esto para cada uno de nosotros: que tengamos fe en él, confianza absoluta en él. Y este crecimiento asombroso solo puede darse si “ingerimos” la Palabra.

“Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”, dijo el Maestro (Juan 6:63). Cuando comemos para vivir (en contraposición con vivir para comer, una enfermedad común en nuestro medio hoy día), obtenemos la energía física necesaria para llevar a cabo nuestra obra. Asimismo, cuando nos alimentamos de la Palabra de Dios, recibimos fe, la “energía” espiritual necesaria para enfrentar un mundo de pecado. Por eso, la Biblia enseña que los cristianos viven por fe, y no por lo que ven. La palabra clave allí es *vivir*. Los cristianos no vegetan por fe: realmente *viven* —están vivos— por fe.

Herry Mhando es un extraordinario evangelista de Zimbabwe. Vive por fe, y no por lo que ve. Cree que llevar a las personas a Jesús depende

de la “rodillología”; “pedir” tiene que ver con la iniciativa; “buscar”, con la determinación; y “llamar”, con la acción (Mat. 7:7). Muchas veces contrató estadios de fútbol en África para celebrar sus reuniones; y esto, sin dinero. Ha acudido a empresarios adinerados de la ciudad, para financiar la campaña de evangelización, ¡y algunos de ellos son *ex adventistas!* Pero, quedan tan impresionados por la convicción de que él ejerce una misión para el Todopoderoso, ¡que su fe los contagia! Un ex alumno mío, después de conversar con él por un par de horas, me resumió sus impresiones: “Es un humilde hombre de fe”.

“Después de establecer un objetivo —manifestó una vez—, creo que debo trabajar mucho para alcanzarlo. Mientras que al final no asuma la gloria, Dios bendecirá mis esfuerzos y alcanzaré mi meta”⁶. Y alcanzar sus metas es lo que hace. Sus reuniones a menudo comienzan con unos pocos miles, dejando partes enteras del estadio vacías. Pero, cada noche, la palabra de boca en boca trae a más gente, de modo que la asistencia de la primera noche, de “solo” dos mil, termina con una asistencia de veinte mil la última noche. Su biógrafo da la razón: “Gran parte del tesoro que Mhando ha extraído de la Biblia [y predicado en sus reuniones] se evidencia por la elección de pasajes raros que cita”⁷. Su éxito evangelizador es poco común en estos días. Por ejemplo, aunque fue alumno de doctorado de tiempo completo en el seminario de Andrews University, se comprometió a hacer 17 campañas de evangelización durante los cinco años que le llevó terminar su título. ¿El resultado? ¡Más de 25.000 bautismos para Jesús!

Pero hay un secreto a voces en la vida de Mhando, que es la verdadera razón de su éxito. Es lo que hace con su tiempo cada mañana, entre las tres y las siete: estudia la Palabra de Dios.

Tal vez, usted no necesite comenzar con cuatro horas en la mañana; pero sí necesite comenzar. Busque al Señor temprano en la mañana, antes de conectarse con el trabajo, el ejercicio u otras necesidades, y él lo estará esperando. Lo que necesitaremos para el último empujón hasta el final es alimentarnos de la Palabra. Solo las palabras de Dios pueden hacer algo en nuestro interior que nada externo puede tocar. Esta es la obra del Espíritu.

Ser hombres y mujeres del Espíritu

El plan original de Dios era pasar tiempo con nosotros cada día cara a cara. Esta era su costumbre con Adán y Eva, “al aire del día” (Gén. 3:8). Pero, cuando la primera pareja decidió confiar en las palabras de Satanás por sobre las palabras de Dios, su proclividad natural a acercarse a Dios fue cambiada por una tendencia natural a alejarse de él. Se encontraron desnudos, que es exactamente como estamos todos sin la protección de

208 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

Dios. Se habían despojado de sus mantos de justicia y los habían cambiado por trapos de inmundicia (Isa. 64:6).

La humanidad ya no está frente a la presencia de Dios ni vive por él (Éxo. 33:20). El pecado nos robó nuestro privilegio máspreciado como criaturas: estar con nuestro Creador. Las pocas excepciones a esta regla se dieron con personas como los profetas, completamente entregados a Dios. Pero, aun antes que ellos, Dios tuvo que velar su gloria de modo que no se evaporaran instantáneamente. Su reacción normal era: “¡Ay de mí!” ¡Cómo un pecador podía estar ante la misma Santidad!

Porque aún no podemos estar cara a cara con Dios, hoy él se acerca a nosotros mediante su Espíritu, que en forma invisible nos susurra al oído: “Este es el camino, andad por él” (Isa. 30:21). No obstante, incluso eso puede ser falsificado por el diablo, que también intenta susurrarnos al oído. Así que, lo que Dios hizo es muy sencillo: habló con los que tenían por costumbre escuchar su voz: sus profetas, y compartió con nosotros mensajes de amor, instrucción y advertencia a través de ellos. El registro de esos mensajes es lo que llamamos Biblia.

De modo que si usted desea ser un hombre o una mujer del Espíritu, debe llegar a ser un hombre o una mujer de la Palabra; esta es exactamente la manera en que escuchamos a un Dios santo. Si usted quiere saber cómo es estar en la presencia de Dios, no cierre los ojos, no cruce las piernas ni murmure. Abra los ojos para leer, meditar y conectarse con su Palabra. Él le habla *a usted* mediante sus páginas. Y cuanto más decida asimilar la Palabra de Dios, mayores serán las opciones de Dios para hablarle cuando esté *lejos* de su Palabra: cuando conduce, cuando trabaja, cuando vive su vida. Existe una correlación directa entre asimilar la Palabra *escrita* con la capacidad de oír al Espíritu cuando *aplica* la Palabra en su vida.

George Müller era legendario por su vida de oración. Ponía cada necesidad delante de Dios en oración, confiando en que el Proveedor Todopoderoso proporcionaría todo para sus chicos necesitados. Cuando comenzó a hacerse cargo del orfanato de niños en Bristol, Inglaterra, lo sostenía con oración. Cuando ese ministerio creció hasta atender a más de dos mil niños, incluyendo a un personal de varios cientos, y varios edificios grandes que todavía están en pie hoy—, era sostenido con oración. Vea: Müller no tenía ninguna fundación patrocinadora, no pedía dinero y no había junta de iglesia ni junta misionera que respaldara esos enormes gastos diarios. Sin embargo, él creía en un Dios poderoso y amante que supliría cada necesidad “conforme a las riquezas de su gloria” (Efe. 3:16).

El caminar de Müller con Dios era muy real. Aprendió algo, al comienzo de su ministerio, que coloca todo esto en perspectiva. Escuche sus propias palabras:

“Antes de esto tenía por costumbre, ya hacía diez años al menos, como algo habitual, entregarme en oración después de vestirme en la mañana. Ahora vi que lo más importante que tenía que hacer era entregarme a la lectura de la Palabra de Dios y meditar en ella, para que así mi corazón pudiera consolarse, animarse, ser advertido, reprendido, instruido; y para que así, mientras meditaba, mi corazón pudiese ser atraído a la comunión experimental con el Señor... A menudo me sorprendía de no haber visto antes en mi vida la importancia de la meditación basada en la Escritura. Como el hombre exterior no está en condiciones de trabajar por ningún período de tiempo a menos que coma, así también sucede con el hombre interior. ¿Cuál es el alimento del hombre interior? No la oración, sino la Palabra de Dios; no la simple lectura de la Palabra de Dios... No; debemos considerar lo que leemos, meditar en ello y aplicarlo a nuestro corazón... Mediante su Palabra, nuestro Padre nos habla... Cuanto más débiles somos, más meditación necesitamos, para fortalecer nuestro hombre interior”⁸

El hombre, mundialmente famoso por su vida de oración y de fe, en realidad era un hombre de la Palabra. Y esta era la razón de su éxito: se convirtió en un hombre del Espíritu al convertirse en un hombre de la Palabra.

Y usted también puede. Y yo también puedo.

Referencias:

1. Extraído de <http://lucernarium.wordpress.com/2008/08/11/> el 2 de febrero de 2011.
2. Detalles de la historia tomados de <http://goodnewschristianministry.org> el 18 de febrero de 2006.
3. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 402.
4. Elena G. de White, *El evangelismo*, p. 434.
5. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 645.
6. Nkosiyo Zvandasara, *Herry Mhando. The Man and His Methods of Evangelism and Church Growth* (Berrien Springs, Michigan: Leslie Books, 2001), p. 33.
7. *Ibid.*, p. 21.
8. *The Autobiography of George Müller* (Springdale, Pennsylvania: Whitaker House, 1984), pp. 139, 140.

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. Comparándose con la historia de Daylan Sanders y el maremoto asiático, ¿cómo es su relación con Dios? ¿Puede escuchar su voz?
2. ¿Qué tiene que ver el conocer a Jesús con ser “hacedores de maldad”, o con obedecer la ley?
3. ¿Qué piensa de la idea de que la ley de Dios fue escrita por el Espíritu Santo? ¿Existe alguna implicancia por la forma en que vivimos en la actualidad?
4. El problema de Lucifer en el cielo fue su deseo de tener el poder de Dios sin poseer su carácter. ¿Es ese siempre nuestro problema? ¿En qué sentido?
5. Comparta o exprese algún momento en que la lectura de la Palabra de Dios se volvió más real para usted que la experiencia sensorial.
6. Si la lectura y la asimilación de la Palabra de Dios tienen la intención de producir fe en Dios, ¿por qué dedicamos tan poco tiempo a la Biblia?
7. Vuelva a leer 2 Timoteo 3:16 y 17. Reflexione en lo que “capacitado” o “enteramente preparado” puede significar para su vida.
8. ¿Qué cree que ocurriría en nuestra vida si pasásemos tanto tiempo con Dios cada mañana como el que dedica Herry Mhando diariamente?
9. ¿Piensa que es posible tener una vida de fe hoy como la de George Müller?
10. ¿Qué tiene planeado hacer, que le permita pasar más tiempo con la Palabra de Dios cada día?

Una iglesia comisionada por el Espíritu

En los días previos a la caída del comunismo, la vida era agobiante para los adventistas rumanos. La falta de bienes disponibles, la corrupción política rampante y la pobreza dominaban la vida de las personas. Pero mi amigo Pavel era un hombre rico. Había sido fiel a Dios en todo lo que sabía, arriesgando la educación, el progreso y las oportunidades para honrar el sábado y otras enseñanzas bíblicas.

Dios recompensó su fidelidad colocándolo como propietario de un taller de costura que generaba mucho dinero. Estaba recibiendo más de medio millón de dólares por año y preveía, en colaboración con una empresa alemana, cuadruplicar ese ingreso. Mientras preguntaba a Dios si dar o no ese paso en los negocios, la Asociación lo llamó para ser pastor regular de iglesia. Ellos no tenían idea de lo que él estaba haciendo. El salario de un pastor era de 250 dólares, la décima parte del uno por ciento de su ingreso potencial.

Él y Dana, su esposa, decidieron entregar todo a Jesús. Vendieron su hermosa casa y sus autos, y se desprendieron de prácticamente todo lo que tenían. Compraron una carcacha rusa, una cajita sobre ruedas, para no despertar la envidia de los miembros. Pero descubrieron que el distrito de cuatro iglesias era un desastre total. Había muchos celos y chismes, y las luchas por el liderazgo estaban a la orden del día. Eran comunes las discusiones mordaces sobre detalles sin importancia, como el orden del culto. Las iglesias parecían ser cualquier cosa, menos una comunidad

212 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

que seguía a Jesús. El nuevo pastor se preguntaba cómo traer gente nueva a *esas* iglesias.

Decidió poner en práctica los principios básicos. Animó a las familias a reunirse para compartir momentos de oración. Al arrodillarse juntos, comenzaron a darse cuenta de la verdadera condición de su corazón, y esto los llevó a la confesión y a la entrega. “Como cuerpo de creyentes, imploraron que el poder sanador del Espíritu Santo reinara supremo en su vida personal, como una bendición para la iglesia!”¹

En dos años, la feligresía se duplicó. Al atraer a amigos y vecinos, añadieron una congregación nueva y dos filiales nuevas al distrito. Esta clase de progreso no pasó inadvertida por el enemigo de las almas, y preparó un contraataque que impactaría dos semanas antes del inicio de la serie de reuniones evangelizadoras de Pavel.

Un día, mientras salía con su auto desde Otelu Rosu, un adolescente decidió cruzar la ruta sin mirar en dirección al vehículo. El auto le pegó al muchacho a nivel de la cadera y la pierna, y lo hizo volar por el aire, solo para aterrizar directamente en frente de Pavel, demasiado tarde para evitar volver a atropellar al muchacho, esta vez en la cabeza y la espalda. El cuerpo del muchacho era una calamidad retorcida; le salía sangre por las orejas, la nariz, la boca y los ojos. Fue trasladado de urgencia al hospital. Tenía una hemorragia profusa en el cerebro; la espina dorsal se le quebró en dos partes; tenía un pulmón perforado y fractura de cadera, brazo y pierna. Un equipo de médicos hizo todo lo que pudo para salvarlo, pero sin éxito. Después que murió, lo cubrieron con una sábana, y fueron saliendo en fila uno por uno de la sala de emergencias, dejando al joven, Mene Mene, para que lo llevaran a la morgue más tarde.

El pobre Mene Mene era un muchacho de 19 años, muy conocido en la ciudad. Sufría de deficiencias de coordinación motora, no podía controlar bien los brazos y las piernas, y en más de una ocasión casi lo matan por cruzar la calle. La gente le había puesto ese sobrenombre para ridiculizar su problema de tartamudez. Ahora el pastor adventista había matado a uno de los personajes más reconocidos de la ciudad. Y Pavel estaba desolado por la pérdida de esa vida inocente, y por el daño a la causa de Dios en un momento en que el Espíritu los estaba bendiciendo tanto.

Pavel se quedó cerca de la cama de Mene Mene, orando por él. “Dios, ¿qué va a decir la gente de Otelu Rosu cuando se entere de que yo maté a un joven que recién comenzaba a vivir? Ellos saben que yo soy pastor. ¿Qué pensarán? Si es necesario, estoy dispuesto a cambiar mi vida por la de él. Sé que tú puedes devolverle la vida, si quieres. Te pido, por favor, que lo traigas de vuelta. ¡Por favor, Dios, por favor!”²

Uno de los médicos lo sorprendió orando, y le indicó que se fuera a su

casa. Le aseguró a Pavel que el muchacho estaba absolutamente muerto, y que era demasiado tarde para orar por él ahora.

“Resígnese... se acabó”, le dijo.

Pero, Pavel creía en un Dios más grande de lo que esos médicos comunistas habían soñado alguna vez. Al volver a su casa, él y su esposa pasaron toda la noche suplicando ante Dios, que si había alguna manera de devolverle la vida al joven para honra y gloria de Dios, que por favor lo hiciera. Y aceptaron la voluntad de Dios, cualquiera que fuera.

A la mañana siguiente, Pavel regresó al hospital para encontrarse con la familia; pero en cambio encontró una conmoción alrededor de Mene Mene... quien ahora estaba sentado en una cama, ¡comiendo! ¡Estaba vivo! Una multitud de profesionales médicos se agolpó para entrar en la habitación, desconcertados, comparando los rayos X de esa mañana con los tomados el día anterior. Para el asombro inexplicable de todos, los nuevos rayos X mostraban que no había absolutamente ningún daño en el cerebro, ni en la espina dorsal, ni de la cadera ni en los pulmones. El joven solo tenía quebrados un brazo y una pierna. Además, hablaba perfectamente, por primera vez en su vida. La tartamudez había desaparecido. Y cuando dieron el alta al muchacho, vieron que tenía pleno control de brazos y piernas. Otro milagro.

Se puede imaginar la noticia en la ciudad. Y cuando comenzaron las reuniones de evangelización, todo el pueblo acudió, llenando la iglesia; y muchos se quedaban para hacer preguntas después de cada presentación. ¿El resultado? La iglesia volvió a duplicar su feligresía.

Esta no es simplemente una gran historia: es la gran vida de alguien que decidió vivirla plenamente en el Espíritu. Pavel fue mi alumno, y actualmente es mi colega en el ministerio. Al momento de escribir esto, su iglesia de 250 miembros (ahora es pastor en Kentucky), daba más de 150 estudios bíblicos a las personas de la comunidad. El mismo Espíritu que obró en la Rumania comunista es el que obra en el sur de los Estados Unidos.

Bendiciones proporcionales a la abnegación

Cuando Jesús trató de llenar el corazón del joven rico con su Espíritu, le dijo: “Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres” (Luc. 18:22). Eso es lo que hizo Pavel, y Dios lo bendijo más allá de sus sueños más descabellados. La historia de la iglesia neotestamentaria da evidencia de lo mismo: entregaron todo, y el Cielo se convirtió en su proveedor (Hech. 4:32-35). Entre los creyentes corintios, el apóstol Pablo reunió fondos para ayudar a las iglesias que pasaban hambre en Judea. Les aseguró que “el que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Cor. 9:6). Y luego añadió: “Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá

214 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo —prometió—, para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios” (vers. 10, 11). ¿Captó el mensaje sutil? ¿La verdadera acción de gracias no viene tanto de lo que tenemos como de lo que podemos dar!

¿Cuánto de lo que usted tiene en el altillo, el garaje o la habitación adicional en su casa llevará al cielo? ¿Cuánto de lo que gastamos para nuestras diferentes colecciones podría usarse para bendecir a otros más allá de todo cálculo? Los pobres en Espíritu heredarán el reino de los cielos (Mat. 5:3). Es decir, los que reconocen la necesidad de más del Espíritu en su vida, no los que sienten que necesitan más *cosas* en su vida.

A su hijo Edson y a su esposa, Elena G. de White les escribió acerca de la entrega total, diciendo: “Antes de darnos el bautismo del Espíritu Santo, nuestro Padre celestial nos probará, para ver si podemos vivir sin deshonrarlo”.³ ¿Cuánto más del Espíritu veríamos en la iglesia si nos desprendiéramos de las cosas que nos sujetan al mundo!

“La iglesia no se da cuenta de la obra que podría hacer si lo entregase todo para Cristo. Un verdadero espíritu de abnegación sería un argumento a favor de la realidad y el poder del evangelio que el mundo no podría contradecir ni interpretar falsamente, y abundantes bendiciones se derramarían sobre la iglesia”.¹

Muchas iglesias de los Estados Unidos apenas existen. Son una reminiscencia del valle de los huesos secos y muertos, descritos en Ezequiel 37. Tienen gente buena y decente en ellas, pero están desprovistas del Espíritu. Subsisten con pocos recursos, una fuente limitada de talentos y jóvenes, y no han ganado un alma para Jesús en años. Sus días están llenos de quejas o auto compasión. No hacen absolutamente ningún impacto duradero en la comunidad que las rodea. Pero, si realmente quisieran, esta situación podría cambiar radicalmente.

La sierva del Señor nos da el diagnóstico, al igual que la receta, para nuestra condición en estas iglesias:

“La promesa del Espíritu no se aprecia como se debiera. Su cumplimiento no se comprende como se podría. La ausencia del Espíritu es lo que hace tan impotente el ministerio evangélico. Se puede poseer sabiduría, talentos, elocuencia, todo don natural o adquirido; pero, sin la presencia del Espíritu de Dios no se conmoverá a ningún corazón ni ningún pecador será ganado para Cristo. Por el otro lado, si están relacionados con Cristo, si los dones del Espíritu son suyos, los más pobres y los más ignorantes de sus discípulos tendrán un poder que hablará a los corazones. Dios los convierte en los instrumentos que ejercen la más elevada influencia en el universo”.³

Y nuevamente:

“Los discípulos no pidieron una bendición para sí mismos. Sentían preocupación por las almas. El evangelio había de ser proclamado hasta los confines de la tierra y solicitaban la medida de poder que Cristo había prometido. Entonces fue cuando se derramó el Espíritu Santo y miles se convirtieron en un día. Así puede suceder ahora. Desechen los cristianos todas las disensiones, y entréguense a Dios para salvar a los perdidos. Pidan con fe la bendición prometida, y ella les vendrá.”⁶

El diagnóstico es disensión y falta de interés en el Espíritu, al permitir que otras cosas excluyan a Dios. El remedio es relacionarse con Cristo y cultivar el deseo de pedir el Espíritu Santo para ser una bendición para los demás. Jesús prometió: “De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12).

¿Obras mayores? Nunca me voy a olvidar cuando, años atrás, desanimado, casualmente abrí mi Biblia en 2 Reyes, para pasar el tiempo. Pronto quedé absorto con la historia de Eliseo, que dio evidencias tan claras de la doble porción de bendiciones que le había pedido al Señor. No solo pidió lo que le correspondía, sino que pidió una doble porción del Espíritu (2 Rey. 2:9). En la antigüedad, todos los hijos obtenían una porción simple de la herencia, y solo el primogénito de los hijos varones recibía una porción doble. Eliseo creía que su Padre era rico y generoso, y pidió de acuerdo a esto. Y vivió de acuerdo a esto. Incluso después de morir, siguió bendiciendo a los demás. ¿Cómo es eso?, se preguntará usted. Después que Eliseo murió, lo enterraron en una cueva, como era la costumbre de la época. Años después, estaban enterrando a otro hombre cerca, y el lugar no estaba totalmente listo, cuando de repente cayeron bandas de asalto moabitas sobre los deudos. Sin tiempo para pensar, arrojaron el cuerpo del hombre en la cueva donde estaban los huesos de Eliseo, y la Biblia dice que “cuando llegó a tocar el muerto los huesos de Eliseo, revivió, y se levantó sobre sus pies” (2 Rey. 13:20, 21). El derramamiento del Espíritu es una bendición que perdura.

Estas escenas se repetirán

En referencia a la obra tan poderosa de la iglesia primitiva en este mundo —el hecho de que miles se convirtieran en un día, que los miembros apóstatas regresaban a la iglesia, y que los paganos acudían en masa al pueblo de Dios en busca de la Perla de gran precio— Elena G. de White simplemente dice:

“Estas escenas han de repetirse, y con mayor poder. El descen-

216 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

so del Espíritu Santo en el día de Pentecostés fue la primera lluvia, pero la última lluvia será más abundante. El Espíritu espera que lo pidamos y recibamos. Cristo ha de ser nuevamente revelado en su plenitud por el poder del Espíritu Santo”⁷

¿Pero no han estado orando muchos de los seguidores de Jesús hace siglos por un poderoso derramamiento del Espíritu de Dios sobre su iglesia, como el visto en Pentecostés? Miles, sin duda. Una de ellas fue una pastora y obrera bíblica que constantemente llevaba almas a Jesús. Ella era la esposa de S. M. I. Henry, y frecuentemente se carteaba con la señora White. En una de esas cartas, ella expresaba su gran preocupación porque habían estado orando y suplicando que el Espíritu de Dios cayera sobre ellos, pero parece que no ocurrió. ¿Cuánto faltaba para que cayera la lluvia tardía? La hermana White le respondió con sabiduría y ánimo:

“De las oraciones que han estado ascendiendo para el cumplimiento de la promesa —el descenso del Espíritu Santo— ninguna se ha perdido. Cada oración se ha ido acumulando, lista para desbordar y derramar un diluvio de sanidad de influencia celestial y luz acumulada en todo el mundo”⁸

Dios terminará la obra

¿Alguna vez se preguntó por los miles de millones que a lo largo de los siglos nunca han sido alcanzados por una página impresa o por las palabras de esperanza de un misionero? Veamos, hace dos mil años, el Espíritu aclaró a Pablo que Dios “no se dejó a sí mismo sin testimonio” (Hech. 14:17).

Tomemos, por ejemplo, la conocida historia de los indios Davis. En 1910, llegaban informes seguidos a la sede de la Misión Guyana Británica de que había una tribu situada en las montañas Roraima, en la frontera con Venezuela, que guardaba el sábado. Al año siguiente, O. E. Davis, presidente de la misión, hizo el arriesgado viaje de semanas de duración en canoa y a pie, para hallar la tribu. Antes de llegar, estaba debilitado y con fiebre por la malaria, y decidió detenerse en un campamento minero para recuperar fuerzas.

Un día, mientras estaba sentado afuera leyendo la Biblia, un grupo de indios lo vio y comenzó a correr hacia él.

“¡Hemos estado esperando muchos años a que usted viniera! —dijeron entusiasmados— Un ángel le dijo al jefe Auka que un hombre blanco con un libro negro vendría a enseñarnos más, ¡así que, siéntese a enseñarnos ahora!”

Davis trató de dejarlo para más tarde, pero no pudo disuadirlos. Al

abrir la Biblia, descubrió que ya sabían acerca del sábado, del estilo de vida saludable, y ¡hasta del ministerio en el Santuario! Regresó a Georgetown para recuperarse de la malaria, pero les prometió que regresaría, y así lo hizo meses después. Esta vez les enseñó todo lo demás que todavía no sabían. Y luego murió.

Esperaban al pastor Davis, porque Auka, el jefe principal de todas las tribus de la montaña Roraima, cuando pasó a ser jefe, durante días oró al Gran Espíritu rogando que lo ayudara a ser un buen jefe para su pueblo. Poco después de su pedido, mientras hablaba con la gente, recibió su primera visión. Dejó de respirar, los ojos se le pusieron como vidrio y, cuando trataron de acostarlo, estaba inmóvil como una roca. Cuando salió de la visión, les dijo que “una persona como una luz brillante vino y habló conmigo, y me dijo cosas que debíamos hacer”.

Auka recibió muchas visiones, y recorrió las diferentes tribus enseñándoles lo que el mensajero celestial le había contado. Aprendieron acerca del sábado, de las carnes limpias e inmundas, a orar, sobre Satanás, la venida de Cristo y muchas otras enseñanzas bíblicas. Los ángeles le enseñaron himnos a Auka con armonía coral, para que pudiera enseñárselos a su pueblo; cantos como “Nos veremos junto al río”, “Como Jesús no hay otro amigo”, y otros. Se le señaló que no gobernara mediante la fuerza, y que no matara, iniciando a Auka en un nuevo estilo de vida. Había tanta transmisión entre el cielo y la Tierra que hicieron una cama especial para Auka. Y cuando no sabía qué hacer, se tendía en la cama, pidiendo al Gran Espíritu que le mostrara qué hacer.

Antes de que Davis falleciera, dijo a las tribus: “Dios les enviará a otro hombre de Dios”. En 1927, Alfred y Betty Cott llegaron a ser misioneros de dedicación exclusiva para los indios *Davis*, como preferían que los llamasen. Descubrieron que todas las tribus de la zona guardaban todas las enseñanzas bíblicas adventistas. Hoy, existen más de tres mil indios Davis que adoran en doce iglesias y veinte grupos, como resultado de un jefe pagano que pidió ayuda del Gran Espíritu.⁹

Pero, ¿y la Edad Media? ¿Y las Américas, antes de de que los europeos descubrieran que había todo un mundo que los esperaba? ¿Y las islas diminutas del Pacífico, que durante siglos no tuvieron ningún contacto con el mundo exterior?

Quizás uno de los libros más provechosos para que los cristianos lean es el ya clásico *Eternity in Their Hearts* [Eternidad en sus corazones]. Don Richardson, un misionero cristiano entre los Sawi del sudeste asiático, y erudito, relata una historia tras otra de la manera en que diferentes grupos del mundo llegaron a conocer a Dios, a veces siglos antes de que vieran su primera Biblia o conocieran a un misionero.

En 1763, unas ochocientas mil personas Karen, de la actual Myanmar,

218 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

estaban más que preparadas para encontrarse con el primer hombre blanco con la Biblia y aceptar todas las enseñanzas cristianas. ¿La razón? Tenían un sistema de creencias que, aparentemente, databa desde antes del judaísmo y del cristianismo. Sin embargo, su creencia en una deidad suprema, llamada Y'wa (muy próximo al *Yahweh*, “Señor”, del Antiguo Testamento), era incompleta, según su apreciación. Pero el pueblo Karen esperaba que su religión se completara cuando “extranjeros blancos” fuesen a compartirla con ellos. “Los hijos de Y'wa, los extranjeros blancos, obtuvieron las palabras de Y'wa... las palabras de Y'wa antiguamente”, entonaba uno de sus antiguos cantos religiosos.¹⁰ Durante cientos de años, el pueblo Karen tuvo un grupo de maestros llamados Bukhos, que no hablaba en nombre de los espíritus malignos, comúnmente aceptados, sino en nombre de Y'wa, el verdadero Dios. Estos fueron los que enseñaron los conceptos bíblicos al pueblo Karen, mediante una cantidad de himnos que señalaban al Creador, a Satanás, a una primera pareja probada en el jardín, la fruta prohibida, el sábado, y el hecho de que, debido al fracaso de Thanai (Adán) y Eeu (Eva) en confiar en Y'wa en cuanto al fruto prohibido, ahora la raza está debilitada, y es incapaz de obedecer naturalmente a Y'wa!

Pero el pueblo Karen todavía tendría que esperar. El encuentro de 1793 con un militar británico fue una decepción: él no tenía Biblia. Finalmente, en 1817, el misionero Adoniram Judson desembarcó en Rangoon. Cuando compartió algunos de los versículos con un tosco personaje Karen llamado Ko Thahbyu (quien ya había matado a treinta personas), el hombre lo reconoció como “el libro perdido”. Después de aceptar el evangelio y de bautizarse, comenzó a compartir lo que había descubierto con todas las aldeas Karen que pudo. Y ellos, a su vez, compartieron con muchos otros, en todas las montañas que limitan con Tailandia, India y China. Es una historia fascinante. Cientos de miles de Karen, Lahu, Wa, Lisu, Kachin, Shan, Mizo y otros pueblos han aceptado gustosos el evangelio y las enseñanzas del cristianismo en pocas décadas, porque los Karen, al igual que esos otros grupos, tenían una comprensión básica del Dios del cielo, del pecado y la justicia, y de un Libertador, y simplemente estaban esperando aprender más.¹¹

La verdad es que Dios nos da la Gran Comisión para nuestro bien, y por el bien de los perdidos. Él es perfectamente capaz de terminar la obra por su cuenta. Pero el hecho de hacernos socios en este esfuerzo nos ayuda a asemejarnos más a él.

Hoy, muchos adventistas consideran que el mundo musulmán es el desafío más difícil para la propagación del evangelio. En muchos lugares del Medio Oriente y de Asia central, la ley *sharia* —la práctica de la vida islámica— es la ley del país, que sustituye incluso a sus constituciones

nacionales. Ser musulmán es una cuestión de identidad nacional y religiosa. Y si se deja el islam por otra religión, es una gran afrenta, si no una sentencia de muerte. Pero lo que pocos reconocen es que más de la mitad de todos los musulmanes del mundo ahora vive en el mundo occidental. La libertad religiosa en esos países hace que la obra de Dios sea mucho más accesible.

Para mostrar su poder

Pero incluso si la situación fuese absolutamente prohibitiva, no hay nada imposible para Dios. Todo lo que necesita, todo lo que anhela, es a alguien “para mostrar su poder” (2 Crón. 16:9). Golden Lapani es un hombre tal. Algunos quizá recuerden cuando lo presentaron en el Congreso de la Asociación General de 2005, en St. Louis, Missouri. Vale la pena compartir su historia.

Lapani creció como musulmán en Malawi, un país musulmán. Después que se enfermó tanto que lo enviaron a la casa para que muriera, tuvo tres sueños, en los que Jesús se le apareció y le dijo que se hiciese cristiano, y que se sanaría. Comenzó a leer la Biblia, aceptó a Jesús como su Salvador y Señor, y se curó completamente. Inmediatamente dejó su trabajo como profesor de Biología, compró algo de tierra para cultivar y dedicó casi todo su tiempo a trabajar para Jesús. Como resultado de su decisión, fue apedreado, quemado y envenenado. Sus enemigos y ex amigos han tratado de matarlo al menos 25 veces desde 1982. Pero su obra ha continuado sin impedimentos, hasta el punto en que toda su familia ahora es adventista. En cada ciudad donde trataron de matarlo, hoy hay una iglesia adventista.

Una vez, el jefe de una aldea donde él quería realizar reuniones bíblicas fue asesinado, y su cuerpo desapareció. Algunos de la ciudad acusaron a Lapani del asesinato. Él, junto con otros creyentes, ayunó y oró durante 21 días, para que Dios revelara la verdad y que su nombre fuera exaltado. ¡El día 21, el cuerpo del jefe flotó desde el fondo del río, aunque estaba adherido a las grandes rocas que el asesino había usado para hundirlo en el fondo! “Su Dios es un Dios de milagros”, afirmaba la gente. Ahora, existe una iglesia con ochenta miembros en esa aldea.

El método de Lapani es similar en todo lugar a donde va: pide permiso al jefe de la aldea o a los ancianos para visitar la comunidad; les lleva alimentos, medicamentos y ropa para los niños; y ora por ellos (y ve muchas respuestas a la oración). Entonces, comienza a dar estudios bíblicos, y después de algún tiempo, pide permiso para celebrar reuniones de evangelización. Después de crear tan buena disposición en el pueblo, difícilmente se le niegan. Y después de bautizar a un grupo, que compone la nueva iglesia, deja a cinco instructores bíblicos para continuar

instruyéndolos y capacitándolos durante seis meses, antes de trasladarse a otra ciudad.

Lo absolutamente extraordinario es que Lapani, según registros de 25 años que tengo disponibles, ha llevado más de 18.000 almas al bautismo, la mitad de ellas musulmanas.¹²

Con Dios, todas las cosas son posibles. “Nuestras cartas sois vosotros —escribió Pablo a los corintios—, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Cor. 3:2, 3). Somos hombres y mujeres del Espíritu de Dios, y a través de nosotros, él intenta cambiar el mundo.

La iglesia triunfante

Todo lo que he leído en la Escritura y en el espíritu de profecía, más las tantas historias que he llegado a conocer o incluso a experimentar, me han llevado a una representación de lo que Dios puede hacer y hará por su pueblo remanente. Por favor, permítame un poco de imaginación, mientras sueño lo que puede ser.

La economía occidental se debilita y cada vez es menos capaz de recobrar sus niveles conocidos previos. Por primera vez, la gente que nunca conoció el sufrimiento se empieza a preguntar dónde poner su confianza. Al mismo tiempo, el entretenimiento y la tecnología han avanzado tanto que vivir en un mundo de fantasía se convirtió en la única realidad para millones. El espíritu del mal, el egoísmo y la supervivencia del más apto se han intensificado. Pero así también se ha intensificado el Espíritu de Dios, que convence a la gente de todo el mundo de buscar al verdadero Dios para obtener respuestas a sus preguntas de la vida real.

Muchos adventistas del séptimo día se han mezclado con el mundo durante tanto tiempo que, aunque deseen cambiar, se sienten atrapados por el hábito y son incapaces de discernir el mensaje de la Palabra de Dios. Quieren consuelo; pero no la transformación total. Buscan paz mental; pero no un cambio de corazón. Por otro lado, cada vez hay más gente en el mundo, algunos con una educación religiosa y otros sin ella, que están sinceramente abiertos al Dios de la Biblia, hasta el punto en que están dispuestos a pagar el precio que sea necesario para conocerlo. La actividad de los ángeles en sueños ha aumentado. Los momentos de conversión para personas que buscan a Dios se multiplican. Y muchos creyentes que previamente eran laodiceos entregan toda su vida a Dios. Los adventistas consagrados comienzan a deshacerse de sus posesiones, mientras dan cada vez más a la causa de Cristo. Dedicán más tiempo a estar de rodillas y con la Palabra, ofreciendo ayuda y siendo una bendición para los demás.

Sacrifican cosas de las cuales, solo un poco antes, nunca podrían haberse desprendido. Hallan el gozo de Jesús en el único anhelo de su corazón: ser como él y trabajar por los demás, así como él trabajó por ellos.

Las condiciones en el mundo político y financiero empeoran tanto, junto con el aumento de los desastres naturales a nivel mundial, que finalmente se toma en serio a los grupos religiosos cuando proponen apartar el domingo como día de reposo obligatorio, para apaciguar a un Dios ofendido. Otras naciones actúan de igual modo, debido al aparente éxito inmediato que esto está ocasionando en los Estados Unidos. Los adventistas entonces saben que les queda poco tiempo. Pero sus preocupaciones ya no son apiñarse aislados para esperar que el Señor venga, sino llevar el urgente mensaje de amor y de verdad de los últimos días a vecinos, amigos y compañeros de trabajo. De a miles, jóvenes adventistas, jóvenes profesionales, familias, parejas, los de la mediana edad y los ancianos comparten —con los rostros iluminados con la gloria de Dios y en el poder del Espíritu— las hermosas verdades que Jesús ha hecho tan claras.

Otros miles parecen captar en poco tiempo lo que antes les hubiese llevado años entender. Se informarán milagros de la intervención de Dios cuando compartamos la buena noticia de Jesús con el mundo, en el poder del cuarto ángel de Apocalipsis 18. La lluvia tardía colectiva finalmente está aquí. La belleza del carácter de Jesús se ve, ¡oh, con tanta claridad! El amor de Dios brilla a través de cada corazón sincero. El poder del Espíritu es tan obvio que cualquier persona reflexiva percibe que hemos “estado con Jesús” (Hech. 4:13).

Al mismo tiempo, Satanás moviliza sus fuerzas para el último gran engaño. Se presenta como Jesús en Jerusalén, en Roma, en Shanghai, en El Cairo, en Nueva York, en San Pablo. Parece que resucita muertos y que sana de a miles. Su aspecto es idéntico a las imágenes de Jesús que se ven en tantas iglesias. Habla con claridad, seguridad y con tono amable. Interviene en la economía mundial. Enseña que su nuevo día es el domingo, un día de lealtad a él. Su poder de persuasión y convicción es tan grande que incluso muchos adventistas de toda la vida no pueden evitar creerle. Hay un gran reavivamiento religioso, con milagros, lenguas y gran felicidad para todos. Pero no hay reforma. De modo que el reavivamiento en cierta forma suena falso.

El tiempo de gracia se cierra. Y los que han aprendido a caminar con Jesús confían en él, a pesar de cómo se sienten. Los agentes satánicos multiplican esfuerzos para arrebatarlos la seguridad en Cristo, pero no tienen éxito. La Palabra de Dios, guardada en nuestro corazón, se convierte en una fuente de gran consuelo en ese momento. Otros se darán cuenta, con expectación, de que el fin está cercano; aunque será demasiado tarde para que se produzca una verdadera transformación del carácter.

222 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

Caen plagas terribles, una tras otra, pero en todo el mundo el pueblo de Dios permanece calmo, esperanzado y entregado. A medida que los desastres naturales dan rienda suelta a las catástrofes globales, percibimos la venida del Señor Jesús con sus santos ángeles. “He aquí —clamamos—, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará... nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isa. 25:9).

Vemos a Jesús y su inconfundible porte afable y noble. Parece que está sonriendo, como si fuésemos los únicos en el universo. Vemos, con emoción y gozo indescriptibles, cuando los ángeles pasan velozmente de un lugar a otro, llamando a los muertos a la resurrección en el nombre del Dador de la vida. Nos elevamos hacia donde está Jesús, con la vista fija en él, seguros de que nunca más pondremos nuestra mirada en otro lado. Vemos que la gente resucita con inmortalidad; luego observamos que nosotros también hemos cambiado, en un abrir y cerrar de ojos. El gozo de los millones que participan de este viaje feliz es simplemente indescriptible. Todo sacrificio, todo dolor y pesar, nos parece muy lejano y extraño a nuestra experiencia. “Y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:17).

Mi querido lector, hay días en que veo claramente que aún no le he dado todo a Jesús. A veces, todavía preferiría hacer mi voluntad antes que la suya. A veces prefiero sus regalos antes que a su persona. Pero Jesús conoce las flaquezas de mi corazón. Oye mi oración cuando le suplico que coloque en mí un mayor deseo de él y de su gloria, antes que por mí y mi comodidad. ¡Jesús escucha!

“Amo a Jehová --entona el salmista--, pues ha oído mi voz y mis súplicas” (Sal. 116:1). Quiero llegar al punto de mi vida en que Jesús sea mi todo en todo; que no haya en el mundo nada que me importe más que su felicidad. Me gustaría complacer a mi Salvador, porque él me amó hasta el fin.

Y todo esto es la obra del Espíritu, que silenciosa, continua, humilde y poderosamente nos cambia y nos purifica. Permita que el Espíritu Santo dirija su vida cada vez más. Algunos necesitan dejar de postergar su intervención; bien saben lo que el Espíritu quiere cambiar en su vida. Déjelo entrar. Recuerde que la edificación del carácter lleva tiempo. Déjelo entrar, y mañana advertirá una nueva persona en usted. Déjelo entrar ahora, porque nunca será tan feliz como cuando se entregue completamente.

Déjelo entrar hoy. Él lo ha estado esperando durante mucho, mucho tiempo.

Dios el Señor está dispuesto a bendecirnos. Está dispuesto a bendecir a su iglesia.

Nunca nos arrepentiremos de esto.

Referencias

1. Greg Budd, *One Miracle After Another: The Pavel Goia Story* (Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 2009), p. 134.
2. *Ibid.*, p. 137.
3. Carta 22, 1902, pp. 9, 10. "To Elder and Mrs. J. E. White", 1° de febrero de 1902; ver, además, *Manuscript Releases*, tomo 2, p. 43.
4. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 475.
5. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 263.
6. Elena G. de White, *Consejos para la iglesia*, p. 176.
7. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 92.
8. Elena G. de White, *Manuscrito 1532*, 19 de julio de 1899, "To Mrs. S. M. I. Henry". Ver, además, *Manuscript Releases*, tomo 21, p. 155.
9. Extraído de Adriel Chilson, "The 'Davis' Indians" en *Adventist Review*, 10 de enero de 1991, p. 10; Sahara de Almería, "A Dream and a Harvest", y Bob Norton, "Angels Prepare the Way for Gospel to Reach Indians in South America" en http://4hispeople.org/chief_auka.htm, el 5 de febrero de 2011.
10. Francis Mason, *The Karen Apostle* (Boston: Gould & Lincoln, 1861), p. 21, en Don Richardson, *Eternity in Their Hearts*, rev. (Ventura, California: Regal, 1984), p. 84.
11. Richardson, pp. 73-108.
12. Escuché la historia de Iapani, de varias fuentes orales, en reuniones adventistas formales, al igual que en conversaciones informales con los que lo conocen personalmente. Una fuente escrita que encontré ocasionalmente en 2007 fue en Internet; una historia evidentemente publicada en una de las revistas en el ámbito de Unión o de División de Sudamérica. No tengo la fecha de publicación ni la de acceso, pero la historia fue escrita por Charlotte Kshanian, titulada *Um homem e seu Deus* [Un hombre y su Dios].

Preguntas para reflexionar o estudiar en grupo

1. ¿Qué le llama la atención acerca de la historia de Pavel y de su esposa?
2. Comente esta declaración: “La verdadera acción de gracias no viene tanto de lo que tenemos como de lo que podemos dar”.
3. ¿Cómo es posible que la iglesia haga “obras mayores”, según la promesa de Jesús?
4. Si el Espíritu aguarda por nuestra demanda y recepción, ¿qué estamos esperando?
5. ¿Por qué no deberíamos desanimarnos si no vemos que nuestras oraciones son respondidas inmediatamente, en relación con el derramamiento del Espíritu Santo?
6. ¿Qué hilo conductor en común ve en las historias de los indios Davis, los Karen, Lahu, Wa, Lisu, Kachin, Shan, Mizo y otros pueblos?
7. ¿Qué podemos aprender de Golden Lapani sobre cómo trabajar con los demás, para ganarlos para Cristo, aun bajo las circunstancias más prohibitivas?
8. Vuelva a leer 2 Corintios 3:2 y 3. Comente el pensamiento de que es “a través de nosotros [que] Dios intenta cambiar el mundo”.
9. Al contemplar el mundo actual, ¿qué evidencias tiene de que Jesús puede venir muy pronto?
10. ¿Cuál es la decisión más importante que ha tomado como resultado de leer este libro?



RON E. M. CLOUZET

El doctor Ron E. M. Clouzet, oriundo de la Argentina, ha sido pastor, profesor, director de departamentos y evangelista por más de treinta años en la Iglesia Adventista. Actualmente, es director del Instituto de Evangelismo de la División Norteamericana (NADEL.org), profesor de Ministerio y Teología Pastoral del seminario adventista en la Universidad Andrews, y secretario de campo de la misma División. Su doctorado es en Ministerio. Está casado con Lisa Clouzet, y tienen tres hijos grandes: Christoffer, Alexander y Stefani.

¿CUÁL ES LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO?

La historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día está colmada de ejemplos de oportunidades perdidas en cuanto a permitir que el Espíritu Santo obrara en los corazones de sus miembros y preparara el camino para la lluvia tardía. La iglesia ha dejado que asuntos menores se tornen más importantes que "la mayor y más urgente de todas nuestras necesidades".

En 1887, Elena de White nos rogaba: "Contemplad a Jesús", y su famoso llamado todavía resuena hoy:

"La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio, Procurarlo debería ser nuestra primera obra".

Cuando los discípulos oraron por el derramamiento del Espíritu Santo en el aposento alto, lograron un grado de entrega nunca antes alcanzado. "Un solo interés prevalecía... La única ambición de los creyentes consistía en revelar un carácter semejante al de Cristo y trabajar para el engrandecimiento de su reino".

Cuando recibamos al Espíritu, se reflejará en la vida que llevemos y en el compromiso que asumamos para con los perdidos.

En *La mayor necesidad del adventismo*, el Dr. Ron Clouzet comparte conceptos bíblicos sólidos, mediante historias poderosas que ilustran con fascinante convicción este tema central: el Espíritu Santo está preparado y listo para reavivar al pueblo del tiempo del fin, en su búsqueda de la verdadera santidad.

aces

ISBN 978-987-701-024-4



9 789877 010244